LOS INDIOS DE URUGUAY

Renzo Pi Hugarte

COLECCIONES MAPFRE 1492

Es sabido que Uruguay es el único país de América del Sur donde no existen indios. Esto no fue siempre así y lo prueba que entre la población existe un cierto porcentaje de individuos que presentan diversos grados de mestizaje. No obstante, lo realmente destacable es que los descendientes de los antiguos ocupantes de estas tierras no han permanecido integrando grupos con rasgos culturales indígenas; es decir, que puedan ser considerados como etnias particulares. La historia de Uruguay, por tanto, implica a la vez un lento proceso de sustitución poblacional y de aculturación, a pesar del papel que tuvieron los indígenas en los siglos de colonización y en las luchas por la independencia. Renzo Pi Hugarte plantea que, si bien no es posible entender cómo Uruguay llegó a adquirir su fisonomía cultural sin las aportaciones de los diversos grupos de inmigrantes europeos que a él llegaron, no es menos cierta la incidencia del mundo indígena en el prolongado período en que se fueron conformando los elementos culturales propios de este país.

Renzo Pi Hugarte (Durazno - Uruguay, 1934). Coordinador del Área de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. Obras: *El Uruguay indígena* (1969), *El legado de los inmigrantes* (1970), *La migración de trabajadores colombianos al Ecuador* (1980).

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Colección Indios de América

LOS INDIOS DE URUGUAY

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Claudio Esteva-Fabregat
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1993, Renzo Pi Hugarte
© 1993, Fundación MAPFRE América
© 1993, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-619-7
Depósito Legal: M. 22887-1993
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n., km 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

RENZO PI HUGARTE

LOS INDIOS DE URUGUAY

EDITORIAL
MAPFRE

Quiero dejar testimonio de mi agradecimiento al profesor Jorge Baeza por autorizarme a reproducir sus excelentes mapas arqueológicos; al profesor Eduardo Acosta y Lara y al doctor Carlos Maggi por la inestimable ayuda que me proporcionaron para comprender sucesos y personajes de otra época; a la doctora Isabel Hernández por su permanente estímulo, que posibilitó que volviera a comprometerme con temas que siempre me apasionaron; y, a una distancia que ya se volvió definitiva, a André Leroi-Gourhan por las orientaciones que me brindó cuando dirigía en la Universidad de París mi tesis de doctorado sobre las fuentes descriptivas de los indígenas de la antigua Banda Oriental, cuya defensa resultó para siempre imposible por los sucesos de mayo de 1968.

R.P.H.

ÍNDICE

Introducción 11
Uruguay, país sin indios 11
El área geográfica de estudio 13

Capítulo I. Conocimiento e interpretación de las culturas indígenas de la región plantense 21

Capítulo II. Las culturas indígenas prehistóricas del actual territorio uruguayo 41
Los cazadores recolectores inferiores 48
Los cazadores recolectores superiores 50
Los agricultores inferiores 55

Capítulo III. Las etnias históricamente conocidas (siglos xvi al xix) 59
Denominación y ubicación de las etnias 59
Antropología física de las poblaciones indígenas 67
Las lenguas indígenas de la zona 74

Capítulo IV. Etnografía de las culturas indígenas 83
Los pueblos indígenas del Uruguay en el contexto continental 83
La etnia charrúa 86
Sistema económico y obtención de la subsistencia 86
Cultura material 94
Organización familiar y grupal 107
Sistema ideológico 116
La etnia chaná 129
Los guaraníes prehispánicos 132

Capítulo V. Destrucción y aculturación de las etnias indígenas 143
Cálculos poblacionales para distintas épocas 143
Efectos destructivos de las enfermedades nuevas 156
Aniquilamiento deliberado 161
Proceso de descaracterización étnica 172
Procesos de mestizaje y sustitución poblacional 186

Capítulo VI. Los guaraníes misioneros en el Uruguay 189
Establecimiento inicial en la campaña uruguaya 189
Contiendas y migraciones de indios reducidos 193
Los indios en las luchas por la independencia 197
La economía ganadera y los indios aculturados 200
Los tapes en los núcleos urbanos 203
Legados culturales de los guaraníes misioneros 206

Capítulo VII. Los indígenas y el Uruguay moderno 213

APÉNDICES

Cronología comparada 225

Notas biográficas y bibliográficas 261

Indicaciones para lecturas 297

Bibliografía general 301

Índice onomástico 349

Índice toponímico 353

INTRODUCCIÓN

Uruguay, país sin indios

Es por demás conocido que el Uruguay es el único país de América del Sur en el que no hay indios. Por cierto que siempre no fue así, y como rastro de la diferente situación pasada puede notarse en el conjunto de su población un cierto porcentaje de individuos que presentan diversos grados de mestizaje. Pero en terminos fácticos lo que se quiere destacar mediante la manida afirmación con que iniciamos el párrafo es que esos descendientes de los antiguos ocupantes de estas tierras no han permanecido integrando grupos diferenciados por el mantenimiento de configuraciones estructuradas de rasgos culturales indígenas; es decir, que puedan ser consideradas como etnias particulares. No obsta a esta afirmación el que recientemente se hayan establecido en el país algunos indígenas procedentes de otras regiones americanas.

Esta situación está definida así desde aproximadamente mediados del siglo pasado. La historia del Uruguay, por lo tanto, implica a la vez un demorado proceso de sustitución poblacional y de aculturación —en el que predominaron los elementos de la cultura ibérica de conquista modificada por la adaptación a este medio— que, como es de imaginar, fue por demás dramático. Por todo eso, el tema de los indios de esta región suena siempre en el Uruguay actual a cosa del pasado. Tal vez esto mismo haya hecho que la gran mayoría de los estudios dedicados a los aborígenes adolezca de un enfoque historicista que deja de lado las consideraciones antropológicas.

Es un hecho muy conocido que la historiografía nacional ha afirmado la idea de que el Uruguay es un país europeo enclavado en

América; por eso, la historia nacional se inicia necesariamente cuando a esta región arriban los primeros europeos, en el siglo XVI; por eso también, los indios solamente pueden ser presentados como personajes marginales en el dramático proceso de la formación nacional. Sabemos que al surgir la historia nacional a la vez como instrumento y reflejo de la identidad del grupo social, necesitó definir una autoimagen de la naciente nación que integrara en la misma los contingentes inmigratorios que de manera creciente llegaban de Europa. Acaso el olvido de la importancia que tuvieron los indios en la formación social del país no haya sido deliberado y resultara de las circunstancias antedichas; tal vez el apartamiento de los indios del centro de la escena histórica que se entendía decisoria —a pesar del papel real que cumplieron en los siglos del colonialismo y en las luchas por la independencia— facilitara la presentación de la idea de que el Uruguay moderno era obra pura y exclusiva de los europeos y sus descendientes.

Sin embargo, no debemos ignorar el enorme peso que en la formación de los intelectuales y los gobernantes del Uruguay del siglo XIX —y, por supuesto, también del actual— tuvo la ideología que contraponía los conceptos de «civilización» y «barbarie», identificando necesariamente la primera con lo europeo no sólo en cuanto al orden cultural sino también al racial. Todo esto es por demás conocido respecto del pensamiento sociopolítico de raigambre positivista que prevaleció en la formación de la etapa de organización institucional de los países del Plata. Es preciso, no obstante, tener presentes los antecedentes coloniales de fundamento religioso de esa concepción generadora de opiniones y actitudes de exclusión hacia los indios, puesto que entonces se asignaba la plena condición humana —y también civil— únicamente a aquellos que eran cristianos, lo que venía a dejar fuera de cualquier consideración al «salvaje» no convertido.

Cuando entre los historiadores, sociólogos y antropólogos decayó más tarde la influencia del pensamiento positivista, cediendo paso al del evolucionismo decimonónico, tampoco se dejó de lado la proposición que descalificaba lo «salvaje» frente a lo «civilizado», siempre entendido como lo europeo. Luego, la antropología y también la historia pasaron a utilizar los modelos teóricos proporcionados por la escuela de los ciclos culturales *(Kulturkreis)*, y sus esquemas —igualmente cargados de preconceptos eurocéntricos— tampoco aportaron parámetros adecuados para una cabal comprensión de las creaciones culturales de

las etnias indígenas, así como del papel histórico que les tocó desempeñar.

Aunque ahora todas esas posiciones llenas de prejuicios no son, en general, de recibo unánime, aún hay quien sigue aferrado a ellas, pretendiendo interpretar las culturas indígenas con parámetros equivalentes a los de aquellos que en el pasado vieron en el indio un ser perpetuamente inmaduro en su humanidad pero que se constituía en permanente antagonista. Pensamos que la clarificación de tantos equívocos puede alcanzarse mediante la revisión sistemática de lo que fueron los indígenas y de lo que significaron durante varios siglos.

Así como no es posible entender cómo este país llegó a adquirir su actual fisonomía cultural sin analizar las aportaciones de los diversos grupos de inmigrantes que a él llegaron durante algo más de un siglo, tampoco es factible que ello se logre de manera acertada sin tener en cuenta la incidencia del mundo indígena en el prolongado período en que se fueron conformando esos elementos culturales propios. Eso es lo que se intenta plantear en este trabajo.

El área geográfica de estudio

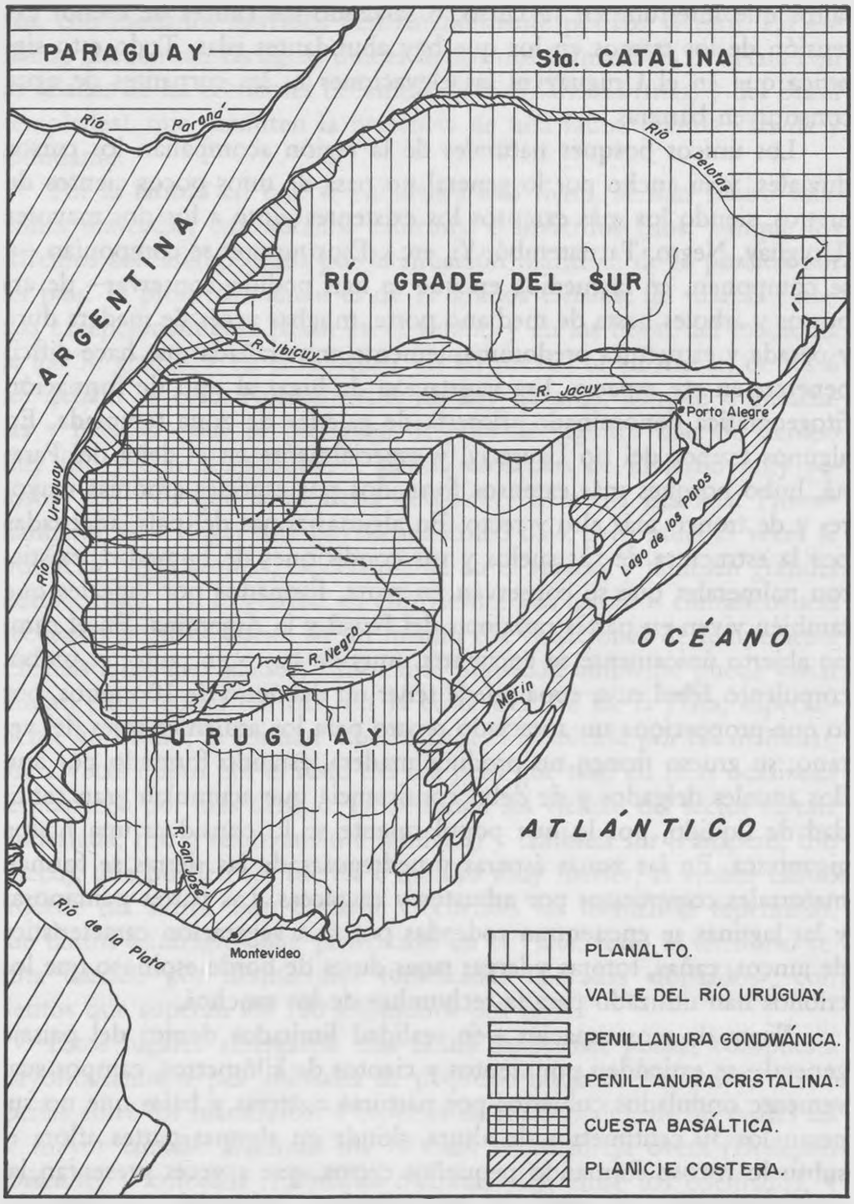
Un estudio referido a los antiguos pueblos indígenas del Uruguay no puede, en rigor, efectuarse tomando como marco geográfico estricto el que ocupa en la actualidad la República Oriental. El territorio contenido dentro de las fronteras actuales es el producto de sucesivos recortes determinados por algunos tratados suscritos entre España y Portugal en la época colonial y por otros varios que luego, ya en la época republicana, dieron expresión al proceso de expansión del Brasil sobre sus límites meridionales. Esto obliga a abarcar un espacio considerablemente mayor, lo que no tiene lugar por razones que pudieran interpretarse como de reivindicación histórica, puesto que el ámbito considerado es aún más grande que el de la antigua Banda Oriental. Por un lado, ha sido necesario tener en cuenta la región en la que durante siglos tuvieron lugar los desplazamientos de los indios cazadores, que preferentemente poblaron las tierras que después vendrían a ser uruguayas; al mismo tiempo, es preciso englobar en el área de estudio la zona en que se ubicaron las misiones jesuíticas, hecho de tanta im-

portancia en la historia de la formación de la sociedad que luego generaría esta nación.

En consecuencia, aunque centrada la consideración de los hechos que son objeto de este estudio en el espacio del Uruguay actual, también se apreciarán acontecimientos que tuvieron lugar en el vecino estado brasileño de Río Grande del Sur, en la igualmente vecina provincia argentina de Entre Ríos en la banda occidental del río epónimo, así como en amplias porciones de las provincias también argentinas de Corrientes, Santa Fe y Buenos Aires.

Esta vasta región suele aparecer en los mapas etnohistóricos como la correspondiente a la habitada por cazadores y recolectores nómadas, lindando por el norte con la ocupada por pueblos indígenas residentes en aldeas que vivían de una agricultura de tipo tropical. Por el descuido con que siempre se han tratado en la literatura etnográfica las realidades americanas, se puede a veces presentar este espacio coloreado de igual manera que el pampeano y patagónico, que son caracterizados como zona del guanaco, aunque jamás haya habido ni ése ni otro tipo de auquénidos al oriente del río Uruguay. Esa misma falta de detalle generadora de errores ha llevado a algunos antropólogos que no han conocido directamente la zona a creer que constituye una prolongación de la extensa planicie de las pampas argentinas. En realidad, el territorio que vamos a estudiar de manera preferente no sólo es distinto de ese modelo, sino que presenta varias regiones naturales bien definidas dentro de su relativamente limitada superficie, cercana a los 200.000 kms^2.

El territorio del Uruguay constituye, desde el punto de vista geológico y paisajístico, la parte final de las serranías del sur del Brasil, por lo que presenta continuas ondulaciones que oscilan en altitud, alcanzando las mayores los 600 metros. Esas colinas, que localmente son llamadas «cuchillas», determinan una gran cantidad de ríos, arroyos y cañadas que caen hacia las cuencas del río Uruguay, del río Negro —afluente del Uruguay, que corriendo de este a oeste divide el territorio uruguayo en dos—, del Río de la Plata y de la laguna Merín. Por eso, en el campo uruguayo basta con recorrer pocos kilómetros para dar con una corriente de agua. Las mayores pueden vadearse con cierta facilidad por algunos pasos naturales donde la profundidad es menor, especialmente durante los meses de verano; incluso el río Uruguay permitía su paso en los momentos de mayor bajante por la parte de los



Regiones naturales de Uruguay y Río Grande del Sur, según Jorge Chebataroff (Martínez Montero, 1955).

saltos que interrumpen su curso, o salvando los cauces de menor extensión de los tramos en los que hay abundantes islas. Todo esto significa que en el Uruguay ni las elevaciones ni las corrientes de agua constituyen barreras.

Los únicos bosques naturales de la región acompañan los cursos fluviales, y su ancho por lo general no pasa de unos pocos cientos de metros, siendo los más extensos los existentes junto a los ríos mayores (Uruguay, Negro, Tacuarembó, Yi, etc.). Esos montes se componían —y se componen, en la medida en que se han podido conservar— de arbustos y árboles hasta de mediano porte, muchas veces de madera dura y pesada y estructura predominantemente enmarañada que hace difícil penetrar en ese espacio. Esa vegetación da lugar al tipo de formación fitogeográfica denominado «floresta de galería» de zona templada. En algunos tramos del río Uruguay, y especialmente en el delta del Paraná, hubo bosques más extensos formados por especies arbóreas mayores y de tronco más alto y recto. En algunas zonas del país, adecuadas por la estructura de sus suelos y sus condiciones de humedad, existieron palmerales que se conservan en parte, formados por especies que también viven en partes próximas del Brasil y la Argentina. En el campo abierto únicamente se encuentra, muy de tanto en tanto, el ombú, corpulento árbol cuya copa puede tener un diámetro de 10 metros, por lo que proporciona un apreciado reparo para los ardientes soles del verano; su grueso tronco no produce madera, estando formado por anillos anuales delgados y de débil consistencia que acumulan gran cantidad de líquido, por lo que popularmente se lo considera una hierba gigantesca. En las zonas ásperas y pedregosas de las sierras se forman matorrales compuestos por arbustos y cactáceas. Las partes pantanosas y las lagunas se encuentran rodeadas por una vegetación característica de juncos, cañas, totoras y largas pajas duras de borde espinoso que los criollos han utilizado para la techumbre de los ranchos.

Fuera de esos espacios —en realidad limitados dentro del paisaje general— se extienden por cientos y cientos de kilómetros, campos suavemente ondulados cubiertos por pasturas rastreras y bajas que no superan los 30 centímetros de altura, donde en algunas partes aflora el subsuelo rocoso formando pequeños cerros, que a veces presentan laderas abruptas y el norte del país, cumbres aplanadas. La costa del océano Atlántico y la del final del estuario platense estaba formada por anchos arenales que se prolongaban tierra adentro por varios kilóme-

tros, con médanos movidos permanentemente por los vientos. En ese mar se encuentran las aguas dulces de los ríos formadores del Plata con las saladas de las corrientes oceánicas de las Malvinas (frías) y del Brasil (templadas), que permiten la presencia de una fauna marina variada y abundante.

Por la latitud en que se encuentra esta tierra, se dan cuatro estaciones marcadas, con veranos calurosos e inviernos fríos, aunque los extremos son atemperados por la situación marítima de la porción sur del país. El promedio anual es de 17 grados Celsius; las marcas extremas excepcionalmente pasan en el verano y en las horas del mediodía de los 36 grados, y en el invierno, en las previas al amanecer, de los 6 por debajo de cero. Normalmente no hay nevadas, aunque sí granizadas y heladas —que se producen después de algunos días de tiempo muy frío y con chaparrones—, siendo esos días de invierno muy penosos, por más que la escarcha desaparece a media mañana. Promedialmente tiene lugar una lluvia cada cinco días, pero muchas veces se producen largas sequías, especialmente en el verano, y también grandes inundaciones, por lo general en el invierno. Los cambios climáticos son frecuentes y puede haber en un mismo día variaciones de temperatura cercanas a los diez grados; también la humedad ambiente puede variar mucho en el correr del día. En la costa del Río de la Plata, especialmente en otoño, se forman espesos bancos de niebla por las mañanas, que a veces duran por el resto del día pero que sólo en raras ocasiones permanecen por más tiempo. Predominan los vientos del sector sureste (Sudestada, frío y relativamente húmedo) y también sur (Pampero, frío y seco), que pueden ser fuertes e incluso muy fuertes; el viento cálido procede del norte. Son bastante frecuentes las tormentas repentinas, que tantos naufragios han provocado en el Plata; todo el territorio resulta barrido por destructoras turbonadas llamadas «tornados», con vientos que superan los 100 kilómetros por hora.

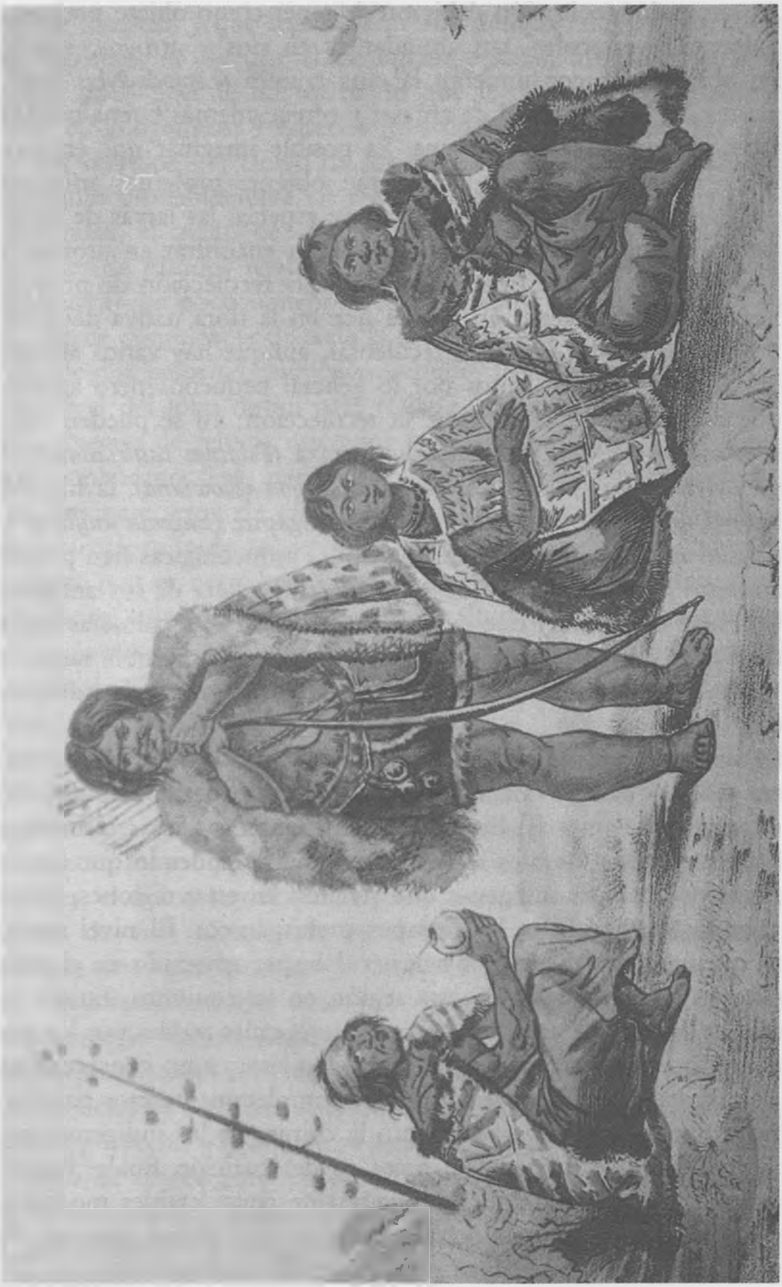
Estos lugares albergaron una fauna autóctona pobre, compuesta mayoritariamente por animales de pequeño tamaño. Pueden señalarse apenas entre los mamíferos: 4 especies de marsupiales, de las cuales las de mayor tamaño alcanzan los 70 cms. —comadreja overa *(Dodelphis albiventris)* y colorada *(Lutreolina crassicaudata)*; entre los edentados, 4 especies de armadillos, no superando el mayor de ellos —el tatú *(Dasypus novemcinctus)*— el medio metro de largo, además del oso hormiguero chico o tamanduá *(Tamandua tetradactyla)*, que puede tener un me-

tro de longitud y que seguramente fue siempre muy escaso; 6 especies de roedores, de las que el carpincho o capincho *(Hidrocherus)* puede medir poco más de un metro, lo que le da un peso aproximado de unos 60 kilogramos; 4 especies de artiodáctilos entre las que la mayor de los cérvidos —el ciervo de los pantanos *(Blastocerus dichotomus)*— se extinguió probablemente en época colonial, así como la única de los tayasuidos, el pecarí de collar *(Tayassu tajacu)*; entre los carnívoros, 3 especies de cánidos relativamente pequeños, 5 especies de mustélidos igualmente de poco tamaño, dos especies de pinípedos —que son los de mayor corpulencia de toda la fauna, ya que el macho del lobo marino de dos pelos *(Arctocephalus australis)* llega a los 150 kilogramos de peso y el del lobo de un pelo *(Otaria fravescens)* inclusive a los 300—, tres especies de felinos menudos y dos grandes como son el puma o león americano *(Felis concolor)* y el tigue o yaguareté *(Panthera onca)*, que desaparecieron de este territorio en el siglo XVIII. De las aves, indudablemente la de mayor importancia económica para los indios cazadores por su corpulencia fue el ñandú o avestruz americano *(Rhea americana)*, cuyo cuerpo presenta una altura de casi un metro y medio y que vivían en los campos abiertos, donde también había perdices y martinetas *(Tinamiformes)* y becasinas *(Scolopacidae)*; en los bosques habitan pavas de monte *(Cracidae)* y palomas *(Columbidae)*, así como en las zonas anegadizas garzas *(Ardeidae)*, cigüeñas *(Ciconidae)*, espátulas *(Threskiornithidae)*, flamencos *(Phoenicapteridae)* y, sobre todo, muchas especies de patos, gansos y cisnes *(Anatidae)*, que por su tamaño relativamente mayor pueden resultar más adecuadas para la caza. De los reptiles, el único cuya captura puede presentar alguna ventaja desde el punto de vista alimentario es el lagarto común *(Tupinambus)*, cuyo cuerpo, sin contar la cola, puede medir un metro de largo.

Seguramente todas estas especies —y también algunas otras menos importantes— fueron cazadas y consumidas por los indígenas que en la época prehispánica ocuparon estos territorios, y algunas gozarían de sus preferencias ya por las facilidades que presentara su obtención como por el provecho y sabor de su carne. La difusión y multiplicación del ganado de origen europeo modificó el hábitat campestre provocando la disminución o destrucción de muchas de las especies mencionadas y, por supuesto, las prácticas de los indígenas relativas a la caza y la alimentación.

Las tareas de recolección debieron de tener como objeto preferente las almejas y caracoles, tan abundantes en ríos y arroyos, siendo también posible que consumieran la rana común *(Leptodactylus ocellatus)*, que resulta bastante fácil de apresar y ofrece además buena calidad y tamaño, pues alcanza los 10 cms. Es posible imaginar que en momentos de penuria los indios procuraran obtener proteínas animales comiendo algunos crustáceos e insectos, en especial las larvas de aquellos que en algunas épocas del año se pueden encontrar en profusión en los montes. En lo que tiene que ver con la recolección de productos vegetales, hay que tener en cuenta que en la flora nativa del Uruguay no existen plantas de raíces feculentas, aunque hay varios árboles y arbustos que producen frutos por lo general pequeños pero agradables, que pueden por eso justificar su recolección; así se pueden considerar el aguay *(Pouteria garneriana)*, el arazá *(Psidium cattleianum)*, el guabiyú *(Myrcianthes pungens)*, el guayabo *(Feijoa sellowiana)*, la higuera de monte *(Carica quercifolia)*, la pitanga o ñangapiré *(Eugenia uniflora)* o el tala *(Celtis spinosa)*. Recientes exploraciones arqueológicas han puesto de manifiesto la importancia que tuvieron en la dieta de los antiguos pobladores de la zona del este del país los frutos de las palmeras butiá *(Butia capitata)* y yatay *(Butia yatay)*, de los que es comestible tanto la parte externa, carnosa y dulce, como el «coquito», que es el endosperma de la semilla.

En síntesis, el territorio del Uruguay presentó en el pasado condiciones difíciles para la ocupación humana, tanto desde el punto de vista de su clima como del de sus recursos naturales. Estos elementos deben tenerse muy presentes si se pretende comprender lo que fue la vida de las poblaciones indígenas que vivieron en estas regiones, sobre todo cuando se consideran los tiempos prehispánicos. El nivel sociocultural que caracterizó esas poblaciones debe ser apreciado en el marco de los paisajes naturales de esta región en su conjunto. Luego, la presencia de las nuevas especies animales y vegetales traídas por los europeos, así como la explotación del suelo impuesta como consecuencia de la colonización, habrían de trasformar completamente esos paisajes. Los drásticos cambios que experimentó la cultura de los indígenas desde que comenzó ese proceso —y hasta su desaparición final— fueron precisamente determinados por las igualmente considerables modificaciones del medio geográfico, lo que implica una forma especial de apreciar el contacto entre grupos sociales de diferente cultura.



Los hambrientos charrúas, exhibidos como ejemplares zoológicos exóticos en París en 1833, eran mostrados llenos de lozanía en la ilustración del folleto con el que el empresario François de Curel anunciaba su presencia al público.

Capítulo I

CONOCIMIENTO E INTERPRETACIÓN DE LAS CULTURAS INDÍGENAS DE LA REGIÓN PLATENSE

El Río de la Plata ingresa tardíamente en la historia de América. No era ésta una tierra rica en el sentido en que podían entender los conquistadores lo que constituía la riqueza. No existían acá poblaciones numerosas que contaran con una organización social superior de tipo estatal o protoestatal, tal y como las había en otras áreas del continente y que pudieran por ello justificar el dominio y sirvieran de base a la vasta empresa colonial que se quería organizar. Estas comarcas en nada se parecían a México o al Perú: faltaban aquí los metales preciosos y las civilizaciones sorprendentes.

No obstante, el espejismo del oro —que daría sustento a la fama y serviría para reforzar blasones decaídos, o para que el soldado de fortuna los obtuviera en la, desde aquí, lejanísima España— cumplió también en esta región su función espoleadora de las voluntades. El fantasmal Eldorado asumió en esta apartada zona del Nuevo Mundo otra de sus variadas y deslumbrantes apariencias: en algún lugar del ignoto interior se ubicaba una fabulosa Sierra de Plata, cuya búsqueda habría de obsesionar a los miembros de las primeras expediciones. En la medida en que avanzaba el conocimiento de las tierras bañadas por los grandes ríos del sistema platense, las esperadas montañas argentíferas parecían alejarse más y más. Por fin, desde el Paraguay se llegó allí donde la fortuna se hallaba al alcance del que quisiera tomarla, pero una vez arribados, los esperanzados y agotados expedicionarios comprendieron que habían llegado tarde, ya que los ansiados filones eran trabajados por indios a los que mandaban otros españoles: habían alcanzado la región del Alto Perú, donde Potosí llegaría a significar opulencia. No quedaba, pues, otra posibilidad que la lucha incesante con-

tra la naturaleza y los indios en aquellos misérrimos primeros poblados de la margen sur del Plata.

Frustradas las esperanzas de riquezas metálicas, que habían servido, sin embargo, para dar nombre definitivo al Paraná Guazú y a su región, éstas se vieron relegadas en lo que respecta a empresas coloniales. La costa septentrional del gran río, donde se encuentra el actual Uruguay, permaneció olvidada por bastante tiempo y considerada en buena medida como *terra incognita*, hasta que la proliferación del ganado chúcaro en sus campos atrajo el interés hacia esta impensada «mina». Así, los intentos de establecimiento colonial permanente en estas tierras se vieron pospuestos hasta que el desarrollo mercantilista los hizo posibles.

Las poblaciones indígenas de esta área se encontraban en un estadio de evolución cultural ostensiblemente más atrasado que las de otras zonas del continente. Constituían apenas lo que en el español con dejos medievales de las primeras empresas, y con referencia a otras regiones de América, se llamó «behetrías», esto es, grupos sociales carentes de un poder centralizado permanente —ya fuera de tipo sacerdotal o de cacicazgo— como existía en otros pueblos americanos que ya habían sido sojuzgados y que se tomaban como ejemplo de organización social superior. No podía, por eso, practicarse en estos lugares una operación de sustitución de poder que colocase a los poseedores de los caballos y las armas de fuego en el lugar de la antigua cúpula de poder indígena. Entretanto, ese mecanismo se completaba procurando dejar inalterada la ancha base de la pirámide social, a fin de que sus integrantes continuaran —por lo menos mientras se organizaba la definitiva explotación colonial— produciendo los mismos bienes de la misma manera, para seguir así rindiendo tributos idénticos en trabajo y productos a los nuevos señores. Para las muchedumbres de los grandes sistemas políticos americanos —empeñadas en el trabajo y las obras de una muy desarrollada agricultura intensiva basada en el regadío— no debió existir demasiada diferencia entre encontrarse constreñidas por un aparato de dominación tradicional teocrático como el del Incario y pasar al vasallaje de otra autoridad igualmente remota como el rey de España, que también afirmaba su derecho a imperar sobre el mundo entero basándose en un derecho divino.

En este país, por lo tanto, los conquistadores no tuvieron otra posibilidad que pelear denodadamente contra bandas «salvajes». Muy

pronto debieron, en consecuencia, comprender que la conquista tomaba acá una dimensión más desembozadamente realista: se asentaría en la completa victoria de las armas y, si así lo requerían las circunstancias, incluso en el exterminio de las parcialidades. Justamente por carecer éstas de una organización de poder centralizado —una cabeza que pudiera rápidamente troncharse— habrían de presentar una resistencia más enconada. Sin caer en la exageración de Azara cuando afirmaba que «los charrúas han causado más trabajo a los españoles y les han hecho derramar más sangre que los ejércitos de los Incas y de Moctezuma», debe señalarse, confirmando lo que acabamos de exponer, que los pueblos más primitivos fueron los que de manera más sostenida y prolongada se opusieron a la ocupación de sus territorios. Aquí, en el Uruguay, como es sabido, esa resistencia terminaría solamente con la existencia misma de los indígenas.

Las culturas originales sufrieron profundas alteraciones como consecuencia del establecimiento de los europeos. Las relaciones trabadas entonces generaron procesos de aculturación y deculturación, cuyos efectos han resultado siempre más marcados en los grupos de menor desarrollo técnico, pues el grupo poseedor de equipos de mayor eficiencia coloca a los otros en situación de dependencia. La aculturación consiste en un intercambio de pautas culturales originales —o en la modificación de tales pautas— provocado por el contacto permanente y directo de grupos humanos portadores de culturas diferentes. El distinto nivel de evolución o desarrollo de las culturas así relacionadas hace que los elementos que el grupo inferior toma del otro sean mayores, cualitativa y cuantitativamente, que los que a su vez adopta ésta de aquél. El europeo aprendió del indígena, en un comienzo y antes de imponer su propio sistema, los modos de adaptarse a una naturaleza que hasta entonces desconocía y a sacar de ella lo necesario para su subsistencia. El indígena adoptó, en primer término y en la medida en que pudo hacerlo, la tecnología más perfeccionada del europeo; luego, asimiló otros elementos no siempre vinculados a la cultura material.

La reciprocidad de préstamos culturales implicada en el proceso de aculturación sólo tiene lugar cuando el contacto se produce entre culturas que presentan un grado de desarrollo similar o equivalente, sobre todo, cuando ambas han alcanzado la etapa de la civilización urbana. La relación entre culturas relativamente más evolucionadas, cu-

yas técnicas y cuyo sistema económico es impuesto como superior, y sociedades de tipo tradicional, basadas en la producción agrícola o caracterizadas por modalidades económicas aún más sencillas como la recolección y la caza, ocasiona un trasvase unilateral de elementos provenientes de la cultura superior. Este hecho va acompañado, además, por la decadencia y pérdida de innúmeras pautas y complejos culturales propios de la cultura inferior o subordinada. A este proceso se le denomina deculturación.

La llegada de los europeos del Río de la Plata modificó radicalmente, en primer término, el sistema de vida de las culturas aborígenes, es decir, aquellas actividades orientadas a la producción y reproducción de las condiciones materiales que aseguran la supervivencia de una sociedad. Con la introducción del ganado caballar y vacuno y su posterior y colosal aumento, comenzaron las «entradas» de corambreros y «changadores», así como el asentamiento de quienes se proponían formas más permanentes de ocupación de la tierra. Los indígenas se vieron obligados entonces a entrar en una red de intercambios que, como pago a sus servicios de baqueanos y a su ayuda en las vaqueadas y corambres, incluía los artículos de metal, las telas y paños, los abalorios y adornos varios, el alcohol y, más adelante, el tabaco, la yerba mate y los naipes. Todo esto dislocó sus antiguos modos de adaptarse a la naturaleza y de proveerse su subsistencia: los pueblos cazadores sustituyeron la caza de las especies nativas efectuada con sus armas y métodos tradicionales por la de los nuevos animales, más grandes, en la que predominó de manera creciente la utilización de instrumentos de hierro. Muchos abandonaron, por último, tal sistema económico para hacer del saqueo y el cautiverio de otros indios que serían vendidos como esclavos, su principal medio de vida. Este cambio en las bases materiales de las sociedades indígenas, unido al aprendizaje de las técnicas ecuestres, acentuó su nomadismo.

La variación experimentada en la relación hombre-medio y en el fundamento productivo de esas sociedades, ocasionó consecuentemente alteraciones en otros órdenes de su cultura, de modo que la organización social y el conjunto de creencias e ideas originales de los indígenas se vio seriamente resentido por el impacto de la cultura europea.

El cuadro de la destrucción de las culturas originales de la Banda Oriental fue aún más dramático en el caso de los pueblos tribales de la zona del litoral del río Uruguay (chanáes y guaraníes), que practica-

ba una agricultura incipiente. Rápidamente convertidos y asimilados por los misioneros, desaparecieron como etnias en época temprana, aunque sus descendientes mestizados se incorporaran a la naciente sociedad criolla.

El intento de reconstrucción de lo que fueron las culturas originales de los indios de esta parte de América debe emprenderse, por lo tanto, a partir de lo que se conoce sobre sus rasgos, desfigurados en mayor o menor medida por la aculturación y la deculturación. A esto debe agregarse que la conquista obligó a desplazarse a muchas poblaciones de sus comarcas primitivas, vinculándose así a otras de cultura diferente, con lo que el aspecto del cambio sociocultural se vuelve todavía más complejo por los intercambios culturales que tuvieron lugar entre distintos grupos indígenas.

Por todas las razones expuestas, en presencia de un documento histórico en el que haya referencias a una cultura indígena, debemos preguntarnos cuál es la cultura que se describe. Las referencias más antiguas, aquellas que pudieron contener elementos de juicio sobre los pobladores de estas tierras cuando todavía su cultura se hallaba en estado prístino, son en extremo breves y poco explícitas. Quienes en los tiempos de los primeros contactos tuvieron un trato suficientemente prolongado e íntimo con los aborígenes, cuyos relatos hubieran sido por eso inestimables —como el marinero de la expedición de Solís que permaneció en cautividad entre los indios por muchos años—, no dejaron nada. Los documentos posteriores, aun en el caso de que sus observaciones sean intachables, nos dan imágenes de grupos que, en grado variable, ya habían experimentado los efectos del contacto con los europeos.

En el marco característico que presentó la conquista en el Río de la Plata, tipificado por la ocupación tardía de la tierra y la sostenida guerra con los aborígenes, se sitúan los relatos por cuyas referencias podemos saber algo de ellos. Por razón de su origen, esos documentos presentan defectos considerables: son crónicas elaboradas por miembros del grupo social dominante, es decir, documentos referidos a la conquista; se trata, pues, de noticias dirigidas a la construcción de una historia de los blancos en este territorio, y su interés fundamental lo constituyen éstos, no los indígenas. En tales fuentes históricas las referencias a los aborígenes se presentan de una manera marginal; únicamente aparecen mencionados en lo que toca a su relación con los eu-

ropeos. Nada o casi nada hay, por lo tanto, en ellas que sirva para reconstruir su propio mundo. Al estar, además, las relaciones entre ambos grupos signadas por una permanente hostilidad, es fácil comprender que la visión de los indios ofrecida en los referidos documentos está muchas veces deformada por la animosidad. Generalmente se presenta al indio como enemigo, cruel, brutal, salvaje, carente de sentimientos, sin principios morales, inferior en todo sentido, componente de una raza despreciable a la que es preciso vencer.

Por cierto que al lado de las diatribas y los juicios peyorativos no faltan, sin embargo, opiniones también prejuiciosamente favorables al indio, que falsean igualmente la realidad al trocar la apreciación objetiva por un esquema mental previo. Esta actitud se inspira en dos posiciones ideológicamente opuestas, que son detectables en las fuentes de los siglos XVII y XVIII: por un lado, el humanitarismo cristiano de los escritos jesuíticos, aunque en ellos la consideración teñida de caritativa piedad generalmente se destinaba a los indios conversos, mientras se cargaban las tintas en la brutalidad de los renuentes al adoctrinamiento; por otro, la filantropía de base racionalista, propia de la época reformista de Carlos III y cuyo exponente más destacado es Azara. De todas maneras, es justo destacar que en los relatos de esta orientación el peso de los elementos emotivos es siempre menor.

De cualquier manera, aun en esos escritos en los que el indio aparece como un ser desvalido, pueril, elemental, privado de las luces de una razón o de la comprensión de la auténtica fe, es siempre «el otro». Y esta visión enajenada de la criatura da cuenta del muro de incomprensión interpuesto entre aquellos que legarían las únicas referencias que se poseen sobre los aborígenes y éstos.

Tales modos de enfocar el mundo indígena no pueden desligarse de la ideología profunda de la conquista ni de los propósitos políticos y espirituales que la animaban. En los escritos coloniales, el indio no fue considerado un ser pleno —en el sentido ético del término— al que le asistía naturalmente el derecho a ordenar su vida de acuerdo a las pautas inherentes a su cultura. Era considerado un ente subordinado al orden impuesto por el Imperio español —que constituía el modelo de sociedad *per se*— al cual debían, por lo tanto, ajustarse las otras sociedades incluidas en sus dominios.

El espíritu de cruzada alentó en todo el período de conquista, justificando el proceso expansivo de la Corona de España. El Imperio

procuró no sólo la grandeza material sino además la propagación de la fe. La obra humana era así apenas el instrumento de propósitos sobrenaturales. En estos supuestos, los indios eran súbditos de España, y España era católica; los indios, en consecuencia, no podían ser otra cosa que la argamasa humana con que se edificaría el Imperio y la Iglesia universales.

A partir de ordenaciones de este tipo —válidas para toda la literatura de la época colonial— debemos manejar las fuentes informativas. Pero hay que agregar que la visión etnocentrista de las culturas americanas permaneció viva después de la Independencia. Aunque haya perdido vigencia la ideología que reivindicaba el dominio en nombre de la fe, la idea de la superioridad del hombre blanco y de su cultura frente a los aborígenes tendría una prolongada vida, llegando incluso al presente.

A lo largo de tres siglos y medio, los contactos con los indios se llevaron a cabo a través de exploraciones, acciones militares, reducciones en pueblos, conversiones religiosas, intercambios comerciales, luchas y acuerdos de los europeos entre sí y con los aborígenes, guerras de independencia y civiles que contaron con su participación. En ese período se fueron sumando más de medio centenar de descripciones de primera mano sobre los indígenas. Desde luego que no todos esos documentos tienen la misma relevancia; apenas algunos de ellos permiten componer un cuadro comprensivo —aunque siempre incompleto— de las culturas originales del área, y son muy contados los que fueron redactados con la necesaria objetividad. La gran mayoría contiene referencias ligeras e insuficientes; es notable en ellos, además, la transferencia de fabulaciones europeas, así como la supremacía de los preconceptos frente a la relación desnuda.

Prácticamente todas las observaciones en que los autores considerados basaron sus escritos fueron cumplidas de manera breve, parcial y esporádica. Ya Azara fustigaba a «los que por haber visto una media docena de indios en la costa, hacían descripciones acaso más completas que las que podrían hacer ellos mismos». Se agrega a esto el desconocimiento de las lenguas de los grupos descritos. Únicamente el sargento mayor Benito Silva, por haber convivido con los charrúas durante un extenso período, llegó a comprender su idioma; aun así, su experiencia activa no puede ser considerada óptima dada su falta de una adecuada preparación. Por otra parte, su interés fundamentalmen-

te práctico constituía algo muy diferente de las motivaciones del estudioso.

Es también notable la medida en que se superponen en las fuentes los conocimientos que sus autores tenían de rasgos culturales correspondientes a otros grupos indígenas, sin ninguna vinculación con los que eran objeto de su observación.

No existe siquiera una obra completa compuesta en base a observaciones directas, dedicada de manera específica a los indígenas de la Banda Oriental. Todas las referencias a ellos son incidentales y se incluyen en obras compuestas con finalidades variadas que nunca se propusieron pintar la realidad del contacto cultural vivido. Una intencio-

El grabador flamenco Theodor de Bry ilustró la peripecia vivida por Francis Drake en 1578, al toparse con indios en la costa del actual departamento de Maldonado. John Winter, que llevó un diario de ese viaje, relata que eran éstos «muy dados a la chanza... muy astutos y listos para robar cualquier cosa que estuviera a su alcance; uno de ellos arrebató la gorra de nuestro General de su cabeza cuando él descendió a tierra, la que era escarlata con una banda dorada...». La figura muestra el regocijo de esos indios de imaginaria estampa, que bailan festejando su travesura.

nalidad de esta última clase parece apreciarse tan sólo en las *Lettres édifiantes et curieuses* de los jesuitas; pero éstas estaban destinadas a «edificar» a sus lejanos lectores por el contraste entre la exagerada barbarie de las criaturas privadas de la revelación y la exaltada superioridad de los que gozaban del confortamiento cristiano.

Las fuentes proceden, por regla general, de individuos desprovistos de la mínima formación requerida por la tarea. Muchas veces se deben a soldados que no superaron su rudeza, o a fervientes sacerdotes que no pudieron quedar al margen de su fanatismo. A estas tierras no sólo no llegó, en los tiempos en que aún existían indígenas, ningún etnólogo de relieve como un Von Martius, sino que ni siquiera hubo un protoetnólogo como el padre Sánchez Labrador o incluso un viajero del espíritu inquisitivo de un Hans Staden.

Como la beligerancia fue la situación corriente entre europeos o criollos e indios, éstos mantuvieron una actitud desconfiada y elusiva frente a aquéllos, de modo que sus relaciones estuvieron limitadas a contactos intermitentes que nunca alcanzaron el grado de interacciones permanentes. Aun los cuerpos militares compuestos por indígenas no cristianizados que intervinieron en las guerras de independencia permanecían apartados de sus propios compañeros de causa; sus jefes criollos jamás comprendieron su lengua ni prácticamente conocieron nada de sus costumbres.

Desde épocas tempranas se usó el guaraní como lengua franca en el trato con cualquiera de los grupos indígenas de la región platense; por ello, la adquisición de nociones básicas sobre sus lenguas fue descuidado por completo.

Las continuas luchas, las enfermedades traídas por los europeos y el abuso del alcohol mermaron rápidamente una población aborigen que nunca fue muy numerosa en virtud del desarrollo alcanzado por sus técnicas de adaptación al medio. Los contingentes más importantes de cazadores superiores —charrúas, minuanes, que fueron los que lograron mantenerse después de los dos primeros siglos a partir de la conquista, en los que se extinguieron los grupos de agricultores inferiores— resultaron diezmados más tarde al ser empleados como tropas de choque y como defensa en las retiradas durante las luchas del período artiguista y en las posteriores contra bonaerenses, portugueses y brasileños. Los menguados restos charrúas resultaron finalmente exterminados en la matanza de Salsipuedes, ocurrida apenas dos años después de la in-

dependencia ocurrida apenas dos años después de la independencia nacional, aun cuando algunos pocos hubieran logrado internarse en el territorio de Río Grande, confundiéndose allí con grupos minuanes e incluso guaraníes, y que los capturados se hubieran mezclado, disolviéndose en la población del país. Esos sobrevivientes perdieron por completo su identidad étnica.

Los autores a los que debemos las referencias tomaron en consideración, principalmente, aquellos rasgos culturales que les resultaban más chocantes por divergir considerablemente de los de las costumbres europeas, por ejemplo, la mutilación dactilar por duelo de los charrúas. En cambio, dada la superficialidad de las observaciones, no sabemos prácticamente nada de los valores adscritos a las prácticas que tanto asombro causaban. Muy poco es, asimismo, lo que se puede rescatar de los aspectos más sutiles de su cultura, alcanzables exclusivamente mediante una convivencia prolongada en el medio social observado y siempre que se contara con un conocimiento adecuado de la lengua y una actitud indagatoria que permitiera la comprensión de sus ideas religiosas o de su organización familiar, por ejemplo.

Es sabido que la descripción etnográfica atinada, sincera y técnicamente hecha, es difícil aun hoy para los profesionales de esta disciplina. Sin embargo, no puede emprenderse ningún estudio de etnología histórica sin partir de la certidumbre de que los datos sobre las culturas indígenas aportados por la historiografía colonial y también posterior, son por lo común incompletos, superficiales, basados en observaciones apresuradas y realizadas sin ningún cuidado, en las que no se ha procurado la verificación; por lo común, además, muestran la falta de un valoración adecuada de las referencias tomadas de otras fuentes, con lo cual se reiteran errores, exageraciones y prejuicios.

Los mencionados documentos consisten por lo general en informes oficiales de variada naturaleza, y han sido hechos con otro fin que el de referir fenómenos propios de otra expresión sociocultural. El verdadero ser de las culturas americanas se esconde, se pierde, desaparece bajo el relato de las exploraciones, las acciones bélicas, las campañas evangelizadoras, los procesos judiciales, las actas fundacionales, los tratados de límites, los informes variados y las crónicas diversas. En ellos, los nombres de las parcialidades indígenas son inciertos; durante algún tiempo los indígenas de estas tierras fueron designados, genérica y vagamente, charrúas. Pero resulta notorio que un mismo nombre se asig-

naba a grupos diferentes, o por el contrario, nombres diferentes se aplicaban a un idéntico conglomerado humano. Esos mismos nombres responden a motivaciones caprichosas como distinguir una tribu por determinadas características físicas o indumentarias. Generalmente eran los «lenguaraces» quienes los aplicaban, vertiendo esas designaciones anecdóticas en el guaraní de relación. Muchas veces la denominación se daba en atención a la región que habitaban, y otras resultaba de la alteración de términos de las propias lenguas indígenas. De hecho, no sabemos cómo se nombraban a sí mismos los indígenas.

La ubicación de los grupos también es frecuentemente arbitraria, ya por el desconocimiento de la región de que adolecieron los primeros cronistas, ya por la extrema movilidad de los indígenas una vez que adoptaron el caballo. En tal sentido, la cartografía de los primeros tiempos de la conquista no arroja ningún dato de interés; los posteriores mapas jesuíticos, aunque superiores, tampoco aportan una certeza cabal más allá de apreciaciones globales, como que desde mediados del siglo XVII los charrúas pasaron a la región occidental del río Uruguay, alcanzando la zona de Santa Fe.

Todo ello complica de manera muy especial la atribución de rasgos culturales, lo que, unido a las consideraciones infundadas y muchas veces fantásticas, vuelve engorrosa la tarea de desbroce de un material bastante confuso. Y las deficiencias del mismo no pueden subsanarse apelando a la documentación emanada de la actividad cotidiana que refleje relaciones de distinto tipo con los indios, como partes militares, actas notariales y capitulares, actuaciones judiciales, etc. Fuera del hecho de que en tales documentos no abundan las referencias a los indios, cuando ello ocurre puede decirse que casi nunca agregan datos de valor etnográfico. Por ejemplo, con ser bastante numerosos los informes y partes militares referidos a enfrentamientos con los indios tanto en el período colonial como en el de independencia, no pueden desprenderse de los mismos más que indicios de la manera en que los indígenas trataban el combate, y prácticamente nada de sus ritos de guerra. Del mismo modo, son escasos los pleitos relativos a asuntos indígenas así como aquellos en que los mismos fueron parte; las actuaciones judiciales en relación a los aborígenes se dan únicamente en casos de indios «civilizados», muchos de los cuales procedían de otras regiones y grupos culturales.

Un examen cronológico de las fuentes históricas sobre los indios de la Banda Oriental muestra en ellas la fantasía medieval de los primeros exploradores; el dogmatismo y la puerilidad de los predicadores; el pintoresquismo de tantos viajeros; los preconceptos de algunos observadores (por ejemplo, la ausencia de religión entre los charrúas, según Azara) y el cientificismo vacío de otros (caso de los académicos franceses, que hacían tocar a una orquesta oculta a fin de apreciar los reacciones de los «salvajes» ante la música). Por cierto que tampoco falta —aunque en verdad se da preferentemente en los intérpretes posteriores y no en los autores de las fuentes— el tono elegíaco al exponer las virtudes de las razas desaparecidas...

Un estudio de etnografía histórica de la Banda Oriental, no obstante, sólo es posible a partir de esas fuentes, pese a su pobreza descriptiva y a sus errores de enfoque, ya que constituyen los únicos elementos disponibles para reconstruir las situaciones culturales del pasado, excepción hecha de los aportes provenientes de los estudios arqueológicos. De todas maneras, es imprescindible tener presente que un estudio hecho sobre las fuentes existentes presentará siempre limitaciones insubsanables; creer lo contrario significa incurrir en una injustificable presunción.

Vale la pena poner ejemplos: cuando vemos que el religioso y viajero francés André Thevet afirmaba a mediados del siglo XVI que «les habitants autour de la riviere de Platte sont gens de grande et haute stature, approchans plustos de la nature de Geant», sabemos que no estamos en presencia del texto de un observador directo, puesto que nunca llegó a estas latitudes, y sí en la de un repetidor de la historieta difundida por el cronista del viaje de Magallanes, Antonio Pigafetta. En este caso, la falta de verosimilitud facilita el descarte de este texto. Pero puede ocurrir que la supuesta fuente no tenga un carácter tan claramente quimérico, y en estos casos el análisis debe afinarse mucho más. No verificada con exactitud la realidad de la observación, procede, si no su tachadura, por lo menos la indicación de que se trata de un hecho dudoso. Éste es el caso de Vázquez de Espinosa, por ejemplo. Descripciones de este tipo pueden a veces reproducir observaciones directas transcritas por un autor que si bien no tuvo contacto con los indios supo asesorarse adecuadamente, o que habiéndolo tenido no llegó a reunir todos los datos necesarios, como ocurre con las referencias dejadas por Pedro Lozano.

La consideración conjunta de las fuentes es primordial para la exactitud que la etnografía histórica requiere. Para comenzar, es preciso situarlas en el marco causal que las produjo, y luego someter las afirmaciones que contengan a la prueba crucial de la comparación recíproca. Debe verificarse siempre si la referencia corresponde a una apreciación *de visu*, no alcanzando para asignarle valor el que se trate de un texto antiguo escrito por alguien que pudo haber hecho la observación pero que no está confirmado que efectivamente la haya hecho. De esta manera se depurará el corpus documental de los textos de segunda mano, se superarán las contradicciones y se confirmarán solamente las apreciaciones que no puedan ser cuestionadas en su validez.

El análisis aislado de las fuentes, despojado de sus contextos implícitos, como muchas veces se ha intentado, no conduce a su adecuada valoración. Así, vemos que el naturalista francés Alcide D'Orbigny, aun cuando visitó grupos indígenas, se limitó en gran medida a adaptar apreciaciones hechas por Félix de Azara. Otras veces la simultaneidad de testimonios diferentes referidos al mismo grupo asegura la confirmación de los datos, cosa manifiesta, por ejemplo, en los testimonios dejados por los integrantes de las comisiones de límites, como el ya mencionado Azara, José María Cabrer, Andrés de Oyarbide y José de Saldanha.

Frecuentemente ocurre que un rasgo cultural verosímil es indicado sólo por un autor, como cuando Pero Lopes de Souza describe las peculiaridades de un cementerio indígena situado presumiblemente a la altura de Maldonado. En tal situación, resulta difícil inclinarse sin otros elementos, por la excelencia del dato, ya que bien pudiera corresponder a un rasgo posteriormente perdido o a una falsa apreciación del testigo.

Empero, como criterio rector general, es preciso desechar la veneración exagerada que algunos estudiosos tienen por las fuentes documentales *per se*, lo que los lleva a aceptar como válida cualquier referencia a los indios con tal de que conste en algún escrito de época contemporánea a su existencia. No puede admitirse tal fetichismo. La falta de crítica de las fuentes, efectuada con criterios de verificación histórica y de comprensión etnológica, ha llevado con demasiada frecuencia en nuestro medio a la sobrevaloración del documento, de modo tal que a una referencia incompleta o lateral, se la ubica sin más en la categoría de «descripción válida». El ejemplo más claro lo pro-

porciona la aceptación indiscutida por muchos autores de que los arachanes poblaron el este del Uruguay actual, aunque solamente aparecen mencionados en una única y aislada noticia de comienzos del siglo XVII (Ruy Díaz de Guzmán) respecto a la cual queda la duda de si el cronista no se estaría refiriendo a territorios situados mucho más al norte. Por este camino, la reconstrucción de la vida y la cultura indígena —objetivo de la etnohistoria— se torna una acumulación de conjeturas inverificables. Y la serie reiterada de afirmaciones sin base suficiente redunda al final en la cimentación de pseudocertezas que ya no se discuten.

Cabe además señalar otro tipo de error en el análisis de los datos: su forzamiento a efectos de que encajen en un esquema conceptual previo; así, han aparecido trabajos que a toda costa querían determinar la existencia de totemismo entre los charrúas o abstraer un modo de producción propio y distintivo de ellos.

También con frecuencia se ha considerado a los grupos indígenas de este territorio aisladamente del marco espacial mayor conformado por las zonas vecinas: mesopotamia argentina, provincia de Buenos Aires, Río Grande del Sur.

Podemos intentar a continuación una revisión crítica de las fuentes, clasificándolas de acuerdo con su época y a su procedencia, lo que nos proporcionará pautas sobre sus enfoques y motivaciones principales.

1. En primer lugar tenemos las procedentes de descubridores y viajeros. Los primeros corresponden todos al siglo XVI, y sus sumarísimos y vagos textos sobre los indios abundan a veces en detalles grotescos. Así por ejemplo, Luis Ramírez en su Carta de 1528, habla de «una generación... que de la rodilla abajo tienen los pies de avestruz», aunque luego, sospechando sin duda la desconfianza de su lector, agrega que «por parecer cosa de fábula no lo escribo».

Estos autores solían consignar cosas de interés para quienes exploraran después de ellos estas desconocidas regiones, en especial el trato que podía esperarse de sus habitantes, los alimentos y la ayuda que podían proporcinarles y, sobre todo —por tener muy presentes las desagradables experiencias con los tupí-guaraníes de la costa del Brasil—, si eran o no antropófagos. Diego García, en su *Memoria* de 1526, anota refiriéndose a la costa del actual Uruguay: «hay adelante una gene-

ración que se llama los charrucíes, que éstos no comen carne humana, mantiénense de pescado y caza».

Los soldados y capellanes de las expediciones decoraron en muchas ocasiones sus desventurados afanes por establecerse en estas pobres tierras con imaginarios detalles de heroísmo que llegaron incluso a recordar hazañas homéricas. El arcediano Martín del Barco Centenera, en 1601 pinta en sus tremebundos versos al «zapicano ejército» —esto es, la montonera del cacique Zapicán— marchando al son de «trompas y bocinas», como si se tratara de tercios españoles. Los innúmeros combates relatados por Ultrich Schmidel, quien vino enganchado en la hueste de Pedro de Mendoza en 1534 y permaneció 20 años en estos parajes, resultan en cambio mucho más verosímiles.

Los viajeros llegados en la segunda mitad del siglo XVII y del XVIII (en la primera mitad del siglo XVIII faltan viajeros que dejaran descripciones) presentan ya detalles de interés económico junto a las someras y poco importantes referencias a los indígenas, hechas con el fin de dar a sus relatos un tinte exótico. Ascarete du Biscay, en 1658, dice que «el país está bien poblado de toros y vacas», y los hermanos Massiac, dos años después, agregan a este hecho que los indios reducidos «intercambian sus productos, no así aquellos que viven en los campos como los pampas y charrúas, que no se ocupan más que de criar caballos, cazar y pescar, no abrazando la religión ni cultivando la tierra».

De todos los viajeros de estos siglos, el benedictino Dom Antoine-Joseph Pernetty es el que deja la descripción más rica de un grupo presumiblemente minuán al que observa en Montevideo en 1763, en ocasión de pactar una suspensión de hostilidades con los españoles.

2. En segundo lugar, tenemos las fuentes jesuíticas, que cubren el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, cesando, como es obvio, al ser expulsada la orden de sus misiones en 1767. Conviene recordar que la importancia de la Banda Oriental se ligó por un lado al incremento del ganado cimarrón, y por otro a los intereses geopolíticos españoles y portugueses. Una vez que la Corona española hubo afirmado su dominio en los territorios situados al oriente del río Uruguay, comenzó el proceso de apropiación de los mismos y de formación de los inmensos latifundios coloniales. Para ese entonces, la Compañía de Jesús consolidaba y ampliaba su establecimiento en la región, donde se situaron sus provincias del Paraguay, Uruguay y Tape. El río Uruguay constituyó el camino obligado hacia esas reducciones de indios guara-

níes convertidos al cristianismo; además, los campos de pastoreo de las misiones tenían por límite sur el río Negro. En consecuencia, los relatos de los jesuitas corresponden a observaciones efectuadas de manera directa al recorrer esta vasta comarca, aunque ninguno convivió con las tribus locales.

Estas fuentes contienen por lo general referencias breves, llenas de animosidad por la resistencia de charrúas, minuanes y yaros a someterse al sistema de doctrinas o reducciones, así como por el apoyo que éstos prestaban asilándolos en sus toldos, a los guaraníes evadidos de los pueblos organizados por los misioneros. Pero aunque sus crónicas trasuntan casi siempre fanatismo y temor, contienen por lo general valiosos detalles. A algunos padres debemos observaciones únicas, que no siempre son dignas de entera confianza: a Antonio Sepp (1691) sobre los yaros; a Cayetano Cattáneo (1730) sobre los guenoas y otras parcialidades que se encontraban entonces en la zona del curso inferior del río Uruguay; a Ignacio Chomé (1730) y a José Cardiel (1747), sobre los charrúas salteadores de los campos de Santa Fe.

Por lo general en esos relatos se acentúa la ferocidad de los «salvajes» o «bárbaros» para resaltar por contraste la mansedumbre de los indios que habían aceptado su tutela. Desgraciadamente no hubo en la Banda Oriental ningún misionero que dejara estudios extensos y detallados de los indios de esta parte, como lo hizo Martín Dobrizhoffer respecto de los abipones y Florián Paucke de los mocobíes.

Sin embargo, los jesuitas produjeron los mejores mapas de la región, y el cotejo de los mismos permite determinar los desplazamientos tribales realizados durante el siglo y medio que cubren sus trabajos cartográficos.

3. En tercer lugar se ubican las fuentes procedentes de funcionarios o militares españoles y portugueses, que de manera general abarcan desde mediados del siglo XVIII a comienzos del XIX. Habiéndose agudizado la disputa entre las coronas por el dominio de la Banda Oriental, cobró entonces importancia el reconocimiento de los límites acordados por diversos tratados. Aunque las «memorias» redactadas por los integrantes de comisiones demarcadoras son documentos dictados por el interés político y económico, contienen los mejores testimonios sobre los grupos indígenas entonces existentes. Cierto es que éstos ya se encontraban profundamente aculturados y en proceso de extinción.

Estos autores contaban con una cierta formación científica —especialmente en matemáticas y náutica— y no fueron ajenos a las ciencias naturales, sobre las que algunos dejaron importante obra. Sus informes están escritos con el desapasionamiento propio del funcionario que cumple con su tarea.

Entre todos, descuella Félix de Azara, ya que fue quien dejó las referencias más amplias y completas sobre los indios de la región. Manejó además un concepto explícito de etnia que prefigura las definiciones actuales. Fue también el primero que intentó la crítica de los cronistas que lo precedieron, apreciando justamente la razón determinante de su dichos. A este respecto señala que

> ni los conquistadores ni los misioneros han pensado jamás en hacer una discripción de (las) diferentes naciones indianas, sino únicamente los primeros, en realzar sus proezas y los segundos, en ponderar sus trabajos.

Algunas de las más precisas descripciones de primera mano se deben a los responsables de estas fuentes, como por ejemplo a José de Saldanha (1786-1787) sobre los minuanes, en la que se destaca el grado de deculturación a que habían llegado en ese entonces; y a Andrés de Oyarbide (1801-1802) respecto a los últimos remanentes de los chanaes.

De manera general revelan una profunda experiencia en el trato con los indígenas, lo que redundó en la práctica en una actitud más comprensiva, en un mayor respeto por la dignidad humana de éstos, cuya expresión más clara la ofrece José María Cabrer (1784-1786).

Pero del mismo modo que en las fuentes jesuíticas se deja ver el cálculo de si las parcialidades descritas podrían eventualmente engrosar su redil, en las de los demarcadores se denuncia el examen de las mismas como aliadas, enemigas o indiferentes frente a posibles conflictos fronterizos y, cuando menos, la ayuda que podían prestar como guías, baqueanos o peones en las tareas de exploración a cumplir.

4. En un cuarto lugar, cronológicamente consideradas, hay que situar las fuentes del período de la independencia. Proceden en su mayoría de militares y siendo escasas en número, presentan un rico contenido. Entre ellas merecen especial consideración los *Apuntes* del brigadier general Antonio Díaz, así como por la *Noticia* entregada al

doctor Teodoro Vilardebó por el sargento mayor Benito Silva. Antonio Díaz tuvo a sus órdenes durante las luchas de 1811 cuerpos armados de charrúas que apoyaron la causa artiguista; posteriormente se sirvió como informante de «una cautiva bastante despejada» ...que estaba «al servicio de su familia y que poseía medianamente» el idioma español, según él mismo lo consignó. Benito Silva vivió entre los charrúas en 1825, frecuentándolos además en otros momentos, incluso después de la acción de Salsipuedes, ya que aporta datos del año 1840.

Las observaciones de Díaz agregan elementos demostrativos de la pérdida por parte de los charrúas de esa época de elementos culturales propios. Dejó además una descripción de sus procedimientos terapéuticos que es, por otra parte, un relato único. El valor de su testimonio, sin embargo, decrece cuando reitera cosas dichas por Azara o extrapola costumbres de los indios pampas atribuyéndolas a los de estas regiones.

Las referencias de Benito Silva pueden considerarse, sin duda, como las mejores de cuantas se hicieron sobre los charrúas. Ya hemos aludido a su conocimiento de la lengua de éstos, debiendo agregar que a él se debe el único vocabulario —lamentablemente exiguo— de la misma. Sus informaciones confirman y precisan otras anteriores, pese a que es claro que muchos rasgos culturales indígenas denotan modificaciones y pérdidas.

5. Por último, cabe consignar los estudios realizados por científicos profesionales que viajaban en busca de la documentación más completa posible sobre los indígenas, aunque lamentablemente ello ocurrió cuando los últimos grupos de aborígenes se encontraban en vías de su extinción total.

El naturalista francés Alcide D'Orbigny, entre mediados de 1828 y principios de 1829, apreció en Montevideo algunos charrúas «incorporados al ejército de los independentistas». Este autor se manejó con criterios objetivos, pero suele tomar sus referencias de Azara, por lo que en esa medida pierde el carácter de «fuente».

Otro naturalista francés llegó a esta tierra en 1820: Augusto de Saint-Hilaire. Los únicos charrúas que vería serían los llevados a París por François de Curel en 1832; no obstante, recogió un relato de primera mano de un alférez anónimo y del brigadier Juan Carlos Saldanha, que habían tratado a charrúas y minuanes en sus andanzas guerreras. Entrevistó también en Porto Alegre a antiguos soldados artiguistas

indios —presumiblemente guaraníes de las misiones— que se hallaban prisioneros.

Los únicos indígenas que fueron objeto de observación atenta fueron los llevados a París, a los que ya se ha hecho referencia. Por cierto que la mayoría de los informes hechos sobre ellos, pese a sus pretensiones científicas, casi nada agregan de valor desde el punto de vista etnográfico; más que al avance de la investigación antropológica estos supervivientes a la masacre de 1832 sumidos en la desesperación, famélicos y enfermos, apenas sirvieron para satisfacer la curiosidad de los frívolos de entonces. Sin embargo, y gracias al interés que despertaron, contamos con algunos informes interesantes sobre algunos de sus comportamientos, así como una descripción del parto de Guyunusa que consigna detalles que de otra manera hubieran permanecido ignorados.

No es posible cerrar esta revisión de las fuentes sin hacer mención al desinterés que los hombres cultivados de nuestro país en el siglo pasado mostraron por los anteriores habitantes del territorio. En una época en que aún vivían remanentes de los grupos indígenas, que hubieran servido de informantes, nadie pareció preocuparse por interrogarlos para salvar del olvido las tradiciones de sus desechas culturas. Antes bien, incurrieron en confusiones imperdonables que hubiera sido sencillo corregir, como la de creer que los charrúas formaban parte del conjunto de pueblos guaraníes y que hablaban una variante dialectal de esa lengua (para verificar este punto en concreto, dentro de un vasto conjunto de suposiciones erróneas, basta con remitirse a la *Historia del Territorio Oriental* de Juan Manuel de la Sota, publicada en 1841, que vino a ser, por lo tanto, la primera Historia Nacional).

De ese amplio panorama de descuido intelectual —que seguramente se originó en el difundido desprecio por los indios— hay que rescatar las actuaciones de Dámaso A. Larrañaga, que se preocupó por obtener informaciones de ancianos chanáes entre 1815 y 1816, y de Teodoro Vilardebó, que recogió los recuerdos del ya mencionado Benito Silva, así como de «una china» (una sirvienta) del estanciero Manuel Arias, en 1842.

El comienzo de una corriente de interés por las extinguidas culturas indígenas entre los intelectuales del país comenzó sobre la última década del siglo y gracias a la obra del escritor Eduardo Acevedo Díaz. Por esa época la gran mayoría de los charrúas sobrevivientes de la campaña que contra ellos dirigió el general Fructuoso Rivera en 1832, se-

guramente habían muerto, y los que en aquel entonces eran niños, ya entrarían en la vejez. De todas maneras, nadie recogió los recuerdos de aquellos que después de la encerrona de Salsipuedes fueron puestos a cargo de distintos montevideanos en condición de servidumbre.

El 19 de agosto de 1890, bajo el título *La boca del tigre*, Acevedo Díaz publicaba en el diario que dirigía —*La Época*— un relato de esos últimos combates de los charrúas. Fue su primer trabajo basado en las memorias inéditas de su abuelo materno, el general Antonio Díaz, a las que añadió materiales dejados por su tío el coronel Antonio Díaz (hijo). Al año siguiente continuaría esa exhumación documental con *Etnología indígena: la raza charrúa a principios de este siglo*, mucho más importante desde el punto de vista etnográfico.

No puede pasarse por alto que apenas un año más tarde (1892) aparecía el libro que funda la arqueología nacional: *Los primitivos habitantes del Uruguay*, de José H. Figueira.

El artículo de Acevedo Díaz de 1890 provocó la respuesta del coronel Modesto Polanco (también publicada en *La Época*, el 16 de septiembre de ese año), quien señalaba que había conocido los «restos [de la tribu charrúa] al mando del cacique Sepé con sus respectivas familias», por lo que exponía sus recuerdos y corregía algunos datos consignados por Acevedo Díaz. Casi medio siglo más tarde, un artículo de Pablo Lavalleja Valdés (aparecido primeramente en la revista *Campos y Arados* de septiembre de 1937) evocaba, a partir de testimonios directos, los últimos años y la muerte de Sepé, complementando lo anotado por Polanco. Éstas son las últimas referencias conocidas provenientes de testigos que, efectivamente, trataron a indios de este territorio.

Capítulo II

LAS CULTURAS INDÍGENAS PREHISTÓRICAS DEL ACTUAL TERRITORIO URUGUAYO

Cuando se aborda el estudio de culturas del pasado, para que pueda llegarse a un nivel adecuado de conocimiento resultan imprescindibles los aportes de la arqueología. En un caso como el del Uruguay, donde se cuenta con relatos de valor etnográfico elaborados en épocas históricas, los análisis arqueológicos significan una ayuda fundamental también para verificar las afirmaciones contenidas en esos documentos sobre etnias que existieron hasta tiempos relativamente recientes.

Por razones que expondremos brevemente, no es mucho, sin embargo, lo que los trabajos arqueológicos realizados en este país han proporcionado para poder alcanzar una comprensión más acabada de la vida cotidiana de los indígenas de época prehispánica. Pero, de todas maneras, han puesto en claro algo que puede parecer obvio pero que sin embargo por no reconocerse, oscureció las concepciones que se tenían sobre las sociedades y culturas indígenas: que en este territorio se sucedieron varios estratos culturales con anterioridad al desarrollo de las culturas conocidas a la llegada de los europeos.

Hasta tiempos ya próximos al presente, el relevamiento arqueológico del territorio nacional no se hizo de manera sistemática, siendo pocos, por otra parte, los trabajos que fueron conducidos mediante una técnica depurada. La mayor parte de las veces fueron arqueólogos aficionados los que actuaron, llevados generalmente por el propósito de rescatar algunos objetos líticos o cerámicos particularmente valiosos, lo que en demasiadas ocasiones arrojó el previsible resultado de que los yacimientos quedaron estropeados o destruidos. Casi nunca, en consecuencia, se rescataban elementos del contexto del yacimiento como

para que se pudieran adelantar algunas hipótesis con un grado mayor de afinamiento sobre aquellas sociedades y culturas desaparecidas. Fue de hecho imposible establecer algún tipo de serie cronológica, y ello generalmente se atribuyó —a veces con razón, ciertamente— tanto al hecho de que en la mayoría de los casos se trató de hallazgos casuales o semicasuales de piezas que se encontraban en la superficie del terreno, como a la humedad y acidez de los suelos, lo que no facilitaba la conservación de los materiales orgánicos, perjudicándose así la medición de su antigüedad por el método del carbono 14. Al respecto debe tenerse en cuenta también que por demasiados años hubo grandes dificultades técnicas y económicas para proceder a tareas de datación con esa técnica; los equipos necesarios, en realidad, acaban de instalarse en el país.

La actividad en gran medida rutinaria, tendiente únicamente a nutrir colecciones, de una arqueología nacional que ya pudiera considerarse tradicional, se vio sacudida violentamente en 1955 con el descubrimiento por el arqueólogo Antonio Taddei (1964) de un yacimiento precerámico en la zona del arroyo Catalán, al norte del país. El tipo arcaico de la industria lítica encontrada hizo que no pudiera ser atribuida a ninguno de los grupos tribales indígenas históricamente conocidos, lo que obligó a replantear completamente el problema de los horizontes culturales de este territorio. Poco después, en lugares próximos ubicados sobre el río Cuareim, se identificó otra industria lítica. Varios investigadores nacionales, desde la perspectiva de distintas especializaciones, abordaron el análisis de las «culturas catalanense y cuareimense» (Chebataroff, 1962; Vidart, 1962; Campá Soler y Vidart, 1962). Un sorprendente entusiasmo por el hallazgo ganó al público lego en asuntos arqueológicos, acaso estimulado por algunos de los que primeramente publicaron artículos sobre ese asunto, llegando uno de ellos, con ingenua exageración, a asegurar que se estaba ante «la industria lítica más antigua de América» (Campá Soler, 1962); casi no hace falta que se diga que tal opinión no ha sido de recibo entre los especialistas, aunque tal vez valga la pena para entender mejor este fragmento de la historia de la arqueología del Uruguay, tener en cuenta que en 1959 Taddei llevó a la zona de los arroyos Catalán a Campá Soler y Dick Ibarra Grasso, siendo conocidas las posiciones de este último respecto a asignar una antigüedad mayor al poblamiento de América que la que entonces y luego se ha admitido. Pero esos yacimientos

también dieron lugar a que fueran estudiados con el criterio de interpretar su significación dentro del panorama global de las industrias protolíticas ya conocidas de América del Sur (Bórmida, 1964 a y b; Schobinger, 1969); con ello, la prehistoria del territorio nacional dejó de verse de manera circunscrita a su limitado espacio. En los últimos años ha venido creciendo entre los profesionales de la arqueología una cierta actitud de revisión de lo aceptado en un principio sobre los productos librados por los yacimientos del Catalán y el Cuareim, discutiéndose si justifican su identificación en términos de «culturas» o si deben ser consideradas solamente como «industrias»; pero esas apreciaciones no han dado lugar a estudios publicados que permitan examinar con nuevos criterios y en ámbito público la compleja temática referida al poblamiento temprano de esta parte del continente.

La construcción de una gran presa hidroeléctrica en el Salto Grande del río Uruguay dio pie a un amplio proyecto de exploración arqueológica en el espacio que habría de ser cubierto por las aguas del lago artificial que se formaría y que comenzaría a llenarse en 1979. Ésta ha sido hasta el presente la mayor empresa arqueológica realizada en el país, la cual difícilmente podrá ser superada en términos previsibles por la dimensión de los recursos puestos en juego, el número y la calificación de los expertos en diversas disciplinas que intervinieron y la extensión de la zona en la que se trabajó. Contó con financiación del gobierno del Uruguay, de la UNESCO y del gobierno de Francia, a través de la Dirección General de Relaciones Culturales, Científicas y Técnicas del Ministerio de Asuntos Extranjeros. La directora científica del proyecto, que comenzó las acciones previstas, fue Annette Laming-Emperaire, quien fallecería poco después; continuaría en su lugar Niède Guidon. Iniciados los trabajos en 1977, y aunque se ordenaron de acuerdo a los criterios de la arqueología de urgencia, arrojaron resultados que implican significativos avances en el conocimiento de diversos aspectos de la prehistoria de la región. El proyecto proporcionó, asimismo, a los arqueólogos jóvenes del país la oportunidad de adquirir una invalorable experiencia junto a los técnicos extranjeros. Los amplios y detallados informes resultantes se han publicado sólo parcialmente y con retraso; habiéndose previsto que abarcarían varios tomos, el Ministerio de Educación y Cultura del Uruguay únicamente ha dado a la prensa dos *(Misión de Rescate Arqueológico*, 1987 y 1988). Habiendo allí, como era de esperar, importantes aportes —como el de Annie

Houot sobre los *Resultados de los trabajos arqueológicos anteriores en la región del proyecto y zonas vecinas*, (1987) y, en medida algo menor, el de Cavellini referido a la *Síntesis etnohistórica* (1987)— se desaprovechó la posibilidad de componer una útil bibliografía crítica (tomo I) ya que si bien la realizada comprende una vastísima cuantía de títulos, solamente se concede valor científico a los informes técnicos de excavaciones; los breves comentarios que acompañan la indicación de cada trabajo reflejan demasiado la soberbia intelectual resultante de la insuficiente formación teórica —y tal vez la animosidad personal— de quien los hizo, pues aprovechó para descalificar todos los intentos de presentar un panorama comprensivo global de las culturas indígenas del área. Tal orientación limita en extremo el ámbito de la arqueología, negando su finalidad de reconstruir las sociedades y culturas desaparecidas al reducirla al estrecho marco de la descripción, lo que precisamente significa despojarle de su estatuto científico. Las conclusiones conocidas de la Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande deben complementarse con otros trabajos realizados en la zona con anterioridad (Caggiano, Cigliano y Rafino, 1971; Lafón, 1971) o como resultado de investigaciones hechas entonces (Austral, 1977; Baeza *et al.*, 1977; Caggiano, 1984) que también toman en cuenta los hallazgos efectuados en la parte occidental del río Uruguay.

En otras zonas del país —y lógicamente con recursos menores que sin duda han impedido muchas veces logros más exitosos— se desarrollaron en la misma época varias exploraciones arqueológicas: en la región del este, comprendida la faja costera (Baeza y Bosch, 1973; Bosch *et al.*, 1973; Baeza *et al.*, 1974); en la región central del país, sobre el río Negro (Taddei, 1969 y 1985; Baeza, 1984; Cabrera *et al.*, 1991), y al norte del mismo, en Paypaso, sobre el río Cuareim (Austral, 1982). Pero los trabajos arqueológicos que han presentado mayor continuidad, y de los que se espera importantes resultados, son los realizados en la zona de bañados del este del país, en los popularmente llamados «cerritos de indios». Estas construcciones ya habían sido objeto de atención por parte de algunos estudiosos de épocas anteriores (Figueira, J. H., 1894; Ros, 1900; Ferrés, 1927) y nosotros mismos señalamos la necesidad de su estudio (Pi Hugarte, 1969:12), pero allí también se ha debido proceder de acuerdo a los parámetros de la arqueología de urgencia, porque la utilización de esos campos para la producción arrocera amenaza seriamente los «cerritos». Éstos consisten en amontona-

mientos de tierra artificiales, de forma circular o subcircular, cuyo tamaño varía desde unos 5 metros de diámetro a algo más de 30, y cuya altura no sobrepasa los 3 metros, aunque a veces es de apenas medio metro sobre la superficie del terreno. Ubicados en la cuenca de la laguna Merín, se extienden por las tierras igualmente llanas que ahora están dentro de los límites del Río Grande del Sur.

Tradicionalmente se creyó que esos montículos habrían sido levantados por los antiguos habitantes para precaverse de las inundaciones de los campos, tan frecuentes aún hoy. También se ha pensado que fueran el resultado de la acumulación de desperdicios domésticos, por señalar un lugar de establecimiento humano, lo que no resulta descartable. Las excavaciones sistemáticas de los mismos comenzaron en 1986 y pusieron de manifiesto que todos los «cerritos» fueron utilizados para inhumar a los muertos, encontrándose tanto restos de entierros primarios como secundarios, lo que ha llevado a considerarlos exclusivamente como estructuras funerarias. El mayor argumento a favor de esta tesis es que sobre la próxima sierra de San Miguel también se encuentran «cerritos» que no pudieron, obviamente, servir de refugio en los casos en que las aguas cubrieran la planicie adyacente; pero, desde luego, tal comprobación no excluye que las sepulturas se hiciesen en los mismos lugares elegidos para la residencia, que indudablemente debieron crecer por el constante agregado de restos alimenticios y de cenizas y carbones de los fogones hasta llegar a conformar un montículo, como ha ocurrido en tantas culturas.

Se ha pensado también que si fueron construidos ex profeso, habría que suponer la existencia de grupos humanos numerosos que pudieran aportar la mano de obra requerida para elevarlos, lo que ha llevado a considerar que los grupos que ocuparon esos terrenos eran sedentarios. Los restos hallados indican que los antiguos habitantes de esa región supieron sacar todo el partido posible al medio en que se instalaron, aprovechando las posibilidades que los extensos bañados ofrecían para la cacería y la recolección; pero eso no demuestra por sí solo que las poblaciones allí establecidas tuvieran que ser más numerosas que las que normalmente se acepta que pueda soportar un hábitat de ese tipo, sometido a una explotación económica fundada eficientemente en la caza y la recolección. Debe tenerse en cuenta el demorado tiempo que pudo tardar en formarse un «cerrito» por acumulación paulatina de restos, o de erigirse mediante el acarreo de tierra

y valorar ese hecho a la luz de que se conoce sobre los pueblos nómadas, que por lo común se desplazan dentro de un espacio que aunque de extensión variable es generalmente determinado, estableciéndose en ciertos sitios de acuerdo con ritmos que muchas veces responden a las variaciones estacionales.

Los fechados radiocarbónicos indican que los «cerritos» comenzaron a elevarse hace unos 2.000 años, y que fueron abandonados hacia la época en que los primeros europeos llegaron al Plata, no pudiendo establecerse si respondió a esa o a otras circunstancias. Aunque algunos sostienen que las conclusiones que se vayan extrayendo del estudio de los «cerritos» habrán de aparejar una revisión completa de los conceptos generales hasta ahora aceptados respecto a la prehistoria de esos territorios, no parece que así vaya a ocurrir. De todas maneras aún es temprano para sacar conclusiones definitivas. Vale la pena, entretanto, destacar que también estos estudios han sido seguidos con gran interés por la prensa y el público general, que parece encontrar en ellos motivos para reflexionar sobre la identidad nacional. Los arqueólogos que trabajan en la zona ya han producido bastantes publicaciones, esperándose nuevos trabajos que se encuentran en elaboración; cada uno de ellos ha implicado un paso más en la profundización de lo que se sabe de los antiguos habitantes de esos lugares (Femenías *et al.,* 1989; López Mazz y Bracco, 1989; Bracco, 1990; Cabrera y Femenías, 1990; López Mazz, 1990; Bracco y Nadal, 1991).

Los trabajos arqueológicos de la región de la laguna Merín han originado también relaciones con estudiosos de Río Grande del Sur, traducidas en enriquecedoras discusiones en diversos foros científicos. De hecho, es imprescindible tener en cuenta los avances realizados en ese estado brasileño en lo que tiene que ver con el conocimiento de una prehistoria que en una enorme medida es común (Brochado, 1975; Schmitz y Brochado, 1981; Kern, 1991; Mentz Ribeiro, 1991; Schmitz, 1991). Se hace necesario, empero, unificar la denominación dada en los distintos ámbitos académicos —incluidos los de la Argentina— a las «culturas», «industrias» y «tradiciones», que como es corriente reciben su nombre en función del sitio en que fueron identificadas por primera vez; sobre todo, es importante para la arqueología uruguaya clarificar la equivalencia de las «tradiciones» riograndenses llamadas «Umbú», «Vieira», «Sambaquiana» y «Guaraní».

Es posible que persistan siempre algunas incógnitas, especialmente en lo que tiene que ver con la atribución de artefactos arqueológicos a los pueblos que llegaron a ser históricamente conocidos. Para la arqueología que puede considerarse tradicional, fue frecuente asignar un determinado tipo de industria lítica o cerámica a algún grupo que se supuso pudo haber vivido en la zona del hallazgo, lo que dio lugar a la presentación de conclusiones provisionales —cuando no meramente conjeturales— como si fueran hechos cuidadosmente verificados. El caso es que la dificultad para llegar a ese tipo de comprobaciones deriva del hecho de que se carece de toda descripción original confirmatoria de cómo los distintos grupos indígenas fabricaban su utilaje, así como de las razones a las que respondía su estilo. Ningún cronista dejó el relato del modo en que un indígena tallaba una punta, pulía una piedra de boleadora o modelaba un tiesto, ni, en consecuencia, por qué les daba determinada forma. Y a estos efectos debe destacarse que muchos de los autores de las fuentes realizaron sus observaciones en épocas en que subsistían las industrias originales.

También debe apreciarse la gran dificultad existente para hacer clasificaciones tipológicas satisfactorias de objetos de industria lítica referidas a las áreas que se cree ocuparon los distintos grupos históricamente conocidos. Eso ocurre no sólo porque muchas colecciones privadas no son accesibles a los investigadores, sino también porque la gran mayoría de las conocidas fueron realizadas sin ningún criterio técnico. En el caso particular de las piedras de boleadoras, el establecimiento de tales seriaciones tipológicas, como se ha hecho en la Argentina (Alberto Rez González, 1953), se ve perjudicado por el hecho conocido de que las piezas, encontradas por casualidad, fueron largamente usadas por los mismos indios y luego por los criollos, lo que ha aparejado una extraordinaria dispersión en el terreno de sus distintos tipos.

Los estudios arqueológicos, empero, han puesto de manifiesto que el poblamiento del país se cumplió en oleadas sucesivas que significaron otros tantos estratos culturales. La comparación de esos datos con los de las fuentes documentales indica que únicamente los grupos correspondientes a las últimas etapas del proceso ocupaban este territorio en el momento de la llegada de los europeos. Esa superposición de culturas señala que el área constituyó una suerte de *cul de sac* donde buscaron refugio aquellas poblaciones desplazadas de sus hábitats an-

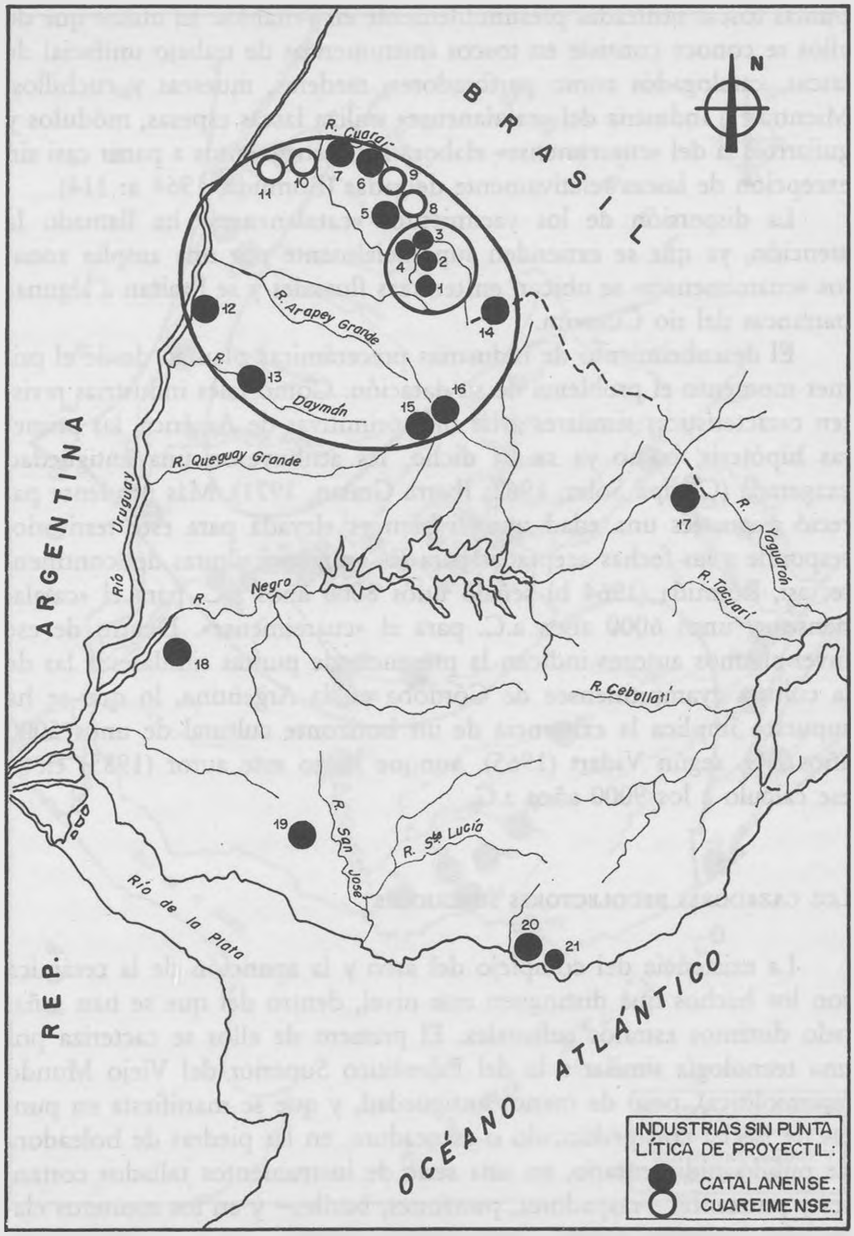
teriores, por cambios ocurridos en el medio o por la presión de otros pueblos que contaban con un desarrollo técnico mayor. La migración de poblaciones portadoras de acervos culturales peculiares hacia este territorio ha sido erróneamente considerada alguna vez como un proceso de difusión cultural, a pesar de que este conocido mecanismo del cambio en la cultura suponga solamente la transferencia de rasgos y complejos culturales sin la radicación permanente de grupos humanos en un nuevo sitio; por cierto que los individuos transplantados pueden resultar agentes de difusión cultural, pero eso ya es otra cosa. Por otro lado, no existen indicios que permitan afirmar la creación local de ninguno de los elementos culturales de los indios del área.

No hay un acuerdo unánime respecto a los estratos culturales identificables en el Uruguay indígena más allá de los de características más generales, y tampoco sobre la antigüedad de cada uno, la atribución de vinculaciones culturales con otros pueblos del continente o la composición racial de los grupos implicados en dichos estratos. Los esquemas interpretativos de la prehistoria del Uruguay se construyeron definiendo áreas y secuencias culturales que tomaban en cuenta las características de un material arqueológico recogido de la superficie o procedente de excavaciones realizadas con el único fin de obtener objetos para nutrir colecciones. Esos modelos teóricos han continuado influyendo en las concepciones globales manejadas al respecto. Si bien se está ya en condiciones de elaborar interpretaciones que cuenten con el apoyo de los trabajos arqueológicos realizadas en los últimos tiempos, aún no se ha emprendido esa tarea, la cual, de todos modos, no es previsible que vaya a introducir modificaciones significativas a la tipificación socioeconómica de los estratos culturales principales, tal como se los ha especificado desde tiempo atrás.

A continuación se intenta una somera exposición de los mismos.

Los cazadores recolectores inferiores

El primer nivel, desde el punto de vista evolutivo y seguramente cronológico, lo ocupan los grupos de cazadores inferiores, de los que sirven de indicador las industrias líticas de tipo «catalanense» y «cuareimense». Las del primer tipo parecen corresponder a una cultura de cazadores que desconocían la flecha y en cuyas últimas facies aparecen



Industrias sin punta lítica de proyectil.

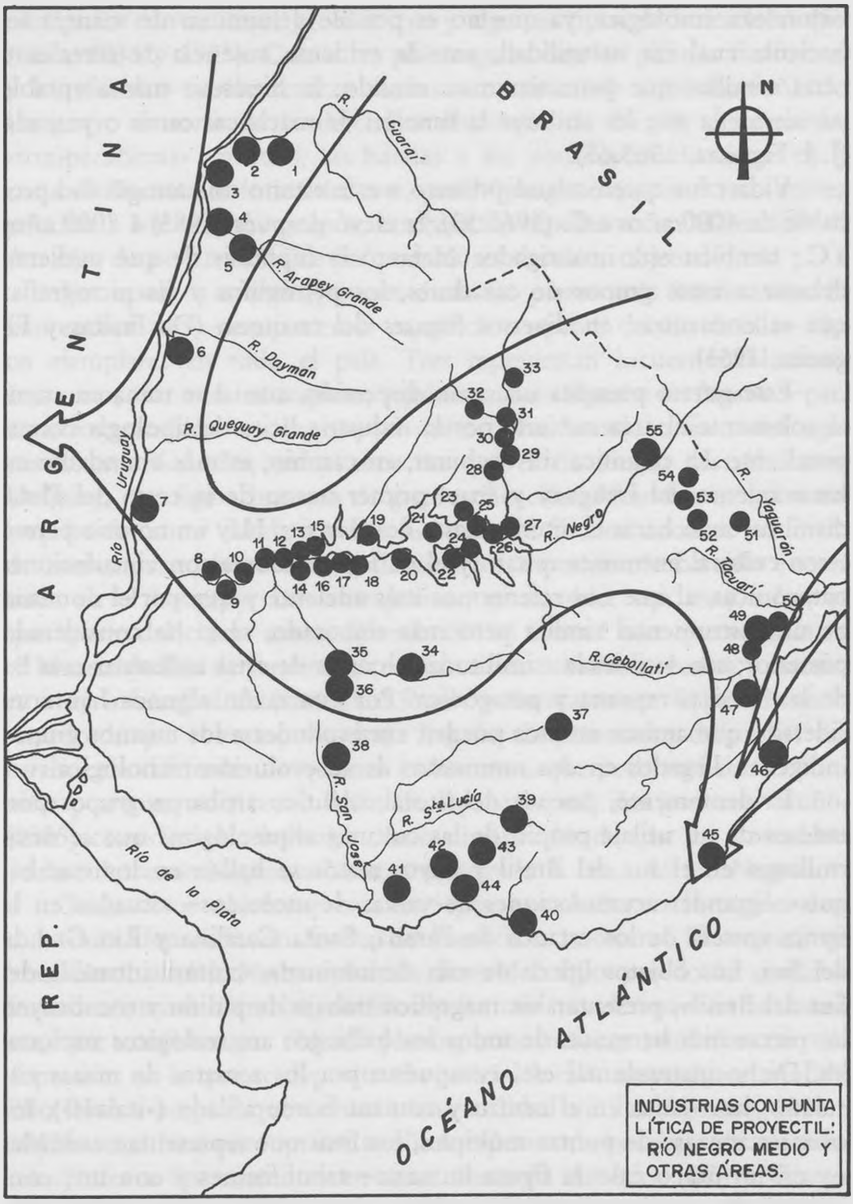
puntas toscas utilizadas presumiblemente en venablos. El utilaje que de ellos se conoce consiste en toscos instrumentos de trabajo unifacial de lascas, catalogados como perforadores, raederas, muescas y cuchillos. Mientras la industria del «catalanense» utiliza lascas espesas, módulos y guijarros, la del «cuareimense» elabora sus instrumentos a partir casi sin excepción de lascas relativamente delgadas (Bórmida, 1964 a: 114).

La dispersión de los yacimientos «catalanenses» ha llamado la atención, ya que se extienden superficialmente por una amplia zona; los «cuareimenses» se ubican en terrazas fluviales y se limitan a algunas barrancas del río Cuareim.

El descubrimiento de industrias precerámicas planteó desde el primer momento el problema de su datación. Como tales industrias revisten características similares a las más primitivas de América, las primeras hipótesis, como ya se ha dicho, les atribuyeron una antigüedad exagerada (Campá Soler, 1962; Ibarra Grasso, 1971). Más prudente pareció asignarles una edad que, si bien es elevada para este territorio, responde a las fechas aceptadas para las antiguas culturas del continente; así, Bórmida (1964 b) señaló unos 8000 años a.C. para el «catalanense» y unos 6000 años a.C. para el «cuareimense». Dentro de ese nivel algunos autores indican la presencia de puntas similares a las de la cultura ayampitinensee de Córdoba en la Argentina, lo que se ha supuesto implica la existencia de un horizonte cultural de unos 5000 años a.C. según Vidart (1965), aunque luego este autor (1985) elevó ese cálculo a los 9000 años a.C.

Los cazadores recolectores superiores

La existencia del complejo del arco y la aparición de la cerámica son los hechos que distinguen este nivel, dentro del que se han señalado distintos estratos culturales. El primero de ellos se cacteriza por una tecnología similar a la del Paleolítico Superior del Viejo Mundo (epimiolítica), pero de menor antigüedad, y que se manifiesta en puntas de flecha con pedúnculo o escotadura, en las piedras de boleadora de pulido rudimentario, en una serie de instrumentos tallados cortantes y punzantes —raspadores, punzones, buriles— y en los morteros elaborados mediante pulido. Estos últimos objetos —ya se acepte su adscripción a este nivel o a otro superior— provocan un problema de



Industrias con punta lítica de proyectil: Río Negro, Medio y otras áreas.

naturaleza etnológica, ya que no es posible determinar de manera fehaciente cuál era su utilidad, ante la evidente ausencia de cereales u otras semillas que permitieran su molido; la hipótesis más aceptable parece ser la que les atribuye la función de machacar carne o pescado (J. J. Figueira, 1965:65).

Vidart fue quien asignó primero a este estrato una antigüedad probable de 4000 años a.C. (1965:53), la elevó después (1985) a 8000 años a.C.; también este investigador adelantó la hipótesis de que pudieran deberse a estos grupos de cazadores, los petroglifos y las pictografías que se encuentran en diversos lugares del territorio (De Freitas y Figueira, 1953).

Este estrato presenta una gran dispersión, aun si se toma en cuenta solamente el área cubierta por la industria lícita de tipología correspondiente. La cerámica sin cochurar, en cambio, es más abundante en las márgenes del Uruguay y en el primer tramo de la costa del Plata, disminuyendo hacia el interior hasta desaparecer. Hay un notorio parentesco cultural entre este estrato y el de los cazadores con vinculaciones patagónicas, al que nos referiremos más adelante y que por el dominio de un instrumental similar pero más elaborado, se le ha considerado posterior; son visibles las similitudes técnicas de estas industrias con las de las áreas pampeana y patagónica. Por esta razón algunos han considerado que ambos estratos pueden corresponder a los mismos grupos indígenas, llegados en dos momentos de su evolución tecnológica.

Evidentemente, por vía del litoral atlántico arribaron grupos portadores de un utilaje propio de las culturas arqueológicas que se desarrollaron en el sur del Brasil y cuyos restos se hallan en los «sambaquís» —grandes acumulaciones de valvas de moluscos— situados en la franja costera de los estados de Paraná, Santa Catalina y Río Grande del Sur. Los objetos líticos de esta denominada «cultura intrusiva del Sur del Brasil», presentan un magnífico trabajo de pulido y constituyen las piezas más hermosas de todos los hallazgos arqueológicos nacionales. Dicho instrumental está compuesto por los remates de mazas circulares, horadadas en el centro y con un borde afilado («itaizás»), los «rompecabezas» de puntas múltiples, los litos que representan animales —y en un único caso la figura humana— tabuliformes y con una concavidad en una de sus caras, las piedras lenticulares de honda, los bastones o pilones fusiformes, las piedras con hoyuelos («rompecocos»), las hachas pulidas de doble escotadura, las placas planas y cilíndricas

esculpidas con motivos geométricos y algunos tipos de boleadoras (Serrano, 1936 y 1955). Como las placas grabadas, los pilones fusiformes y los «itaizás» se encuentran exclusivamente en la zona ribereña del Uruguay, al norte de la desembocadura del río Negro, mientras los «rompecabezas» erizados, las hachas y los zoolitos predominan en la zona de la costa atlántica del este, puede pensarse que acaso no correspondan a los mismos grupos; también se hipotetizó en el sentido de dos vías de penetración de los portadores de estos objetos.

Los zoolitos constituyen sin duda las piezas más interesantes. Se han encontrado —siempre en la superficie o apenas debajo de ella— cinco ejemplares en todo el país. Tres representan incuestionablemente aves, uno, que está incompleto, representa para algunos un lagarto —para nosotros, también un ave—, y el quinto, encontrado a fines del siglo pasado en Mercedes, en la zona en que el río Negro desemboca en Uruguay, una figura humana de gran estilización. Abundan en los «sambaquís» de Santa Catalina y Río Grande del Sur los zoolitos en forma de aves y peces; hasta ahora, ninguna pieza pisciforme ha sido encontrada en el Uruguay. Los antropolitos, en cambio, son muy raros, ya que aparte del citado anteriormente sólo se conoce uno que se halla en el Museo de Río de Janeiro y que en cuanto a calidad técnica y estética es muy inferior al de Mercedes. Puede aventurarse una hipótesis en el sentido de que el antropolito haya llegado allí por manos de grupos culturalmente diferentes de quienes lo hicieron, que podrían haberlo obtenido por trueque o como botín de alguna expedición guerrera. Muñoa (1965) consideró ese hallazgo como una prueba de que los portadores de la cultura sambaquiana habrían alcanzado la boca del río Negro.

Todos esos objetos presentan —por lo común en la región ventral— una depresión en forma de bandeja o mortero. El arqueólogo brasileño Ladislao Netto señaló a fines del siglo pasado la similitud formal existente entre los zoolitos y las tabletas de «paricá» amazónicas, que consisten en objetos planos, zoomorfos y también con una depresión en la que se deposita el «paricá», hierba alucinógena molida. Ello llevó a aceptar que tuvieran una utilidad similar (Serrano, 1936 y 1941); otros han visto en los zoolitos especies de bandejas de ofrendas semejantes a las existentes en otras áreas de América (Ibarra Grasso, 1971). No se ha podido, sin embargo, determinar dentro de la flora nativa qué planta podría proporcionar polvos, estimulantes o narcóticos que permitieran la señalada supuesta utilidad de los zoolitos. Tam-

bién han sido consideradas como depósitos de polvos de ese tipo las piedras con hoyuelos que comúnmente se considera que servían para partir el carozo de la palmera *butiá capitata*. Curiosamente, aunque estos «rompecocos» se encuentran con preferencia en las zonas de palmares, no se ha conseguido demostrar esa utilidad, por lo que se tiende a considerarlos objetos rituales de significación desconocida.

Tampoco existen hipótesis aceptadas de manera unánime referidas a la utilidad que pudieron tener los pilones fusiformes —a los que algunos atribuyen un simbolismo fálico mientras otros los consideran insignias de mando— ni las placas grabadas, a las que se clasifica como objetos votivos de diversa naturaleza (Femenías, 1985 y 1987).

En el último estrato correspondiente a los cazadores superiores se ubica la llamada «cultura de vinculaciones patagónicas». Se ha considerado que corresponde, cultural y cronológicamente, a la etnia charrúa. Ya se ha indicado el probable parentesco entre los grupos de este nivel y el de los cazadores epimiolíticos; las vinculaciones con los antiguos pueblos patagónicos vienen dadas por el empleo de similar técnica avanzada de tallado de puntas y de pulido de bolas y «rompecabezas». Vidart (1965) llamó a estos pueblos «neolitizados», y consideró su arribo como contemporáneo al de los grupos de agricultores inferiores —lo que para él suponía una antigüedad de 2000 años a.C.—, adelantando el parecer de que hubieran tomado por aculturación de los portadores de la cultura sambaquiana una técnica superior de pulido de los instrumentos líticos y de los alfareros litoraleños de vinculaciones paranaenses la cerámica.

Su movilidad fue muy grande, llegando a cubrir no sólo todo el actual territorio del Uruguay sino grandes espacios de los actuales Río Grande del Sur y Entre Ríos, como lo prueban los hallazgos de instrumentos característicos. En épocas posteriores a la conquista su dispersión fue aún mayor, al tiempo que la adopción creciente del instrumental metálico significó la pérdida de sus técnicas originales de trabajo de la piedra, como se verá más adelante.

A estos grupos se atribuye la construcción de las sepulturas en los cerros llamadas «vichaderos», de probables funciones ceremoniales (Femenías, 1983), lo que también será posteriormente objeto de análisis.

La descripción de una industria de hueso (J. J. Figueira y D. Rodríguez, 1964) morfológicamente afín a la del Solutrense y Magdaleniense europeos, hizo suponer a Vidart (1965 y 1985) que indicaría la

presencia de un grupo distinto al de los cazadores superiores de vinculaciones patagónicas. Es verdad que en el Viejo Mundo ese tipo de industria corresponde a cazadores superiores; pero, como ha señalado Figueira (1965:59), esos hallazgos se sitúan en este territorio en la zona de las llamadas alfarerías gruesas, en el litoral del río Uruguay, por lo que se ha llegado a pensar que esa industria ósea podría haber formado parte del utilaje de una cultura cuya economía estuviera basada en una agricultura incipiente asociada, como es normal, con la caza, tal como pudiera ser la de los chanáes históricos. En tal caso, dicha industria debe ubicarse en el nivel siguiente.

Los objetos más destacables de este complejo son puntas de arpón, ganchos de propulsores, un pendiente pisciforme y astas de ciervo perforadas en las que se ha creído ver ya bastones de mando, ya enderezadores de varas para flechas, ya broches para sujetar la vestimenta de pieles.

Los agricultores inferiores

Los yacimientos correspondientes a los agricultores inferiores se ubican en el litoral del río Uruguay, desde las islas situadas al sur del Salto Grande hasta su desembocadura en el Plata. Dos son los pueblos históricos representativos de este nivel: los chaná-timbúes y chanáes, y los guaraníes o carios. Ambos dejaron una cerámica de un grado relativamente elevado de elaboración. Se ha considerado que su llegada tuvo lugar más o menos en la misma época que la de los cazadores superiores de vinculaciones patagónicas.

Los restos correspondientes a la cultura productora de piezas de alfarería típicas se encuentran en las zonas próximas a las vías de agua, y consisten en elevaciones formadas por restos de comida, valvas de moluscos, huesos, trozos de cerámica desechada, etc.. Aunque han sido llamados «túmulos», estos lugares elevados revelan una naturaleza y funcionalidad distinta, si bien a veces se han encontrado tumbas en ellos. También existen en la zona del delta del Paraná (Torres, 1903; 1907 a y b; 1913). La denominación de este estrato cultural fue dada por Serrano para indicar ciertas características de su cerámica que significarían, para ese autor, modalidades de tipo arawacoide. Esta cerámica presenta tres etapas en su evolución: la «básica del litoral», alfa-

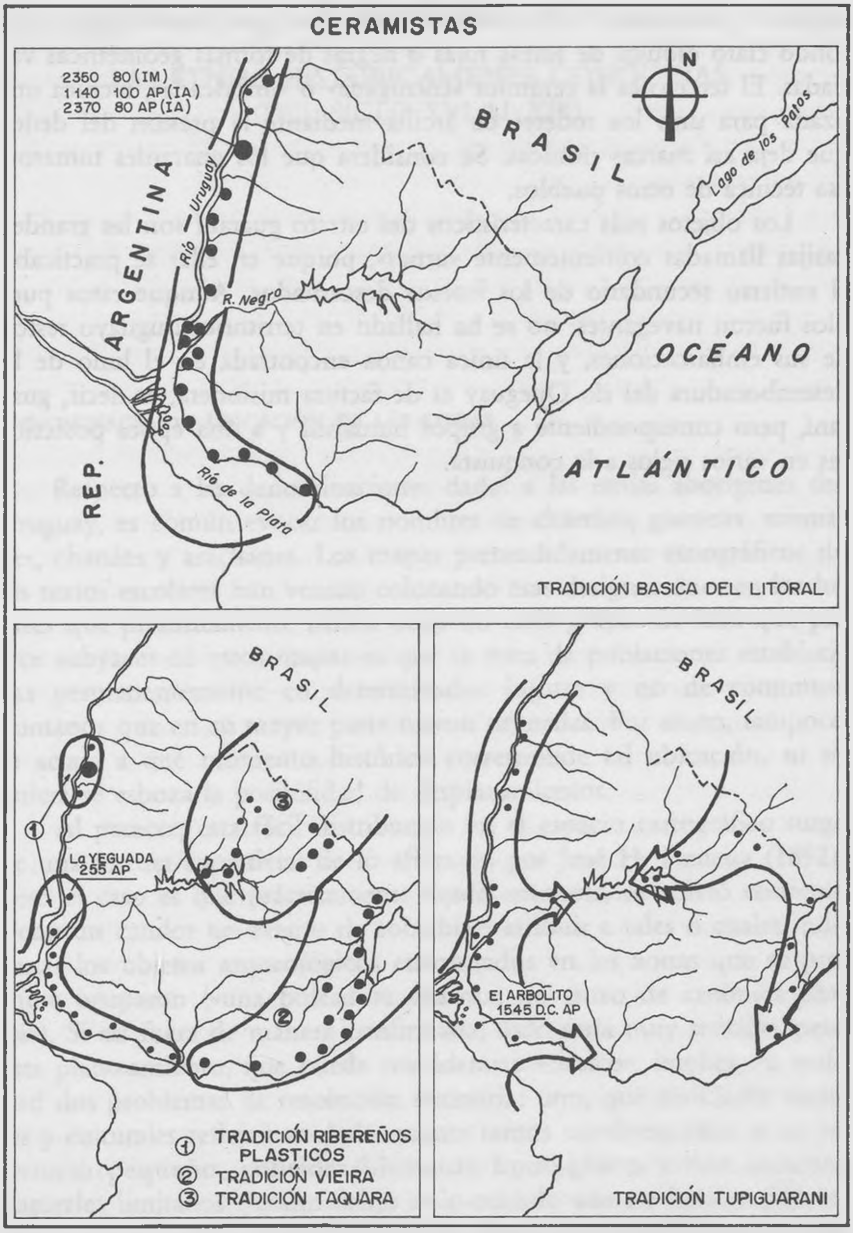
rería sencilla de fondo curvo, con decoración incisa de series de puntos o líneas y carente de vertederos y apéndices zoomorfos; la «plástica paranaense», en la que aparecen elementos propios de los pueblos de lenguas arawak, como los apéndices zoomorfos y la inclusión en la pasta de espículas de esponja como antiplástico; y la «básica litoral persistente», que mantiene los estilos originales luego de la penetración de la modalidad anterior. Acosta y Lara (1955:8) consideró el tipo «plástico paranaense» como propio de los timbúes y el «básico persistente» como característico de los chanáes y beguaes.

La alfarería de ambas modalidades se encuentra asociada muchas veces con objetos de procedencia europea —cuentas de vidrio, trozos metálicos—, lo que hace suponer que se encontraban en pleno florecimiento en el momento de la conquista.

Dentro de la cerámica plástica destacan las denominadas «alfarerías gruesas», consistentes en vasos campanuliformes o cilindriformes rematados por lo general por un gran apéndice casi siempre zoomorfo, conociéndose solamente dos antropomorfos.

Aunque etnográficamente se asocia a la cerámica con la agricultura, no se han encontrado en los yacimientos elementos que aseguren que efectivamente esos pueblos fueran agricultores. Aunque por lo común se les atribuye la condición de pescadores y navegantes, tampoco se han encontrado instrumentos de pesca —excepto unos pocos arpones— ni canoas en los yacimientos arqueológicos. Aparece una abundante industria de hueso y una escasa de piedra, comparable a la de los cazadores de vinculaciones patagónicas.

El estrato cultural más tardío corresponde a los guaraníes, y su llegada debe situarse tal vez en una época posterior a la de los pueblos de vinculaciones patagónicas y paranaenses. Más adelante nos referiremos a esta etnia con mayor extensión. Baste ahora decir que desde el punto de vista arqueológico, se encuentran restos de su cerámica en el curso inferior del río Uruguay y en el próximo litoral platense, así como en el este del país, lo que indica dos vías de penetración, probablemente de grupos que aunque hablantes de la misma lengua procedían de regiones muy separadas. Esa cerámica se distingue por su abundancia y calidad y muestra tres estilos: uno es el llamado «liso», cuyas piezas se modelaron superponiendo rodetes y luego alisando la superficie; presentan esos tiestos un color oscuro a causa de la utilización de carbón, y trozos de cerámica molidos como antiplástico. El


CERAMISTAS
2350 80 (IM)
1140 100 AP (IA)
2370 80 AP (IA)
N
BRASIL
Lago de los Patos
ARGENTINA
Río Uruguay
R. Negro
OCÉANO
ATLÁNTICO
REP.
Río de la Plata
TRADICIÓN BASICA DEL LITORAL
BRASIL
La YEGUADA
255 AP
BRASIL
El ARBOLITO
1545 D.C. AP
① TRADICIÓN RIBEREÑOS PLASTICOS
② TRADICIÓN VIEIRA
③ TRADICIÓN TAQUARA
TRADICIÓN TUPIGUARANI

Ceramistas.

segundo corresponde a la cerámica «pintada», que muestra sobre un fondo claro dibujos de líneas rojas o negras de formas geométricas variadas. El tercero es la cerámica «corrugada» o «imbricada», técnica utilizada para unir los rodetes de arcilla mediante la presión del dedo, que deja así marcas rítmicas. Se considera que los guaraníes tomaron esa técnica de otros pueblos.

Los objetos más característicos del estrato guaraní son las grandes vasijas llamadas corrientemente «urnas», porque en ellas se practicaba el entierro secundario de los huesos descarnados. Aunque estos pueblos fueron navegantes, no se ha hallado en territorio uruguayo restos de sus embarcaciones, y la única canoa encontrada en el limo de la desembocadura del río Queguay es de factura misionera, es decir, guaraní, pero correspondiente a grupos humanos y a una época posteriores en varios siglos a la conquista.

Capítulo III

LAS ETNIAS HISTÓRICAMENTE CONOCIDAS (DEL SIGLO XVI AL XIX)

Denominación y ubicación de las etnias

Respecto a las denominaciones dadas a las etnias aborígenes del Uruguay, es común evocar los nombres de charrúas, guenoas, minuanes, chanáes y arachanes. Los mapas pretendidamente etnográficos de los textos escolares han venido colocando esas designaciones en los lugares que presuntamente habría ocupado cada grupo. La idea que parece subyacer en estos mapas es que se trata de poblaciones establecidas permanentemente en determinados lugares y no de conjuntos humanos que en su mayor parte fueron nómadas. Por cierto, tampoco se aclara a qué momento histórico corresponde tal ubicación, ni siquiera se esboza la posibilidad de desplazamientos.

Al parecer, esta fácil distribución en el espacio cartográfico surge de una lectura superficial de lo afirmado por José H. Figueira (1892); pero el caso es que prácticamente desde entonces, se volvió corriente —con un candor no exento de soberbia— atribuir a tales o cuales indígenas los objetos arqueológicos encontrados en las zonas que se presume ocuparon («una boleadora charrúa; un trozo de cerámica chaná»). Si así fuera de manera confirmada, todo sería muy sencillo, pero este planteamiento, que puede considerarse «clásico», implica en realidad dos problemas de resolución necesaria: uno, qué realidades sociales y culturales reflejan verdaderamente tantos nombres; otro, si un territorio pequeño, considerablemente homogéneo y con recursos naturales limitados —como debió serlo cuando aún no habían sido introducidas las especies vegetales y animales que lo transformaron completamente desde el punto de vista de sus potencialidades económi-

cas— pudo efectivamente dar cabida a tantas etnias diferentes. Por supuesto, no resulta sensato responder afirmativamente esta última cuestión, de acuerdo con lo que indica la experiencia etnográfica general y sin contar con otros datos que los conocidos hasta ahora; de todas maneras, tampoco puede llegarse a una conclusión sin examinar el primer problema.

En las fuentes históricas más añejas sólo aparecen mancionados los charrúas —cuya designación presenta variantes como charoaces, charonas, charruaes, charruahas, charrucíes, charvas, jacroas y zechurruas—, a los que se ubicaba en el sur del territorio, mientras en la parte del litoral del río Uruguay, aguas abajo de la desembocadura del río Negro, así como en la costa platense hasta el río Santa Lucía, se señalaba la presencia de chanáes y guaraníes. El hecho de que coexistieran en el mismo ámbito grupos étnicos distintos fue soslayado en las fuentes. Azara, destacó que charrúas, yaros, bohanes, chanáes y minuanes constituían «naciones» diferentes, poseedoras incluso de lenguajes propios.

A pesar de esta afirmación, proveniente de un observador escrupuloso, ya Alcide D'Orbigny (1839), atendiendo a las similitudes culturales de esas parcialidades —ya de antiguo mencionadas, sobre todo por las fuentes jesuíticas—, sostuvo que todas ellas integraban la «nación charrúa» y que las variadas denominaciones designaban «tribus» de la misma. La idea de una etnia charrúa ha sido desde entonces aceptada, aunque no con la configuración dada por el autor citado.

Ya se han expuesto las dificultades que ofrece el deslinde de los pueblos indígenas cuando se parte de las denominaciones atribuidas por los conquistadores; también se ha visto cómo el nomadismo de aquéllos aumentó las confusiones. Así, grupos indígenas que habitaron los territorios de la actual provincia argentina de Entre Ríos y que fueron considerados charrúas, recibieron los nombres de balomares, cloyás, guayantiranes, manchados, martidanes, etc. Muchas de tales denominaciones aparecen en los mapas de la región indicada a partir de mediados del siglo XVIII. Del mismo modo, la ubicación de los nombres más familiares de charrúas, minuanes, bohanes, guenoas y yaros, varía en los documentos y en la cartografía en razón de los desplazamientos realizados hacia una u otra banda del río Uruguay. Generalmente se ha aceptado que la etnia charrúa se componía de esas cinco parcialidades, aunque ya en el siglo XVIII Hervás sostenía

que el nombre genérico era el de guenoas, al decir que «los indios llamados yaros, son tribus de la nación guenoa, y se cree que también lo sean las naciones de los minuanes, bohanes y charrúas»; del Techo aclaró a su vez que «minuanes era el nombre que daban los españoles a los guenoas». La afirmación de Hervás no ha sido especialmente seguida, pero en cambio ha predominado al parecer de que minuanes y guenoas —a los que también se llamó gandas, ganoas, güenoas, guinoas, guenoaes y binuanes— deben ser considerados como una única entidad cuyo nombre más apropiado sería el de guinuanes; tantas denominaciones se deberían a la escritura arbitraria con que se transcribían los nombres indígenas, de acuerdo con varios investigadores (Ponce de León, 1967). En Río Grande del Sur se conoce a los minuanes por minuanos.

Canals Frau (1953) y José Joaquín Figueira (1965) han afirmado que los yaros —que a veces fueron designados yarós, iaros e incluso garoes— se diferenciaban racial, lingüística y culturalmente de los charrúas, y que tenían un hábitat distinto al de éstos, por lo que desde el punto de vista étnico debía relacionárselos a los guayanás (kaingang). Ya Baldus (1954) señaló las deficiencias de las pruebas manejadas por Canals Frau: aún aceptándose que ocuparon un territorio situado más al norte que el de los charrúas y que en el mismo se hayan encontrado algunas cabezas de mazas de piedra pulida con un borde circular afilado llamadas itaizás, muy similares a las utilizadas por grupos kaingang, es preciso tener en cuenta que de las fuentes descriptivas —la mejor es el relato de Sepp, que pasó sólo un día con los indios yaros, no conocía su lengua y expresó una especial antipatía por ellos— no surge nada que alcance para afirmar de forma completa diferencias culturales con los charrúas. Esta posición, por lo tanto, debe considerarse únicamente a título de hipótesis no verificada.

A los chanáes también se les ha emparentado con los charrúas, como lo hizo Serrano (1936), aunque después modificó esa opinión (1955). El territorio que ocuparon era más extenso de lo que se supone corrientemente, ya que se situaron no sólo en las márgenes del Uruguay y en sus islas, sino que se extendían también hasta el área del Paraná, en tierras que hoy corresponden a las provincias argentinas de Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires. La etnia chaná comprendió varias entidades a cuya denominación se anteponía generalmente este nom-

bre, como ocurría con los timbúes o atembures y los beguáes o mbeguás. En las mencionadas regiones de la Argentina se les conoció además como caracarás, calchines, corondas, mepenes, mocoretás y quiloagas. Acosta y Lara (1955) sugirió la designación genérica de chana-timbúes para ellos. Las características culturales de éstos no justifican una vinculación con los charrúas; la constatación de rasgos culturales similares puede deberse a la tipificación incorrecta de alguna fuente que consideró chanáes a indios que en realidad eran charrúas, si bien también puede admitirse que tales rasgos pudieron adquirirlos por un proceso de aculturación. Resulta indudable, además, que tuvo lugar un proceso de guaranización de los chanáes previo a la llegada de los españoles —como lo ha señasado Acosta y Lara (1955:21)—, acentuado luego por obra de la vida común en la reducción de Santo Domingo Soriano.

Conviene no confundir los chanáes —o chaná-timbúes— con otros grupos indígenas que recibieron denominaciones parecidas pero que poseían culturas muy diferentes. Uno de esos grupos es el de los chaná-salvajes, que las primeras crónicas situaron entre los ríos Paraná y Corrientes y que desde el punto de vista etnográfico resultan prácticamente desconocidos: Serrano (1955) hipotetizaba en el sentido de que constituyeran la penetración más meridional de los guayanás (kaingang). Otro, es el de los chané —también llamados guaná—, quienes en el siglo XVIII se encontraban entre los ríos Paraná y Tacuarí, en una zona hoy perteneciente a Paraguay, que hablaban originalmente dialectos arawak pero que por aculturación adoptaron después dialectos guaycurúes unos grupos y el guaraní otros.

De los arachanes o arechanes poco o nada sabemos, ya que la única y lejana referencia a ellos la constituye un fragmento de Ruy Díaz de Guzmán (1974:44) de 1612 por completo insuficiente, en el que consigna un número exageradísimo de integrantes de ese supuesto grupo al que ubica en el territorio riograndense. Dice este autor:

> Las riberas de Río Grande están pobladas por más de 20.000 indios Guaraníes, que los de aquella tierra llaman Arachanes, no porque en las costumbres y lenguaje se diferencien de los demás de esta nación, sino porque traen el cabello revuelto y encrespado para arriba. Es gente muy dispuesta y corpulenta y ordinariamente tienen guerra con los indios Charrúas...

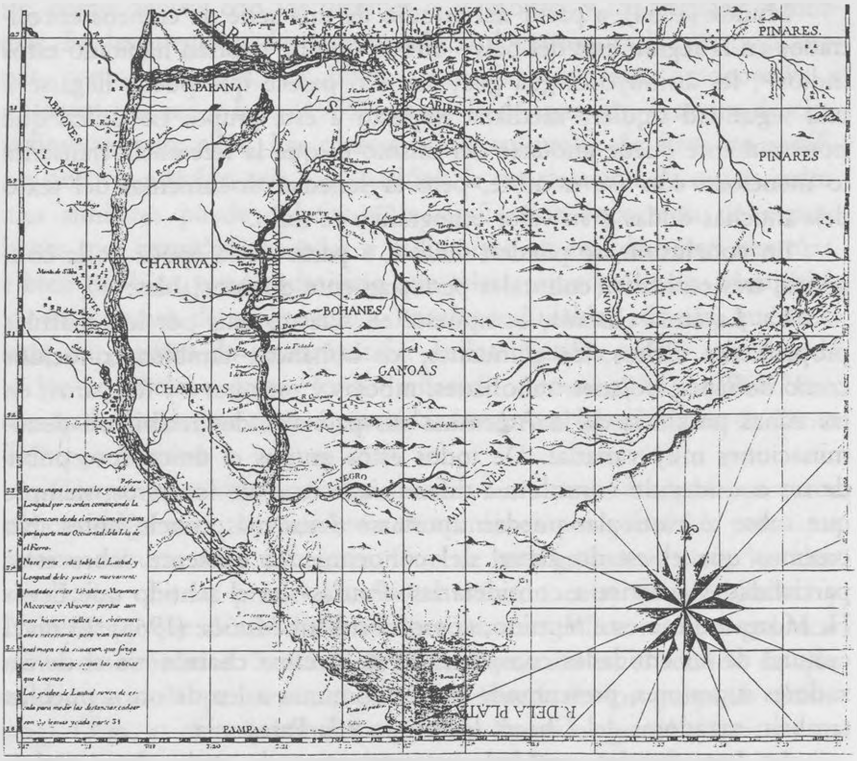
Muñoa (1954), a partir del estudio de una serie de cráneos encontrados en la región este del país —que se supone habrían habitado estos indios—, les atribuyó origen guayaná. No parece que pueda llegarse a una seguridad siquiera mediana respecto a este grupo. Lo único que honestamente puede anotarse del mismo es que la referencia transcrita lo menciona con ese nombre, pero la seriedad documental del texto deja muchas dudas y su valor etnográfico es nulo.

En conclusión, se pueden señalar, a partir de la época de la conquista, tres entidades culturales perfectamente diferenciables:

1. La etnia charrúa, compuesta en nuestro país por los charrúas propiamente dichos, los guinuanes, los bohanes —también conocidos como bohanés, bojanes, mbohanes, mbojas y mojanes— y los yaros; en las zonas próximas de la Argentina sus parcialidades recibieron denominaciones muy variadas. De todos estos grupos el único susceptible de ser considerado como etnia diferenciada es el de los yaros, siempre que sobre el particular puedan aportarse datos más concluyentes. No creemos que el estado actual del conocimiento existente sobre estas parcialidades autorice a considerarlas «fratrías» en el sentido que Lewis H. Morgan dio a este término, como dijo Petit Muñoz (1968). El nivel cultural de las entidades componentes de la etnia charrúa era el de cazadores superiores, presentando rasgos comunes a los de otros pueblos también cazadores del Chaco, la Pampa y la Patagonia.

2. Los chanáes, entidad perteneciente a la etnia chaná-timbú, cuyo hábitat se situó preferentemente al occidente del río Uruguay. Su nivel cultural posiblemente deba ubicarse entre el correspondiente a una economía predatoria basada en la caza a distancia mediante la utilización del arco, a lo que hay que agregar la pesca, y el característico de la agricultura incipiente basada en el *abatí* (maíz). Al momento de la conquista parecería que tenía lugar un proceso de cambio en el sentido indicado. No puede determinarse en qué medida la posible adopción del cultivo fue el resultado de una evolución autónoma o de la influencia guaraní.

3. Los enclaves de grupos de lengua guaraní situados en el bajo Uruguay y en la costa del Plata hasta la desembocadura del Santa Lucía. Los núcleos mayores se encontraban en la región del delta del Paraná en la época de la conquista, a los que las crónicas de entonces les llamaron simplemente guaraníes y también guaraníes de las islas, carios, chandris, chandules y, en ocasiones, caribes (esta última denominación



Fragmento del *Mapa de las Misiones de la Compañía de Jesús en los ríos Paraná y Uruguay* del padre José Quiroga, realizado en 1749 e impreso en Roma en 1753. Sitúa a los charrúas entre los ríos Paraná y Uruguay; bohanes, guenoas y minuanes son ubicados en la Banda Oriental. Al norte del río Iyuí, en el alto Uruguay, indica la presencia de caribes, es decir, guaraníes que practicaban la antropofagia. Hacia el este de las cabeceras del río Queguay, en una zona correspondiente al actual departamento de Tacuarembó, en letra muy pequeña señala una desconocida «reducción de minuanes».

aludía a la práctica de la antropofagia, y para nada indicaba que hablaran lenguas de esa familia lingüística). Es de hecho imposible establecer si esos indios eran efectivamente guaraníes llegados a la zona indicada desde el norte por la vía del río Paraná, o si fueron pueblos guaranizados, es decir, que habían experimentado fuertes influencias culturales e idiomáticas de los guaraníes. Corresponde ubicarlos en el nivel de los agricultores inferiores, aunque en un grado más alto que el correspondiente a los chanáes. Recientes hallazgos en la zona este

del Uruguay (departamento de Rocha) de piezas de cerámica de tipo guaraní, llevan a admitir esta otra vía de penetración de grupos de esas características culturales, sin que ello saque de los terrenos conjeturales la existencia de los arachanes.

Conviene tener presente que cuando en documentos datados desde comienzos del siglo XVII en adelante se menciona a guaraníes, se hace referencia siempre a indios procedentes de otras zonas aparte de las estrictamente platenses que habían sido reducidos y cristianizados y que residían en los pueblos de las misiones. Estos indígenas recibieron el nombre de tapes.

Las operaciones punitivas llevadas por españoles y portugueses contra los indígenas a lo largo de tres siglos los obligaron a desplazarse a lugares a veces muy alejados de las comarcas en que los encontraron quienes primero consignaron su presencia.

Se ha visto que los charrúas ocupaban en el momento de la conquista no sólo gran parte del territorio actual de la República Oriental del Uruguay, sino también amplias zonas de la actual provincia argentina de Entre Ríos. En esta extensa área tuvieron lugar las incursiones a que su sistema económico los obligaba. Las correrías de los charrúas propiamente dichos cubrían —según Azara— una franja paralela a la costa del Plata de unos 150 kilómetros de extensión, que iba desde la desembocadura del Uruguay hasta Maldonado. Esta tierra es la que en los documentos antiguos es llamada muchas veces «Banda de los Charrúas».

Los minuanes se situaban en aquella época en Entre Ríos, en tanto que los guenoas —usamos ambas denominaciones en sentido tradicional— y los cloyás, que parecen ser una pequeña fracción de éstos, ocupaban la región noroeste de la Banda Oriental y las tierras de suroeste de lo que después sería el estado de Río Grande del Sur. Los yaros habitaban la margen oriental del río Uruguay, al sur del río Negro. Los bohanes componían presumiblemente un grupo númericamente limitado que ocupaba el espacio comprendido entre los ríos Negro y Daymán.

Ya en el siglo XVII, al aumentar los ganados en las primitivas estancias entrerrianas, algunos grupos procedentes de la Banda Oriental pasaron a la margen occidental del Uruguay; los mapas jesuíticos de esta época y de principios del siglo XVIII colocan allí a los yaros.

Por otro lado, las persecuciones de los españoles hicieron que los minuanes pasaran hacia este lado del Uruguay a mediados del siglo XVIII, uniéndose a los charrúas propiamente dichos, que a su vez se retiraron al norte del río Negro. La cartografía de este período los designa como «antiguos charrúas», en tanto que los minuanes, recién llegados, son muchas veces llamados charrúas a secas.

Parece que los desplazamientos de estos grupos se acentuaron hasta cubrir un área muy vasta al promediar el siglo XVIII. Abundan las referencias que señalan a los charrúas como autores de actos de pillaje en la zona del río Paraná; en 1750 se funda con ellos la reducción de Cayastá, cercana a la ciudad de Santa Fe. Por esas fechas, los guenoas descendieron de la región del río Cuareim, estableciéndose en las cercanías de Castillos, en Rocha.

Hacia el final del siglo XVIII, los bohanes, según Francisco de Aguirre —comisario encargado para efectuar la demarcación acordada por el tratado de 1777 entre España y Portugal—, se integraron a la población mestiza de Santo Domingo Soriano, antigua reducción chaná. Azara afirmó que fueron exterminados por los charrúas, lo mismo que los yaros, dato que recogió también Andrés Oyarbide en 1801 de un anciano chaná. De todos modos, las referencias a estos grupos desaparecen a partir de aquella época. Las luchas entre parcialidades de la misma etnia —probablemente existentes desde tiempos prehispánicos— se acentuaron en este siglo, sobre todo entre los grupos charrúas merodeadores de la región de Santa Fe, cuyo sistema de vida principal consistía en el saqueo y la captura de otros indígenas para venderlos como esclavos a los españoles y criollos. Sallaberry (1926) ha documentado el maloqueo incluso sobre otros grupos también charrúas, lo que demuestra el avanzado grado de anomia y el consecuente proceso de disolución existente entre las etnias aborígenas adscritas al mundo de los conquistadores.

En los documentos de finales del siglo XVIII y de principios del XIX los únicos indígenas mencionados son los charrúas y minuanes. En esa época se habían desplazado hacia el norte, a la región meridional de Río Grande del Sur; un mapa de Alcide D'Orbigny los ubica en la Serranía del Yarao, al norte de Livramento.

Después de las operaciones militares de 1831 contra los charrúas, sólo hay referencias a conjuntos de muy pocas personas en campos de Tacuarembó; en el siglo pasado se afirmó también que algunos cha-

rrúas fugitivos se habrían internado en el Brasil, llegando al Mato Grosso y mezclándose con los indios de esa zona, pero esto es incomprobable.

Los chanáes, de acuerdo con lo consignado por Azara, se encontraban en la época de la llegada de los españoles en las islas del río Uruguay, frente a la desmbocadura del río Negro, posición que los ponía a cubierto de la hostilidad de sus vecinos. Pasaron luego a la costa oriental del Uruguay, más al sur, cuando los conquistadores abandonaron San Salvador, pero, acosados luego por los charrúas, regresaron a las islas. Entre 1624 y 1632, en fecha aún no determinada de manera indiscutible, se fundó la reducción de Santo Domingo Soriano con contigentes chanáes, a los que se agregaron indios guaraníes. El proceso de mestizaje en la reducción debió ser rápido e involucró, además de los criollos, a indios de otros orígenes, ya que de los pampas que se sublevaron con el cacique Calelián en 1745, 60 mujeres fueron enviadas a Soriano, según ha consignado Torre Revello (1970:66-67). Sin embargo, ya en los comienzos del siglo XVIII los chanáes se encontraban en vías de extinción. Azara señaló a los charrúas como responsables de la misma, pero resulta más verosímil pensar que su fin se vio apresurado a causa de las enfermedades introducidas por los europeos, así como por el etnocidio que la vida en reducción fatalmente provocaba y que, por último, aparejaba la destrucción física de los reducidos, lo que será considerado más adelante. Por cierto que el proceso de modificación de la cultura original de los chanáes debe haberse acentuado en el siglo XVII al ser muchos de ellos sometidos a distintos sistemas de sujeción. Basta a este respecto considerar que en el empadronamiento general de indios realizado en Buenos Aires en 1677 por oficiales de la Corona, se mencionan muchas *encomiendas* de indios de esta etnia, así como otras de indios denominados *tubichaminís* —palabra guaraní que podría traducirse como «jefe pequeño» o «jefecito»— respecto a los cuales indicó Torre Revello (1970:60) que «no era una designación de tipo etnográfico, sino la de un grupo de indios *mbeguá*».

Antropología física de las poblaciones indígenas

Casi en los inicios del siglo XIX, quien primero intentó elaborar una clasificación de los pueblos americanos desde el punto de vista ra-

cial, incluyendo también a los antiguos habitantes de la Banda Oriental, fue Alcide D'Orbigny (1839). Se trató fundamentalmente de una clasificación referida a las características físicas, pero al introducir en la misma algunos elementos culturales, resulta a veces un tanto engañosa. Sintéticamente, puede describírsela señalando que para el conjunto de pueblos indígenas de América del Sur distinguió tres grandes grupos a los que denominó «razas», los cuales dividió en varios agrupamientos menores a los que identificó con el término de «ramas». Como partió de la idea de que las diversas designaciones dadas a los antiguos pobladores de estos territorios indicaban «tribus» de una misma nación —la charrúa— fueron ésos los únicos indios de esta parte a los que consideró en su cuadro clasificatorio. Concretamente, para D'Orbigny pertenecían a la «rama Pampeana» de la «raza Pampeana», la que se distinguía por las siguientes características:

> color moreno oliva o castaño pronunciado; estatura media de 1 metro 688 milímetros; formas hercúleas; frente comba; rostro ancho, aplastado; nariz muy corta y chata, de fosas anchas y abiertas; boca muy grande; labios gruesos y muy salientes; rasgos masculinos y pronunciados; fisonomía fría, generalmente feroz

Se deja ver que la determinación de características somáticas responde a un criterio superficial; no obstante, a partir de esta clasificación se elaboraron posteriormente otras que, por lo general, afinaron las ideas en las que se basaba aquélla, aunque sin modificarla especialmente.

En las clasificaciones antropológicas más modernas han jugado un importante papel las hipótesis que atribuyen el poblamiento primitivo de América a la llegada en épocas distintas de oleadas sucesivas compuestas por grupos diferenciables desde el punto de vista físico y, por supuesto, también del cultural. De entre varias de ellas, haremos solamente referencia a la de Imbelloni (1938, 1957 y 1958) por ser una de las más aceptadas y la única con cuyos supuestos se han realizado algunos de los escasos estudios de antropología física en el Uruguay (Muñoa, 1965).

Consideró Imbelloni (1957) que el aporte racial predominante en este territorio correspondió a la «raza pámpida» (etnia charrúa). La citada raza se extendió para el autor indicado, obviamente por la región

Tipos físicos de los indios americanos (según Imbelloni).

pampeana, pero también por un sector del Mato Grosso brasileño, el bosque y la sabana del Chaco, las estepas y mesetas del sur del continente y una porción de la Tierra del Fuego. Señaló igualmente, para el territorio uruguayo, la intrusión de pueblos «amazónidos» (guaraníes) procedentes del norte tanto por la región costera atlántica como por la vía del río Paraná; así como también una pequeña zona de «metamorfismo local» en la que indicó la existencia de una base «láguida» en poblaciones «pámpidas».

Compendiando los rasgos genéticos de los grupos mencionados, se puede decir que físicamente los «pámpidos» han sido descritos por Imbelloni como de estatura alta, cráneo dolicomorfo, rostro alargado de pómulos poderosos y mentón grueso y saliente, porte atlético, pigmentación intensa, ojos oscuros, pelo duro y liso, dimorfismo sexual casi inexistente en la fisomomía. Los «amazónidos» se distinguen en cambio por su estatura media y baja, cráneo moderadamente dolicoide con tendencia a la braquicefalia, cuerpo robusto de tórax amplio, hombros, cuello y brazos bien desarrollados y piernas relativamente cortas y débiles, ausencia de cintura en las mujeres, rostro sin rasgos salientes, color cutáneo de fondo amarillento.

A juzgar por las informaciones que se poseen de los indígenas de estas tierras, su tipo físico respondería a la caracterización hecha por Imbelloni de los «pámpidos» para los cazadores recolectores y a la de los «amazónidos» para los agricultores inferiores. Debemos recordar, sin embargo, que únicamente D'Orbigny se preocupó por realizar mediciones en individuos vivos.

Los contados estudios antropológicos físicos efectuados sobre restos óseos pertenecientes a aquellos aborígenes no permiten por el momento la confirmación indiscutible de las hipótesis expuestas, que, aunque bien fundadas desde una perspectiva lógica, no han sido comprobadas empíricamente.

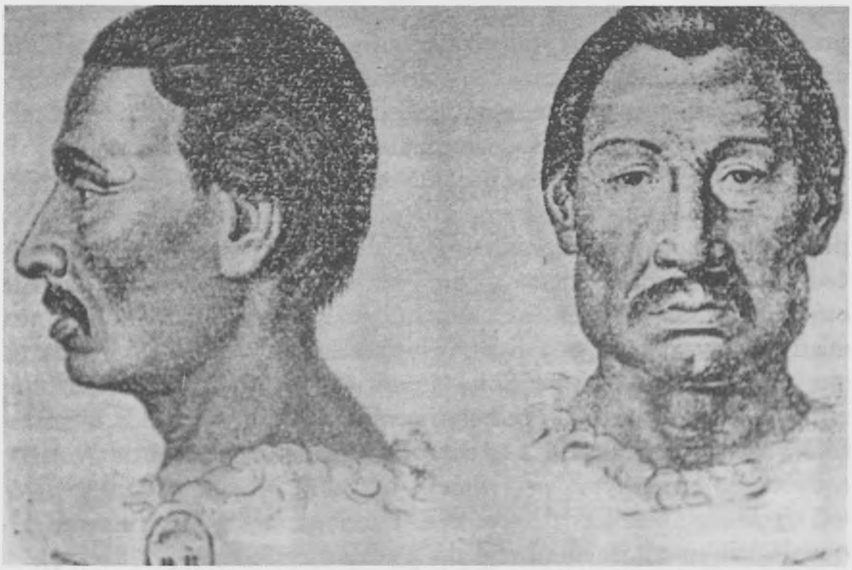
Resulta oportuno, para una más adecuada comprensión del tema, efectuar un balance de los estudios del tipo indicado que se han llevado a cabo hasta el presente.

a) José H. Figueira (1894) publicó las fotografías de algunos cráneos y esqueletos extraídos de las proximidades del arroyo San Luis, en la región este del país, aunque no dejó informes sobre los mismos. Fueron ésos los primeros restos de indígenas del Uruguay que se ex-

humaron con propósito científico, que se conservaron y que se dieron a conocer.

b) Carlos Seijo (1923) fue quien primero describió en el país algunos cráneos indígenas prehistóricos encontrados en el departamento de Maldonado, aunque su estudio adolece de limitaciones metodológicas.

c) Paul Rivet (1930) analizó el esqueleto del cacique charrúa Vaimaca Perú —uno de los indios llevados a París en 1833—, que ya había sido objeto de estudios parciales por parte de Samuel George Morton en 1839, de R. Verneau en 1875, de Emile Pasteau en 1879, y, conjuntamente, de Jean-Louis-Armand de Quatrefages y Ernest T. Hamy en 1882. Las medidas y características de estos restos fueron revisados en 1966 en el Museo del Hombre de París, donde se encuentran, por Badano Repetto, y más recientemente por Solla, Soiza y Alfonso (1990) a partir de radiografías de los mismos tomadas por Badano Repetto. Rivet incluyó en la obra indicada ocho ilustraciones en color de mues-



Este rostro de charrúa que Charles D'Orbigny presentó en su *Dictionnaire d'histoire naturelle* de 1849, al parecer reconstruye el de Senaqué, aunque más jóven y saludable que el que pudo servir de modelo al dibujante en los escasos dos meses y medio que alcanzó a vivir en París en 1833.

tras histológicas macroscópicas de la «piel de un charrúa», hechas por F. Flourens y correspondientes a fragmentos tomados del cadáver de Senaqué, otro de los indios trasladados a Francia como objetos de curiosidad pública. Flourens efectuó un estudio sobre la pigmentación de los charrúas que se publicó en 1836; a partir de su trabajo, que resume Rivet, el célebre antropólogo Paul Broca efectuó posteriormente en varias ocasiones —1858, 1859, 1860, 1862— consideraciones sobre el particular, pues se había llegado a entender que la piel de aquellos indios era «tan oscura como la de los negros de África», lo que indudablemente constituía un error. Rivet publicó también en la misma obra cuatro fotografías del molde intracraneano tamado del cráneo de Vaimaca Perú, que reproduce así su cerebro. Además, reprodujo tres dibujos del estudio microscópico de un vello pubiano de Senaqué, realizado por M. Clavelin, quien a pedido de Rivet analizó los órganos sexuales del charrúa referido, que se habían conservado en estado de momificación natural. Es interesante tener presente que los restos sobre los que se efectuaron los estudios aquí consignados son los únicos respecto a los cuales se tiene certeza de que pertenecieron a individuos integrantes de una etnia indígena determinada de las que habitaron el actual territorio del Uruguay, en este caso, la charrúa.

d) Durante mucho tiempo, el único estudio cuidadosamente realizado de restos indígenas encontrados en yacimientos arqueológicos fue el de Juan Ignacio Muñoa (1954). Con escrupulosidad científica Muñoa practicó medidas antropométricas en restos exhumados a fines del siglo pasado y conservados en el Museo de Historia Natural, procedentes de la cuenca de la laguna Merín y zonas adyacentes. La serie estudiada es lamentablemente pequeña, pues comprende ocho cráneos, cuatro calotas craneanas y algunos huesos largos.

e) Jaureguy, Matteo y Soto (1956) efectuaron la medición de un esqueleto infantil extraído por el arqueólogo Antonio Taddei de un túmulo situado en Colonia Concordia, en el departamento de Soriano, sobre el río Uruguay.

f) Muñoa analizó algunos restos procedentes del yacimiento arqueológico anteriormente indicado (en Maruca Sosa, 1957:192-193).

g) Raúl Penino hizo un informe sobre dos cráneos y otros restos óseos infantiles encontrados en las márgenes del arroyo Pereira, departamento de San José, en una zona próxima a la costa del Río de la Plata (en Maruca Sosa, 1957:294-297). Los huesos están cubiertos de

ocre rojo y acompañados por un gran número de caracolillos que parecen haber constituido un collar, pues presentan perforaciones; pertenecen a una especie de agua salada que vive en la costa atlántica del Uruguay y en la del Brasil, es decir, muy lejos de la zona del hallazgo. Estos restos se encuentran en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

h) Ricardo Artagaveytia Allende dejó un trabajo sobre «Las caries dentales en los indios charrúas» que se basó en el estudio de cráneos existentes en los museos Histórico Nacional y de Historia Natural. Aunque originalmente este estudio se publicó en 1940, lo recogió en apéndice Maruca Sosa (1957:297-299). Se descuenta la injustificada atribución étnica de los restos considerados, que resulta, según el autor, de que se puede suponer «con gran fundamento que pertenecen a charrúas, pues fueron encontrados en los sitios en que éstos estaban establecidos cuando la conquista». Los huesos en cuestión no han sido objeto de análisis con el fin de determinar su antigüedad.

i) Mónica Sans (1988) emprendió el más amplio y cuidadoso trabajo referido a la antropología física de los antiguos pobladores de la Banda Oriental, consistente en el análisis de los restos de 85 individuos conservados en varios museos y procedentes de 17 lugares ubicados en distintas zonas del país. Sans ha comparado las características de los ejemplares encontrados en unos y otros lugares, estudiando el grado de abrasión dental que presentan, extrayendo al respecto conclusiones sobre la dieta de los indígenas prehistóricos, así como la incidencia de caries, que al ser mayor entre los que proceden del este del país, la llevan a concluir que pudiera haber tenido importancia el consumo del butiá —fruto de la palmera *butiá capitata*— por su contenido de azúcar. Ha efectuado, además, cálculos sobre la estatura de los indígenas, discutiendo los métodos y las conclusiones que sobre esta cuestión elaboraron otros autores: para Sans, «la estatura media para los restos del oeste del Uruguay es de 1,65 metros para las mujeres y de 1,70 metros para los hombres». Analiza las posiciones y orientación de los esqueletos en los entierros, así como la presencia de inhumaciones primarias y secundarias. Critica finalmente lo afirmado por algunos antropólogos físicos, que los rasgos morfológicos de los grupos llegados al continente americano no se hubieran modificado, lo que por cierto se vincula con las hipótesis basadas en el supuesto de que el poblamiento de América tuvo lugar por distintas vías y en distintos

momentos, inclinándose igualmente por desechar estos planteamientos. El estudio de Sans es claramente el más importante de cuantos se han realizado hasta el momento, tanto por la amplitud de la serie analizada como por el cuidado metodológico con que ha trabajado.

La revisión efectuada pone claramente de manifiesto que aún queda mucho por estudiarse del punto de vista de la antropología física, de los indígenas prehistóricos de estos territorios. Aunque las características de acidez y humedad de la mayor parte de los suelos del Uruguay hacen que se conserven mal los restos óseos, las excavaciones arqueológicas, necesariamente, proporcionarán más ejemplares que permitirán ampliar el conocimiento actualmente existente.

Las lenguas indígenas de la zona

El material con que se cuenta sobre las lenguas de los grupos indígenas no guaraníes es escaso, si bien es verdad que aun así es mayor que el que se tiene de otras lenguas a las que se ha considerado emparentadas, como la de los querandíes de la costa meridional del Río de la Plata. El inventario de términos conocidos no llega, en total, a un centenar de palabras.

Se dejan fuera de ese conjunto las palabras consignadas por el explorador del siglo XVI André Thevet (1878) y en un tiempo atribuidas sin mayor fundamento a la lengua charrúa; varias de ellas fueron sacadas del *Vocabulario patagón* que Antonio Pigafetta —cronista de la expedición de Magallanes— agregó a su entretenido y exagerado relato, al margen de la dudosa confianza que merece su transcripción; respecto a otras palabras de las señaladas por Thevet, hasta hoy no se ha podido determinar a qué idioma pertenecen.

De igual manera se excluyen las dudosas palabras que el jesuita alemán Florian Pauke (1942), quien residió entre los mocobíes del Chaco, señaló como charrúas (Schuller, 1917); y, por supuesto, todas las que en realidad tienen origen guaraní.

Lo que se posee es lo siguiente:

1. Un breve catecismo compuesto de 19 frases enviado por el jesuita Joaquín Camaño a Lorenzo Hervás y Panduro, quien lo incluyó

en su *Catálogo de las lenguas...* (1800), publicado originalmente en 1784, al que se señala como guenoa.

2. Un grupo de palabras que el padre Dámaso A. Larrañaga recogió en Santo Domingo Soriano alrededor de 1815 de boca de ancianos chanáes, que consta en su *Compendio del idioma de la Nación Chaná* (1923 a.), junto con el cual compuso un vocabulario que, aunque se extravió, ha sido en parte reconstruido a partir de los manuscritos del naturalista por Barrios Pintos (1991: 64-68). Canals Frau (1953) consideró que los términos aportados por Larrañaga serían bohanes y no chanáes, argumentando que por

> dos siglos... Soriano subsistió como reducción en pleno hábitat charrúa y ella se nutrió, como es natural, con indios sacados de la región en que se asentaba o de sus vecindades y éstos eran charrúas.

Basa su parecer en que el capitán Juan Francisco Aguirre (1898) señalaba que «desde 1770 la reducción era ya villa de españoles» y en su tiempo se hallaba «desterrado ya casi el lenguaje bojan que antes adquirían los hijos del pueblo».

Por cierto que la hipótesis de Canals Frau provoca perplejidad, ya que supone una gran falta de cuidado en el recopilador; y si bien Larrañaga pone de manifiesto su carencia de conocimientos en materia lingüística, otra cosa es incurrir en confusión respecto a la identidad étnica de sus entrevistados. Algunos años antes —en 1801— el marino Andrés de Oyarbide (1955) había recogido también en Soriano algunos datos de «un indio de nación chaná y como de 100 años cumplidos de edad»; no resulta ilógico pensar que Larrañaga hubiera conocido también auténticos chanáes. De todas maneras, más que el análisis histórico es el lingüístico el que puede determinar las características de las voces registradas; más adelante se verá el problema referido al parentesco entre la lengua chaná y la —o las— de la etnia charrúa.

3. Dos vocabularios recogidos por el doctor Teodoro Vilardebó (1968) en 1841, el del sargento mayor Benito Silva y, al año siguiente, de «una china de Arias», que respectivamente constan de 31 palabras y de 20 voces y dos frases. Estos léxicos, a pesar de su exigüidad, son los más importantes. Su conocimiento ha sido relativamente reciente, puesto que fueron publicados por primera vez por Gómez-Haedo (1937).

4. Algunos nombres propios tomados de archivos misioneros por Rona (1964) que este investigador consideró charrúas. Asimismo, cabe anotar también los diez nombres de caciques chanáes que Canals Frau (1940) tomó del *Repartimiento* de 1582. De igual manera cabría consignar algún aislado topónimo no guaraní de desconocida procedencia, como «baumarahate», que dio Marmarajá (Nardi, 1959:391), así como otros probablemente charrúas como Cayastá y Potpot.

Por supuesto que no pueden considerarse propios de los pueblos del antiguo territorio de la Banda Oriental los nombres personales utilizados en obras literarias como las de Manuel J. Labardén (*Siripo*, 1787) Pedro P. Bermúdez (*El Charrúa*), Adolfo Berro (*Liropeya*, 1840) o Juan Zorrilla de San Martín (*Tabaré*, 1888) ya que en su mayoría son nombres guaraníes tomados de crónicas del siglo XVI, como las de Centenera (1942) o Schmidel (1903), consistiendo en otros casos en invenciones más o menos eufónicas de los propios autores.

Respecto a las lenguas indígenas del área, dos problemas deben ser deslindados: el primero, al que ya se ha aludido, si entre las lenguas habladas por los charrúas y los chanáes puede establecerse una relación que permita considerar a ambas unitariamente como «lengua chaná-charrúa». Así lo hicieron Outes (1913) y Serrano (1936). De aceptarse los argumentos antes expuestos de Canals Frau, la conclusión es que únicamente se cuenta con material lingüístico de la etnia charrúa, y que las atribuciones diferentes tal vez supongan diversos dialectos para las distintas parcialidades. Ésta parece ser la posición más correcta cuando se comparan los vocablos conocidos de esas lenguas.

No obstante, quienes han entendido que la lengua chaná difería de la charrúa han procurado clasificarla, y en tal sentido la posición extrema es la asumida por Nimuendajú (1981), quien en su *Mapa Etno-Histórico*, publicado póstumamente, compone con ella una familia lingüística propia, dentro de la que ubica no sólo los lenguajes de los chanáes, chaná-beguáes y chaná-timbúes, sino también el de los yaros. Nimuendajú no dio a conocer los fundamentos de su hipótesis.

El segundo problema se refiere a la filiación lingüística de los grupos. En este sentido, las posiciones han sido muy variadas. Azara (1850) decía que cada «nación» indígena tenía una lengua peculiar, previniendo al lector

> que cuando diga que la lengua de una nación es diferente de la otra, debe entenderse que esta diferencia es al menos tan grande como entre el inglés o el alemán,

con lo cual deja la impresión que quería excluir variantes de tipo dialectal aunque, por supuesto, los conceptos lingüísticos de Azara no pasaban de un nivel primario. Esta posición fue sostenida en muchas referencias de época, especialmente en las de origen jesuítico.

Sin embargo, la opinión que prevaleció entre los historiadores del siglo pasado, y que han compartido autores más modernos, fue la de atribuir filiación guaraní a los lenguajes indígenas de la Banda Oriental; de la Sota (1965) apoyándose en una opinión del jesuita José Insaurralde por ser éste «sujeto eminente en la inteligencia y propiedad de la lengua guaraní», sostenía que el idioma de los charrúas «es guaraní corrupto»; suponía que tenían un mismo origen étnico, ya que entonces era «opinión constante» que todas las tribus uruguayas eran «originarias de parcialidades fugitivas de los guaraníes». Bauzá (1929) afirmaba que los indígenas de esta parte

> hablaban un idioma cuya matriz era el guaraní, mezclado con voces extrañas, tal vez recogidas en las excursiones fuera del territorio propio, o formadas por la índole de la pronunciación peculiar a la localidad en que se vive...

Araújo (1911) también señalaba que los charrúas «hablaban el guaraní más o menos adulterado; aduteración que se explicaría por la inferioridad mental de los charrúas...».

Hemos seleccionado estas opiniones como ejemplo de un juicio muy difundido. Está claro que esos autores no ignoraban que quienes habían conocido directamente a los indios indicaban diferencias en sus lenguajes; y Bauzá, con un criterio que en términos globales es acertado, suponía que la diferenciación se originaba en la alteración fonética. Araújo introdujo una nota de racismo bastante expresiva del sentir que predominó respecto a los indígenas en general y prácticamente en toda América.

Aun un autor de la ponderación de Eduardo Acevedo Díaz incurrió si no en el error, por lo menos en la duda sobre la lengua hablada por los charrúas, y esto a despecho de lo que su abuelo el general

Antonio Díaz había anotado en sus *Memorias*, que constituían su fuente: «las cuatro naciones de que he hablado (charrúas, yaros, bohanes y chanáes) eran errantes y cada una de ellas tenía una lengua particular muy diferente de las otras». Acevedo Díaz (1891) modificó la afirmación anotada al expresar que

> algunos creen que los bohanes, a la vez que los charrúas, chanáes y yaróes, tenían un lenguaje peculiar, hablándolo distinto cada una de las cuatro parcialidades; otros suponen que todas esas tribus eran sencillamente porciones separadas de la gran familia guaraní... Casi autorizaría a esa hipótesis, la circunstancia muy especial de pertenecer al idioma guaraní en la zona uruguaya —desde el gran río hasta las costas del océano— la mayor parte de los nombres locales.

El autor comentado había adelantado estos pareceres en nota de su novela *Nativa*, publicada en 1890.

La atribución de filiación guaraní a las lenguas de los indígenas del área uruguaya parece haber nacido del desconocimiento de los materiales pertinentes, así como de un doble error: por un lado, considerar que los nombres de indudable procedencia guaraní asignados a las parcialidades correspondían a las designaciones que aquéllas se daban a sí mismas; por otro, creer que la toponimia nacional —ampliamente guaraní— tenía un origen prehispánico; este equívoco resalta nítidamente en el citado trabajo de Acevedo Díaz.

No se tuvo en cuenta que las denominaciones étnicas de las parcialidades consideradas habían sido otorgadas por los *lenguas* o intérpretes guaraníes de que se sirvieron los exploradores en la época de los contactos iniciales; no fueron, por lo tanto, verdaderos etnónimos, es decir, designaciones empleadas por un grupo étnico para distinguir el conjunto humano al que se pertenece, el que se caracteriza por una cultura propia.

Por otra parte, los topónimos fueron establecidos —en tiempos de las entradas tempranas al interior de la tierra— por baqueanos guaraníes. Con posterioridad, la aplicación de nombres guaraníes a los accidentes geográficos se vio amplificada por la creciente penetración en estos campos de indios guaraníes venidos de las misiones en pos de los ganados, tanto en vaquerías dirigidas por los padres jesuitas como en las operadas por otros agentes. Paulatinamente, además, se fueron asen-

tando en diversos parajes indios que escapaban de las reducciones. La expulsión de la Compañía de Jesús y la subsiguiente disolución de los pueblos aumentó el número de los guaraníes que se establecieron en esta banda. Hay elementos suficientes para afirmar que hasta bastante avanzado el siglo XIX el idioma predominante en gran parte de la campaña de este país, y principalmente en las zonas de dominio disputado entre España y Portugal, fue el guaraní. Su sustitución por el español y el portugués en ese dilatado ámbito fue resultado del proceso de expansión de la cultura de los centros urbanos y del aumento de la inmigración ultramarina.

Un error vinculado con los anteriores ha consistido en interpretar mal algunas fuentes que señalan la utilización del guaraní por los charrúas como lengua de relación con los hispanoparlantes, creyendo que ése era su idioma propio. En rigor, fueron los conquistadores y los misioneros quienes dieron al guaraní una difusión que no conoció en épocas anteriores a su llegada, como ocurrió a lo largo de toda América con varias lenguas indígenas empleadas como instrumento de dominio y conversión.

Sin embargo, no se sabe si en tiempos prehispánicos las parcialidades indígenas hablantes de lenguas no guaraníes se sirvieron de éste como lengua de entendimiento común. El hecho de que las primeras expediciones tuvieran lenguaraces guaraníes para comunicarse con los indígenas del área y que éstos los comprendieran puede servir de base a esta conjetura.

Los autores que se han ocupado del tema de las lenguas indígenas de la antigua Banda Oriental han sostenido para la lengua charrúa filiaciones sumamente variadas: Lafone Quevedo (1897) —quien obviamente asimilaba al charrúa el chaná— se inclinó por la chaqueña al considerarla emparentada con el idioma guaycurú; Serrano (1946) la relacionó con las lenguas kaingang, que algunos lingüistas engloban en la familia *ge* y que presenta importante penetración en el sur del Brasil; Benigno T. Martínez (1901), Schuller (1904) y Camberlain (1911) la patagónica; Perea y Alonso (1942) la arawak —o aruac—, familia de amplia dispersión en las regiones selváticas de América del Sur desde las costas del Caribe. Esta última tesis —que curiosamente había sido ya sostenida por el P. Wilhelm Schmidt en su obra *Sprachfamilien und Sprachenkreise der Erde*, de 1926, para el chaná— gozó en su momento

Lenguas aborígenes de Sudamérica según J. Greenberg.
(Steward y Faron, 1959).

de un éxito mayor que las otras, pero ha sido cuestionada con sólidos argumentos por Blixen (1956).

Antropólogos y lingüistas que han realizado sus trabajos en épocas más cercanas vinculan el charrúa a las lenguas de los cazadores pampeanos (Ibarra Grasso, 1967) o retoman la idea de su relación con las lenguas chaqueñas —ya expuesta por Brinton (1946)—, como Rona (1964), quien clasifica al charrúa dentro de la sub-familia lule-vilela, McQuown y Greenberg (1960), que lo incluyen en las familia macro-guaycurú como perteneciente a una familia no clasificada, o Pottier (1983), que lo ubica dentro del grupo de lenguas macro-pano junto con las extintas lenguas lule y vilela.

Dado el estado actual del problema, caracterizado por la falta de elementos que permitan estudios más afinados, parece prudente considerar al charrúa como lengua aislada, correspondiente a una familia lingüística desconocida. Así lo han sostenido Rivet y Loukotka (1924), Blixen (1956), Tovar (1961) y José Joaquín Figueira (1965); así también lo habían consignado Imbelloni (1939) y Nimuendajú (1981). Esta posición, por otra parte, resulta acorde con las fuentes de época, que señalaron la desemejanza de las lenguas de la etnia charrúa con otras.

Capítulo IV

ETNOGRAFÍA DE LAS CULTURAS INDÍGENAS

Los pueblos indígenas del Uruguay en el contexto continental

En los primeros tiempos de la conquista, los pueblos indígenas de estos territorios no fueron objeto de comparaciones entre sí y con otros ajenos a la región que permitieran establecer clasificaciones de verdadero valor etnográfico. Apenas se consideró entonces, y por mucho tiempo, la ausencia o existencia entre ellos de poder centralizado, de agricultura o de antropofagia. Más tarde —y en la medida en que los indios fueron apreciados de acuerdo con su obligada relación con los europeos y dentro de los marcos culturales de éstos—, la única clasificación fue la de «cristianos» o «infieles», que tendría una larga resonancia. Autores como Azara —que llegó a describir una amplia gama de sociedades indígenas diferentes— eludieron sin embargo hacer una clasificación de ellas. Éste, particularmente, se limitó a consignar la existencia de «naciones» a las que no vinculó por sus similitudes culturales, aunque a veces las haya indicado.

Fue Alcide D'Orbigny (1839) el primero que intentó una clasificación de los antiguos habitantes de la Banda Oriental. Si bien la suya fue ante todo una clasificación racial en la que tomó en cuenta, además, características culturales, D'Orbigny solamente consideró a los charrúas, y destacó la similitud de varios rasgos de su cultura con los presentes entre los pueblos cazadores de la Patagonia y el Chaco, como son los ritos fúnebres consistentes en ayunos y en provocarse heridas y mutilaciones dactilares, así como también la designación de jefes temporales para la guerra. La lista de rasgos culturales comunes con los indígenas de esas regiones puede ser ampliada con muchos otros, como

por ejemplo la existencia de capas de pieles pintadas, de carcajes de cuero, de boleadoras, de chozas de tipo paravientos, del arco musical sin resonador y de técnicas chamánicas aplicadas a la provocación de estados extáticos y a la curación de enfermedades. El haber establecido esas vinculaciones culturales constituyó un acierto del gran sabio francés; posteriores estudios etnológicos y arqueológicos han venido a confirmarlas, y ello dio una amplia propagación a su idea clasificatoria.

Las clasificaciones etnográficas más modernas, aunque por lo común han manejado a la vez criterios etnológicos, lingüísticos y económicos, han tendido a delimitar, como principio general, grandes áreas culturales caracterizadas por los modos de adaptarse a la naturaleza que en ellas predominaron; dentro de tales áreas, se han considerado entonces las distinciones aportadas por los otros criterios. Siendo evidente que un sistema adaptativo está en gran parte determinado por la realidad geográfica y en íntima correspondencia con ella, se tendió a manejar dos criterios clasificatorios etnográficos: o bien se asignó predominancia a la regionalización geográfica, en la cual se ubicaron luego las variantes económico-culturales, o, por el contrario, se determinaron zonas económico-culturales que comprendían diversas regiones geográficas. En un caso, se procuró destacar las relaciones de vecindad, y en el otro, el paralelismo existente entre fenómenos culturales.

Como representante del primer criterio, aplicado a la región que nos ocupa, cabe destacar a Antonio Serrano (1947), quien dividió el territorio de la Argentina en siete grandes zonas geográficas, considerando luego los pueblos indígenas que las ocuparon y que en muchos casos continuaban ocupándolas. En la zona correspondiente a «los pueblos del litoral», colocó cuatro grupos culturales indígenas: chanáes, charrúas, guaraníes y guayanás. Como ejemplo del segundo criterio, vale la pena considerar la clasificación hecha por Enrique Palavecino (1948), quien señalo tres grandes formaciones culturales dentro de las cuales ubicó a los pueblos correspondientes: protoculturas; agricultores de tipo amazónico del litoral y el Chaco, y agricultores andinos. El grupo por él donominado charrúa-querandí aparece clasificado dentro de las protoculturas correspondientes a pueblos cazadores y recolectores ubicados en la amplia área de los «cazadores de guanacos de la Tierra del Fuego, Patagonia y Pampas». Los pueblos del Chaco, aunque clasificados también entre las protoculturas, resultan desvinculados de los grupos de cazadores australes, y a este respecto es útil recordar que

Tipos de culturas indígenas de Sudamérica (Steward y Faron, 1959).

otros autores —como Krickeberg (1946)—, por el contrario, han separado a los charrúas de los cazadores de las tierras del sur del continente englobándolos en el complejo cultural chaqueño. Vemos pues que el esquema comprensivo de D'Orbigny resultó reiterado en la medida en que tomaron importancia en la moderna etnología criterios de tipo económico para basar las clasificaciones.

En los esquemas más modernos, determinantes de áreas culturales, los antiguos habitantes de la Banda Oriental, por el predominio que entre ellos tuvieron los grupos de economía predatoria, han sido normalmente considerados dentro de la gran área cultural que en el sur de América ocuparon los pueblos cazadores, a los que Steward (1946) situó en la categoría de «pueblos marginales».

Es preciso, sin embargo, tener en cuenta que existieron también en este territorio pequeñas inclusiones de grupos cuya subsistencia no se basó solamente en la caza y la recolección. El dominio de las técnicas de una incipiente agricultura generó dos modelos adaptativos que también pueden ser vistos como sucesivos estadios evolutivos: uno en el que una agricultura aún no suficientemente desarrollada complementaba una economía que continuaba dependiendo de manera fundamental de la caza; y otro en el que el éxito de esa agricultura la convertía en la base principal de una economía que podía resultar complementada con la caza.

La transformación de los sistemas adaptativos de los distintos pueblos indígenas del área, provocada por las interacciones que pudieron tener lugar entre ellos, resultó de todos modos interrumpida por la conquista europea. Las influencias que produjo la conquista ocasionaron modificaciones tan variadas y rápidas en las culturas indígenas de la zona que no es posible efectuar una descripción etnográfica de las mismas, en un período en el que ya hay a su respecto datos históricos, sin que se esté justipreciando a cada paso las consecuencias de los cambios operados.

La etnia charrúa

Sistema económico y obtención de la subsistencia

El sistema de obtención de la subsistencia de esta etnia se basó, como se ha dicho, en la caza y la recolección. El método de caza prac-

Cazadores, recolectores y pescadores nómadas (Steward y Faron, 1959)

1. Recolectores de moluscos de los archipiélagos del sur.
2. Cazadores y recolectores de las pampas.
3. Gran Chaco.
4. Cazadores y recolectores de la selva.
5. Canoeros nómadas.

ticado originalmente se caracterizó por la utilización del arco; varios autores han calificado la economía fundada en su utilización como de «caza superior», en tanto otros la han denominado «caza a distancia».

No se poseen indicaciones ni etnográficas ni arqueológicas del empleo de trampas de caza, aunque no debe por ello descartarse que se utilizaran; simplemente, no es posible saber cómo serían.

El sistema de caza se vio complementado con el de recolección de otros productos alimenticios de origen animal o vegetal. No se dispone de datos como para afirmar la existencia de una división de tareas en función del sexo, pero cabe pensar, de acuerdo con lo que demuestra la etnografía general, que la caza debió ser una actividad exclusivamente masculina, quedando la recolección a cargo de las mujeres y los niños. Nada se sabe con respecto a la edad en que un niño varón adquiría la condición de cazador.

Como ya se ha indicado, las características naturales del país, en cuya fauna predominan con contadísimas excepciones los animales de pequeño porte y cuya flora no ofrece plantas comestibles o frutales de verdadera importancia, hizo que, normalmente, los grupos estuvieran compuestos por pocos individuos, imponiendo además, en general, un nomadismo probablemente determinado por las variaciones estacionales. Es posible que en algunas zonas del país —como las costas de ríos y arroyos, que permiten la existencia de florestas de galería extensas, o los humedales y palmerales del este— haya tenido lugar un proceso de semi-sedentarización resultante de una conveniente utilización de los recursos del medio.

Algunas fuentes históricas han señalado la pesca entre las actividades económicas de estos grupos. Nadie, sin embargo, dejó una descripción de cómo pescaban estos indios. Puede pensarse incluso que se trató de una afirmación movida por ideas simplistas que llevaban a suponer que todos los cazadores recolectores debían ser también pescadores. Corresponde recordar que en el territorio considerado no existen vegetales autóctonos de fibras textiles que permitan su hilado a los efectos de confeccionar líneas o redes. Hace ya bastante tiempo que se sabe que las pesas de redes de barro cocido halladas en las costas del Río de la Plata, en el departamento de Colonia —y que aún en algunos museos se exhiben como piezas indígenas— son de origen portugués. En la literatura arqueológica apenas se encuentra la referencia a dos anzuelos de piedra procedentes de Maldonado (Demaría, 1932:191) que

claramente carecen de aplicación práctica por lo cerrado de su abertura; por esto, es posible que esas piezas tuvieran más bien una finalidad decorativa o ceremonial, lo que necesariamente lleva a suponer que debieron constituir imitaciones hechas en piedra de anzuelos metálicos europeos, descartándose entonces su origen prehispánico. No se conocen en la flora del país plantas similares al barbasco que posibiliten la pesca por envenenamiento en lagunas o remansos, así como tampoco que los indígenas emplearan nasas o trampas para la captura de peces. Las puntas de flecha conocidas en su mayoría no parecen particularmente adecuadas para emplearse en la pesca por la falta de barbas arponadas; las escasas puntas de arpón de hueso encontradas corresponden probablemente —por su tipología y por la zona de los hallazgos— a pueblos de otras etnias. La ubicación de «paraderos» indígenas en distintos puntos de la costa del Río de la Plata —especialmente en el este— y del océano Atlántico, no son indicadores de campamentos pesqueros, y sí únicamente de haberse establecido allí estaciones temporales para la caza del lobo marino. De todos modos, ya que los peces no fueron despreciados en la dieta indígena, puede pensarse que la obtención de los mismos no llegó a constituir una actividad específica, diferente de la caza tanto del punto de vista técnico como del económico. Debió limitarse a ciertas épocas del año en que es posible la captura de peces en aguas poco profundas próximas a la orilla, especialmente de algunas especies de agua dulce. Se debieron utilizar a esos efectos dardos y flechas con puntas de madera, por lo que no se conservaron. Es interesante recordar que los soldados y misioneros que tomaron contacto con estos indígenas en los primeros tiempos de la ocupación de estos territorios, incluyeron indefectiblemente entre los presentes con los que buscaban captar su buena voluntad los anzuelos, dejando las crónicas la impresión de que eran objeto de particular aprecio; acaso su obtención les abriera nuevas posibilidades para la provisión de su subsistencia.

Respecto a la atribución de actividades presentes en otros grupos indígenas a los charrúas, es preciso señalar que solamente por error en la ubicación geográfica o por asignar a esta etnia rasgos culturales correspondientes a otra se puede hablar de la existencia de canoas entre ellos. A este respecto debe recordarse que en la flora nativa no existen árboles con troncos rectos del tamaño requerido para la construcción de embarcaciones monóxilas o que posean cortezas suficientemente

gruesas, resistentes y de extensión adecuada para la confección de piraguas con ellas.

Como consecuencia de la economía de caza complementada con la recolección, la dieta original de la etnia charrúa se compuso fundamentalmente de carne, que se consumía asada en asador de palo o cocida en ollas pequeñas de barro secado al sol y, probablemente en algunas ocasiones, cruda. Ninguna fuente indicó el procedimiento que emplearon los indios de esta región para encender fuego. Lozano (1874), que reiteró datos de otros autores, refirió que lo producían mediante la fricción de dos maderas, pero sin agregar nada que permita formarse una idea precisa del método en cuestión. Maruca Sosa (1957:122) sostuvo que «los charrúas y demás tribus que habitaban en este rincón americano, utilizaron la varilla giratoria, valiéndose de sus manos» para producir fuego; esta afirmación debe entenderse solamente como una hipótesis. Más tarde debieron, indudablemente, emplear —al igual que los patagones y pampas— los yesqueros utilizados por los blancos, aunque ninguna fuente indica que tales objetos fueran objeto de trueques o regalos.

Seguramente no se excluyó del consumo a ningún animal de la fauna autóctona, aunque no se conoce si existieron tabúes alimentarios referidos a alguna especie, familia o género de animales, vinculados a creencias particulares. De igual modo, no se poseen referencias sobre el consumo de insectos y sus larvas, aunque puede concluirse que antes de la existencia del ganado europeo debieron de tener importancia en la provisión de proteínas animales, como ocurre en tantos pueblos con idéntico sistema económico, constituyendo por lo general precisamente los principales productos de recolección, además de los moluscos. Se consumían asimismo huevos de ave, principalmente de ñandú y perdiz. El sargento mayor Silva (1841) indicó que los «cogollos de ceibo» *(Erythripa cristagalli)* eran mascados a modo de estimulante, y que «en verano son frescos y apagan la sed», asegurando luego exageradamente que «son para esta tribu tan nutritivos que no necesita de otro alimento por muchos meses» y que «con sólo mascar esos cogollos, un indio puede pasar meses enteros sin probar otro alimento»(!). No se han efectuado estudios específicos para establecer la existencia de sustancias con los referidos efectos estimulantes en la planta indicada; de todos modos, ese hábito indicado ya en la época final de los charrúas, tuvo para ellos también consecuencias perjudiciales, pues el

mismo Silva apuntó que «las mascadas de estos cogollos del ceibo que dejan en el suelo han servido varias veces a sus enemigos de rastro para perseguirlos».

Desde mediados del siglo XVII las fuentes aluden repetidas veces a la afición de los indios por el alcohol, el tabaco y la yerba mate. Según el general Antonio Díaz (1977) —y ya para el siglo XIX—, con la yerba mate preparaban en recipientes de calabaza o cuerno una infusión que se bebía en círculo, sorbiéndose con el agua una porción de hojas molidas que luego eran masticadas. El tabaco era igualmente mascado —Silva consignó que mezclándolo con polvo de huesos— además de fumado; y el mencionado Díaz se refirió a la borrachera tabacaria provocada por el hábito de fumar cubriéndose la cabeza con una manta. No hay datos que permitan considerar estos hábitos como prehispánicos, debiendo, en consecuencia, aceptarse que los indios los hayan adquirido posteriormente por aculturación con españoles y criollos. Las escasas pipas de cerámica encontradas en el territorio (Maruca Sosa, 1957:216-218) es difícil que puedan ser consideradas indígenas por su estilo de decoración y su forma acodada, que recuerda las pipas europeas, salvo que hubieran sido adquiridas como regalos o en trueque a cambio de productos o servicios. Respecto al consumo de alcohol, Azara (1850:180) afirmó que

> los jefes de familia, mas no las mujeres ni los hijos, se embriagan con aguardiente cuantas veces pueden; y a falta de dicho licor, con la chicha, que ellos preparan poniendo miel de abejas salvajes con agua a fermentar.

Aunque resulta interesante que el beber se entendiera como acción característica de la condición viril y adulta, podemos sospechar el traslado de valoraciones propias del cronista, más allá de la conocida preeminencia masculina en esa sociedad. Poco probable parece la preparación de esa especie de hidromiel, sobre la que no existen más referencias. No debe perderse de vista que el consumo de bebidas alcohólicas —por lo común abusivo— atribuido a los indígenas indica siempre un rasgo resultado de la aculturación, y que Azara comience señalando la preferencia por el aguardiente —típico producto de intercambio— refuerza este parecer.

La difusión del ganado modificó profundamente el sistema adaptativo de los cazadores. Aparte del hecho de que los nuevos animales constituían presas más provechosas y de más fácil captura, el dominio del caballo acentuó la movilidad de los grupos y seguramente provocó su aumento. Está fuera de dudas que la presencia de las reses vacunas y de las equinas no hizo que se desarrollara entre estos indios ningún tipo de economía de pastoreo; únicamente adquirieron algunas técnicas imprescindibles para el aprovechamiento de los nuevos recursos animales, como el amansamiento, la equitación, la captura de los vacunos con el lazo y su abatimiento mediante el desjarrete, esto último cuando colaboraron con los corambreros en matanzas masivas de animales para aprovechar sus cueros. Éstos, precisamente, les proporcionaron las «medias lunas», hojas curvas afiladas por su parte interna y ajustadas a un asta, con las que derribaban las reses a la carrera cortándoles los tendones de las patas traseras. El ganado, por lo tanto, fue visto por los indígenas como una caza de otro tipo, que requería otras técnicas. Ello llevó a una transformación de su dieta, que dejó entonces de lado muchas especies que antes eran objeto de consumo; así, Silva anotó —y el dato corresponde al siglo XIX— que

> sus alimentos consisten en carne de vaca o la de avestruz, que asan o cuecen o dejan secar al sol como charque y que comen con la misma grasa del animal; en los huevos de esta ave de los que aprovechan solo la yema sacándola de la cáscara con un manojo de pasto... No comen carne de los demás animales tanto terrestres como acuáticos.

Polanco (1890) insistió en que los últimos charrúas unicamente comían carne de vacuno. Brito del Pino (1910) dejó una referencia poco creíble respecto a una delicadeza gastronómica de los charrúas, que en realidad parece fruto de la animosidad y el etnocentrismo:

> Me aseguran que su mejor regalo es atar un potrillo entre dos palos de modo que no pueda acercarse ni moverse y en ese estado le hacen en las arterias yugulares una incisión con un punzón grueso; el chorro de sangre que salta es recibido con el mayor placer en la boca de aquellos caribes hasta que muere desangrado. También exprimen la descomposición de los alimentos que se hallan en el vientre de dichos animales y beben con la mayor satisfación el líquido que resulta.

Estos dos fragmentos ponen de manifiesto la diferente apreciación resultante de la observación directa en el primer caso, y de las afirmaciones hechas de oídas y no confirmadas en el último.

De seguirse los supuestos de la escuela antropológica de la *Kulturkreis*, podría decirse que los indígenas, en la medida en que fueron tomando el ganado vacuno como objeto preferido de cacería, perdiendo importancia en igual proporción las tareas de recolección —a cargo de las mujeres—, avanzaron en su desarrollo cultural hasta ubicarse en el nivel que esa corriente donominó «ciclo de la gran caza». Ello vendría a significar, dentro de ese esquema teórico, que los hombres serían quienes asumieran entonces, en exclusividad, los papeles económicos decisivos en tanto se vería minimizada la posición social de las mujeres al perder importancia su anterior función de productoras. Es conocido que los propulsores del comentado sistema de pensamiento antropológico entendían que tanto la poliginia como la consolidación de un sistema de normas tendiente a privilegiar la condición masculina —llamado «derecho paterno»— derivaban de las circunstancias económicas propias del «ciclo de la gran caza». Este tipo de reconstrucción deductiva de la evolución sociocultural gozó de cierto prestigio en décadas pasadas también en los estudios etnohistóricos rioplatenses; en general, esos modelos interpretativos cayeron en el descrédito, y en lo referente a las culturas de los indios del Plata, se carece de elementos fácticos que permitan sostener tales planteamientos, que exponemos únicamente en calidad de hipótesis no verificables.

La mayor alteración históricamente comprobable experimentada por la cultura de los cazadores recolectores se vincula, por cierto, a la adopción del caballo. Con el dominio del mismo, y encontrándose los indios en el radio de expansión de una civilización poseedora de tantas cosas desconocidas y tentadoras, el sistema económico de la caza se vio sustituido más y más por el del pillaje, como, prácticamente sin excepción, lo señalan las fuentes a partir del siglo XVIII y, en ese siglo, sobre todo, en las tierras situadas al occidente del río Uruguay. Algunos grupos charrúas y yaros ubicados en la mesopotamia argentina en esa época parecen haber llegado a ser exclusivamente merodeadores que vivían de la venta de cautivos a los españoles y criollos para que los emplearan como yanaconas, a los que vendían asimismo toda la variedad de objetos que les sustraían en sus incursiones, incluidas las ropas (Sallaberry 1926:256). De igual modo, en los tiempos finales el saqueo

parece haberse convertido en la actividad económica principal de charrúas y minuanes en la Banda Oriental, más allá del hecho de que los documentos oficiales de entonces sin duda agrandaron la importancia de los malones a fin de justificar la operación militar de exterminio llevada por último a cabo (Acosta y Lara, 1969 b). No obstante todas estas circunstancias expresivas de los grandes cambios experimentados por el sistema adaptativo de los indígenas, la mayoría de sus grupos nunca dejaron por completo las actividades de caza, aunque la presa preferente fuera el ganado. Las nuevas técnicas de caza supusieron entonces la utilización del caballo y también del perro —introducido igualmente por los europeos—, únicos animales domesticados por los indígenas.

Cultura material

Es muy conocido que los enseres de los cazadores recolectores nómadas son siempre pocos y sencillos. Los indígenas que nos ocupan desconocieron aparentemente la cestería y se sirvieron de recipientes de tosca cerámica utilitaria, secada al sol, de dimensiones limitadas y carentes de decoración. La piedra y el cuero fueron los elementos básicos con que confeccionaron un instrumental necesario para proveer la subsistencia, y que también sirvió para las actividades bélicas.

En época precolombina sus armas consistieron en flechas de punta de piedra tallada, que se acomodaban en forma de abanico en chatos carcajes de cuero que se cargaban a la espalda; azagayas cortas también con puntas de piedra tallada; boleadoras de dos y tres piedras; hondas; y mazas con cabezas de piedra pulida, las cuales, en lugar de sujetarse a un astil rígido de madera, pudieron también manejarse atadas a una guía de cuero. Los arcos fueron simples y parece que predominantemente cortos, aunque es difícil saber si tal dimensión no resultó de una modificación impuesta posteriormente por el uso del caballo, como ya lo señaló Azara (1873). Sobre su construcción, esto es, la madera con que se hacían, cuándo se cortaba esa madera, los ceremoniales que podían acompañar su confección, nada se sabe. Se han conservado, sin embargo, un par de ejemplares de arcos charrúas: uno en el Museo de Indio Americano (Heye Foundation) de Nueva York, cuya fotografía ha publicado José Joaquín Figueira (1977, III:281)

y otro en el Museo del Indio y del Gaucho de Tacuarembó, del que Barrios Pintos (1991:114) ha dado una breve descripción. El primero mide 1,55 metros de largo, siendo su sección máxima de 2,5 centímetros; el segundo, alcanza a 1,75 metros, con un diámetro en su centro de 3,5 centímetros. Ninguno de estos arcos puede considerarse corto. Por la fotografía del primero es posible comprobar que no se acostumbraba reforzarlos con tendones o tiras de cuero; su forma es recta, presentando curvaturas en ambos extremos y su sección circular; la cuerda está hecha con un largo tiento de cuero retorcido.

Las flechas fueron al parecer cortas: de «tres palmos» indicaría Saldanha (1838). No sabemos de qué manera unían la punta ni cómo se colocaban las plumas, así como tampoco el número de éstas. Pablo Lavalleja Valdés (1941) escribió que «adornaban *(sic)* las flechas con plumas de ñacurutú *(Strigidae)*, que sujetaban con cera y fibras vegetales al extremo ranurado de cañas tacuaras»; es preciso tener presente que Valdés se refirió a los últimos sobrevivientes charrúas que vivían hacia 1857, recogiendo recuerdos familiares; las cañas indicadas no parecen aptas para la elaboración de flechas por la abundancia y la prominencia de sus nudos. Por haber vivido con los charrúas son más dignas de crédito las aseveraciones de Silva, quien indicó que hacían las flechas con «el palo del sándalo rojo», madera que Mezzera, anotador del texto (Vilardebó, 1963:22), considera que debe corresponder a la del «quebracho rojo», que identifica con el arbusto llamado «sombra de toro» *(Iodina rhombifolia)*; en cuanto a las plumas, indicó que utilizaban las de cuervo, esto es, buitre *(Cathartidae)* o de águila *(Buteo fusescens)*. Es seguro que jamás se usaron venenos para las flechas.

En cuanto a la otra arma utilizada a la distancia, la honda, poco sabemos de la misma en épocas tempranas, y no ha llegado ningún ejemplar a nosotros; también Silva informó que «todo charrúa lleva generalmente 6 ó 7 hondas colgadas del pecho», lo que recuerda la práctica previsora de cargar arrollados a la cintura dos o tres juegos de boleadoras cuando se salía al campo. En cuanto a su confección, Silva señaló que se hacía con «hilos» que se preparaban «con las fibras de las carnes *(sic)* del lomo del caballo que dejan secar al sol, quedando así reducidas a filamentos más o menos gruesos», lo que resulta sorprendente salvo si utilizara esas expresiones para referirse simplemente al cuero. Polanco (1890) dejó una buena descripción de la honda y de su manejo, sosteniendo que

se componía de una soga en vez de las dos que conocemos todos; en uno de los extremos estaba sujeto un tejido de cinco cascos, abiertos en forma de naranja y sólo unidos por los polos; entre esas aberturas se colocaba la piedra que se arrojaba junto con la honda, que tirada por ellos, la piedra daba en el blanco y la honda caía a dos o tres pasos, y, tirada por nosotros seguían juntas honda y piedra toda la proyección: ahí estaba el busilis.

Las boleadoras fueron armas arrojadizas formadas por bolas de piedra pulida aseguradas al extremo de guías de cuero trenzado o retorcido. Estos ramales tuvieron un largo de un metro a un metro y medio; las bolas presentaban un surco que permitía amarrarlas firmemente, y su forma fue predominantemente esférica, aunque también las hubo de configuración casi cilíndrica, apuntada, oval, de pera o con apéndices apezonados. Presentaron dos tipos: de dos y de tres piedras,

El navegante flamenco Hendrick Ottsen —quien llegó al Río de la Plata en 1599— dejó en una ilustración de su *Corto y verídico relato de la navegación de un buque de Amsterdam...* editado en 1603, la primera imagen de los indígenas de la región. Los personajes ubicados en un paisaje irreal, lucen trenzas; uno muestra en sus manos una boleadora de dos ramales y el otro se envuelve en un quillapí. Estos objetos también eran representados gráficamente por primera vez.

aunque fue indiferente que se usaran unas u otras y su técnica de lanzamiento fue similar aunque tal vez haya requerido cálculos diferentes. Tratándose de boleadoras de dos bolas, éstas se ataban a cada extremo de la cuerda, y cada una era generalmente igual en tamaño y peso. Cuando se trataba de boleadoras de tres piedras, los ramales se unían en forma radial; dos tenían el mismo largo y cargaban las bolas mayores, idénticas en tamaño y peso, pero el tercer ramal era más largo y llevaba una piedra menor, que servía de manija. Las bolas casi nunca excedieron un tamaño máximo de 7 u 8 centímetros de diámetro, y se hiceron con piedras duras y de grano fino que permitieran un buen pulido. La manera de lanzarlas consistía en hacerlas girar velozmente sobre la cabeza, soltándolas luego en dirección a la presa. Los indios adquirieron una gran habilidad para arrojarlas desde el caballo al galope, aumentando la distancia en que esta arma era eficaz. Se construyeron boleadoras para usos diversos, fundamentalmente en dos tamaños: las empleadas primero para ciervos y cuadrúpedos de cierta corpulencia —que luego se utilizarían para detener los caballos y vacunos— se construyeron con las piedras de mayor tamaño y se tiraban contra las patas de los animales, a los que inmovilizaban al enredarse en ellas; las usadas para cazar avestruces o ñandúes *(Rhea americana)* eran hechas con piedras más pequeñas —de no más de 4 centímetros de diámetro, siendo esféricas— y eran arrojadas para que se envolvieran en el cuello del ave. Con el uso del caballo, la boleadora se volvió una formidable arma de guerra, utilizada preferentemente durante las persecuciones, siendo rápidamente adoptada por los criollos. También se empleó como arma de combate individual, desarrollándose una esgrima peculiar consistente en el amague y revoleo con una y otra mano de las piedras, asegurándose con los dedos de un pie la tercera, cuando se trataba de una boleadora de este tipo (Rex González, 1953:154); los gauchos recurrieron a esta forma de lucha con las boleadoras. También se emplearon en un juego del que dejó referencia Díaz (1977:330):

> Las bolas que se usan son de dos ramales solamente y las manejan con mucha destreza haciendo con ellas un juego en que apuestan todo lo que tienen como quillapis, jergas, bolas, riendas, caballos, etc.; para eso clavan una estaca en el campo, que sólo tiene una cuarta fuera del suelo y desde una distancia de 30 pasos tiran las bolas para enredarlas en ella; el que lo consigue (que no es muy fácil según he

visto) gana la parada, pues no basta tocar la estaca con las bolas o el ramal, sino que ha de quedar enredada.

Emparentada con la boleadora existió otra arma arrojadiza de parecida hechura aunque de manejo más difícil: la bola perdida. Consistió en una sola piedra unida a un ramal de cuero, a la que se imprimía también rápidos giros liberándola en el momento considerado adecuado para que diera en el blanco propuesto. Todos los autores que se refirieron a esta arma expresaron su asombro por la puntería con que era empleada; no obstante, debió ser de precisión dudosa, lo cual, agregado al hecho de que permitía un solo intento y de que muchas veces resultaría imposible su recuperación —como su propia denominación lo sugiere—, hizo que fuera cayendo en el abandono. Por estos inconvenientes, los patagones —que también la utilizaron— empleaban piedras sin trabajar retobándolas en cuero; no hay indicaciones de que los charrúas simplificaran de este modo su factura. Fuera de los tiempos de los primeros contactos, no se volvió a hablar de la bola perdida; es por eso seguro que fue sustituida como arma cuya eficacia estaba dada por el golpe directo, por la honda. Desde el punto de vista ergológico, la confección de esta arma resulta idéntica a la de las mazas con cabeza de piedra de varias puntas, que también se unían a una guía de cuero; la flexibilidad del sostén creaba problemas para esgrimirlas frente a las porras de mango rígido, y retardaban la sucesión de golpes, cosa que no ocurría cuando se utilizaba la boleadora para golpear por contar con varias piedras unidas, lo que permitía hacer por lo menos dos impactos. La atadura de cuero tampoco permitía parar los golpes, como se podía hacer con un mango rígido. Se trató, pues, de un instrumento ingenioso, adecuado a zonas sin árboles; pero su eficacia era menguada, volviéndose prácticamente nula cuando la lucha se hizo a caballo.

Los contactos con los blancos, mestizos y otros indígenas aculturados afectaron, obviamente, a la cultura material de los aborígenes, que tendieron a desechar el instrumental original para adoptar, en la medida de lo posible, el que procedía de la civilización. Así, las armas pasarían a contar con puntas metálicas y se adoptaría el cuchillo o facón —que, al igual que los gauchos, portaron a la espalda, atravesado en el cinto— e incluso la espada o el sable cuando ello fue factible.

Disminuiría la utilización del arco, que llegaría a ser poco empleado en los tiempos finales, como lo señaló Díaz (1977:321); este abandono relativo induciría a Polanco (1890) al error de afirmar que los charrúas «no conocían el manejo de la flecha, ni la habían usado nunca». Las lanzas —llamadas generalmente «chuzas»— aumentarían su tamaño para adaptarse al uso del jinete; «tienen aproximadamente el doble de la altura de ellos», señalaría Saldanha (1938), lo que supone la clásica lanza de caballería de más de 3 metros, distinta de la española, en la que se inspiraba, construida, según consignó el mismo autor, «con un palmo o dos de hoja de puñal o espada», seguramente las que se rompían resultando inútiles para otro uso. Como moharras metálicas también se usaron las hojas de tijeras de esquilar y los grandes clavos o alcayatas, que muchas veces se fijaban en el medio de una «media luna» de desjarretar, sirviendo así no sólo para herir con golpes laterales, sino como gavilán para detener los lanzazos del adversario o enganchar su arma para así despojarlo de ella; y también para evitar que la hoja penetrara demasiado, impidiendo o dificultando su retirada, como ocurría cuando el bote se daba a pleno galope del caballo. Esta forma derivó en el típico modelo de lanza criolla, tan largamente usada en las contiendas del siglo XIX. Silva estableció que se construían con «palo amarillo o con el del guayabo»; Mezzera (Vilardebó, 1963:22) especificó que se trataba respectivamente, del *Berberis laurina Billb.* y el *Feijoa Sellowiana Berg.*, árboles de maderas duras; es extraño que no se mencionen las cañas de tacuara de tamaño adecuado, que por su resistencia y liviandad fueron las preferidas por los criollos. Saldanha anotó que entre la moharra y la madera «las guarnecen de un penacho de plumas de avestruz». También con esta arma se desarrolló una esgrima peculiar, tanto para su manejo a caballo como para cuando quien la empuñaba quedara desmontado. La lanza pasó entonces a ser el arma por excelencia de los indios, al punto que los guerreros serían desde su adopción, sistemáticamente llamados «indios de lanza».

Es posible que ya en el siglo XVII hicieran los indígenas un consumo importante de instrumentos de hierro que se afirmó en los tiempos siguientes. De cualquier manera, en el siglo XVIII al parecer no hacían más las puntas de flecha y las moharras de piedra. En los finales de este siglo, el demarcador Juan Francisco Aguirre (1947:105) hacía con empaque filosófico, pero con alto sentido práctico revelador de

una concienzuda observación, algunas disquisiciones a propósito de este hecho:

> ¿Acaso el oro ni la plata que buscaron los españoles equivalía al inmenso bien y superior utilidad física y sensible sobre el oro que producía el hierro que empezaron a conocer los indios con tanta adoración? ¿...podrá contrapesarse con un monte de oro el inmenso afán que ahorró a los indios un par de tijeras, un cuchillo y una cuña? ¿Podrá equipararse la comida o primera necesidad de la vida que alcanzó un pequeño anzuelo?

El valor asignado al hierro queda reflejado también en la apreciación hecha por Saldanha (1938) respecto a que, ya casi a fines del siglo XVIII, las flechas eran

> usadas solamente en ocasion de pelea; poco se sirven de ellas para cazar y la razón de ello debe ser que como todo lo que es de hierro les cuesta conseguir y luego trabajarlo para hacer las puntas de las saetas, las reservan como instrumentos de su mayor seguridad.

El hierro empleado provenía por lo común de materiales de desecho —flejes de barril, indicó Díaz para 1812— trabajado por desgaste y pulido, lo que hace pensar que seguramente las piezas metálicas constituyeron objetos particularmente buscados en los asaltos a las estancias y convoyes, como ocurre aún en muchos sitios con indios que no mantienen relaciones pacíficas con las poblaciones criollas. No se poseen puntas metálicas; únicamente Figueira (1977, III:289) publicó la fotografía de una flecha de ese tipo conservada en el Museo del Indio Americano de Nueva York. Sabemos también que cuchillos, tijeras, sables, alfileres y otros elementos de metal componían los presentes que habitualmente recibían los indios de quienes trataban con ellos; los corambreros —sobre todo los portugueses— se los daban como retribución por la ayuda proporcionada para los arreos y matanzas de ganado. Los mismos indígenas reclamaban esos objetos ofreciendo caballos a cambio.

Su ergología se enriqueció además con algunos otros elementos nuevos, productos del esfuerzo de imitación de objetos europeos cuando la adquisición de los mismos no resultaba posible por cualquier

Junto con las boleadoras y la media luna de desjarretar, el lazo constituyó un instrumento utilizado por los indios del Río de la Plata cuando intervenían en las corambres. El jesuita Florian Pauke dejó esta indicación gráfica de su empleo por los mocobíes, quienes tanto a pie como a caballo muestran la manera de enlazar por los cuernos o las patas traseras, y de pialar, es decir, hacer que el animal cayera al aprisionarle las patas delanteras.

causa, como los relacionados con el uso del caballo; así confeccionaron frenos de madera y construyeron espuelas o más bien acicates, con pequeños cuernos afilados.

El manejo del lazo muy probablemente se hubiera extendido solamente en los tiempos finales de los charrúas y minuanes; es difícil aceptar la opinión de Saldanha, que lo considera invento de estos indios, ya que todo lo señala como el producto de un préstamo cultural.

La obtención de objetos provenientes del mundo civilizado aparejó también la pérdida o la decadencia de algunas de las manufacturas practicadas antes. De este modo, desapareció la tosca cerámica utilizada hasta la época de los contactos más permanentes con los blancos. De igual forma se descuidó primero, abandonándose después, la factura de las piedras para boleadoras, que en lugar de hacerse puliéndolas con esmero, fueron simplemente sustituidas por piedras naturales, a lo más burdamente trabajadas para que presentaran una forma ligeramen-

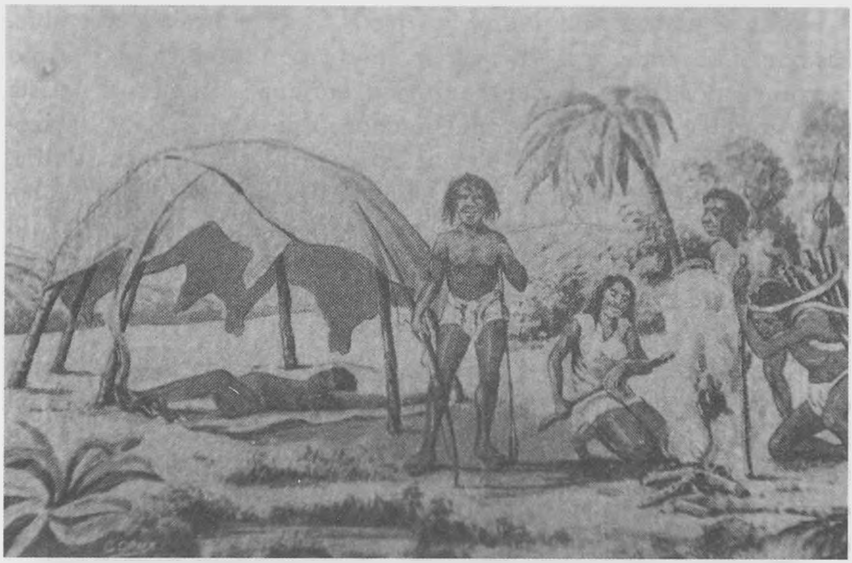
te redondeada, ya que en lugar de atarse con un ramal se las retobaba por completo con un trozo de cuero que luego se ataba al ramal, como seguirían haciendo los gauchos.

Una vez más, debe lamentarse que no se hayan conservado objetos fehacientemente pertenecientes a la cultura material de los indígenas de época histórica, incluidos los epigonales, cuya legitimidad pudiera conocerse de manera indudable. En su momento, algunos individuos que pudieron tener contactos con los indios y que sin duda se distinguieron por su curiosidad procuraron conservar como recuerdos algunos objetos suyos. Valdés (1941) relató que el general «Don Manuel Oribe se interesó por la tribu (de los charrúas) y obtuvo de un pariente de mi madre, varios objetos fabricados por los indios seguramente destinados al Museo Nacional», pero que evidentemente se perdieron. Después de la acción de Salsipuedes, en 1831, el general Rivera envió al general Julián Laguna algunos objetos tomados como botín de guerra a fin de que conservara «esas memorias de esa trivo Salvaje que ya no eciste» y que consistieron en

> una lansa un arco y carcajo con flechas un maso de ondas p.a tirar la piedra una vola armas con q.e peliavan los charruas, una estera de junco q.e concistia su toldo q.e cargan las mujeres, un soveo q.e les servia de riendas laso a. el quiyapi (Acosta y Lara, 1469b:53);

todo esto da una clara idea de la limitación de bienes de los indios, que en el marco de la nueva sociedad en formación era expresión no de la estricta funcionalidad de los cazadores, sino, simplemente, de la penuria de los marginados. No hay rastros de dónde pueden haber ido a parar las presas que se hicieron entonces en ese combate, así como en otros de ese tiempo.

La escasez de la documentación existente sobre los indios y la ausencia prácticamente total de elementos de su cultura material no puede ser suplida por representaciones de época, pues si bien existen algunos dibujos y grabados sobre ellos, aparte de ser muy pocos carecen por lo general de detalles de valor etnográfico. En el Río de la Plata no ocurrió lo mismo que en América del Norte, donde diversos artistas dejaron una obra vasta y rica referida a la cotidianeidad de los indígenas, en la que se incluyó también la retratística; en nuestro caso, no existe retrato alguno de ningún personaje indígena.



«Toldo» charrúa según la ilustración de la carátula del libro de Orestes Araújo *Etnología salvaje, etc.* de 1911. El grabado está inspirado en otro firmado por G. Gallina que apareció en la obra de Giulio Ferrario *Il costumo antico e moderno...*, publicada en 1816. El refugio ha sido representado como hecho con cueros de vacuno. La fisonomía y la indumentaria de los indígenas, así como la manera de llevar cargas apoyándolas en la frente, son por completo imaginarias.

Respecto a la vivienda aborigen, como lo demostró Petit Muñoz (1950), la primitiva fue construida con esteras, de forma cuadrada, de techo plano y también sin techar, lo que asimila esta choza al «paravientos» patagónico. Sólo con la difusión del ganado y la consiguiente posibilidad de contar con cueros de buen tamaño en abundancia construyeron con ese material chozas de techo redondeado y forma alargada o circular, aunque a juzgar por lo establecido en algunas fuentes de época tardía nunca se abandonó completamente el primer sistema. Estas viviendas parecen haber sido de poca altura y pequeña capacidad; Díaz (1977:321) indicaba que en los comienzos del siglo XIX tenían «dos varas de largo, una vara o dos tercias de ancho y otro tanto de alto». Cardiel (1953) señaló que las de los charrúas de Entre Ríos a mediados del siglo XVIII albergaban de 10 a 12 personas, mientras Saldanha (1938), algunas décadas después, indicó que solamente cabían 5 personas por choza entre las de los minuanes.

Sólo se usaban para dormir, ya que el fuego se hacía al aire libre. Las referencias indican la carencia de útiles en estos refugios, como no fueran algunos cueros. Lozano (1874) aseguró que los indígenas de esta parte dormían en hamacas, como algunos de los de la región amazónica, afirmación inaceptable por ser este objeto extraño a su cultura. Sepp (1971) también indicó haber visto una hamaca en poder del cacique de los yaros que había encontrado en el curso medio del río Uruguay; de ser así, ello sugiere la utilización del objeto como un símbolo de su alto rango, justamente por su origen exótico y su utilización exclusiva por aquel que ejercía el poder.

La toldería —esto es, el conjunto de «toldos» o chozas— se ubicó en los tiempos precolombinos en la costa de los arroyos y ríos por ser esas zonas ricas en caza; posteriormente, sin dejar de situarse muchas veces en tales sitios, se procuró establecerla en campos ricos en ganado, en cuyo caso, por razones de vigilancia y defensa, se erigían las chozas sobre las lomas o colinas. El abandono de un sitio lo determinaba la escasez de ganado, pero según varios autores a veces debían dejar un lugar de establecimiento por la acumulación en el mismo de restos corrompidos, dada la costumbre de carnear en los toldos y de consumir sólo algunas partes de la res y abandonar el resto. El traslado de los enseres de la toldería estaba a cargo de las mujeres, de acuerdo con variadas fuentes. No hay referencias a la utilización de ingenios especiales para facilitar el transporte de objetos diversos como el «travois» de los indios de las praderas de América del Norte, ni siquiera de los empleados para llevar los niños pequeños, como los armatostes colocados sobre el caballo elaborados por los patagones una vez que adoptaron el estilo de vida ecuestre (Viganati, 1938). Los charrúas, según lo anotado por Díaz (1977:320-321), empleaban un sistema más sencillo:

> a los hijos pequeños los traían colgados a la espalda, dentro de una jerga cuyas cuatro puntas ataban adelante, formando así una especie de bolsa, en que metían uno o dos niños con la cabeza de fuera; la que tenía tres chicos, ponía el tercero montado adelante y la que tenía cuatro, ponía al mayor en las ancas; otras traían los más chicos colgados a la espalda y los más grandes iban en un caballo que ellas mismas llevaban del diestro. Algunas veces... vi a los padres llevando en ancas los hijos mayorcitos.

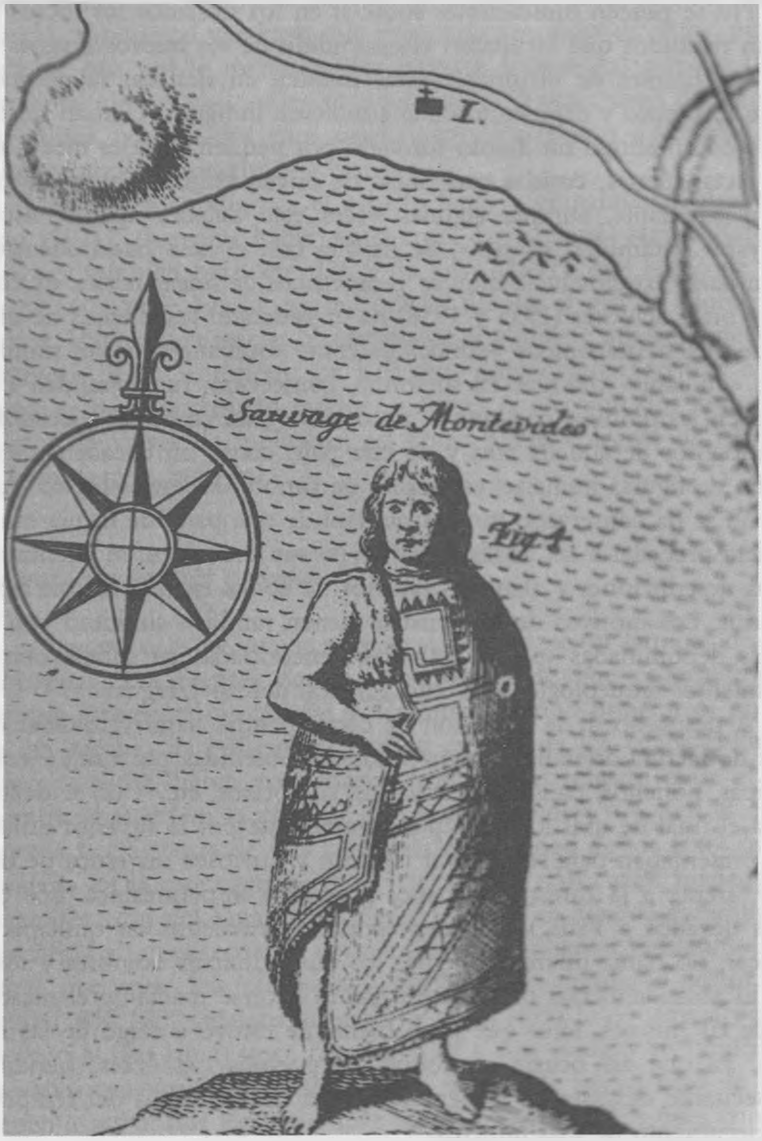


Lámina de la *Histoire d'un voyage aux Isles Malouines, etc.* de Dom Antoine-Joseph Pernetty, publicada en París en 1770. El «Sauvage de Montevideo» aparece envuelto en un quillapí que se dice estaba hecho con «un solo cuero de venado» y decorado con «cuadros, rombos y triángulos rojos y azules».

No se poseen indicaciones sobre si en los traslados los indios llevaban rescoldos que facilitaran el encendido de los nuevos fuegos.

Las fuentes de distintas épocas insisten en destacar la desnudez como lo propio y definitorio de la condición indígena. Usaban sin embargo como abrigo un manto formado por pequeñas pieles más o menos rectangulares, cosidas con fibras de origen animal, llamado «toropí» o «quillapí», aunque algunas veces esta palabra aparece escrita «quiyapí» y también «quiapí». Se llevaba con el pelo hacia adentro y en su parte exterior lucía dibujos geométricos de líneas rectas, de color gris y ocre. Schuster (1955 y 1958) ha considerado los dibujos de mantos de pieles patagónicos —conocidos como «quillangos» y tan similares a los «quillapís» charrúas en su forma, confección, funcionalidad e incluso en las pinturas con que se decoraban—, así como las pictografías y petroglifos de aquella área y de este país, como un encadenamiento sin fin de figuras humanas estilizadas de simbolismo genealógico. Aunque no se ha conservado ningún quillapí de esta parte de forma que se pudiera proceder a un análisis preciso de sus decorados, se cuenta con varias descripciones y algunos grabados de época en que fueron reproducidos. Los motivos de los mismos tienen también similitud con los de las denominadas «placas grabadas», encontradas en su mayoría en yacimientos arqueológicos del curso medio del río Uruguay.

A despecho de la adopción de otras prendas, confeccionadas con telas de factura artesanal o semi-industrial obtenidas por canje —como chiripás, ponchos, pañuelos, camisetas, sombreros, etc.—, no se dejaron hasta el final de usar los quillapís, seguramente por la superior utilidad que presentaban para sobrellevar los fríos y lluviosos inviernos de Uruguay, frente a la carestía de paños gruesos e impermeables. Los charrúas llevados a París fueron representados envueltos en quillapís; al parecer, no había diferencias entre los que portaban hombres y mujeres. El ablandamiento de las pieles debió hacerse mediante el masticado de las mismas, tarea que probablemente estuvo a cargo de las mujeres, ya que así ocurre en todos los pueblos cazadores, siendo el consecuente desgaste de la dentadura una de las causas del temprano envejecimiento de esas mujeres.

Algunos autores han hablado del uso, preferentemente entre las mujeres, de un taparrabos o pampanilla; la confección de éste, así como de las vinchas para sujetar el pelo, con telas de algodón, es una de las tantas modificaciones indumentarias provocadas por la acultura-

ción. No existen referencias de que hayan usado nunca ningún tipo de calzado, aunque tal vez haya que relativizar esta falta de datos, pues es probable que por lo menos en los tiempos finales, calzaran las llamadas «botas de potro», confeccionadas con el cuero entero de las patas de equinos, como lo hicieron ampliamente los criollos y también otros indios, como los patagones y pampas.

Llevaban los indígenas el cabello largo y enmarañado. Aparte de Sepp (1971), que dijo haber visto entre las mujeres yaro collares de huesos y también brazaletes (?), y de Silva (1841), que habló de tocados de plumas de ñandú, no indican las fuentes el uso de adornos originales. Hay, sí, referencias al empleo de abalorios y adornos metálicos obtenidos de los europeos; los hallazgos arqueológicos lo han confirmado; se han encontrado también collares confeccionados con discos pulidos de valvas de moluscos, así como algún colgante de cerámica de manufactura indígena.

Organización familiar y grupal

Muy poco es lo que se sabe de la organización familiar de estos aborígenes. Las fuentes dejan la impresión de que coexistieron las uniones monogámicas con las poligámicas de tipo poligínico; no existió, en cambio, la poliandria. Para la escuela de los ciclos culturales, como ya se ha dicho, esa variación indicaría el tránsito entre el ciclo primitivo basado en la economía de caza y recolección —en el que se suponía la existencia de una considerable igualdad de los sexos que redundaría en la monogamia— y el «ciclo de la gran caza», iniciado con la proliferación del ganado europeo, en el que se daría la preeminencia masculina y la consecuente afirmación de la poliginia. Saldanha (1938) refirió que entre los minuanes la poliginia era privilegio de los jefes. Azara (1850:180) señalaba al respecto que siendo la poligamia permitida, «una mujer jamás tiene dos maridos; y aún cuando un hombre tiene varias mujeres, ellas le abandonan luego que hallan otro de quien vienen a ser únicas esposas». Este autor anotó también que, como en tantos pueblos indígenas, el matrimonio se producía tempranamente: «ellos jamás están célibes, se casan luego que sienten necesidad de esta unión». También anotó la ausencia de incesto en cuanto a la relación entre hermanos, para explicar lo cual elaboró una ingeniosa teoría:

> Jamás he visto, ni he oído decir, que los hermanos se casen entre sí. Yo les he preguntado la razón, ellos no la saben; pero como no tienen ley que se los prive, debe presumirse que si tales casamientos no tienen lugar, es porque luego que la hermana llega a ser capaz de casarse, o espera a que su hermano tenga la edad necesaria; y en el caso contrario, el hermano hace lo mismo.

Azara se refirió igualmente a la ausencia de galanteo y a la simplicidad con que se contraía el matrimonio, indicando que «todo se reduce a pedir la joven a sus padres y a llevársela luego que ellos lo permiten. Nunca se niega la mujer y se casa siempre con el primero que la pide aunque sea viejo y feo». Esto provoca algunas perplejidades sobre las estructuras familiares que darían lugar a formas de autoridad paterna que más parecen trasposiciones de lo que entonces ocurría entre los blancos. Pero respecto de estos asuntos es indudable que los cronistas en los distintos momentos, antepusieron frecuentemente los esquemas de su propia sociedad. A veces, incluso, señalaron entre los indígenas prácticas cuya sola atribución revela una intención infamatoria, como ocurre con Lozano (1874) y Vázquez de Espinosa (1948), quienes aunque no observaron directamente a los charrúas, se refirieron a una promiscua hospitalidad sexual de la novia a la que se agregaba —en el caso del segundo— una especie de *jus primae noctis* por parte del cacique; todo eso tiene el sello de la improbabilidad cuando no de la pura invención, ya que es de extrañar que un ceremonial de tal tipo no hubiera sido relatado por ninguno de los que conocieron realmente a los indígenas. Como curiosidad, se transcribe este fragmento:

> Estos quando se an de casar hazen llamamiento, y junta en vna parte señalada y alli donde an de casar la nouia manda el casique, que cada vno vaya con su flecha, y arco, y lleue algun pellejo, y otra cosa por offerta conforme cada vno tiene, y estando juntos entra el Casique con la nobia a gozarla y luego los demas por su orden, offreciendo lo que cada vno alleuado, por dote, y el ultimo es el marido, y con este barbarismo, y modo vestial quedan casados (Vázquez de Espinosa, 1948:643).

Otra anotación de Azara (1850:179) deja la impresión de que la residencia de familia era patrilocal: «Desde el momento que el hombre se casa forma familia aparte para cuya subsistencia trabaja».

Al parecer las uniones podían tener lugar entre individuos del mismo grupo o de grupos diferentes; los pocos datos que se poseen sin embargo, impiden formular conclusiones sobre el tipo de endogamia o exogamia prevalente. Como se ha dicho, Azara apuntó la existencia de un tabú de incesto, aunque lo refirió únicamente a los hermanos; no se sabe, empero, de qué manera se conceptuaba la relación fraternal en aquella sociedad, es decir, qué se entendía por hermano. Con esta salvedad, vale recordar que las únicas denominaciones de parentesco que se conocen de los charrúas, son «inchalá» (hermano) y «guamaní» (cuñado).

El análisis de las prácticas referidas al duelo —que se exponen más adelante— indica una estructura familiar de tipo patriarcal.

Azara (1850:183) se refirió a que entre los minuanes

> ni los padres ni las madres cuidan de sus hijos sino mientras maman; después los entregan a alguno de los parientes casados, tío, primo o hermano y no los vuelven a recibir en su casa y a tratarlos como hijos suyos; así éstos no los reconocen por sus padres ni hacen duelo por ellos sino por los que los han educado.

Careciendo de datos más precisos, no es posible aclarar de manera plena los intrincados problemas de organización familiar que este párrafo sugiere, pareciendo que aludiera a una modalidad de avunculado.

En lo relativo al ciclo de vida y al proceso de socialización de los indígenas apenas se cuenta con referencias indiciales. A menos que fuera el resultado del cautiverio a que estuvieron sometidos los charrúas llevados a París, la actitud de Tacuabé (Rivet, 1930:25-26) indicaría que el marido asistía a la mujer en el parto: la mujer se colocaba en cuclillas y el hombre, sosteniéndola por las axilas, la sacudía para facilitar el descenso de la criatura a la que luego prodigaba los primeros cuidados.

Se ha relatado que a los pocos días de nacido, la madre agujereaba al varón el labio inferior colocándole el «tembetá» o «barbote», consistente en «un palito de cuatro o cinco pulgadas de largo y de dos líneas de diámetro», según Azara, quien lo consideró insignia de la condición viril; probablemente deba suponérselo también marca de pertenencia al grupo.

Ya se ha indicado que los niños pequeños eran cargados a la espalda por la madre (Díaz, 1977:300), lo que lleva a admitir el hecho siempre que los indios pudieran conseguir la pieza de paño necesaria. Igualmente se ha señalado que cuando su desarrollo les permitía montar, los niños marchaban en el mismo caballo que la madre y aun tempranamente montarían solos.

El varón adquiría la condición de adulto al tomar mujer. A partir de ese momento, se separaba de sus padres, podía participar en las deliberaciones del grupo y asumir la condición de guerrero participando en combates (Azara, 1850:179). A las mujeres charrúas al llegar a la nubilidad se les hacía un tatuaje consistente en tres rayas azules paralelas desde la raíz del pelo hasta la punta de la nariz, cruzadas por otras horizontales desde una sien a la otra (D'Orbigny, 1839). Entre los minuanes estas marcas faciales las lucían tanto hombres como mujeres, y el dibujo de éstas era más sencillo que el de las charrúas, ya que sólo constaba de las tres líneas verticales. Estas diferencias afirman la idea de que tales tatuajes tuvieran además de su significado conmemorativo de madurez, el valor de distingos étnicos. No se conocen detalles del ceremonial de paso ni los contenidos ideológicos implicados en esas prácticas.

La manera de realizar los tatuajes no difirió de la conocida en general en cuanto a la técnica del picado, empleándose el carbón para producir las marcas que luego cobraban una coloración azulada. El jesuita Guevara (1836) dejó una descripción de la forma en que tatuaban los indígenas de la región, que corresponde también a la utilizada por los que venimos considerando:

> ...prevenían en remojo un poco de cisco menudo, y cuando estaba el punto que ellos saben, mojaban la punta de una espina, y con ella picaban el rostro con extrema delicadeza y nimia prolijidad, hasta que apuntase la sangre, la cual incorporada con el jugo del cisco se restañaba, dejando un botoncito y señal muy sutil en el sitio de la picadura... la pintura es indeleble.

La utilización del tatuaje facial experimentó modificaciones a lo largo del tiempo, que seguramente fueron expresivas de influencias culturales de unos grupos indígenas sobre otros (Porzecanski, 1989:61);

Azara (1850:183) ya había previsto esa posibilidad al apreciar que las mujeres minuanes

> a la época de la menstruación primera se pintan como los charrúas de quienes han tomado tal costumbre después de su alianza; pero hay muchas que según su antigua práctica suprimen las rayas de sobre las sienes.

Este proceso de simplificación acaso tuvo también lugar entre las mujeres charrúas, puesto que Guyunusa lucía un tatuaje de esas características, según la observación que de ella hizo en París en 1832 el frenólogo Dumoutier (Rivet, 1930:106).

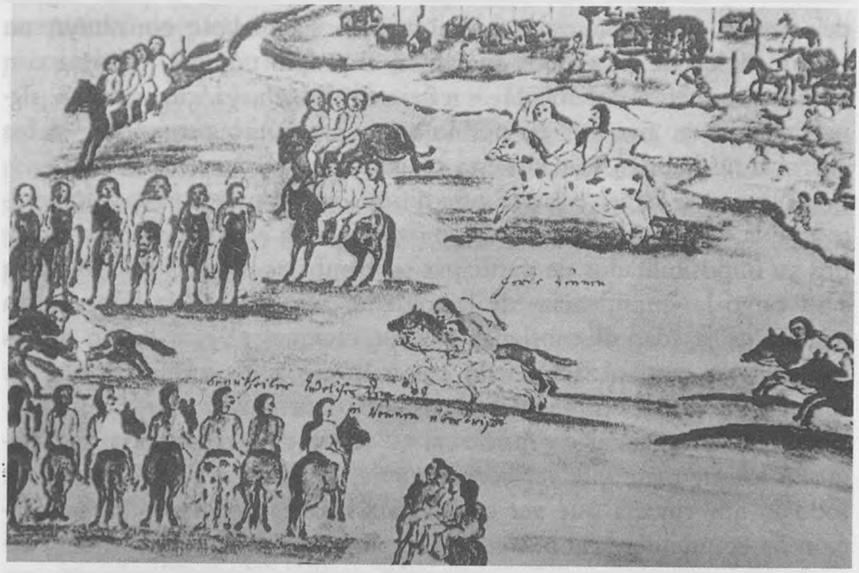
El uso del «barbote» —también llamado «barbota» y «bezote»— fue al parecer paulatinamente abandonado; Díaz (1977:302) afirmaba no haber «visto a ninguno con el labio inferior horadado, según dice el señor Azara que lo hacían en general. Sería costumbre hacerlo así en el tiempo en que él los vio». De igual manera, Polanco indicaba que entre aquellos últimos charrúas que conservaban sus costumbres por él conocidos, no había uno solo «que tuviera el rostro, ni parte alguna del cuerpo, con pintarrajos ni cicatrices.» El barbote constituyó un adorno típico de los grupos guaraníes; el propio nombre indígena con que fue conocido —«tembetá»— refleja ese origen, ya que «tembé» significa labio en guaraní; es, por lo tanto, oportuno preguntarse si los charrúas no habrían tomado esta práctica de aquéllos.

No parece haber existido otra difinición del papel masculino adulto que la de guerrero. No conocemos cuál sería el estatus de los ancianos ya imposibilitados de participar en combates. Pernety (1770) ponía a su cargo la «presidencia» de la toldería; Silva sugirió la importancia relativa de la edad al consignar que los caciques elegían a uno de los mayores, en tanto Azara señaló con respecto a los minuanes que las mujeres que oficiaban de curanderas eran de avanzada edad.

La diferenciación de funciones en razón del sexo resulta más clara. En lo que tiene que ver con la guerra, los hombres se ocupaban de todo lo que tuviera que ver con las actividades bélicas en sí —resolución de emprender las operaciones, exploración y seguimiento del enemigo, lucha—, así como de preparar las armas, si bien Silva anotó que las piedras de las boleadoras las pulían las mujeres. A éstas les incumbían las tareas auxiliares: armado, desarmado y traslado de las chozas

y del resto de los útiles, la faena de las reses y la preparación de las comidas, la confección de lazos y quillapís. No sabemos si la elaboración de los recipientes de tosca cerámica, mientras se usaron, también correspondió a las mujeres, aunque puede presumirse de acuerdo con lo que indica la etnografía comparada.

La posesión y distribución de los bienes se inscribió también en el sistema típico de los pueblos cazadores. Los objetos y prendas personales, incluidos algunos caballos, eran las únicas cosas susceptibles de apropiación individual en una sociedad como aquella. Ningún cronista anotó el número de caballos que normalmente poseían los indios, tal vez por lo común que resultaba entonces que cualquier persona en el campo tuviera varios. A este respecto, puede servir de indicador lo apreciado a mediados del siglo XIX entre los patagones por el reverendo A. Matthews (Priegue, 1971:35) quien señalaba que «una tribu de sesenta u ochenta individuos, tiene alrededor de quinientos equinos». Los jefes poseían, en exclusividad a veces y como símbolo de rango, algún objeto exótico o algún adorno especial. La propiedad



Las carreras de caballos constituyeron un entretenimiento frecuente entre los indios de la antigua Banda Oriental. En la ilustración, Florian Pauke representó una escena de ese tipo entre los indios mocobíes de la región del Chaco santafecino.

de estos bienes era respetada; a propósito, Díaz (1977:304) dejó el relato del castigo aplicado por el jefe al culpable de un hurto:

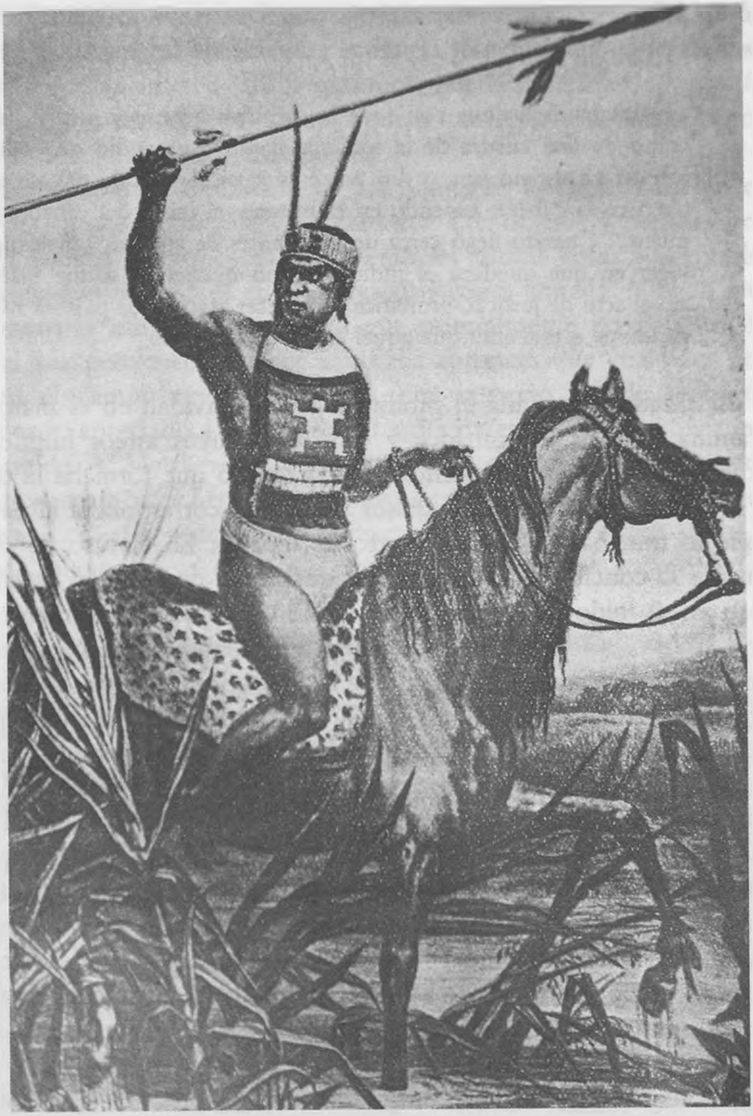
> ...regresaba el cacique con toda la comitiva y estando a distancia ya como de una cuadra de la toldería, llamó a un indio que salía del monte. Le dirigió una o dos palabras y en seguida le dió un macanazo en la cabeza, cayendo en el instante el indio del caballo como muerto. Cuando llegó cerca de mí y antes de apearse, señaló para el lugar en que quedaba el indio y como queriendo darme razón de aquel acto de justicia, pronunció dos veces seguidas la palabra ROBO, dándome a entender que aquel era el delincuente.

El cazador distribuía el producto de su actividad en el marco de la familia nuclear; los ganados y caballadas cuyos arreos implicaban una actuación colectiva pertenecían al conjunto que formaba la toldería. El botín obtenido en los asaltos y malones correspondía al parecer al que lo tomaba, no siendo objeto de reparto. En el caso de presas humanas la conclusión es más difícil: tratándose de mujeres, éstas quedaban en el toldo del captor, pero cuando los cautivos eran trocados como esclavos a los europeos y criollos, el beneficio sería compartido. Por cierto, éste es un ejemplo más de las modificaciones producidas en la cultura original de los indios por su contacto con los blancos, puesto que la esclavitud no tenía sentido dentro de su sistema económico.

Ya se ha indicado que los grupos sociales raramente contaban con más de algunos cientos de personas. Tratándose de una sociedad preagrícola y pre-urbana, no puede pretenderse encontrar en ella siquiera indicios de estratificación social. El mando tenía, por lo tanto, una significación exclusivamente guerrera; en este sentido, Cabrer (1882) mencionó para los minuanes una subdivisión del mismo: un jefezuelo por cada 15 ó 20 guerreros; un cacique por toldería, quien comandaba a unos 50 hombres; y un cacique general cuando las operaciones exigían la unión de varios grupos.

Las fuentes se refieren indistintamente al origen electivo o hereditario de esas jefaturas, por lo que no resulta posible saber si coexistieron ambas formas o si se produjo al cabo del tiempo una transformación en la forma de designación.

Algunas veces la figura del cacique aparece en las crónicas distinguida por algún atuendo especial: refiriéndose a los minuanes, Bou-



Hipotética figura de un jefe charrúa del sur del Brasil, según Jean Baptiste Debret *(Voyage pittoresque et historique au Brésil*, París, 1834). La corona de piel de yaguareté fue un lujo largamente apreciado por los gauchos y paisanos, pero no hay referencias sobre los adornos de plumas —pectoral y corona— con que se representó al personaje. El extraño slip seguramente es un añadido del artista como concesión al sentido de la decencia del público de la época.

gainville (1966) indicó la utilización por un cacique de una especie de corona de cuero recortado con apliques de cobre; y Saldanha (1938) de una suerte de mitra de piel de onza con cordones y decorados de latón. Sepp (1971) aseguró que la mujer del cacique yaro que entrevistó llevaba una triple corona tejida, siendo ésta la única indicación sobre el uso de una prenda con valor de insignia en una mujer. En el caso de los charrúas llevados a Francia, Dumourtier, que los observó (Rivet, 1930:35 y 37), sostuvo que sus cinturones constituían emblemas de rango: el del cacique Vaimaca Perú llevaba adheridos pequeños redondeles de cuero, y el que lució Senaqué —«con orgullo», como distintivo de «su saber médico», según indicó el autor mencionado— estaba pintado de diversos colores.

El impacto de la sociedad blanca sobre la aborigen vuelve a notarse en el hecho de que los jefes indígenas adoptaran en los tiempos finales los nombres de militares blancos prominentes, así como el uso de grados. Silva (Vilardebó, 1963:12) observó esta práctica, pero atribuyéndole un significado de escalafonamiento militar seguramente equivocado; entre los caudillos cuyos nombres elegían incluyó un guaraní:

> En 1825 estaban algo disciplinados, porque entre ellos había coroneles, capitanes, mayores, sargentos, cabos, etc. Sus caciques tenían los nombres de algunos guerreros célebres, tales como Sepé, Lecor, Braun (Brown), Barbacena, Rondeau, etc. de que han oído hablar.

La preparación de una expedición guerrera de cierta envergadura, aparte de la designación del jefe, suponía la ocultación en lugares seguros de la «chusma» —es decir, de las personas que no participaban de manera directa en la misma—, el establecimiento de puestos de observación del enemigo y la comunicación con los grupos aliados, la cual era realizada muchas veces por medio de fuegos y humo.

De noche nunca emprendían acción alguna ni se apartaban de sus toldos; en consecuencia, el ataque tenía lugar al rayar el día y se cumplía sin orden y con grandes gritos. Sabían simular ataques y huidas, así como preparar emboscadas, pero difícilmente explotaban la ventaja ni perseguían al enemigo que se retiraba derrotado.

Díaz dejó la descripción de una ceremonia preparatoria de un combate en la época de las luchas por la independencia en la que el

cacique pronunció una arenga en tanto que las mujeres en fila detrás de los guerreros, entonaban un cántico propiciatorio. Silva, de modo muy similar, afirmó que a la señal de que el enemigo se acercaba, los guerreros se ponían a «dar vueltas en hilera unos detrás de los otros, mientras las mujeres se ponen a gritar de un modo tan lúgubre que hace enternecer *(sic)*.» Éstas son las únicas referencias a posibles ritos de guerra. No se sabe si se pintaban especialmente para entrar en batalla; Azara (1873:177) presenció en el pueblo misionero de San Miguel en 1784, una parodia de combate entre españoles e indígenas protagonizada por charrúas y minuanes, donde los que hacían el papel de indios «iban muy pintados en todo el cuerpo y con muchas y varias plumas en la cabeza y en los pretales de los caballos». Carecemos de mayores indicaciones como para saber si esos adornos bélicos no respondían nada más que a aquella pantomima.

Es preciso tener en cuenta que todos estos datos corresponden a momentos posteriores a la adopción del caballo. Los relatos de combates a pie de los tiempos de los primeros contactos, dejados por Centenera (1912), son totalmente inverosímiles, así como tampoco es probable que las huestes indígenas tuvieran «trompas», «bocinas» y «atambores», y que las emplearan en una suerte de banda militar, entre otras razones porque no se llega a imaginar qué elementos utilizarían para construir tales instrumentos. Silva dejó la única referencia sobre un instrumento de carácter y uso militar para el primer cuarto del siglo XIX, aludiendo a una especie de «pututo» de cuerno de vacuno con el que se hacían señales.

El mencionado Centenera —a quien después repetiría Lozano— habló de la existencia de trofeos consistentes en la piel del cráneo, y también afirmó que los guerreros contabilizaban con cicatrices hechas ex profeso, las muertes que habían ejecutado. Frente a la absoluta falta de confirmación, estas referencias no pueden validarse; no obstante, y ya para la época final de los charrúas, Polanco negó enfáticamente que tuvieran el hábito de «ostentar como trofeos de guerra parte de la piel, con cabellera o sin ella, de sus vecinos».

Sistema ideológico

En lo que tiene que ver con las ideas religiosas de los indígenas y el conocimiento que de las mismas se puede obtener de algunas de las

principales fuentes, es preciso aludir al prejuicio racionalista —notable en Azara, Cabrer, Díaz, Brito del Pino— relativo a la ausencia de religión entre ellos. No cabe duda de que estos autores no pudieron hacer abstracción del modelo que su propia sociedad les proporcionaba, definiendo este sector de la cultura por la existencia de un sacerdocio organizado al que correspondería el cumplimiento de rituales institucionalizados, referidos a concepciones de la divinidad considerablemente elaboradas, referidos a concepciones de la divinidad considerablemente elaboradas, como son las que comportan la idea de un ser supremo creador del universo. No puede pretenderse que en sociedades como las de los aborígenes de esta tierra existieran tales formas de organización religiosa.

Díaz (1977:298) diría que los charrúas «suponían la existencia de un espíritu maléfico al que atribuían sus desgracias, enfermedades o desastres, al que llamaban *Gualiche*». Hay en este texto un error manifiesto, si no en su contenido —improbable— en la denominación dada al espíritu en cuestión, ya que el mismo era designado con esa palabra de origen araucano por los indios pampas. Polanco (1890) refutó la opinión de Díaz afirmando que los charrúas «tampoco conocían el Gualiche, que es la brujería por la cual se produce la desgracia y la muerte de alguno o de todos los de una tribu». Saldanha (1938) expresó que los minuanes tenían una idea vaga de un ser supremo, y ésta bien hubiera podido ser tomada de los misioneros o de otros indios cristianizados.

Las prácticas mortuorias de los charrúas, empero, implican claramente un complejo conjunto de ideas sobrenaturales de cuyo contenido nada se sabe. Las tumbas se ubicaban en las cumbres de los cerros y el cadáver era cubierto de piedras, al que se acompañaba con las pertenencias del difunto.

> Enterraban a los muertos en las inmediaciones de algún cerro, si lo había cerca, haciendo una excavación de poca profundidad en que ponían el cadaver cubriéndolo perfectamente con piedras si las había a no muy larga distancia; si no con ramas y tierra. Ponían las boleadoras encima, clavando su lanza a un lado de la sepultura, y al otro lado dejaban el caballo atado a una estaca. Decían ellos que era para el viaje que debía emprender el difunto,

según indicaba Díaz (1977:306); y una vez más, la atribución a los charrúas de la costumbre pampa de sacrificar el caballo principal del muerto —ya que moriría indefectiblemente si no conseguía soltarse—, así como su interpretación, nos merecen serias dudas y es posible que simplemente repitiera lo sostenido por Azara (1850:108), quien afirmó que

> cuando muere alguno, lo llevan al cementerio común, que tienen en un cerrito, y le entierran, matando sobre el sepulcro su caballo de combate (que es lo que más aprecian).

Resulta también imaginaria la atribución de Lozano (1874) de que en sus traslados cargaban con los restos de sus muertos. Esto pudiera suponer la práctica del entierro secundario; el único que volvió a referirse a esa forma de inhumación fue Marimón (Barrios Pintos, 1967), también en el siglo XVIII, al indicar que «en el cerro Yaceguá tienen los infieles guenoas sus sepulturas y aquí traen a sus difuntos de muchas leguas para enterrarlos». Existen testimonios arqueológicos de entierros secundarios practicados por indios de la región, pues se han encontrado paquetes funerarios que contenían los huesos una vez descarnados, tanto en los «cerritos» del este del Uruguay (Sans, 1990) como en el delta del Paraná (González y Pérez, 1972:132); sin embargo, no es posible atribuir a los charrúas ni a otras etnias históricamente conocidas estos hallazgos.

Uno de los rasgos más reiterados en las fuentes es el de la mutilación dactilar por duelo. Hay a este respecto algunas confusiones entre los autores, ya que se han referido a la ablación de una falange, de todo un dedo, de los dedos de las manos solamente, de manos y pies, de que era una forma de duelo femenino por muerte del padre o marido y de que era practicado por hombres y mujeres a la muerte del jefe. La descripción de Azara (1850:108) parece ser la más digna de crédito y éste indicó que a la muerte del

> padre, marido o hermano que haga cabeza de familia, se cortan las hijas, la viuda y las hermanas casadas un artejo o coyuntura por cada difunto principiando por el dedo chico.

Silva, único testigo que vivió más largamente entre los charrúas aprendiendo su lengua, no indicó detalles de tal práctica, limitándose

a afirmar vagamente que «las mujeres se cortan las articulaciones de los dedos de la mano cuando muere su marido» (Vilardebó, 1963:13); Díaz (1977:301) anotó el detalle preciso de que había visto

> en la toldería que por algunos días tuvieron en la costa del (río) Santa Lucía en el año XII (1812), a una india anciana, que hacía entre ellos el oficio de médica, la cual había sido siete veces mutilada.

Porzecanski (1989:55) ha planteado la hipótesis de si estos rituales fúnebres de automutilación no habrían variado a través del tiempo por razones prácticas:

> cabe preguntarse —dice esta autora— si en el momento en que Azara observó a charrúas y minuanes, estando ya éstos involucrados en la defensa armada de su propia existencia como pueblos autónomos amenazados cada vez más por la aculturación misionera y la expansión de la Conquista, los ritos de automutilación, que en un primer momento pudieron haber sido normativos por igual para hombres y mujeres, degeneraron posteriormente, haciéndose vigentes, solamente para las mujeres, en la medida en que fue cada vez más necesaria la utilización efectiva de las armas, y de la mano para el manejo de esas armas, entre los hombres.

Aparte del hecho de que desde la época de los primeros contactos los charrúas mantuvieron una situación de conflicto permanente con los europeos y criollos, no resulta razonable suponer que el uso de las manos para manejar las armas se volviera más necesario en los tiempos finales; de todas maneras, es posible que la práctica haya experimentado cambios aunque la medida de los mismos resulte inverificable.

El duelo implicaba para las mujeres, además, el hacerse heridas en brazos, pechos y flancos con la lanza del muerto, a lo que se sumaba dos semanas de reclusión y semi-ayuno, según indicó Azara. También señaló que

> el marido no hace duelo por muerte de su mujer ni el padre por la de sus hijos, pero si éstos son adultos cuando fallece su padre, están desnudos ocultos dos días en casa comiendo poco y aún esto ha de ser «yambú» o perdiz, o sus huevos. La tarde segunda de este entierro les atraviesa otro indio de parte a parte la carne que puede pillar, pe-

> llizcando el brazo, con un pedazo de caña larga de un palmo, de modo que los extremos de la caña salgan igualmente por ambos lados. La primera caña se clava en la muñeca, y se pone otra a cada pulgada de distancia siguiendo lo exterior del brazo hasta la espalda y por ésta. Las cañas son astillas de dos a cuatro líneas de anchura, sin disminución sino en la punta que entra. En esta miserable y espantosa disposición se va solo y desnudo al bosque o a una loma o altura, llevando un garrote puntiagudo con el cual y con las manos excava un pozo que le llegue al pecho. En él pasa de pie el resto de la noche y a la mañana se va a un toldo o casa que siempre tienen preparado para los dolientes, donde se quita las cañas y se echa dos días sin comer ni beber. Al día siguiente y en los días sucesivos, hasta diez o doce, le llevan los muchachos de su nación agua y algunas perdices y huevos ya cocidos y se los dejan retirándose sin hablarle.

Respecto a los minuanes, el mismo autor refiere que

> el duelo de los hombres es como el de los charrúas, pero dura menos y en lugar de clavarse pedazos de caña en los brazos, se atraviesan con gruesas espinas de pescado las piernas y muslos, así como los brazos sólo hasta el codo.

Existe un grabado que ilustra el relato de Azara, que lleva el título de «Amérique méridionale/Indien Charruas du Paraguay *(sic)* s'acquittant d'une cérémonie funébre» que ha sido publicado por Figueira (1977, II:155). También en el relato de «la china de Arias» recogido por Vilardebó (1963:18) se alude a esta práctica con la variante de indicar la utilización de plumas de avestruz como instrumento de tormento «en todo el cuerpo», precisando que «al día siguiente se van a gritar a una cuchilla y arrancarse las plumas de avestruz». Díaz (1977:306) aportó igualmente una breve descripción de estas costumbres funerarias charrúas en las que señaló algunas diferencias con lo anotado por Azara, aunque también pareció seguir la distinción anotada por éste de lo acostumbrado por charrúas y minuanes, sugiriendo una importancia especial a la madera utilizada y magnificando la entidad de las heridas que seguramente interesaban sólo la piel, al decir que

> los varones parientes cercanos del muerto, en señal de duelo, se atravesaban los brazos, y otros los muslos, con una vara de guayabo y

> otra madera, a falta de ésta, del largo de una tercia, levantándose con fuerza la piel y encajándola lo más cerca posible del hueso. Los hombres sólo se clavan una de estas varas aguzadas pero las mujeres parientas inmediatas del finado, como hijas o hermanas, solían clavarse cuatro y hasta seis de esas varas, quedándose luego en una completa postración.

Muchas ideas y comparaciones etnográficas sugiere esta ceremonia, pero no debe perderse de vista que lo que sabemos de ella resulta insuficiente para determinar aceptablemente la naturaleza de los conceptos de sacrificio, expiación e impureza ritual que la misma parece suponer, sobre todo porque se carece de la explicación que los propios indígenas daban al ceremonial, siendo desconocida su concepción de la muerte.

Es posible que las huellas dejadas por tales heridas, tanto en hombres como en mujeres, indujeran a algunos autores a señalar la existencia de tatuajes de cicatrices entre los charrúas y minuanes.

Aparentemente estas prácticas cayeron en desuso cuando ya era inminente la extinción de esos pueblos indígenas, seguramente por haber perdido significación las creencias que les daban fundamento al ir desapareciendo las estructuras familiares dentro de las cuales encontraban sentido. Quienes observaron entonces a los charrúas no dejaron referencias sobre el mantenimiento de mortificaciones cruentas por duelo; Polanco (1890) como ya se ha señalado, insistió incluso en la ausencia de cicatrices de cualquier tipo en sus cuerpos.

A partir de las indicaciones sobre los materiales utilizados para atravesarse la piel, se pretendió deducir la existencia de totemismo entre los charrúas, estableciendo la existencia de tótems caña, pez y ñandú (Petit Muñoz, 1968:7). Esta idea revela una conceptualización del totemismo ya superada por la antropología, como es la de considerarlo una forma de práctica religiosa caracterizada por la presencia de un ente emblemático (planta, animal) que es identificado por los miembros de un grupo dado (clan) como antecesor mítico; ello determinaría el parentesco de los miembros de ese grupo entre sí y la necesidad de realizar las uniones matrimoniales fuera del mismo (exogamia). Indica asimismo la aceptación de los controvertidos postulados de la escuela de los ciclos culturales, que señaló la existencia del totemismo entre los cazadores superiores. Fuera de esas bases teóricas, sumamente dis-

cutibles, es indudable que los datos con que se cuenta son de todo punto de vista insuficientes como para permitir esas conclusiones.

Una ceremonia similar a la referida pero que sugiere una interpretación distinta —aunque también pudiera pensarse que se alude a hechos diferentes— fue descrita por Silva (Vilardebó: 1963:13):

> Se cree generalmente que las especies de garitas hechas con piedras amontonadas, en las cumbres de algunos cerros, servían para observar desde allí al enemigo y por eso se llaman «bichaderos», pero es un error. Servían para los que iban a ayunar para hacerse un compañero. Allí se hacen mil heridas en su cuerpo y sufren una vigorosa abstinencia hasta que se les aparece en su mente algún ser viviente, al cual invocan en los momentos de peligro como a un ángel de guarda.

Pese a la oscuridad del texto, es evidente que se trataba de una experiencia extática de tipo chamánico. Esto, además, se ve confirmado por otra fuente: el presbítero Miguel Marimón, en una anotación marginal al mapa del trayecto realizado en 1752 desde el pueblo misionero de San Borja a los territorios que conforman el actual Uruguay (Barrios Pintos, 1967), consignó lo siguiente:

> En el cerro llamado ybití María se gradúan de Hechiceros los infieles Guenoas: allí se juntan, hacen su Ajaba, se punzan, se taladran el cuerpo, y se hacen mil diabluras, hasta que se les aparece allí, encima del cerro, el demonio en forma visible.

Sorprende el hecho de que no se hubiera puesto atención al significado de las ceremonias aludidas en estos textos hasta que nosotros lo señalamos (Pi Hugarte, 1969:59).

A los efectos de que se pueda apreciar cabalmente el sentido de los testimonios expuestos, así como la interpretación que suscitan, es conveniente efectuar algunas aclaraciones sobre el término «bichadero» utilizado por Silva. Daniel Granada (1957,I:101) puntualizó que bichar, bichear o vichar, significaba

> espiar, observar a escondidas lo que pasa en un sitio cualquiera. Seguir los pasos y observar los movimientos de una expedición o persona, agachándose, serpenteando por entre el pasto y ocultándose detrás de las matas, como acostumbran hacerlo los indios.

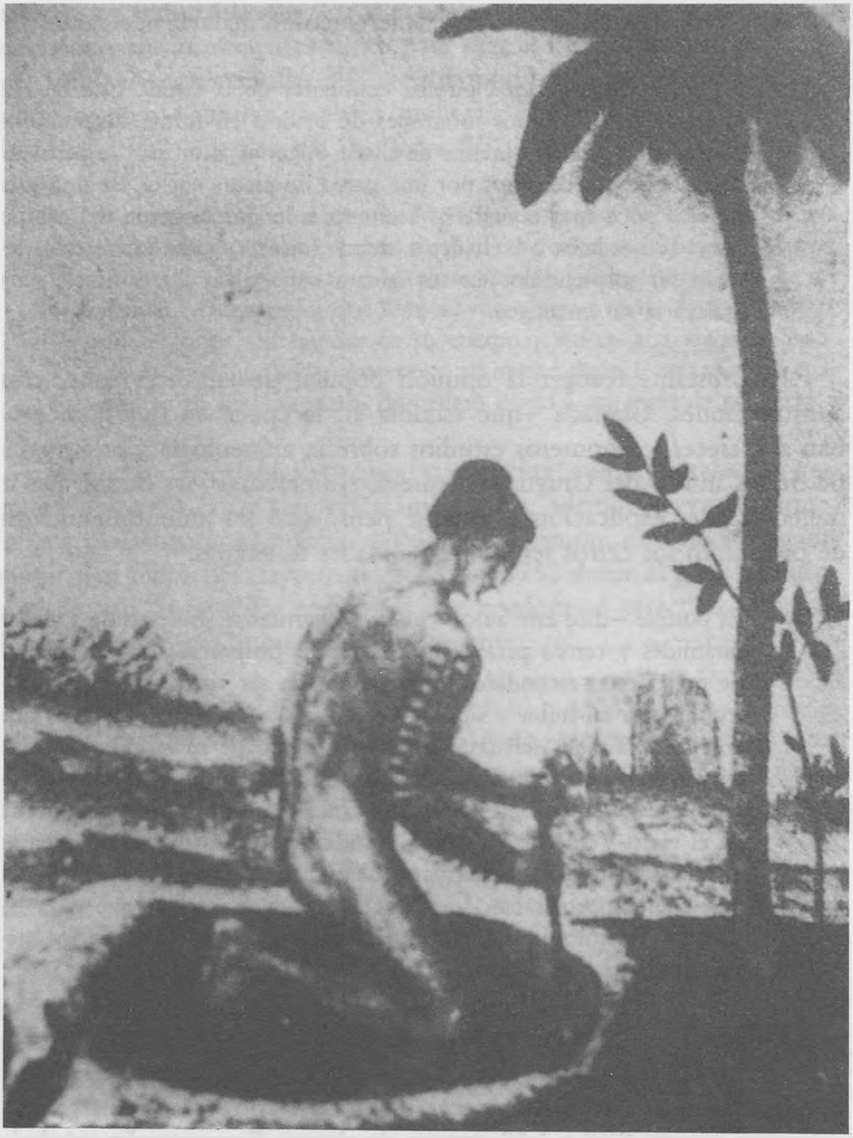
En consecuencia, definió «bichadero» como atalaya, agregando:

> En los cerritos y otros puntos eminentes de la banda oriental del Uruguay hállanse unos montones de piedras en forma de pirámide cónica, de dos o tres metros de altura. Algunos, a un par de pasos de distancia, están cercados por una pared de piedra suelta, de una vara de alto poco más o menos. A esto es a lo que la gente del campo llama bicheaderos o bichaderos, donde (dice), cuando los charrúas temían ser sorprendidos en sus aduares, apostaban un centinela para atalayar a sus enemigos.

No obstante recoger la opinión popular de entonces sobre esas construcciones, Granada —que escribía en la época en que comenzaban a aparecer los primeros estudios sobre la arqueología y la etnografía de los indios del Uruguay— expresó, sin embargo, las dudas que le merecían tales explicaciones, aunque pensó que los amontonamientos de piedras en los cerros tendrían finalidades funerarias.

> Es posible —dice este autor— que los charrúas se sirviesen de aquellas pirámides y cercos para bichear, pues les proporcionaban la ventaja de poder estar escondidos, observando, sin ser vistos. Pero no es verosímil que tal hubiese sido su primitivo objeto. Lo probable es que con las pirámides señalasen el enterramiento de sus caciques, y que les pusiesen el cerco para significar el respeto con que debían ser miradas. Suele hallarse más de una pirámide en un mismo punto, como en el cerro Verde de Valentín... donde hay dos, a diez o doce pasos el uno del otro... Los charrúas, por otra parte, como hordas errantes que eran, improvisaban sus tolderías, y no es creíble que para bichear, acaso sólo un día, cuando eran perseguidos, levantasen los monumentos de que se trata (Granada, 1957,I:100).

Respecto a las dimensiones de los «bichaderos», el arqueólogo Jorge Femenías (1983:13) ha indicado cifras diferentes a las consignadas por Granada, ya que a su parecer presentan «entre 2 y 5 metros. de diámetro, y entre 0,50 y 1,50 metros. de altura». Este autor ha señalado la existencia de dos tipos de amontonamientos, sobre lo que ya tempranamente llamó la atención Sierra y Sierra (1914): uno en forma de cono y otro en forma de anillo, anotando que generalmente se presentan agrupados en un mismo cerro y mezclados los dos tipos. Se ha



«Amérique méridionale. Indien Charruas du Paraguay s'aquittant d'une cérémonie funèbre», grabado del siglo XIX impreso Dufour, Mulat, y Boulanger en París. Ilustra la descripción dejada por Félix de Azara de la práctica de automortificación entre los charrúas, atribuida al ceremonial de duelo: una vez que el doliente se había atravesado el brazo en toda su longitud con trozos de madera o caña, se aislaba metiéndose en un pozo que él mismo cavaba.

acostumbrado denominar con la palabra inglesa «cairnes» —utilizada por primera vez por José Henriques Figueira— a los apilamientos del primer tipo, usándose la designación «bichaderos» o «vichaderos» exclusivamente para los del segundo. Femenías, en el trabajo indicado, publicó dos fotografías, con sus respectivos esquemas dibujados, de ambas clases de esas toscas construcciones, además de un mapa con su localización en el territorio de la República y una lista de los cerros donde los hubo anteriormente o los había todavía. Marimón, como se ha visto, mencionó únicamente al entonces llamado María —«Ybití», como él escribe, significa simplemente cerro en guaraní— en las nacientes del río Arapey, que debe ser el conocido hoy, precisamente, como cerro Vichadero. Parece claro que solamente los apilamientos de tipo circular corresponden a los indicados como sitios en los que alguien pudiera encerrarse para realizar la referida penitencia alucinatoria, tal como lo muestra una ilustración de la descripción hecha por Azara; permanece entre tanto en la incógnita el destino que pudieron tener los otros.

Aunque Marimón no pudo vincular las ceremonias que describió con otras acciones chamánicas, es evidente que percibió el sentido religioso de las mismas, no obstante interpretarlas como de inspiración demoníaca. Exhibiendo ingenuamente los prejuicios clericales propios del momento y de su condición de eclesiástico, utilizó la vieja palabra aljama —que deformó en «ajaba»—, designatoria tanto de la mezquita arábiga como de la sinagoga judaica (todo lo cual debía tener para él el mismo un sello diabólico) para calificar el lugar donde los indios cumplían sus ejercicios extáticos.

Respecto a estas cuestiones es preciso tener presente qué ideas y rituales de contenido chamánico han sido reiteradamente descritas para muchos pueblos indígenas americanos. Las mismas constituyen supervivencias de sistemas de creencias muy antiguos, originarios de la vasta región norsiberiana del Asia, las cuales llegaron a América ya con los pobladores procedentes de aquel continente.

Pese al largo tiempo de desarrollo y al amplio espacio de dispersión, tales creencias presentan elementos comunes de fuerte arraigo, que sustentan cermoniales de gran similitud. De forma muy somera puede decirse que se distinguen por la suposición de que existe un mundo invisible que es dominio de espíritus; que el chamán puede alcanzar la capacidad de comunicación con esos espíritus, que pueden

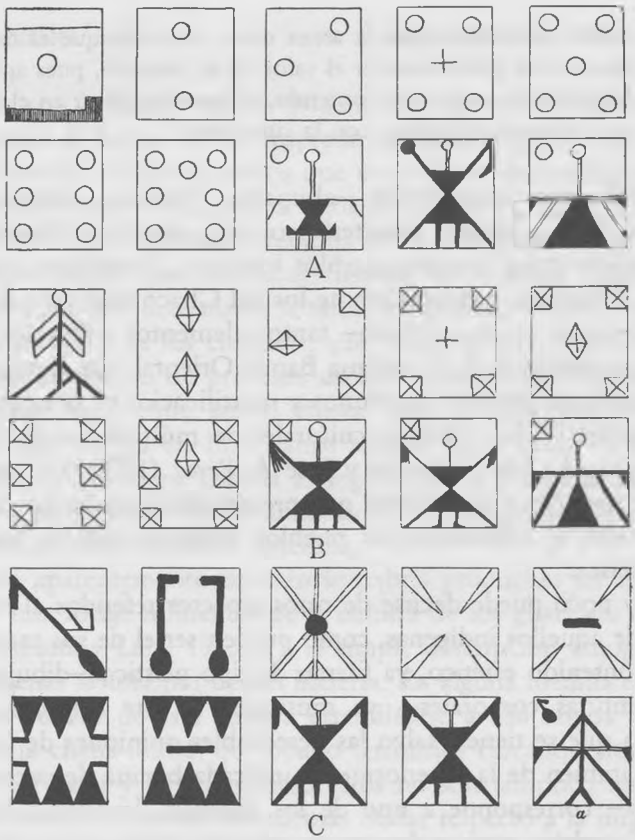
ser benéficos o maléficos; y que puede influir en sus decisiones llegando incluso a modificarlas. El chamán alcanza los conocimientos sobre el ultramundo y desarrolla sus poderes mediante rituales de iniciación que le permiten dominar el éxtasis —entendido como una técnica para ingresar en el ámbito de los espíritus—, cuyos pasos suponen generalmente pruebas y sufrimientos físicos. El chamán adquiere así la facultad de curar las enfermedades y a veces de provocarlas. El sistema de cura se ha basado por lo común en procedimientos espirituales como la captura del alma huyente del enfermo y también en manejos concretos aplicados a su cuerpo. De este tipo son la succión a través de la piel de los elementos que se creía lo estaban perjudicando; las friegas, que también procuraban por ese medio sacarlos, cuando no se trataba de expulsarlos con el fuego. Esos proyectiles místicos, introducido en el cuerpo del doliente mediante operaciones mágicas, consistían en piedritas, espinas, insectos o cualquier otra cosa pequeña que a los efectos tuviera una apariencia inquietante.

Azara (1943a:107) ha referido que entre los charrúas se utilizaba la terapéutica del chupado, que mezclaba la mística con la prestidigitación, suponiendo en los oficiantes la intención de abusar de la credulidad de los que a ellos se sometían.

> Tienen —decía este autor— sin embargo sus médicos que a toda especie de enfermedades aplican el mismo remedio, que es chupar con mucha fuerza el estómago del paciente, persuadiendo así que extraen los males para que los gratifiquen;

sobre los minuanes, agregó que «curan a sus enfermos chupándoles el estómago como los charrúas» (Azara, 1850:183). Díaz (1977:302), a propósito de una anciana charrúa «médica» que conoció, expuso los remedios que la misma aplicaba a los enfermos y que consistían en otros métodos chamánicos: generalmente procedía a

> *engrasarlos*, frotándoles el cuerpo con gran fuerza con un pedazo de cuero por el lado del pelo; pero usaba también otros (recursos) como el de la *ceniza caliente*; remedio que vi aplicar en la costa del Daymán a un mozo, que al parecer sufría de un fuerte catarro. No pude conocer el resultado de la operación, que era la de tenderlo en un montón de cenizas ardientes producidas por una grande hoguera que se



Evidente préstamo cultural: barajas de los charrúas llevados a Francia en 1833, pintadas sobre trozos de cuero, que se cree fueron hechas por Tacuabé. Los ejemplares originales se perdieron, conservándose solamente la copia que de los mismos hizo el frenólogo Dumoutier. Paul Rivet (1930), que publicó esa reproducción, realizó algunas consideraciones sobre el naipe; pero, al parecer, nadie apreció que se trataba de un juego incompleto. Procura reproducir un naipe de tipo español de los utilizados en partidas de juegos que requieren 40 cartas, como los que se popularizaron entre los gauchos y paisanos del Río de la Plata y que aún siguen gozando de amplio aprecio en todos los sectores sociales. Dumoutier seguramente ignoraba el orden de las cartas españolas, ya que colocó los caballos antes que las sotas. Se han figurado claramente de los palos, los oros (serie A); el diseño de la serie B recuerda curiosamente al de los *carreaux* de la baraja francesa, y en la serie C parecen haberse mezclado las espadas (ejemplares 4.° y 5.°) y los bastos (ejemplares 1.° y 2.°), recordando el dibujo de estas cartas las mazas ibirapemas de los guaraníes. Las barajas 6.ª y 7.ª de la última serie muestran un motivo similar a los pintados en quillapís. Cabe pensar que la elaboración de este naipe se vio interrumpida cuando su autor comenzaba a plasmar el tercero y cuarto palo.

> había encendido sobre la arena de la costa; porque el mocetón no quiso o no pudo soportar el calor de tal remedio, pues apenas se había tendido, se levantó corriendo, y fuese a revolcar en el pasto seco, muy enojado al parecer con la curandera.

Todos estos tratamientos —chupado, frotación, calentamiento o quemado con rescoldos—, característicos de la medicina chamánica, han sido descritos entre muchos pueblos indígenas americanos incluyendo los de la Patagonia y especialmente los del Chaco (Métraux, 1945), con los que —como se ha señalado— tantos elementos culturales comunes tenían los cazadores de la antigua Banda Oriental. Las técnicas del éxtasis chamánico, basadas en ayunos y mortificaciones diversas, también forman parte de las prácticas culturales de múltiples etnias indígenas de América; A. Rex González y José A. Pérez (1972:132) llemaron la atención respecto a la similitud que presentaba el analizado ceremonial charrúa, con el efectuado por pueblos indígenas de las praderas de Norteamérica.

Muy poco puede decirse de otros aspectos referidos al mundo espiritual de aquellos indígenas, como pueden ser el de sus manifestaciones de contenido estético, ya fueran de tipo plástico —dibujos de quillapís, pinturas corporales—, ya musicales. A este respecto, la única referencia que se tiene —salvo las desechables opiniones de Centenera, y fuera también de la anteriormente indicada bocina de cuero anotada por Silva— corresponde a uno de los charrúas llevados a Francia en 1832 —Tacuabé—, que tocaba un arco musical utilizando su boca como resonador (Ayestarán, 1953). Arcos musicales de este tipo se dan también en las áreas patagónica y chaqueña.

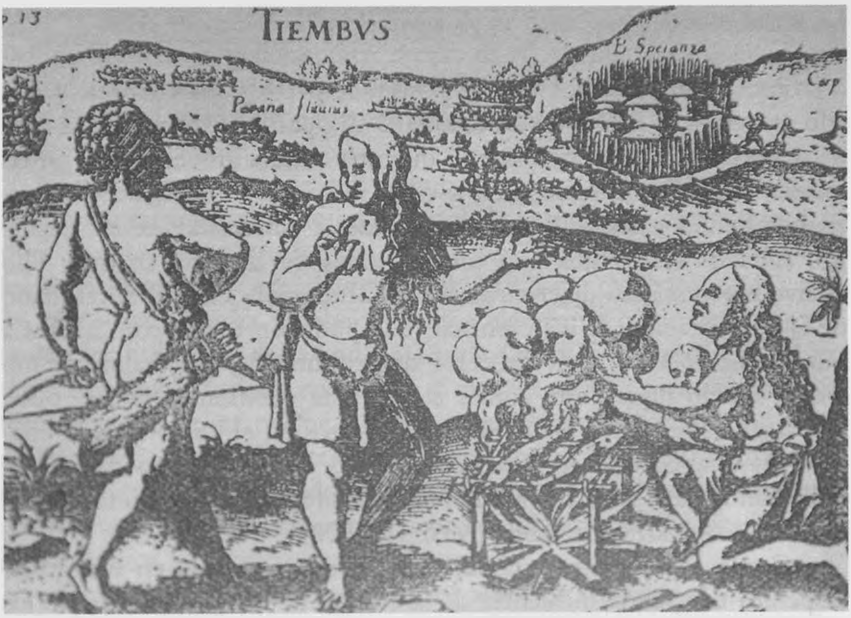
De sus juegos, existen indicaciones de que practicaban las carreras de caballos, el pato, las ya indicadas competencias con boleadoras y los naipes. Todos eran practicados por los hombres, y es indudable que estas clases de diversiones derivan en su mayor parte de procesos de aculturación. Indudablemente, Azara incurrió en un error al afirmar que los indios no tenían «ni juegos, ni bailes, cantares ni instrumentos músicos»; pero el desconocimiento de tantas cosas hace que el resultado sea equivalente.

La etnia chaná

Pocos son los datos que se poseen respecto a los chanáes, y si a ello se agrega el hecho de su temprana desaparición, hace que la suya deba ser considerada poco menos que una cultura arqueológica. En las escasas fuentes que se refieren a estos indígenas —todas, además, correspondientes a los primeros tiempos de la conquista— se les asignaron muchos rasgos que son característicos de la etnia charrúa. Ello vuelve problemático determinar si tales atribuciones serían el resultado de la equivocación de los cronistas, que pudieron tomar por chanáes a quienes no lo eran, o de procesos de aculturación que realmente hubieran tenido lugar entre ambas etnias. Esta cuestión reconoce, pues, una larga data; así, ya en 1530 varios testigos en el juicio llevado contra Sabastián Gaboto en España al regreso de su frustrada misión, se refirieron a estos indios nombrándolos indiferentemente como «chaná timbúes» o «charrúa timbúes» (Medina, 1908).

Como aparentemente también se habría producido en época prehispánica una fuerte influencia de la cultura de los guaraníes sobre los chanáes (Acosta y Lara, 1955:21), la simple descripción etnográfica de estos indígenas resulta por demás incierta. En alguna medida es posible ampliar el cuadro de esta cultura extendiendo a ella rasgos indicados para la etnia chaná-timbú, que ocupó territorios cercanos, situados entre los ríos Paraná y Uruguay, pero éstos no son tampoco muy abundantes ni explícitos, existiendo además dudas respecto a la importancia que los modelos guaraníes pudieron también tener sobre ellos. Así, y a vía de ejemplo con todos los reparos del caso, cabe recordar que una ilustración de la crónica de Ulrico Schmidel (1903), muestra una aldea timbú cercada de postes al estilo de las guaraníes y a sus habitantes esgrimiendo las mazas de madera terminadas en gruesa cabeza apuntada, también típica de los guaraníes y a las que daban el nombre de «ibirapemas».

Su sistema económico al parecer estaba basado principalmente en la caza y la pesca; a partir de datos de las crónicas, algunos autores han supuesto que tales actividades se complementaban con una agricultura de tipo inferior, aplicada a cultivos de maíz, calabazas y porotos; pero, en rigor, no existen pruebas concluyentes de que así hubiera sido, y las exploraciones arqueológicas efectuadas en la zona que ocuparon no han arrojado indicio alguno de actividad agrícola. Dentro de



En plena operación de conservación del pescado mediante su ahumado, fueron figurados los timbúes en la ilustración de la edición que de Bry hizo en 1599 de la crónica de Schmidel. Las mujeres lucen taparrabos que por su tamaño parecen faldas cortas, en tanto el hombre va desnudo y cargando un carcaj de cuero de curiosa terminación. Al fondo, canoas tripuladas por muchos individuos navegan por el Paraná próximas a una aldea rodeada por una empalizada.

las especulaciones a que el punto ha dado lugar, algunos autores —como Serrano (1955:56)— han supuesto que no todas las parcialidades realizaron cultivos.

Usaron un arco corto en cuyas flechas también emplearon puntas de hueso y probablemente de madera. Asimismo emplearon propulsores para los dardos, así como las boleadoras.

Tampoco se sabe cuáles fueron los medios empleados para la pesca, aunque puede presumirse que se emplearían para ese fin flechas y dardos. No se han encontrado canoas en territorio uruguayo, pero para las parcialidades étnicamente emparentadas de la región del río Paraná, se ha señalado la existencia de embarcaciones monoxilas de hasta 20 metros de largo.

A juzgar por las referencias dejadas por los primeros viajeros y conquistadores llegados a estas tierras, el pescado era conservado me-

diante secado y ahumado. En la ya citada crónica de Schmidel se incluyó un grabado que muestra a indios a los que se designa como «tiembus» —presumiblemente chaná-timbúes— secando pescado al fuego sobre una parrilla de ramas. Como también se aseguró en relatos del siglo XVI, los chanáes les dieron a los primeros españoles que llegaron cantidades considerables de pescado, por lo que cabría pensar que su capacidad de producción y de almacenamiento de este tipo de alimento debió de ser elevada, lo que lleva a conjeturar que los pondría entonces a resguardo de los riesgos que normalmente afrontan los cazadores. Oviedo (1944), recogiendo informaciones de la época, le dio una importancia no sólo básica sino acaso excesiva a la pesca en la economía de los chanáes, lo que lo llevó a afirmar hiperbólicamente que

> susténtanse de pescado, y tienen mucho y bueno; sacan del mismo pescado mucha y buena manteca, de que los chripstianos se aprovechan mucho, assi en su comer como para arder en los candiles, y para adereçar los cueros de venado, de que haçen vestido y calçado y cueras para su defensa.

Sobre el último punto aludido por Oviedo muy poco es lo que se sabe, ya que las descripciones de su vestimenta solamente incluyeron el quillapí de tipo charrúa, así como un taparrabos de algodón, rasgo cultural obtenido en todo caso de sus vecinos guaraníes, que comprobadamente cultivaron ese vegetal en otros sitios dentro del amplio ámbito de su expansión.

Sus marcas étnicas consistieron en perforaciones del tabique nasal y las orejas, lo que habría sido común a ambos sexos, colocándose en los orificios adonos de diversos materiales. Se ha indicado que los hombres llevaban, además, el barbote o «tembetá» en el labio inferior, que, como ya se ha señalado, fue un adorno distintivo de los guaraníes. Existen igualmente referencias a tatuajes y pinturas corporales, pero sin aportar detalles sobre los mismos. Se sabe que usaron también adornos de origen europeo, como collares de cuentas de vidrio y discos de cobre, sin duda obtenidos en trueque por alimentos en los tiempos en que los españoles procuraban concretar su establecimiento en la región.

La práctica de la mutilación dactilar por duelo entre las mujeres charrúas también ha sido atribuida a los chanáes. Realizaron con sus

muertos entierros secundarios, ya que en la zona por ellos habitada se han encontrado huesos humanos pintados con ocre rojo. Igualmente se han hallado huesos infantiles en urnas de barro cocido, lo que también es demostrativo de fuerte influencia guaraní. Al parecer, las pertenencias del muerto se ponían en su tumba.

Ningún otro dato se posee sobre los sistemas asociativo e ideológico de estos indígenas. Lo más destacado de su cultura material es la cerámica, que presenta las características propias de la de los denominados grupos de vinculaciones paranaenses.

Larrañaga (1923 a) compiló un conjunto de palabras chanáes y elaboró un esbozo de gramática de esa lengua. Como muchos de los términos consignados presentan grandes similitudes con los equivalentes charrúas que se han conservado, Canals Frau (1953) ha sostenido que esas palabras debían ser consideradas como pertenecientes a la lengua bohán, designación dada por varios autores a la charrúa; consideraciones sobre este punto ya fueron realizadas al tratar el tema de las lenguas indígenas del área.

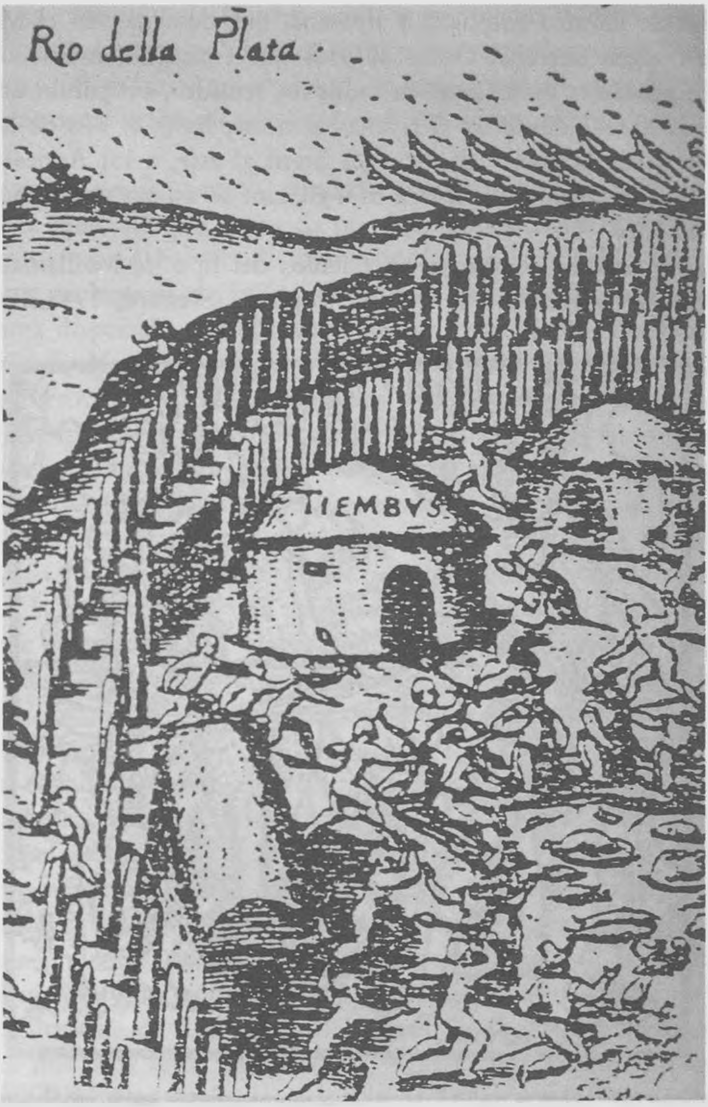
La etnografía de los chanáes de la antigua Banda Oriental presenta, pues, el problema de la caracterización de su cultura, al margen de las indudables influencias que recibió de los guaraníes y de la identificación que tan frecuentemente se hizo con la de los charrúas.

A estar a las informaciones recogidas por Azara (1850:182) de ancianos informantes, los chanáes habrían constituido en esta parte un pueblo pequeño desde el punto de vista numérico, ya que sus guerreros no habrían pasado de un centenar.

Los guaraníes prehispánicos

De los guaraníes prehispánicos se tienen tan pocas referencias como de los chanáes y, al igual que éstos, desaparecieron muy pronto de la escena histórica.

Los guaraníes conformaron un conjunto de pueblos originarios de la región amazónica que se extendieron por un espacio de enorme amplitud. Los estudios glotocronológicos han determinado que el tronco lingüístico tupí, al que pertenece la familia lingüística tupí-guaraní, tuvo origen aproximadamente cinco mil años atrás (Schmitz, 1991:301) en las tierras situadas entre los nacientes de los ríos que forman el Tapa-



Esta lámina del *Viaje al Río de la Plata* de Ulrich Schmidel, publicado en 1599, presenta una aldea timbú rodeada de empalizada, como hacían los guaraníes. La escena reproduce la muerte de 50 españoles atraídos con engaños, que habría tenido lugar en 1542, previamente al ataque por parte de los indios del fuerte español de Corpus Christi. Los timbúes enarbolan mazas de madera similares en su forma a las utilizadas por los guaraníes y denominadas «ibirapema».

jós y las de los ríos Aripuana y Jiparaná, que desaguan en el Madeira por su margen derecha. Desde allí, los que constituirían los distintos pueblos guaraníes marcharon en todos los sentidos, ocupando un territorio que abarca desde las Guayanas al norte, hasta el Río de la Plata al sur y desde la costa atlántica del Brasil al este, a los Andes por el oeste. Para la familia lingüística tupí-guaraní se asigna una antigüedad de 2.500 años.

Los guaraníes constituyeron pueblos del tipo de los llamados en la literatura etnográfica «de floresta tropical» (Steward, 1948,III), cuya

Tupinambás de la región de Río de Janeiro representados en la crónica de Hans Staden. Ambos personajes tienen rapada la parte superior de la cabeza, llevan tembetás y presentan marcas de pintura en sus cuerpos. El de la derecha, armado con arco y flechas, luce un ampuloso adorno de plumas; el de la izquierda, empuña la maza de combate conocida como «ibirapema», típica de los pueblos que hablaban lenguas de la familia tupí-guaraní. *(Warhaftige Historia und beschreibung eyner landtschafft der Wilnen Nacketen Grimmigen Menschfresser Leuther in der Newenwelt America...,* 1557. Biblioteca Nacional, París).

cultura es expresión de la adaptación a ese medio. Como elementos identificatorios entre los diversos grupos, importa destacar además del parentesco idiomático, un conjunto de tradiciones sociales y religiosas que reconocen orígenes comunes, así como un sistema económico idéntico.

Éste ha estado basado, fundamentalmente, en el cultivo de la mandioca (que, aunque conocida por este nombre, que es precisamente guaraní, parece haber sido domesticada por los pueblos selváticos hablantes de lenguas de la familia arawac, que también lograron una amplísima dispersión por el mismo medio geográfico), científicamente denominada *Manihot esculenta*, y del maíz o abatí *(Zea mays)*. Cultivaron también otras plantas alimenticias como la batata o yetí *(Ipomoea batatas)*, el maní o manduví *(Arachis hypogaea)* y los frijoles o cumandá *(Phaseolus sp.)*, así como las que emplearon para otros usos, como el algodón o mandiyú *(Gossypium paruvianum brasiliense)*, que les dio la posibilidad de desarrollar la técnica textil y la yerba mate o ca-á *(Ilex paraquariensis)*, que utilizaron fresca para fines medicinales y seca para preparar la conocida infusión estimulante. Haciendo fermentar el maíz mediante su masticación, elaboraron una bebida alcohólica conocida como cauin. Utilizaron asimismo muchas otras plantas de la selva en calidad de cultígenos, es decir, que las cuidaron y aprovecharon pero sin cultivarlas.

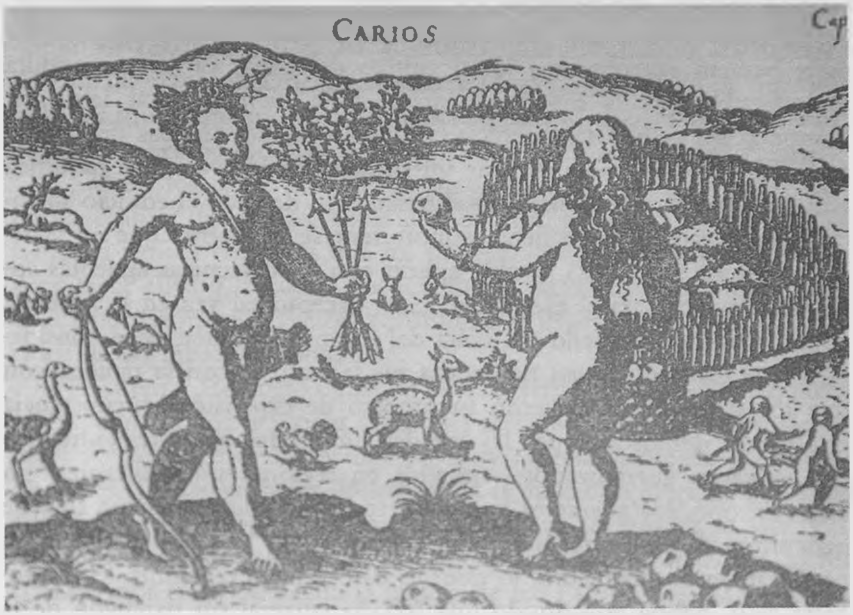
La economía agrícola se complementó con los productos de la caza, la pesca y la recolección. Pero lo más remarcable desde el punto de vista adaptativo fue sin duda el tipo de técnica agrícola empleado en el medio selvático, esto es, el sistema de roza, consistente en abatir los grandes árboles y quemar a continuación la maleza, procediéndose entonces a plantar, dejando luego crecer el cultivo con la vegetación natural que se vaya reponiendo. Este sistema da necesariamente lugar a una agricultura de tipo itinerante, puesto que presentando los suelos de selva una capa fértil muy delgada —que es rápidamente erosionada y eliminada por las lluvias cuando carece de la protección que le proporciona la vegetación espesa— apenas pueden obtenerse un par de cosechas en el sitio en que se ha efectuado una roza; resulta imprescindible entonces abandonar el lugar y proceder a abrir nuevas zonas de cultivo en otro sector del bosque. Seguramente en este tipo de agricultura haya que ver el motor de lo que se ha llamado «ethos migratorio»

de los guaraníes, que muchas veces ha sido interpretado como motivado por una oscura tendencia de naturaleza mística.

En todas partes los guaraníes se distinguieron por su actitud belicosa con respecto a otros pueblos, ya que su proceso de dispersión llevaba inevitablemente a disputar la ocupación de los nuevos espacios a los grupos que se habían establecido en ellos con anterioridad. En esas permanentes guerras obtuvieron de sus adversarios mujeres y prisioneros masculinos. Las primeras eran adscriptas al trabajo de la tierra y a la recolección, pasando sus hijos a formar parte de la facción de los conquistadores; los segundos eran devorados en banquetes caníbales. Esas luchas tuvieron incluso carácter intertribal.

Tal empuje guerrero hizo que en muchos casos imprimieran fuertemente los rasgos de su cultura a otros pueblos, de modo que además de los múltiples grupos guaraníes es posible señalar también dentro de su área de dispersión muchos otros que fueron guaranizados, pudiendo señalarse como ejemplo dentro de la región próxima a la rioplatense a las etnias chaqueñas chané, chiriguana, sirionó y tapieté, así como a la guayaquí del oriente del Paraguay. Habiendo estos pueblos adoptado la lengua, muchas costumbres y gran parte del sistema simbólico de creencias de sus dominadores, conservaron su propio sistema económico y gran parte de su cultura material original por la imposibilidad de adecuar a un medio geográfico diferente al de la selva tropical, una modalidad adaptativa tan especializada como es la agricultura de roza, aplicada al cultivo de especies vegetales propias de ese medio.

Los estudios pertinentes han llevado a aceptar que, aproximadamente hacia el siglo primero de esta era, los guaraníes se encontraban en las zonas de los altos cursos de los ríos Paraná y Uruguay, desde donde iniciaron entre los siglos VI y VII un proceso de avance hacia el sur, estimándose (Brochado, 1975) que llegaron a la región platense en el siglo XIV. Cuando llegaron los conquistadores españoles dos siglos más tarde, había grupos guaraníes al parecer numerosos —según lo indicado por las crónicas— ocupando las tierras regadas por el Paraná hasta su delta, así como el espacio del tramo inferior del río Uruguay y sus islas (Acosta y Lara, 1977). Los hallazgos arquológicos —particularmente de los grandes recipientes de cerámica conocidos como «urnas» por utilizarse para entierros secundarios— indican que si no estaban permanentemente instalados en la costa norte del Plata por lo menos debían efectuar frecuentemente incursiones hasta la desembo-



En la crónica de Ulrich Schmidel, del siglo XVI, los guaraníes de las islas, que se extendían hasta el delta del Paraná y la costa del Río de la Plata, son denominados carios. El hombre de la ilustración lleva tembetá en el labio inferior y se le ha representado con un ficticio arco doble y con flechas que parecen tener puntas metálicas, que también luce en su cabellera como adorno. La mujer acarrea en una canasta frutos de desconocido aspecto —que también aparecen esparcidos por el suelo— con los que acaso se hubiera querido representar las raíces comestibles de la mandioca. Se muestra también una aldea rodeada de empalizada y en el campo, junto a un gamo y un ñandú típicos de esta zona de la región platense, se ven otros animales inexistentes entonces como un guanaco, cabras, conejos y un pavo.

cadura del río Santa Lucía. Como también se ha encontrado cerámica de tipo guaraní en la parte este del actual territorio uruguayo (Baeza *et al.*, 1974; Bosch *et al.*, 1973), se puede concluir que otros grupos de ese origen también habían penetrado hacia estas regiones siguiendo la costa meridional del Brasil.

Los pueblos de lengua guaraní de estos lugares fueron conocidos en los documentos españoles de los primeros tiempos con los nombres de carios, chandules y guaraníes de las islas. En rigor, no es posible

saber si se trató efectivamente de guaraníes o de grupos guaranizados. De las fuentes no surgen indicaciones que permitan afirmar que en esta parte basaran su economía en el cultivo del maíz, ya que no resulta muy factible que la mandioca pueda darse bien en estas latitudes. Tampoco los estudios arqueológicos han aportado pruebas de trabajo agrícola. Es sabido, además, que un sistema adaptativo no se modifica con facilidad, ya que constituye el basamento de todo el edificio sociocultural. A este respecto debe siempre tenerse en cuenta que en la región platense no resulta posible aplicar con éxito técnicas agrícolas aptas únicamente para el medio selvático, excepto tal vez en la limitada zona de bosque húmedo del delta del Paraná. También debe considerarse que cambios de esa naturaleza no se realizan con la rapidez con que los guaraníes cumplieron su proceso de expansión, circunstancia esta última demostrada por las grandes similitudes presentes entre grupos —incluso guaranizados— situados en regiones muy distantes. En este territorio, los guaraníes hubieran tenido que desarrollar un tipo de agricultura diferente del que había permitido su ajuste a la selva y su propagación en tal medio, lo que no parece muy verosímil. Si así hubiera sido, habría constituido una hazaña cultural sin parangón de la que no hay ejemplos en la etnografía comparada.

Resulta, por todo esto, bastante enigmática la presencia en suelo uruguayo de las grandes vasijas de cerámica gruesa y de fondo apuntado a las que ya se ha hecho referencia. Las mismas eran empleadas por los pueblos guaraníes ubicados al norte de esta región para la elaboración de la cerveza de maíz o cauin, lo que aquí solamente podría tener lugar si se hubiera llegado a cultivar ese cereal, lo que es dudoso. Al respecto es posible, sin embargo, admitir que en esta zona se hicieran esos amplios recipientes —de hasta 60 centímetros de diámetro en su parte más ancha y con boca de unos 40 centímetros— exclusivamente para contener los huesos ya descarnados de los muertos del grupo, costumbre practicada por los guaraníes de otras zonas. Por cierto, ello supone la modificación de la funcionalidad original del objeto, utilizándose entonces de manera principal para una finalidad que, en un principio, constituía una aplicación derivada. Si se admitiera que esas vasijas fueron fabricadas por pueblos guaranizados y no realmente guaraníes, habría que admitir que éste fue un rasgo cultural adoptado para una finalidad parcial, que era prácticamente la única para la cual tales artefactos podían aquí ser utilizados.

Tampoco existen referencias de que en el territorio uruguayo hubiera aldeas compuestas por unas pocas y grandes chozas colectivas, como fue característico de los guaraníes, quienes también las rodeaban de empalizadas protectoras. Las ilustraciones de la crónica de Schmidel (1903) correspondiente a mediados del siglo XVI, muestran sin embargo construcciones de ese tipo, a las que se sitúa en la zona del Paraná.

Si bien los guaraníes prehispánicos fueron conocidos como hábiles navegantes de los ríos, no se conservaron, ni se han encontrado, en Uruguay canoas como las que los primeros viajeros describieron como propias de ellos. Las que se encuentran en museos corresponden a una época posterior, pues fueron construidas y usadas por guaraníes reducidos de las misiones jesuíticas.

El sistema ideológico guaraní se caracterizó por una gran riqueza, y abundan las descripciones amplias y detalladas de sus mitos, de sus ideas y ceremoniales chamánicos, y muy especialmente de sus festines caníbales. En las primeras épocas de la ocupación europea de la costa atlántica de la América del Sur —poblada por sociedades tribales guaraníes desde el río del Pará en la desembocadura del Amazonas, al Río Grande, por el que desagua la laguna de los Patos—, los viajeros insistieron en sus relatos en mostrar la antropofagia como lo más digno de notar entre las gentes de esta parte del mundo. Por supuesto que debieron sentirse horrorizados por esa práctica; también su exposición permitía estimular en los lejanos lectores el morboso gusto por las cosas extrañas y terribles; pero además sirvió para ensalzar el mérito de la conquista y justificar el sometimiento de poblaciones a las que se presentaba como moralmente degradadas, bestiales y crueles. Empero, los relatos aportados por testigos directos como Hans Staden (1944), pusieron de manifiesto que el canibalismo guaraní implicaba acciones altamente ritualizadas, que eran expresión de valores y símbolos de complicada elaboración.

Sin embargo, cuantas relaciones existen sobre el sistema ideológico de los guaraníes —así como sobre su organización familiar, social y política— corresponden todas a pueblos distintos de los que ocuparon el ámbito platense, por más que compartieran los elementos principales de una misma cultura comprensiva. Indudablemente, por lo menos algunos grupos de estas tierras fueron antropófagos: ello motivó que muchas veces en las crónicas y en la cartografía colonial se consignara en esta región la presencia de «indios caribes», con lo que se quería

La muerte del descubridor del Río de la Plata, Juan Díaz de Solís y sus compañeros, según un anónimo grabado holandés del siglo XVI. Al fondo: preparación del banquete caníbal; en primer plano un indio va a acabar con uno de los españoles mediante un garrote burdo (el dibujante ignoraba seguramente la forma de la maza de guerra llamada ibirapema).

indicar que se trataba de caníbales y —por supuesto— no como señalamiento de que hablaran alguna lengua de esa familia lingüística, lo que resultaría un completo absurdo. El ejemplo más famoso del ejercicio de la antropofagia en el Plata lo proporciona el fin de Juan Díaz de Solís y sus compañeros, tal como lo indican todos los documentos de época (Anglería, 1944; Herrera, 1944; Oviedo, 1944; Medina, 1897). Pero los detalles del suceso, de la manera en que fueron referidos, muestran un canibalismo de naturaleza diferente al descrito para los guaraníes de la costa del Brasil (tupinambás, tupinakí), en el que están ausentes los elementos simbólicos de éste, del mismo modo que su ceremonial preparatorio y su forma de ejecución. Es éste otro elemento que impulsa a reflexionar si esa acción no habría sido protagonizada por indígenas guaranizados, que no hubieran asimilado nada más que algunos rasgos culturales sin aprehender la significación global de una institución como el canibalismo de los guaraníes, que se distinguía precisamente por la forma rebuscada en que se cumplían las sucesivas ac-

ciones conducentes a sacrificar y comer a un prisionero. Siempre se aplicaban, además, con el sentido de absorber las virtudes del inmolado, que indefectiblemente era un guerrero cautivado durante un combate. Todo ese ceremonial era, por lo tanto, algo muy diverso de la manera repentina y precipitada con que —según las versiones contemporáneas— procedieron los indios a matar y devorar en el sitio a los extraños que acababan de desembarcar. Tampoco hay ningún relato de otro acontecimiento similar que hubiera ocurrido en cualquier parte del territorio platense, por lo que algunos historiadores han puesto en duda la veracidad de las narraciones consideradas clásicas, incluso más allá del cuidado que en adelante tomaron los navegantes llegados a estos sitios.

Las circunstancias resumidamente expuestas inducen a concluir que los guaraníes establecidos en el delta del Paraná influyeron sobre los pueblos cazadores recolectores próximos a la Banda Oriental —como sin duda ocurrió con los chanáes—, traspasándoles algunos rasgos culturales, lo que llevó a considerar guaraníes a todos aquellos indios que en época precolombina estuvieron establecidos en algunos puntos de los litorales del Uruguay y el Plata, que probablemente hubieran tomado por aculturación características guaraníes.

Esto es coherente con las peculiaridades que presentó la cultura guaraní en su concepción más amplia, esto es, considerada como el conjunto de elementos identificatorios presentes en muchísimos pueblos cuyos contactos se volvieron imposibles por la imnensidad del espacio en que se situaron: por encima de las variantes locales —resultantes de la adaptación a ambientes distintos, de la asimilación de pueblos diversos y de la integración de los hijos de las cautivas procedentes de otras etnias—, la unidad básica de esa cultura estuvo dada por la imposición de algunos pocos rasgos particulares, dentro de los cuales toma especial relevancia la lengua. Así ocurre en los casos de cultura de conquista y la cultura guaraní, en su perspectiva genérica, tuvo mucho de cultura de conquista por la índole de su proceso expansivo.

Capítulo V

DESTRUCCIÓN Y ACULTURACIÓN DE LAS ETNIAS INDÍGENAS

Cálculos poblacionales para distintas épocas

Resulta difícil, sin duda, aventurar cifras que puedan contar con un mínimo de verosimilitud relativas al número de indígenas que ocupaban el territorio que luego conformaría el Uruguay en el tiempo de la conquista y aun en épocas posteriores. Por lo general, las escasas estimaciones que contienen las fuentes parten de precarias bases conjeturales, lo que resulta comprensible si se atiende a la insuficiencia de las técnicas de cómputo utilizadas, que se fundaban en informes de dudosa fiabilidad; a la imposibilidad de conocer con suficiente aproximación los grupos que se hallaban en un vasto espacio en el que no había centros poblados y los pocos que se fueron conformando se encontraban excesivamente distantes unos de otros; y, en especial, a la extrema movilidad de los grupos indígenas, que asentaban su vivir en una economía predatoria.

Como también con respecto a otras cuestiones relativas a tales indígenas, a medida que la colonización se fue desarrollando en el Plata el conocer de manera adecuada su número interesó fundamentalmente a los efectos de planificar operaciones militares que, eliminándolos directamente o alejándolos hacia otras zonas, permitieran la gradual ocupación de los espacios interiores, frenando tanto sus ataques a las incipientes poblaciones como las actividades de los corambreros, que con su ayuda destruían la riqueza ganadera. Interesó, asimismo, a fin de impedir que ayudaran a los portugueses en sus reiterados intentos por establecerse en territorios que eran teóricamente españoles y también

de que atacaran los pueblos constituidos con indios reducidos por las misiones religiosas.

Las pocas referencias a la cuantía de los indígenas correspondientes al siglo XVI pecan de exageradas. Así, en 1531, el navegante portugués Pero Lopes de Souza (1927) respecto a un grupo de indios no identificados establecidos en la costa del Plata, a dos leguas al oeste de la desembocadura de un arroyo al que denominó San Juan —que Eugenio de Castro consideró que era el Pavón o el Pereira, en tanto Arredondo (1957) sostuvo se trataba del Cufré—, refirió que habiendo enviado un marinero a nado para que estudiara las posibilidades de anclar en esa barra, volvió «diciendo que... había poca seguridad pues la gente era mucha; que le parecía que eran unos 600 hombres...». La cifra resulta elevada aun considerando que hubieran dado con una aldea de indios guaraníes agricultores. Mucho más sorprendente es el testimonio de Schmidel (1903), quien apenas cinco años después afirmó que en el puerto de San Gabriel había «un pueblo de indios llamados zechuruass (charrúas) que constaba como de unos 2.000 hombres», sobre todo teniendo en cuenta que «no tenían más de comer que pescado y carne», ya que la etnografía comparada indica que nunca un grupo de cazadores recolectores —como sin duda lo serían quienes basaran su dieta en aquellos productos— llega a superar el centenar de individuos y, en este caso, tendríamos que pensar que, contando además a las mujeres y los niños, habría que elevar por lo menos al doble la cantidad consignada. Schmidel agregó un gracioso comentario que sin embargo sirve para poner en claro la imprecisión del método de cálculo empleado: «éstos, al llegar nosotros, habían abandonado el pueblo huyendo con mujeres e hijos de suerte que no pudimos dar con ellos»; no es, pues, sencillo comprender que tal cantidad de gente levantara el campamento y desapareciera con rapidez suficiente como para que no se pudiera confirmar lo que parecía de lejos. Tampoco habría que descartar el intento deliberado de aumentar el número de los indios, especialmente cuando el dato procede de alguien que estuvo interesado en exaltar el mérito militar derivado de que poquísimos conquistadores batieron ingentes huestes indígenas. Esto ocurre precisamente con lo anotado por el arcediano Martín del Barco Centenera (1912) cuando aseveró que en el combate de San Salvador, en 1574, 22 infantes y 12 jinetes derrotaron a más de un millar de indios; semejante desproporción acaso no hubiera podido ser compensada ni por la superioridad

del armamento europeo de la época ni por el empleo de la caballería, puesto que el relato insiste en la descripción de una pelea trabada cuerpo a cuerpo. Pero bien, si los indígenas efectivamente hubieran podido oponer a los españoles una tropa tan numerosa en la región próxima a la desembocadura del río San Salvador en el Uruguay, ¿cuántos habitantes cabría entonces pensar que albergaría todo el territorio de la antigua Banda Oriental?

La cuestión planteada debe verse a la luz de las posibilidades que pudieran ofrecer los recursos naturales de un hábitat como el considerado, a grupos humanos organizados en bandas nómadas sustentadas en una economía de caza y recolección. El tema de la cuantía original de las poblaciones de la región preocupó a algunos estudiosos desde hace ya bastante tiempo, pero como se tendió a validar sin análisis alguna las referencias contenidas en ciertas fuentes —cosa que aún ocurre—, las cifras resultantes han llevado siempre a plantear la existencia de poblaciones mucho más numerosas que las que realmente pudieron existir. Tampoco se trató de considerar la particular relación hombre-medio en este ambiente, comparándola con lo que se conoce con respecto a la densidad de población de pueblos de cazadores recolectores nómadas situados en ambientes naturales similares al del Uruguay de la época prehispánica. Acaso el primero que en un momento temprano dentro de las investigaciones etnohistóricas rioplatenses haya intentado una aproximación más precisa al tema, aunque también basado en referencias documentales no depuradas, por lo que sus conclusiones parecen ahora excesivas, haya sido Aníbal Cardoso (1913:56). Apoyándose en las afirmaciones de Schmidel (1903:154) referidas al número de guerreros indígenas que habrían compuesto el total de hombres que concurrieron en 1536 al sitio de la ciudad de Buenos Aires, recién fundada por el adelantado Pedro de Mendoza, redondeó para todas las etnias platenses un total de 70.000 individuos. Schmidel calculó a aquellos sitiadores en 23.000, integrados —de acuerdo con el cómputo que Cardoso hace a partir de diversas referencias del cronista— por 4.000 querandíes y otros tantos charrúas, 10.000 guaraníes y 5.000 chanáes timbúes; el citado autor estimó que por cada guerrero debía haber dos individuos más entre mujeres y niños, lo que sin duda constituye una evaluación muy restringida para cualquier población. A pesar de ello, la muy considerable cifra final alcanzada obliga a dudar de la pertinencia de la misma, dadas las limitadas posibilidades ofrecidas por

los sistemas adaptativos de las varias etnias ubicadas en una región necesariamente cercana a la ciudad atacada; tampoco se llega a imaginar con qué recursos podría sostenerse en aquel terreno la enorme tropa de indígenas, descontándose, por supuesto, que no contaban con los medios que le permitieran transportar los pertrechos y provisiones necesarios.

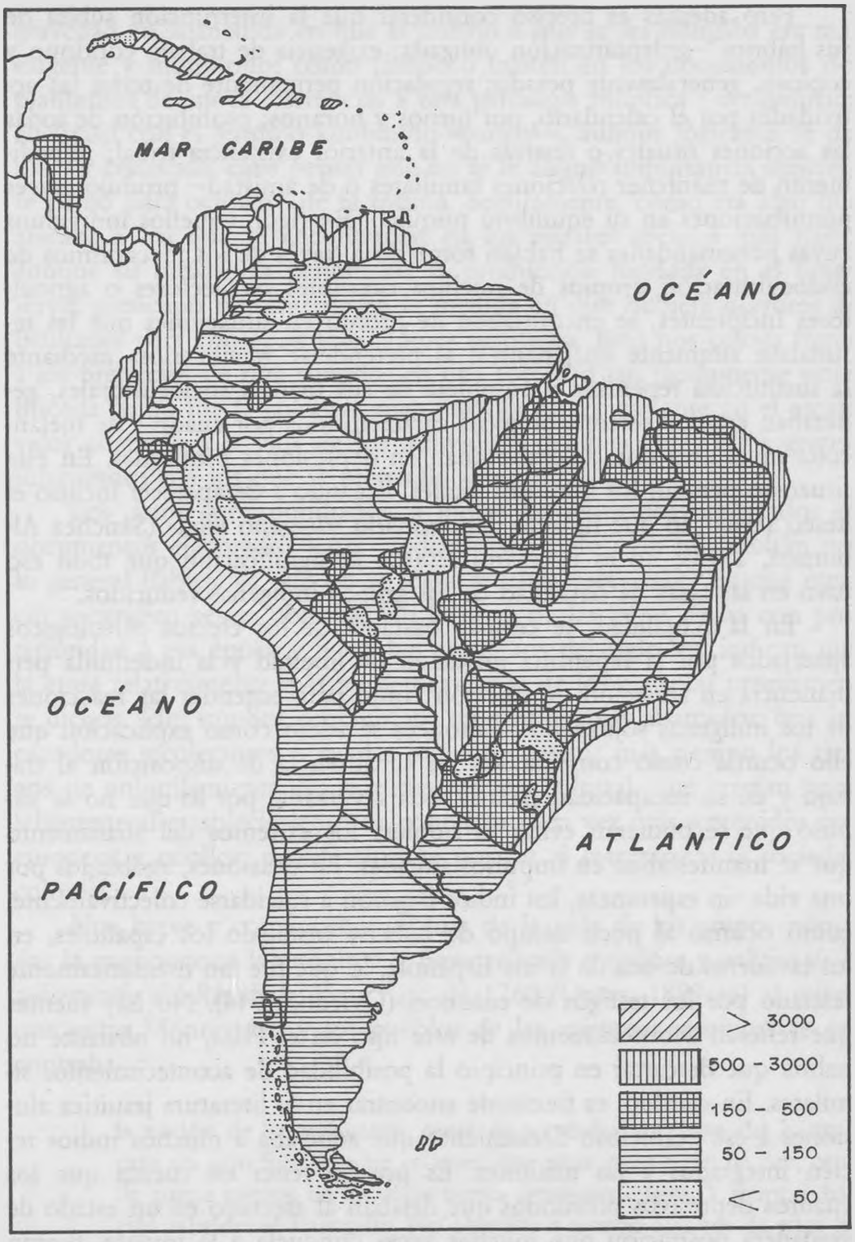
A fin de poder aproximarnos a un cálculo probable, se hace necesario apreciar —aun teniendo en cuenta las diferencias de los diversos hábitats naturales— que la densidad poblacional alcanzada por los pueblos cazadores recolectores ocupantes de zonas equivalentes a las praderas rioplatenses en cualquier parte del mundo, oscila entre los 2,5 y los 5 individuos por cada 100 kms^2 (Steward, 1946, V:659). Para los recursos que podía proporcionar este medio en su estado original, parece adecuado situar esa cifra promedial hacia un punto más cercano al mínimo; de este modo, Steward (1946,V:661) ha entendido que la situación de estos territorios era análoga a la de la Pampa, lo que significa que podría estimarse en unos 30 kms^2 el espacio necesario para permitir la subsistencia de un individuo, dentro de un sistema adaptativo basado en la caza y la recolección. Es por esta razón por la que las bandas de cazadores recolectores nómadas apenas llegan a totalizar entre 30 y 100 personas; en tal sentido pueden servir de ejemplo los guayaquí del Paraguay, los sirionó del oriente boliviano, los recientemente extinguidos onas de la Patagonia y los ya muy disminuidos yaganes de la Tierra del Fuego (Steward & Faron, 1959:381-383). Apoyándonos, en consecuencia, en los datos indicados, se puede señalar —aunque siempre en términos tentativos— que la población indígena del país en la época previa a la conquista no debió pasar de unos seis millares de personas. Steward (1946,I:661), seguramente a fin de cubrir un margen de error, eleva la población charrúa de entonces a 9.000 individuos, cálculo aceptable si se considera los que pudieran entonces encontrarse fuera del territorio moderno del Uruguay.

No abundan tampoco las referencias al número de la población indígena de esta zona para casi todo el siglo XVII y la primera mitad del XVIII, pero es preciso tener en cuenta que las indicaciones hechas a partir de la segunda década del siglo XVII aluden a grupos ocupantes de un territorio en el que los recursos alimentarios se habían multiplicado de manera extrema por la introducción del ganado (Coni, 1919), lo que posibilitó el aumento de la población aborigen.

Densidad de población indígena de Sudamérica: número de personas por milla cuadrada (Steward y Faron, 1959).

Pero, de igual manera, otros factores derivados del creciente establecimiento de europeos y criollos en estos territorios sin duda tendrían efectos negativos sobre la cuantía poblacional indígena, como es el caso de las epidemias producidas entonces, a lo que nos referiremos más adelante. También es preciso atender al desarrollo de las relaciones de subordinación que introdujeron los conquistadores. Así, en su *Memoria* de 1611, el gobernador Marín de Negrón señaló que había en la jurisdicción de Buenos Aires 500 charrúas «de servicio», en tanto calculaba en 4.000 los que permanecían «infieles» (Torre Revello, 1970:55), puesto que, como se sabe, la domesticación para integrarlos al sistema productivo implicaba necesariamente su conversión religiosa. El dato numérico y la indicación de que se imponía a los indios reducidos un régimen de servidumbre se reitera en la *Memoria de las poblaciones y provincias de la Gobernación de Paraguay*, redactada hacia 1612 aunque no luce fecha ni firma (Pastells, 1912,I:387) en la que se indica que «los yanaconas de esta ciudad (de Santa Fe) no llegan a 500 y 500 infieles chanáes... habrá unos 4.000 infieles charrúas». Referencias de este tipo permiten concluir que algunos cientos de indígenas de esta región fueron adscritos de por vida al trabajo agrícola, dentro de un estatuto que los convertía en siervos de la gleba, mientras otros tantos componían las primitivas —y poco duraderas— reducciones de esta parte.

Precisamente el breve tiempo que en general registran esas reducciones, así como también la institución del yanaconazgo en el área platense, lleva a hipotetizar en el sentido de que justamente las nuevas modalidades de vida a que fueron sometidos los indígenas favorecieron su extinción, por más que ése fuera un resultado no buscado ni querido. Para comprender los efectos negativos que sobre la población indígena tuvieron esas situaciones hay que tener en cuenta en primer lugar que el agrupamiento y la relación continua de los aborígenes con los colonizadores acrecentaron las posibilidades de que fueran afectados por gérmenes ante los cuales carecían de anticuerpos protectores. Asimismo —y éste es un hecho por demás conocido para muchos otros contextos americanos—, el obligado abandono de su sistema económico original se tradujo en cambios en la dieta, con una pérdida de la cantidad y calidad de los alimentos, lo que vino a aumentar la letalidad de los contagios.



Tamaño de las comunidades nativas de Sudamérica
(Steward, 1946, vol. 5).

Pero además es preciso considerar que la interrupción súbita de sus hábitos —sedentarización obligada; exigencia de trabajo continuo y copioso, generalmente pesado; regulación permanente de todas las actividades por el calendario, por turnos y horarios; prohibición de todas las acciones rituales o festivas de la anterior existencia tribal; impedimento de mantener relaciones familiares o de amistad— produjo graves perturbaciones en su equilibrio psíquico. En rigor, aquellos individuos cuyas personalidades se habían formado a través de los mecanismos de endoculturación propios de pueblos cazadores recolectores o agricultores incipientes, se encontraban de pronto en situaciones que les resultaban altamente enajenantes: al pretenderse «civilizarlos» mediante la sustitución repentina y completa de sus marcos socioculturales, generaban estados psicopatológicos caracterizados por cuadros de melancolía involutiva que desembocaban en depresiones profundas. En esta situación perdían los impulsos vitales, llegando a desaparecer incluso el deseo sexual, lo que ha sido denominado «desgano vital» (Sánchez Albornoz, 1973); no es necesario resaltar la significación que todo eso tuvo en las tasas de natalidad de los grupos indígenas reducidos.

En la actualidad, se conoce bastante de los efectos psicológicos aparejados por la repentina privación de libertad y la indefinida permanencia en situación de sujeción como para entender las reacciones de los indígenas sojuzgados. Entonces se adujo como explicación que ello ocurría como consecuencia de su ausencia de disposición al trabajo y de su incapacidad para la vida civilizada, por lo que no se supuso que se pudieran evitar ni siquiera los extremos del abatimiento que se manifestaban en impulsos suicidas. En ocasiones, agobiados por una vida sin esperanzas, los indios llegaron a suicidarse colectivamente, como ocurrió al poco tiempo de haberse instalado los españoles, en los lavaderos de oro de la isla Española, lo que fue tan dramáticamente relatado por los testigos de entonces (Oviedo, 1944). No hay fuentes que refieran acontecimientos de este tipo en el Plata, no obstante no habría que descartar en principio la posibilidad de acontecimientos similares. En cambio, es frecuente encontrar en la literatura jesuítica alusiones a ese pernicioso decaimiento que aquejaba a muchos indios recién integrados a las misiones. Es preciso tener en cuenta que los cuadros depresivos profundos que dejaban al afectado en un estado de verdadera postración que muchas veces conducía a la muerte, fueron corrientes entre los africanos esclavizados, aumentando en frecuencia y

gravedad en la medida en que el trabajo a que se les obligaba era más exigente y monótono; como tampoco existen en los documentos rioplantenses de época referencias a esta patología psíquica —denominada en Brasil con el término kimbundo «banzo»—, aunque lógicamente debió ser conocida, cabe pensar que no se le asignó importancia suficiente como para ocuparse de la misma. Seguramente, como era algo que atacaba a los que se encontraban en los estratos sociales más bajos, aunque su incidencia perjudicara la producción fundada en el brazo servil, preocupó únicamente en la medida en que hubiera mayores dificultades para conseguir trabajadores sustitutos. Esto nos coloca frente a los prejuicios de raza surgidos en una sociedad tan rígidamente estratificada como fue la colonial, manifestados concretamente en el escaso valor asignado a la vida de los individuos pertenecientes a los grupos subyugados o a los que se pretendía someter.

Los datos correspondientes a indios no reducidos contenidos en documentos elaborados hasta mediados del siglo XVIII no resultan por lo general fiables, ya que no se logra muchas veces saber en qué espacio geográfico se los ubicaba. Un balance de las cifras dadas con posterioridad a esa época y hasta los principios del siglo XIX indican que la etnia relativamente más numerosa fue la de los charrúas propiamente dichos. Ello implica concluir, en un sentido más abarcador, que los cazadores recolectores nómadas pudieron resistir más tiempo los riesgos de aniquilamiento físico y destrucción cultural, que crecían paralelamente al establecimiento de contactos cada vez más sostenidos con europeos y criollos, manifestándose por fin al integrarse a la sociedad colonial.

Una breve y convincente pintura de la vida de los grupos nómadas la proporciona la anónima y *Breve relación geográfica y política de la gobernación del Río de la Plata... etc.* de 1760 (Outes, 1899:78) al referir que entre Montevideo y los pueblos de las misiones jesuíticas se encontraba

> la nación de los minuanes, gente de a caballo, que vive del hurto y caza sin sitio fijo, siempre errantes, que unas veces están de paz, otras de guerra porque en las paces nunca dejan sus hurtos. Y siempre han sido rebeldes al Evangelio. No obstante a tiempo algunos de ellos logran los misioneros agregar a sus pueblos, aunque pocos salen buenos cristianos. Serán como 300 de tomar armas, esparcidos en pequeñas

> rancherías hechas de cueros de vaca y caballo en espacio de 200 leguas.

Ese mismo número de guerreros minuanes es el que consigna Millau (1947:124) para los años 1757-58; también nos informa que

> la nación charrúa ocupa el terreno que corre entre los ríos Paraná y Uruguay hasta las tierras de los guaranís. Su número no deja de ser grande, aunque muy disminuido del que existía en tiempos pasados...

Esta última referencia de Millau alude sin duda a los efectos de las sucesivas campañas llevadas contra esos indios, puesto que desde mediados del siglo anterior se organizaron «entradas» contra ellos en los territorios de Entre Ríos y Santa Fe (Sallaberry, 1926), que, aunque no siempre resultaron exitosas, finalmente les aparejaron una sensible merma poblacional. En la Banda Oriental, entretanto, se habían realizado acciones militares de las que quedaron algunas indicaciones de las bajas indígenas: en la llamada «batalla del Yi», de 1702, resultaron muertos unos 300 indios, y se cautivó a 500 entre mujeres y niños (Acosta y Lara, 1961:39); la campaña contra los minuanes, iniciada en 1750, arrojó más de 120 indios muertos y otros tantos cautivos (Acosta y Lara, 1961:95).

Para la misma época cabe destacar un detalle referido por Bougainville (1966:70) sobre los minuanes que ocupaban entonces el ámbito uruguayo: éstos formaban grupos de 200 y 300 individuos a caballo que efectuaban saqueos en las poblaciones. Esta observación destaca, para este sitio y para aquellos momentos, el hecho comprobado también en otros contextos de que las bandas de cazadores aumentan su número una vez que aprenden a dominar las técnicas de la equitación y el combate en cuerpos montados; un fenómeno similar tuvo lugar entre los pobladores de la Pampa, donde fue común la reunión de 500 jinetes, existiendo informes precisos de una banda de tehuelches que alcanzó los 1.000 miembros en 1849 (Steward & Faron, 1959:384), lo que no resulta para nada sorprendente si se piensa en la entidad que tuvieron algunos grandes malones en la entonces llamada en la Argentina, zona de frontera. En la Banda Oriental, al parecer, las bandas ecuestres nunca alcanzaron esos elevados números de miembros: en este sentido, Cabrer (1882,II:9) señalaba en 1786 que los mi-

nuanes establecidos en la zona del río Ibicuy contaban con seis «tolderías», en cada una de las cuales había unas 50 personas, lo cual llama la atención por lo exiguo, pudiéndose pensar que si el dato es realmente exacto, esos grupos se encontraban entonces en un avanzado proceso de disminución. Para finales de ese siglo, Azara (1850:174) señalaba que los charrúas que «atacaron con frecuencia a (sus) descubridores» componían grupos de entre 50 y 100 guerreros, lo que lleva a considerar que las bandas de cazadores ecuestres se constituirían, como sería lógico, con algunos cientos de personas; sin embargo el propio Azara (1896:103) también consignó que los charrúas «no llegan en el día a 400 varones de armas», con lo cual —siempre en el entendido de que los datos supongan una aceptable aproximación a la realidad— cabe plantearse otra vez el tema del decrecimiento que, para esa época, habían experimentado las poblaciones indígenas del país.

En este sentido, las estimaciones hechas en años relativamente próximos confirman lo anotado; en 1813, Larrañaga (1923,III:175) decía respecto de los minuanes —considerados componentes de la misma etnia que los charrúas— que

> en el día están reducidos al otro lado del río Negro, hacia el Salto Chico (del río Uruguay). Yo creo que no pasan de 500 los que han quedado después de tan injustas persecuciones, habiendo los portugueses últimamente tratado de acabarlos sorprendiéndolos, pero les costó bien caro mandar como en triunfo unos 80 a la Señora Carlota, Princesa del Brasil

El brigadier general Antonio Díaz consignó con precisión castrense que, en noviembre de 1812, los charrúas que se sumaron a las tropas artiguistas que sitiaban Montevideo, y que se establecieron «en las costas del arroyo de Arias», «no tenían entonces más que 297 hombres de armas y como 350 personas entre mujeres, niños y viejos» (Acevedo Díaz, 1891,7/VIII).

Pasado el período artiguista y ya en el final de las guerras de independencia, hacia 1825, el sargento mayor Benito Silva calculaba que los charrúas eran «entre todos unos 500 hombres» (Vilardebó, 1963:9). No mucho después tendría lugar la campaña de exterminio de los charrúas llevada a cabo por el general Fructuoso Rivera; el parte oficial del decisivo combate de Salsipuedes indica que quedaron «en el campo

más de 40 cadáveres... y el resto con 300 y más almas en poder de la división de operaciones» (Acosta y Lara, 1969b:116). A partir de esos momentos, las referencias a indígenas en la Banda Oriental apenas indican algunos pocos individuos aislados defendiéndose encarnizadamente, retirándose hacia el Brasil o disimulándose entre la población criolla de la campaña. En noviembre de 1840, el sargento mayor Benito Silva (Vilardebó, 1963:15) señala que «se hallaba ya tan reducido el número de ellos (los charrúas), que no eran más que 18 entre hombres, mujeres y niños. Los hombres adultos no eran más que ocho»; ésta es la última referencia a indígenas agrupados.

Las estimaciones correspondientes al período comprendido entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX conducen a la conclusión de que los cazadores recolectores de la Banda Oriental nunca habría contado con más de medio millar de «indios de pelea», como se denominó por mucho tiempo a los varones adultos, cuyo papel social no se concebía que fuera otro que el de guerreros. Parece igualmente atinado considerar, a la luz de los cálculos disponibles, que en los momentos de mayor población indígena esa cifra no sería mayor para ninguna banda componente de la etnia charrúa.

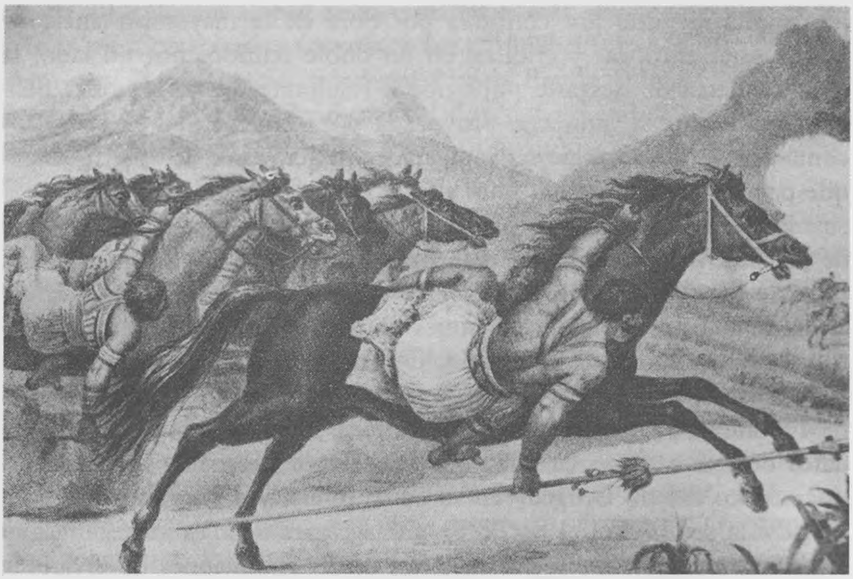
A la luz de lo que actualmente se conoce sobre la regulación del crecimiento poblacional por parte de pueblos cazadores recolectores (Harris y Ross, 1991) mediante métodos que pueden incluir hasta el aborto provocado y el infanticidio de las niñas, es posible hipotetizar que los de esta área pudieron haber efectuado prácticas de ese tipo hasta épocas en que hubieron de volverse peligrosas para el mantenimiento de la continuidad del grupo, como ha ocurrido con otros pueblos de similar nivel adaptativo. Que el número de los indígenas se mantuviera alrededor de cifras siempre limitadas, juega a favor de la hipótesis expuesta, aunque se carezca en este punto —como en tantos otros— de referencias concretas. Por otra parte, hay que tener presente que penetrar en la vida de una banda de cazadoresrecolectores como para despejar estas incógnitas, no está al alcance de cualquier observador, y a veces ni siquiera de quienes conviven con ellos, ya que puede tratarse de prácticas vedadas a los hombres.

En el último período considerado, se dio la circunstancia aparentemente contradictoria de que habiendo aumentado las posibilidades del medio para sustentar poblaciones de mayor densidad, lo que se tradujo en el crecimiento de las bandas, la población total fue experimen-

tando una disminución continua por obra de la mayor presencia de poblaciones europeas y criollas, en un doble sentido: por un lado, la acción directa de desgaste poblacional resultante de las acciones bélicas, y por otro la indirecta, provocada por volverse más factibles los contagios de las poblaciones indígenas con gérmenes de enfermedades que para ellos presentaban muy altas tasas de mortalidad.

Los chanáes, tampoco parecen haber sumado en su conjunto más de 500 individuos, según lo dicho por Azara (1850:182), que situó el total de sus guerreros en un centenar en la época anterior a su reducción, de acuerdo a las declaraciones de un anciano centenario que rememoraba la época de su abuelo. Oyarbide (1955:476) nos sorprende al referirse también a los informes dados «por un indio chaná de más de 100 años», lo que impulsa a preguntarse si Azara habría tomado sus datos de este otro demarcador que contemporáneamente hizo el reconocimiento del río Uruguay en su curso inferior, si bien juega en contra de esta suposición el hecho de que agregara detalles inexistentes en el posible modelo. De todas maneras, de las anotaciones de Oyarbide se desprende que en 1801 quedaban algunos pocos chanáes, ya muy ancianos, lo que resulta corroborado por las observaciones que Larrañaga (1930:36) efectuó en 1813, pudiendo presumirse que los indios que éste encontró serían aún menos numerosos y más viejos.

Oyarbide también atribuyó a su informante la afirmación de que los charrúas y minuanes «acabaron a los chanás» y que «desterraron o apartaron más afuera» a los yaros y bohanes; es más sensato concluir, como lo hace Acosta y Lara (1955:23), que «el exterminio de los chaná-timbúes no puede atribuirse a otra cosa que a la conquista española». Cabe recordar que Azara (1850:181) aseveró que los charrúas exterminaron también a los yaros y bohanes, señalando además que éstos no eran muy numerosos. Es imposible valorar en términos numéricos el efecto de las luchas intertribales y en particular del maloqueo llevado por los charrúas contra grupos de otras etnias o incluso de la suya propia, pero seguramente vale también a este respecto el parecer citado de Acosta y Lara, pues fue sin duda la presencia europea la que incentivó esas acciones.



Carga de lanceros guaycurúes —indios de origen chaqueño que integraron la tropas de Artigas durante las luchas por la primera independencia del Uruguay en la segunda década del siglo XIX—, según el grabado de Jean Baptiste Debret (*Voyage pittoresque au Brésil*, París, 1834). Los charrúas también utilizaron esa forma de cabalgar echándose sobre el flanco del caballo para protegerse de los tiros de la fusilería enemiga, recurso que asimismo emplearon para disimularse cuando espiaban a sus adversarios en campo abierto. También al cargar se acostaban a veces sobre las crines del caballo, modalidad que en Entre Ríos fue precisamente conocida como «atacar a la usanza charrúa».

Efectos destructivos de las enfermedades nuevas

La historiografía rioplatense tradicional entendió invariablemente como causa prácticamente única en el proceso de desaparición de las poblaciones indígenas del área el efecto de las campañas militares llevadas contra las mismas. El éxito de tales acciones en épocas anteriores a mediados del siglo XIX se explicaba por la superioridad del armamento europeo y de la formación de combate. En realidad, se descuidó el hecho de que la ventaja que en un principio significaron los caballos, las armas ofensivas y defensivas de hierro y las de fuego, cuando se trataba de enfrentar a adversarios que se batían a pie y desordenadamente con mazas y boleadoras y en una medida menor con flechas

apenas eficaces a corta distancia, desapareció muy pronto cuando los indios aprendieron a utilizar el caballo, contrarrestando entonces con eficacia la táctica elemental de los conquistadores. Los indios, a partir de ese momento, exhibieron una permanente superioridad frente a cualquiera de sus enemigos en la maniobrabilidad, resistencia y velocidad de los cuerpos montados; adoptaron enseguida la lanza larga como arma típica de la caballería, en cuyo manejo también se mostraron extraordinariamente hábiles, y se sirvieron igualmente de armas cortas de hierro y de las de fuego en la medida en que les fue posible conseguirlas. Es indudable que hasta avanzado el siglo XIX, en estos territorios la caballería fue decisiva en toda acción bélica campal, puesto que las armas de fuego tuvieron entonces una importancia muy secundaria a causa de sus limitaciones técnicas traducidas principalmente en un reducido alcance, una escasa precisión y un lento ritmo de tiro, aparte de resultar costosas y vulnerables a la humedad y el polvo. Por todo esto, mientras los indios estuvieron en condiciones de formar grupos de lanceros a caballo, sus eventuales adversarios consideraron sumamente peligroso enfrentarse a ellos en pelea frontal.

Paralelamente a la sobrevaloración de la matanza directa como causante de la extinción de los aborígenes, no se prestó atención a la acción destructiva que debieron tener las epidemias desatadas entre ellos. No obstante, las fuentes contienen suficientes indicaciones de los estragos producidos por varias enfermedades —y en especial la viruela—, así como del espanto que esto provocaba.

En ese entonces ni los indios ni los europeos podían entender de manera racional por qué se producían las pestes. Para aquéllos constituían la terrorífica manifestación de espíritus malignos, y para éstos expresaban decisiones de la Divinidad cuya justicia resultaba muchas veces incomprensible, pero que otras veces eran interpretadas como castigos por pecados cometidos. Los frailes y curas más crédulos no parecieron inquietarse demasiado por las grandes mortandades provocadas entre los indígenas por una epidemia, atendiendo solamente a que los enfermos hubieran sido bautizados a fin de que pudieran alcanzar derechamente el Paraíso; también interpretaron esas circunstancias como caritativa decisión de la Divinidad para que llegaran pronto a su presencia y no recayeran en los antiguos pecados, supersticiones y vicios. Pero otros, en cambio, movidos por sentimientos de humanidad, se preguntaron angustiados por las razones que pudiera tener el Altísimo para extremar su

rigor en los indios que eran sus hijos más desvalidos y puros, en tanto esa enfermedad que mandaba como pena perdonaba a europeos y criollos por más impíos que fuesen. Esta zozobra moral no dejó de aflorar en los documentos producidos por religiosos.

Es probable que en muchos lugares de América ocurriera lo mismo que en las Antillas en lo que tiene que ver con la aparición de las dolencias nuevas. Primero, se presentaron infecciones gastrointestinales diversas que aparejaron ya muchísimos decesos; luego, las que provocaron otros cuadros clínicos, con efectos incluso mayores.

Como los cronistas se refirieron fundamentalmente a la viruela, poco se sabe de las consecuencias que sobre las poblaciones indígenas pudieron producir otras enfermedades como las eruptivas y pulmonares, la gripe, la tuberculosis, la sífilis, para nombrar algunas de las muchas que eran desconocidas para las poblaciones americanas en la época previa a la conquista. Más allá de la muy restringida capacidad de diagnóstico existente entonces y reflejada en las crónicas y documentos diversos, existen buenas razones para creer que, además de la viruela, esas otras afecciones debieron tener un papel preponderante en la rápida desaparición de algunos grupos indígenas de esta región.

Actualmente son muy conocidas las tremendas consecuencias que para las poblaciones indígenas carentes de inmunidades naturales tienen algunas enfermedades que son leves para los blancos y mestizos. Así, la gripe, la tos convulsiva, el sarampión o las paperas —para no considerar afecciones de mayor gravedad como la varicela o la tuberculosis y la ya mencionada viruela—, al infectar a tribus aisladas de la región amazónica (Ribeiro, 1956) han llegado a registrar índices de mortalidad situados entre el 60 y el 80 %, superando a veces incluso ese altísimo porcentaje. Naturalmente, el ya grande poder devastador de esas dolencias se ve aumentado por la ausencia de medidas de profilaxis y de tratamientos adecuados y, en especial, por el hecho de que necesariamente una epidemia provoca la desarticulación del sistema productivo del grupo, volviéndose entonces los individuos más susceptibles al contagio por la consecuente aparición de cuadros de desnutrición derivados de la ausencia de cualquier tipo de reservas alimenticias. Es por demás sabido que la caída de las grandes estructuras políticas y poblacionales americanas —en especial la de los aztecas— fueron el producto, más que de la capacidad y energía de las armas españolas, de la acción de un aliado inesperado y en extremo pujante: la viruela.

También en el Río de la Plata este mal parece haber constituido el azote principal para los aborígenes (Pauke, 1942), erigiéndose además a lo largo de los tiempos en una continuada amenaza. Las referencias a sus derivaciones aparecen bastante tempranamente, y ya respecto a las epidemias que tuvieron lugar en 1605 y 1606 —debió haber sin duda muchas anteriores— el capitán Manuel Frías informaba de que «se murieron los más de los indios de que se servían los vecinos» de las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe (Torre Revello, 1970:79). Hernandarias por entonces explicaba la razón por la cual tantos españoles y criollos con pretensiones de hidalgos se habían visto obligados junto con «sus mujeres, hijas e hijos a acudir a sembrar y coger sus cosechas»: no era otra que la desaparición de la mano de obra indígena en régimen de yanaconazgo por «las pestes que ha habido, que han sido con tanto exceso y rigor que en algunas ciudades se han casi acabado todos los naturales» (Torre Revello, 1970:33).

En lo referente a los cazadores recolectores, el doctor José de Saldanha (1938), que observó a los minuanes en 1786, indicaba que «las viruelas han disminuido considerablemente su generación en estos últimos años llevándoles todos los niños»; no es de sorprenderse que esporádicamente la enfermedad se presentase y que sus consecuencias siempre fueran de importancia. El sargento mayor Silva (1841) ponía de manifiesto el temor que los charrúas —al igual que muchos otros pueblos americanos— desarrollaron por la viruela, al señalar que «abandonaban compltamente» a los enfermos. En tal sentido, Polanco (1890), recogiendo tradiciones orales, dejó un cuadro más detallado indicando que aquellos indios

> odiaban a los brasileros porque creían que de ellos les venía la viruela, enfermedad (para la) que no conocían medio de combatirla y que consideraban epidémica y contagiosa al extremo de aislar por 24 horas al atacado, que si no moría, ya creían que no podía comunicar la enfermedad. Con tal objeto, aseguraban en tierra o (dejaban) atado a un árbol al paciente, poniéndole a su alcance bastante agua y leche y no volvían hasta el otro día a la misma hora, en que lo sacaban si estaba vivo.

Aun los contados charrúas que llegaron a 1862, «fueron diezmados por la viruela» según pudo averiguarlo Pablo Lavalleja Valdés (1941), quien también consignó que

> la opinión unánime fue que la epidemia se propagó por haber recogido los indios en el camino real una maleta con ropas infectadas caída de un carro que conducía un virulento para asistirse en Tacuarembó. El cacique Sepé y sus hijos Santana y Avelino, escaparon a la peste, quizás por tener sus toldos separados del resto de la tribu y haber huido temerosos...

Vale la pena destacar en el testimonio de este autor la apreciación de que la contaminación se produjo de manera casual, ya que fue común en toda América provocar deliberadamente epidemias dando a los indios —o dejando a su alcance— ropas usadas por infectados; a comienzos de este siglo, los chaucheros peruanos, para eliminar a los indios selváticos que consideraban un simple estorbo para su trabajo, llegaron a dejar en objetos que por su rareza podían tentarlos a apoderarse de ellos, como copas y tazas, costras arrancadas de las pústulas de los virulentos; es posible que aún se lleven a cabo acciones de este tipo.

Recapitulando lo hasta aquí expuesto, cabe apuntar que no parece incorrecto comparar la desaparición temprana de muchas etnias del Río de la Plata con lo ocurrido en toda América cuando una población indígena se ha vinculado por primera vez con europeos o criollos: indefectiblemente en corto tiempo se ha visto afectada por enfermedades a las que no ha podido resistir. Darcy Ribeiro (1957) para el caso de las tribus de la Amazonia brasileña en este siglo, demostró que los grupos que se avenían a mantener trato pacífico y continuado con la población no indígena eran los que con mayor prontitud experimentaban mermas drásticas en su número, lo que equivale a decir que el alejamiento y la hostilidad vinieron a conformar mecanismos de preservación para las poblaciones aborígenes, de las pestes, elemento de agresión que posee mayor letalidad que las armas.

Este hecho sirve para explicar por qué los cazadoresrecolectores de la antigua Banda Oriental, al ser los más irreductibles, fueron los que a la postre más tiempo sobrevivieron de aquellas poblaciones numéricamente pequeñas. Este hecho, mencionado por último, posee también una peculiar importancia al respecto, ya que habiendo sido afectadas *todas* las poblaciones americanas por las enfermedades importadas, las que contaban —como las andinas— con elevadas cuantías pudieron soportar, aunque muy mermadas, el impacto inicial y de-

sarrollar en las generaciones siguientes inmunidades transmisibles a los descendientes; de este modo, reprodujeron el proceso que había tenido lugar siglos antes en las propias poblaciones europeas. Esa suerte, sin embargo no existió para los pueblos que contaban con reducido número de integrantes, como los del Plata.

Anteriormente hemos aludido a autores que señalaron que los charrúas exterminaron a los chanáes; al respecto conviene recordar que éstos que nunca fueron numerosos, y se vieron reducidos en años cercanos a 1660, por lo que, sin desconocer cuánto pudieran haberlos afectado los ataques de los charrúas, cabe considerar precisamente que los mismos pueden haber concluido una tarea de eliminación iniciada en momentos de paz por el contagio de dolencias mortíferas. Es oportuno también atender al hecho de que, siendo los guaraníes que poblaban en la época prehispánica la porción final de los ríos Paraná y Uruguay y sus zonas próximas, los que primero entablaron relaciones amistosas con los europeos arribados a partir de la primera década del siglo XVI, fueron asimismo los que más tempranamente desaparecieron. Recordemos que de acuerdo a los documentos de época, componían la etnia más numerosa del área. De esta manera, se reiteró en estos lugares y con estos guaraníes, lo ocurrido con los tupí-guaraníes que ocupaban el litoral de Río de Janeiro y San Pablo a partir de mediados del siglo XVI (Dean, 1985).

Otros guaraníes —los tapes o misioneros—, establecidos con posterioridad en este territorio, conformaron poblaciones más abundantes, por lo que contaron, como ya se ha señalado, con mejores posibilidades de generar defensas naturales frente a las epidemias, que, sin embargo, no dejaron de castigar repetidamente a sus pueblos durante el tiempo de su existencia.

Aniquilamiento deliberado

La extinción de los aborígenes de la zona presenta, además de los considerados, otro aspecto digno de ser atendido: el ideológico. La lectura de la documentación pertinente de las épocas colonial e independiente muestra el afán deliberado y persistente —tanto de españoles como de criollos— de obligar a los indios a abandonar su estilo de vida errante y sus actividades depredatorias. Este propósito fue más mani-

fiesto a medida en que también fue mayor la ocupación y el control de los territorios interiores, así como su vinculación al sistema de economía mercantil propio de los centros urbanos. A ese respecto se acordó siempre una importancia prioritaria a la conversión religiosa. Todo ello fue expresión de planes de aculturación forzada, no distintos de los llevados a cabo en otros contextos americanos, que implicaron verdaderos etnocidios.

Pero cuando se llegó a la conclusión de que no se lograría con facilidad ni en plazos previsibles la modificación de la vida de los indígenas, perseguida con tanto ahínco por depender de ello el éxito de muchas empresas económicas, se optó lisa y llanamente por la eliminación física de los irreductibles, es decir, por el genocidio. Esa idea surgió al comprobarse la gran dificultad —si no la imposibilidad— de dominar pacíficamente a los indios mediante su aceptación del cristianismo. Su matanza se habría de justificar siempre, de acuerdo con los argumentos esgrimidos comúnmente, por la defensa de la civilización y la incapacidad de éstos para avenirse a cualquier entendimiento a causa de su naturaleza levantisca y feroz. En tales razonamientos apuntaba ya el tema del racismo —que aunque siempre presente, por lo general permanece soterrado en las políticas referidas a los aborígenes—, puesto que la descalificación de esos individuos valorados como «otros» venía a apoyarse en características pretendidamente innatas.

Fue así madurando desde el primer cuarto del siglo XIX en todas las regiones habitadas por pueblos nómadas, una ideología del exterminio que, en rigor, se venía perfilando desde el siglo anterior. Como ejemplo de esto puede servir la opinión expuesta por el virrey Pedro de Ceballos en 1777 respecto a los indios pampas, a los que consideraba que había que combatir «hasta su extinción», en razón de que

> se han hecho cuantos esfuerzos han sido posibles para su reducción, pero todos en vano y no hay esperanza alguna ni la más remota de convertirlos ni que se reduzcan a vivir a puesto fijo (Torre Revello, 1970:69),

proyecto que trataría de realizar años después el tercer virrey del Río de la Plata, el marqués de Loreto.

En la Banda Oriental, lo que se llamó «el arreglo de los campos» —que suponía planes para la explotación racional del agro y el sanea-

miento del derecho de propiedad de la tierra— preveía en un principio empujar a los charrúas hacia el norte, a los territorios interiores del Río Grande, para que no perjudicaran el establecimiento y desarrollo de estancias ganaderas. Esta zona correspondía, de acuerdo con los repartos fronterizos convenidos, a los portugueses, aunque de hecho no estaba aún suficientemente poblada por europeos, suponiéndose que se integraría mucho más tarde al mercado internacional como productora de cueros y tasajo, como finalmente vino a ocurrir. Así lo expusieron en su momento quienes teorizaron sobre el «arreglo de los campos», pretendiendo establecer principios de planificación económica y social que entendían imprescindibles para el progreso, como entre otros lo hicieron Ortega y Monroi (Flavio García, 1968), Félix de Azara (1943) y Miguel de Lastarria (1914). Estos dos últimos, sostuvieron una nutrida correspondencia sobre el tema al comenzar apenas el siglo XIX (Flavio García, 1971).

Más tarde, sin embargo, fue afirmándose entre las autoridades y los hacendados un criterio que reflejaba mucho más ideas, como las expuestas por el virrey Ceballos, que propósitos más humanitarios materializados en el alejamiento de los indígenas, como pudieron ser los manejados por Azara. El genocidio venía a resultar una solución más efectiva y rápida. Las guerras por la independencia impusieron un obligado intervalo a los intentos por eliminar definitivamente a los indios como condición necesaria para la valorización económica del agro de la Banda Oriental, volviendo a agitarse después de ese período idénticas razones para reemprender contra ellos acciones bélicas que procuraban su aniquilación total.

Pero aún durante el período artiguista surgieron planes inspirados en estos propósitos, dado el apoyo irrestricto que los charrúas brindaban al propulsor del federalismo en el Plata. En este sentido resulta en extremo significativo el programa elaborado por el jefe porteño Manuel de Sarratea que, aunque no pudo concretarse entonces, prefiguró el que de manera decisiva llevaría a cabo el general Fructuoso Rivera en 1831 para acabar con los charrúas. El 10 de octubre de 1812, Sarratea envió a su subordinado Ambrosio Carranza un oficio «muy reservado», encareciéndole la necesidad de «cortar de raíz esa planta venenosa», como llamaba a los indios, por saber que actuaban «en unión con facciosos y criminales» —que no eran otros que los ejércitos artiguistas—, para lo cual recomendaba

> convidar para un día determinado a los caciques principalmente sus mujeres y cuantos se puedan de ellos, a una función que se celebre en Paysandú, ofreciéndoles yerba, tabaco y aguardiente a fin de atraerlos más (...). Entre la embriaguez y festejos, teniendo a prevención tropa apostada, se echará Vd. sobre todos ellos y sus mujeres, acabando a los que se resistan; y escoltados suficientemente los hará venir al paso de Vera para transferirlos a este cuartel... (Acosta y Lara, 1969b:62).

Como se dijo, la intención de Sarratea no pudo cumplirse, porque Artigas y sus aliados charrúas comandados por el célebre jefe indio conocido como «el Caciquillo», se le adelantaron, obligándolo finalmente a emprender una penosa retirada en la que «iban todos a pie por falta de caballos; se los robó Artigas que era por ese entonces el señor de la caballada» (Comisión Nacional Archivo Artigas, T. X:284). En rigor, los expertos en sustraer por las noches las caballadas eran los charrúas. Conviene recordar lo ya indicado: hasta el advenimiento de los sistemas de transporte mecanizados y de las armas de fuego de considerable alcance y tiro rápido, las guerras en las llanuras platenses era ganadas por quienes estuvieran mejor montados, no sólo por el poder de las cargas de caballería, sino porque sin caballos no era posible aprovisionarse de ganado, y los ejércitos no tenían entonces otra manera de sostenerse sobre el terreno.

Al terminar las guerras de independencia, la situación de los indígenas del Uruguay podía sintetizarse en que desde mucho antes habían desaparecido los grupos de agricultores incipientes —guaraníes, chanáes— y que los de cazadores recolectores —charrúas— se encontraban muy mermados. Aun así, éstos recibieron el golpe definitivo en la encerrona que se les preparó en 1831 en campos próximos al arroyo Salsipuedes, con lo que vino a terminar una contienda que, con intervalos, abarcó tres siglos y que fue llevada primero por las autoridades españolas y luego por las de la incipiente República Oriental del Uruguay.

El nuevo estado independiente estimó como uno de sus primeros y más importantes planes de gobierno, imprescindible para su organización y para la valorización de los dilatados campos del interior, la eliminación de los indios que aún se encontraban en su territorio, manteniendo formas más o menos tradicionales de vida a pesar del ya

largo proceso de aculturación espontánea. Los escritos de la época muestran que la ausencia de piedad y de consideración con respecto a los indígenas fue prácticamente unánime. Parecía aceptarse entonces como verdad evidente que éstos eran seres que no llegaban a ser plenamente humanos, por lo que su vida no constituía un valor digno de ser respetado; eran algo así como animales dañinos pese a su apariencia humana y, por eso, poco importaba si eran objeto de engaños o traiciones. Cuando se pusieron en marcha los planes para aniquilarlos, nadie al parecer pensó echarse atrás ante tal horror.

Se ha vuelto común señalar como principal responsable de la tragedia de Salsipuedes al entonces presidente de la República, general Fructuoso Rivera, antiguo teniente de Artigas y excelente conocedor de los indios, quienes depositaban en él una total confianza. Siendo innegable su protagonismo en aquella acción participaron además muchos otros personajes que después serían también considerados próceres. Como Rivera fue el fundador de uno de los partidos tradicionales, hasta el presente activos en la vida política del Uruguay —el Partido Colorado—, ello aparejó que la adhesión a ese o a su partido rival —el Partido Nacional o Blanco—, tanto de los partícipes como de los historiadores o comentaristas de los hechos, haya oscurecido frecuentemente la dimensión del drama y la responsabilidad de sus actores. Por eso es necesario recalcar que todo el proceso que desembocó en la matanza de Salsipuedes, ocurrió cuando aún no habían surgido las indicadas agrupaciones políticas. Constituyó, sin atenuantes, una verdadera operación de genocidio, organizada con todo cuidado —sin incurrir en los errores de Sarratea, por supuesto— y ejecutada con enorme eficiencia y total indiferencia por las vidas o el sufrimiento de los indígenas.

Primeramente se buscó una justificación convincente: el pedido de algunos hacendados a los cuales los charrúas les habrían robado reses y atacado estancias, no estando claro si las acusaciones manejadas fueron totalmente verdaderas o si algunas de ellas fueron fraguadas (cfr. Acosta y Lara, 1969b:76 y ss.). Todo este plan comenzó a ajustarse antes de que el estado recién nacido jurara su primera Constitución, el 18 de julio de 1830. Así, el 24 de febrero de 1830, el ministro de Guerra, general Juan Antonio Lavalleja, en nombre del Gobierno Provisorio, se dirigía al brigadier general Fructuoso Rivera, quien había sido nombrado comandante general de campaña en enero de ese año, a fin de que marchara sobre los charrúas «para contenerlos en adelante y re-

ducirlos a un estado de orden y al mismo tiempo escarmentarlos», para lo cual lo instaba a que tomara «las providencias más activas y eficaces, consultando de este modo la seguridad del vecindario y la garantía de sus propiedades». Lavalleja consideraba que

> dejados esos malvados a sus inclinaciones naturales y no conociendo freno alguno que los contenga, se librarán sin recelo a la repetición de actos semejantes al que nos ocupa y que le son familiares,

por lo que indicaba a Rivera que

> ha recibido órdenes del Gobierno de recomendar al Sr. Gral. la más pronta diligencia en la conclusión de este asunto en que tanto se interesa el bien general de los habitantes de la campaña (Acosta y Lara, 1969b:79).

Rivera cumplió cabalmente con lo que se le ordenaba, aunque remató la operación entonces dispuesta, en abril de 1831, cuando ya había sumido la presidencia de la República. La trampa final consistió en atraer a los indios a un terreno conveniente para llevar a cabo una acción por sorpresa contra ellos, mediante la intervención de oficiales amigos de algunos caciques, quienes les propondrían una imaginaria incursión al Brasil para arrear ganado de allí. Con este propósito, Rivera se dirigía al general Julián Laguna el 10 de marzo de 1831 diciéndole que era

> de la mayor importancia que el Sr. Gral. emplee todo su tino y destreza para hacer entender a los caciques que el Ejército necesita de ellos para ir a guardar las fronteras del Estado y que el punto de reunión será en las puntas del Queguay Grande, para cuyo fin se dirigen cartas a los caciques Rondeau y Juan Pedro... Si ellos no cumpliesen lo prevenido en las citadas notas particulares, es preciso no alarmarse por esto, disimularle y conservarles siempre a su inmediación y si posible fuese, reunido a ellos. Si se moviesen para el centro de la campaña es preciso seguirlos con cualquier pretexto para ver si se consigue que el todo o parte del Ejército se incorpore a la fuerza a las órdenes del Sr. Gral. ... (quien) conocerá que en todas las medidas preventivas es importante la mayor prudencia para no aventurar una empresa que, realizada, traerá bienes muy efectivos al país, consoli-

> dando el crédito y reputación militar de los Jefes que la han presidido... (Acosta y Lara, 1969B:114-115).

Días después —el 26 de marzo— Rivera reiteraba a su subordinado que marchara

> hacia las tolderías de los indios todos, a quienes prevendrá del próximo arribo del Gral. en Jefe (él mismo) a dicho paraje, procurando observar en este movimiento todas las disposiciones de precaución y armonía que se le indicaron en las notas anteriores, infundiendo la mayor confianza a aquellos y asegurándoles la buena disposición y amistad del Presidente (él mismo) hacia ellos. Y en suma, todo cuanto considere el Sr. Gral. que pueda contribuir al logro de la empresa que tanto promete a la prosperidad de la nación (Acosta y Lara, 1969 b:116).

Pese a los recelos de algunos caciques, los charrúas aceptaron finalmente reunirse con las tropas del general Rivera en el potrero de Salsipuedes, arroyo afluente del río Negro en su curso medio, lo que se concretó el 11 de abril de 1831. Sintéticamente puede describirse esa operación como un cerco de los indígenas por las tropas, que se apoderaron de sus armas y caballos antes de atacarlos. Alexandre Dumourtier, antropólogo físico que estudió a los charrúas llevados a París (Rivet, 1930:116) recogiendo sin duda informaciones corrientes en la época, afirmó que Rivera

> emboscó mil doscientos hombres de tropa regular; allí, bajo la conducción de sus caciques, los charrúas, en su mayor parte sin armas, fueron con sus mujeres y niños. En algunos instantes habían sido cercados, dirigiendose sobre estos desgraciados y casi a boca de jarro, el fuego cruzado de mosquetería y artillería.

Oxehufvud, marino sueco que se hallaba entonces en Urugay, seguramente haciéndose también eco de opiniones corrientes entonces, señaló que para que

> no abrigaran la menor sospecha, se les dio a los indios algunos barriles de aguardiente y varios presentes (...) no bien empezaron a entrar en estado de ebriedad y algunos de ellos iban siendo dominados por

> el sueño, poco a poco y bajo la protección de la oscuridad de la noche las tropas de Rivera los fueron rodeando y con sus sables y bayonetas comenzaron a sorprenderlos y atacarlos en su campamento y allí mataron tanto a hombres como a mujeres y niños sin consideración ni piedad (Bladh, 1970:724).

El relato que puede calificarse de clásico de la celada montada, corresponde a Eduardo Acevedo Díaz (1891 y 1911), quien situó la acción en la desembocadura del arroyo Tigre. Este autor afirmaba que «los datos principales de esta narración pertenecen a apuntes inéditos» de su abuelo el brigadier general Antonio Díaz (1977) «quien tuvo oportunidad de recogerlos en fuente oficial, a más de numerosos testimonios fehacientes, incluidos los de charrúas viejos actores o espectadores del sangriento drama» (Acevedo Díaz, 1911). Su versión de los hechos ha sido a veces apreciada como magnificada por el encono político y por el afán de lucimiento literario. Acevedo Díaz relató que

> el presidente Rivera llamaba en voz alta de «amigo» a Venado y reía con él marchando un poco lejos; y el coronel (Bernabé Rivera), que nunca les había mentido, brindaba a Polidoro con un chifle de aguardiente en prueba de cordial compañerismo. En presencia de tales agasajos, la hueste avanzó hasta el lugar señalado y a un ademán del cacique todos los mocetones echaron pie a tierra. Apenas el general Rivera, cuya astucia se igualaba a su serenidad y flema, hubo observado el movimiento, dirigiose a Venado, diciéndole con calma: «—Emprestáme tu cuchillo para picar tabaco». El cacique desnudó el que llevaba a la cintura y se lo dio en silencio. Al cogerlo, Rivera sacó una pistola e hizo fuego sobre Venado. Era la señal de la matanza. El cacique que advirtió a tiempo la acción, tendiose sobre el cuello de su caballo dando un grito . La bala se perdió en el espacio. Venado partió a escape hacia los suyos. Entonces la horda se arremolinó y cada charrúa corrió a tomar su caballo. Pocos sin embargo lo consiguieron, en medio del espantoso tumulto que se produjo instantáneamente. El escuadrón desarmado de Luna se lanzó veloz sobre las lanzas y algunas tercerolas de los indios, apoderándose de su mayor parte y arrojando al suelo bajo el tropel varios hombres. El segundo regimiento buscó su alineación a retaguardia en batalla con el coronel (Bernabé) Rivera a su frente; y los demás escuadrones, formando una gran herradura, estrecharon el círculo y picaron espuelas al grito de «carguen».

Esta acción, que resultó decisiva, sin embargo no fue la última, ya que los guerreros charrúas que consiguieron romper el cerco y escapar, fueron perseguidos y batidos en diversas escaramuzas, en una de las cuales aún pudieron tomar una pequeña venganza matando al coronel Bernabé Rivera, quien había considerado que el combate de Salsipuedes había sido un «jolgorio con los indios». Los heridos y la *chusma* (mujeres, niños y ancianos) fueron llevados a Montevideo tras una agotadora marcha a pie de 300 kilómetros, donde fueron entregados en calidad de criados a diversas familias consideradas de pro, pero cuya fortuna no había sido suficiente para que se proveyeran de esclavos africanos con anterioridad. Adelantando el reparto, fueron dados a vecinos de Durazno, algunos «charruítas», a los que se bautizó asignándoles nombres y apellidos hispánicos (Padrón Favre, 1986a).

La decisión de exterminar a los indios y su justificación con argumentos de tipo racista, surge nítida —entre otros documentos— del propio parte del combate, que por eso vale la pena transcribir:

> Exmo. Gobierno de la República.
> Cuartel general, Salsipuedes, abril 2 de 1831.
> Después de agotados todos los recursos de prudencia y humanidad; frustrados cuantos medios de templanza, conciliación y dádivas pudieron imaginarsee para atraer a la obediencia y a la vida tranquila y regular a las indómitas tribus de charrúas, poseedoras desde una edad remota de la más bella porción del territorio de la República; y deseoso, por otra parte, el Presidente General en Jefe, de hacer compatible su existencia con la sujeción en que han debido conservarse para afianzar la obra difícil de la tranquilidad general; no pudo temer jamás que llegase el momento de tocar, de un modo práctico, la ineficacia de estos procederes, neutralizados por el desenfreno y malicia criminal de estas hordas salvajes y degradadas. En tal estado y siendo ya ridículo y efímero ejercitar por más tiempo la tolerancia y el sufrimiento, cuando por otra parte sus recientes y horribles crímenes exigían un ejemplar y severo castigo, se decidió a poner en ejecución el único medio que ya restaba, de sujetarlos por la fuerza. Mas los salvajes, o temerosos o alucinados, empeñaron una resistencia armada que fue preciso combatir del mismo modo para cortar radicalmente las desgracias que con su diario incremento amenazaban las garantías individuales de los habitantes del Estado y el fomento de la industria nacional, constantemente degradada por aquéllos. Fueron en conse-

> cuencia atacados y destruidos, quedando en el campo más de 40 cadáveres enemigos, y el resto con 300 y más almas en poder de la división de operaciones. Los muy pocos que han podido evadirse de la misma cuenta, son perseguidos vivamente por diversas partidas que se han despachado en su alcance y es de esperarse que sean destruidos también si no salvan las fronteras del Estado. En esta empresa, como ya tuvo el sentimiento de anunciarlo el Exmo. Gobierno, el cuerpo ha sufrido la enorme y dolorosa pérdida del bizarro joven teniente D. Maximiliano Obes, que como un valiente sacrificó sus días a su deber y a su patria; siendo heridos a la vez el distinguido teniente coronel D. Gregorio Salado y los capitanes D. Gregorio Berdum, D. Francisco Estevan Benítez y seis soldados más... (Acosta y Lara, 1969 b:49-50).

Todos los imponentes adjetivos que restallan en este parte para afirmar la idea de la ferocidad, el desenfreno y la malicia de los charrúas, no alcanzan a desdibujar la realidad: los indígenas perdieron 40 hombres y dejaron 300 cautivos, en tanto el ejército sólo tuvo un muerto y nueve heridos; todo ello es por demás expresivo de la desigualdad del combate, sin apreciar, incluso, que las bajas charrúas pudieron ser muchas más (Acosta y Lara, 1989:94). De todos modos, seguirá habiendo cuentas que no cierren, pues el capitán Manuel Fraga, comandante del cuartel en que fueron encerrados en Montevideo los charrúas cautivos, indicó que recibía el 30 de abril de 1831:166 (43 «niños de pecho», 94 mujeres y 29 hombres entre los que había 4 que tenían menos de 13 años); el 3 de mayo «las chinas con crías» que fueron asignadas a distintos individuos, sumaron 77 personas, por los que cabe pensar que muchas mujeres debieron también permanecer en el cuartel (Acosta y Lara, 1969b:59-62). Uno de los sobrevivientes —Ramón Mataojo— fue dado al teniente de navío Barral, quien lo llevó a Francia, donde no se lo dejó desembarcar, muriendo luego en alta mar. Otros cuatro —Vaimaca Perú, Senaqué, Tacuabé y Guyunusa— se entregaron a François de Curel (1959), quien había regentado colegios en ambos países del Plata, para que también en Francia cobrara por exhibirlos como remanentes de una exótica y extinguida humanidad; allá fallecieron miserablemente.

Todo el penoso fin de los charrúas queda delineado en los informes de dos testigos de época: uno, el teniente primero de la marina

Uno de los grabados con los que se pretendió representar a los charrúas expuestos a la curiosidad de los parisienses. Dibujo de Lecourt tomado de otro muy similar de Bernard, aunque con la disposición de los personajes invertida. Ilustró un artículo de Léon Gozlan —crónica mordaz de las apreciaciones que la observación de los salvajes habría sugerido a los académicos (y viceversa)— aparecido en la revista *Musée des Familles* de París, el 31 de octubre de 1833.

sueca Oxehufvud (1831), conmovido observador de la caravana de prisioneros, quien anotó que

> los hombres llevaban las manos atadas atrás; las mujeres llevaban a los niños más pequeños sobre la espalda y a los mayores de la mano. Los primeros iban en su mayor parte desnudos, a excepción de un trozo de piel que llevaban atada al cuerpo y que caía desde la cintura. La mayoría de las últimas, en cambio, tenía casi todo el cuerpo envuelto en pieles. Algunas indias estaban envueltas en telas de lino; otras sólo llevaban un trozo de tela alrededor del vientre. Eran desaseados en el más alto grado, a tal punto que en las calles por donde desfilaban el aire estaba impregnado de un hedor penetrante. Poco después de su llegada a esta ciudad, fueron metidos como animales en un corral y allí se tiraron al suelo. Se les dio carne de un buey que había sido descuartizado y un poco de leña y un tizón con fuego, luego de lo cual asaron la carne que habían recibido y luego la comieron con gran avidez. Los europeos que se encuentran con estos salvajes se sienten tremendamente deprimidos. Sufren enormemente

> ante la idea de que podrían estar en una situación igual y les duele pensar que estos seres sean también humanos y que tengan los mismos derechos que ellos a vivir y a determinarse libremente.

Otro, al que ya nos hemos referido, fue el sargento mayor Benito Silva (1841), quien había vivido entre los charrúas en 1825, cuando según sus cálculos eran unos 500, volvió a tomar contacto con ellos en 1840, declarando entonces que «sólo eran 18 entre hombres, mujeres y niños». Nada muestra tan al desnudo el drama de la extinción de una etnia como estas dos cifras, correspondientes a un período de pocos años.

La opinión pública del Urugay de entonces no reprobó el exterminio de los charrúas; si acaso, no se compartió la táctica engañosa utilizada para atraerlos a la emboscada fatal, pero aun esto, en tiempos algo posteriores. El viajero sueco Bladh (1970:723) anotó:

> yo estuve presente cuando estos prisioneros fueron traídos a Montevideo y compartí la indignación de los habitantes por la forma brutal que se empleó cuando fueron tomados y su tribu destruida,

pero es probable que este testigo aludiera a la opinión de otros europeos; de todos modos, no se levantó en su momento una sola voz condenatoria del genocidio. La guerra contra los charrúas había sido muy larga y muy cruel, y aquellos cazadores recolectores no se adaptaban a las transformaciones modernizantes del campo ni estaban dispuestos a sedentarizarse. De todos modos, si así lo hubieran hecho, ¿de qué hubieran podido vivir?; el proyecto artiguista había fracasado y en el nuevo país no había lugar ya para ellos. Todo esto no es más que un fragmento de una historia demasiado conocida en toda América.

Proceso de descaracterización étnica

Frente al complejo proceso de destrucción de los grupos indígenas, que se desenvolvió durante largo tiempo aunque comenzó tempranamente, es preciso enfocar una cuestión paralela cuya finalidad explícita fue la de descaracterizar a los que habitaban la región al llegar

los europeos, modificando drásticamente sus culturas. En esto consistieron los programas y acciones de conversión religiosa, que fueron emprendidos de acuerdo a un plan general centralmente organizado por las autoridades ibéricas tanto eclesiásticas como civiles y militares, que se ajustó luego a las modalidades propias de los diversos pueblos americanos a los que se aplicó.

El propósito religioso, expresado en el afán por lograr extender la posibilidad de salvación de las almas de la mayor cantidad de aborígenes que fuera dable alcanzar, era perfectamente funcional con el interés político tendiente a organizar mejor el dominio de las colonias. Así, cuantas veces se vio impedido o dificultado el sojuzgamiento de los indígenas mediante operaciones armadas, por la exitosa resistencia opuesta por éstos, se recurrió siempre a los misioneros para que intentaran conseguir mediante su prédica el mismo resultado. La conversión, al procurar transformar los «idólatras» en cristianos, buscaba al mismo tiempo que los indios se volvieran un remedo de los campesinos europeos de entonces. El intento, con todo, resultó más problemático cuanto más diferentes de ese modelo fueron los modos de vida de los americanos; por eso, los pueblos cazadores recolectores resultaron aquellos cuya reducción supuso mayores dificultades, concluyendo por lo general esos designios en rotundos fracasos, como ocurrió en los países del Plata.

Llama la atención que la historiografía nacional no haya percibido en toda su dimensión el contenido y efecto etnocida de la reducción y el adoctrinamiento de los indígenas. Acaso el hecho de que los misioneros no explotaran a los indios de la manera inmisericorde en que frecuentemente lo hicieron los colonizadores laicos, que los protegieran incluso de los abusos de éstos, que aprendieran sus lenguas, vivieran con ellos y se volcaran en el conocimiento de sus costumbres, generando muchas veces actitudes de comprensión y hasta de tolerancia respecto de algunas de ellas, haya llevado a valorar su acción como provechosa para los indígenas sin apreciar los efectos destructivos que sobre el mantenimiento de sus culturas tuvo en los hechos. Alcanza para percibir la visión profundamente etnocéntrica de tantos estudiosos nacionales con presentar un par de ejemplos: Azarola Gil (1976:41) consideró que las intentonas por congregar a los aborígenes en pueblos y someterlos al yanaconazgo y la encomienda de Francisco de Céspedes —al que llama «civilizador»—, quien fue gobernador del Río de la

Plata entre 1624 y 1632, fueron expresión de «una política de amistad con los indios», a los que quiso favorecer por medio de la

> transformación de sus costumbres y míseras condiciones de vida, enseñándoles la labor agrícola que vincula a los hombres al pedazo de tierra que les nutre; dándoles a conocer las ventajas de un hogar estable, constituido según las máximas cristianas y destinado a poner fin al nomadismo salvaje;

Barrios Pintos (1991:141), a propósito de las misiones jesuíticas, ha expresado que «han sido consideradas como uno de los más grandiosos intentos del hombre para promover el desarrollo de un pueblo primitivo dentro de la justicia y el respeto». Este autor titula el capítulo en el que pasa revista a los varios ensayos por amansar a los indios del Plata, «intentos de mejoramiento de su condición social», lo cual constituye todo un paradigma. Los propios actores de aquellos procesos no pudieron expresar mejor el desconocimiento del valor de las culturas diferentes a la propia y el desprecio por las mismas, paralelo a la exaltación de ésta como culminación de la creatividad humana universal.

Conviene hacer un examen de los mecanismos aplicados a la destrucción de los elementos culturales originales de los indígenas. Uno de ellos fue el sistema de trabajo a que se los sometió, a lo que debe agregarse el tipo de tareas que se les impusieron; otro estuvo constituido por el ataque directo a sus sistemas asociativo e ideológico, implicado en la acción misionera religiosa.

En lo que tiene que ver con los procedimientos laborales aplicados, debe recordarse que aunque legalmente no fuera posible, en términos generales esclavizar a los indios, las formas de constricción aplicadas tuvieron como efecto graves restricciones a su libertad personal que hicieron que en casi nada difiriera su vida cotidiana de la de los sometidos al estatuto de la esclavitud. El indio empleado como mano de obra forzada aplicaba su esfuerzo a satisfacer necesidades de los colonizadores que respondían a los esquemas de la cultura de éstos, por lo que debían necesariamente acomodarse a ellos abandonando los de su propia cultura; de este modo el trabajo al servicio de los españoles constituyó un decisivo e ineludible dispositivo de aculturación. Desde los primeros tiempos de la conquista del Plata, los indios aprisionados en los combates fueron adscritos al servicio personal de sus captores,

los que fueron llamados yanaconas, como los que cumplían servicios personales en el incario; su estatuto fue muy similar al de los indios naborías (Konetzke, 1971:181) de México y la región antillana, también cautivos de guerra, que teóricamente eran hombres libres aunque en la realidad poco efecto tuvo tal decisión de la Corona. Los yanaconas fueron utilizados fundamentalmente como albañiles para la construcción de los primitivos enclaves urbanos de la región y como labriegos en las chacras que rodearon esas incipientes poblaciones, donde se cultivaron los cereales y hortalizas traídos de Europa junto con el maíz y otros productos americanos. Al mismo tiempo, los conquistadores tomaron de los incas una forma de reclutamiento de la mano de obra, la mita, que tuvo aplicación intensa en el Paraguay aunque en el Plata casi no fue empleada por la exigüidad de las poblaciones indígenas del lugar; consistió en el enganche de muchos individuos supuestamente por el tiempo de un trabajo intenso que lo requiriese, pero que generalmente se extendía indefinidamente. En estos territorios, la encomienda de indios que supusiera servicio personal del tipo yanaconazgo, tuvo vigencia hasta el siglo XVIII (Konetzke, 1971:179).

La penetración religiosa entre los indios del Río de la Plata se instrumentó a través de misiones, que dieron lugar a la fundación de reducciones indígenas y doctrinas. Las primeras implicaban la fundación de un pueblo cuya erección respondió a los criterios políticos y urbanísticos de la colonización española, lo que vale decir que contaban con un trazado en damero con una plaza central en la que se levantaba la iglesia y, cuando lograba reunirse un número considerable de familias, el edificio del Cabildo. En las Leyes de Indias se estableció que las reducciones que tuviesen una población de cierta importancia, debían contar con alcaldes y regidores indios, comprometiendo de esta manera a aquellos individuos que gozaran de prestigio a cumplir funciones represivas con respecto a los integrantes de su propia etnia. No obstante en el misionero reposaba siempre el poder de controlar no sólo la vida religiosa sino también la civil de la reducción, y lo corriente fue que las reducciones de esta parte —dejando de lado las misiones jesuíticas del alto Uruguay— fueran pequeñas, por lo que difícilmente hubo en ellas autoridades de origen indio. El establecimiento de doctrinas fue una consecuencia de la disputa trabada desde épocas tempranas entre el clero regular y el secular por las parroquias de indígenas,

lo que tenía que ver con el disfrute del producido de los tributos satisfechos por éstos, así como de lo que rindiera el trabajo que se les impusiera. La Corona al fin, de acuerdo con el Papado, estableció que las doctrinas tuvieran a su frente un misionero regular; vinieron a ser entonces los curatos exclusivos para los indios de una comarca, que reconocían en su origen una misión.

La conversión religiosa de los indígenas, como es ampliamente sabido, proporcionó la más importante justificación de la conquista; por eso, se aducía que las encomiendas tenían como finalidad principal la cristianización de los infieles. También es muy conocido que en todas partes poco interesaron los encomenderos en convertir a sus indios, ocupados como estaban en extraer los máximos beneficios de su trabajo. En el Río de la Plata las primeras encomiendas fueron las que distribuyó Juan de Garay en 1582, y se encontraron entre Buenos Aires y Varadero. Ya en esos tiempos iniciales se registraron fugas y epidemias entre los indios encomendados, pero también las quejas del obispo de Buenos Aires, quien en carta a Felipe III en 1599 denunciaba el poco celo que los encomenderos ponían en la instrucción religiosa de sus sirvientes autóctonos. Algunos de esos yanaconas fueron indios cazadores recolectores de las etnias del actual territorio del Uruguay, ya que, como antes hemos señalado, el gobernador Martín de Negrón en una *Memoria* de 1611 indicó que en la jurisdicción de Buenos Aires había 500 charrúas de servicio (Torre Revello, 1970:55). Mas hacia los finales de ese siglo ya no se encuentran referencias a charrúas encomendados en Buenos Aires, aunque sí a muchos chanáes, como quedó consignado en el empadronamiento general de indios de 1677 (Torre Revello, 1971:58). Merece tenerse en cuenta que en esa época es posible detectar tempranas expresiones denigratorias de los indígenas que dejan sospechar, incluso, matices racistas, como las incluidas en la carta que el gobernador Diego de Góngora dirigió al rey el 2 de marzo de 1623, en la cual, refiriéndose a los integrantes de las tres reducciones existentes entonces en el distrito de Buenos Aires, los calificó de «holgazanes», «desobedientes» «que no respetaban siquiera a sus caciques» y «bárbaros» que se deleitaban con la práctica de la poligamia. Pero estas escandalizadas observaciones del gobernador, son susceptibles de otra lectura: los encomendados no se avenían tan fácilmente a aculturarse.

En el territorio actualmente ocupado por la República Oriental del Uruguay se procuró establecer las primeras reducciones en 1625. En

ese año el gobernador Francisco de Céspedes, después de haberse relacionado con charrúas yanaconas llevados a Buenos Aires y haber enviado a la Banda Oriental al lenguaraz Gonzalo de Acosta, que convenció a un grupo considerable de chanáes para reducirse, comisionó al misionero Juan de Vergara, quien acompañado de Pedro Gutiérrez que hablaba el guaraní —la «lengua general»— y de Salvador Barbosa de Aguilar, constituyó las reducciones de San Francisco de Olivares de los Charrúas y San Antonio de los Chanáes, ubicadas a «seis o siete leguas» una de otra, probablemente en tierras de lo que hoy es el departamento de Colonia. Ambas reducciones tuvieron al parecer una vida muy breve, que acaso no haya superado los dos años, no obstante el misionero responsable adujera haber bautizado a poco de llegar más de 200 indígenas. En 1654, el misionero Francisco de Ribas Gavilán fundó la reducción de San Miguel del Río Negro en una zona que ahora pertenece al departamento de ese nombre, con indios guaraníes venidos del Brasil, que al parecer duró unos diez años, siendo abandonada luego de haber sido atacada por los yaros. En 1664 se estableció en Entre Ríos, sobre el arroyo Malo, con indios charrúas y sobre todo chanáes, la doctrina de Santo Domingo Soriano, que sería la única que lograría permanencia dando lugar al pueblo más antiguo del Uruguay; su primer doctrinero fue Antonio Suárez, y Juan Brito y Alderete su primer corregidor. Se afirma que existió además en las márgenes del río Gualeguaychú, también en Entre Ríos y en un lugar cercano al anterior, otra reducción de indios de las mismas etnias, respecto a la cual no se sabe mucho más. Al parecer, en ambas reducciones pudo haber unos 300 indígenas. Santo Domingo Soriano fue permanentemente objeto de asaltos por parte de los charrúas, por lo cual, a fin de asegurarse una situación de más fácil defensa fue trasladada primero entre 1692 y 1702, a la isla del Vizcaíno, en la boca del río Negro, decidiéndose llevarla en 1708 a la margen izquierda de ese río cerca de su confluencia con el Uruguay, lo que se concretó diez años después, y donde permaneció hasta el presente, convirtiéndose al tiempo en una población de criollos.

A lo largo del siglo XVIII se registraron algunos intentos de someter a componentes de la etnia charrúa apelando a la conversión, ya integrándolos a pueblos de guaraníes de las misiones jesuíticas o asignándolos al servicio personal de vecinos establecidos con explotaciones agrarias, ya organizando reducciones con ellos. Estos últimos ensayos

no pasaron, en general, de meros proyectos, cuando no fueron simples expresiones de un deseo; en las ocasiones en que pudieron ser llevados a la práctica, nunca alcanzaron un resultado duradero. Dentro de los casos de este tipo, existen indicios de que hacia mediados del siglo indicado hubo charrúas reducidos por frailes franciscanos en los parajes de Espinillo, Aldao y principalmente Vívoras, en el departamento de Colonia. Es dudoso que una doctrina que se había ubicado en el mismo departamento cuando ya finalizaba el siglo fuera la continuación de este último emprendimiento, que parece haber sido el más importante, puesto que extraña que no haya quedado una documentación más concluyente después de tantos años; seguramente debe de haberse tratado de tentativas diferentes. El proyecto de formar una reducción con charrúas que obtuvo relativamente mayores beneficios fue el realizado por Francisco Antonio de Vera y Aragón, quien con unas 80 familias apresadas en Entre Ríos fundó en 1750 la reducción de Concepción de Cayastá en Santa Fe. En 1784, al ser desplazada esa población a otro punto a fin de precaverla de las acometidas de los guaycurúes, quedaban solamente 21 indios de pelea; arrastró desde entonces una vida de pobreza, desapareciendo hacia finales del siglo.

Entre los planes que no superaron la etapa preparatoria merece consignarse el que sin duda aparejó una considerable frustración personal a su impulsor, el padre José Cardiel, hacia mediados del siglo XVIII, fracasado al conjugarse la necesidad real de satisfacer las necesidades primarias de los indios obligados a dejar el sistema de vida practicado hasta entonces, con su, tal vez, excesiva codicia por ciertos productos (los «vicios») procedentes del mundo de los blancos —lo que es indicativo de por lo menos un comienzo de aculturación— y la limitación de los recursos que las autoridades civiles y eclesiásticas estaban dispuestas a arriesgar en una empresa de resultados inciertos, como solían ser las orientadas a la reducción de cazadores recolectores. Cuenta Cardiel (1953:204) que

> pasé a tratar de la conversión de los charrúas. Más ha de 100 años que se ha tratado de su conversión en diversos tiempos y siempre en vano. Finalmente, después de varias conferencias con los caciques, me dieron palabra de juntarse en pueblo, con tal que les diésemos de comer y vestir; yerba y tabaco de ración cada día y casa hecha; y señalaron sitio cómodo. Sería entre todos cosa de 600 almas.

> Dí cuenta de todo a los superiores, y por falta de medios se dejó el punto.

En más de una ocasión, una misión iniciada con muchas expectativas por parte de sus organizadores, entusiasmados por el elevado número de indígenas que aceptaban el bautismo en los primeros momentos, se disolvía materialmente por la fuga repentina y general de los supuestamente nuevos cristianos, quienes, luego de aprovechar ciertos beneficios, retomaban su anterior estilo de vida, lo que puede ser valorado como un acto de resistencia cultural. El padre Cayetano Cattáneo (1866) dejó en 1730 una vívida pintura de la zozobra del misionero que ve de golpe malogrados sus propósitos:

> ...en una ocasión (los misioneros) consiguieron juntar gran cantidad de estos indios (charrúas y yaros) hasta formar una población muy numerosa bajo el título y patrocinio de San Andrés; pero poco tiempo después, impacientes al verse obligados a vivir en un solo país, marcharon de repente unos a una parte, otros a otra, dejando desierta la reducción. Lo mismo secedió en la otra banda con los guanoas, por cuya conversión han sudado muchísimo los misioneros; y no ha mucho que habían fundado una buena reducción llamada Jesús y María con la esperanza de fundar en breve muchas otras, cuando una mañana al llamar al pueblo con la campaña para oír, como de costumbre la Santa Misa, no se encontró un alma. Asombrado el padre misionero con tal novedad, sale de su casa y encuentra que en la noche anterior se habían ido todos volviéndose a sus bosques.

Cattáneo sin duda percibió qué era lo que en el régimen de la reducción resultaba más penoso para los indios cazadores recolectores: la repentina interrupción de sus hábitos nomádicos; ello implicaba el abandono de su sistema económico, por lo que debían pasar a depender de manera absoluta de lo que les diera el misionero. En ese tópico —más que en la sustitución de su sistema de creencias— se encerraba la raíz del proceso de aculturación que habría de convertirlos por fin en lo que para la mentalidad misionera y colonizadora debía ser un buen campesino y un buen cristiano. Por esa razón todos los intentos por reducir a los indios del Plata insistieron en su sedentarización: a partir de ese punto, toda la estructura de su organización social y de su sistema ideológico y simbólico podía ser demolida para sustituirla enton-

ces por la de quienes eran sus dominadores. Este proceso, como se ha visto, no se cumplió con facilidad por la resistencia que los indios opusieron. Consiguió, sí, un éxito imponente cuando se aplicó a las poblaciones de agricultores inferiores —los cuales, obviamente, no mantenían la trashumancia de los cazadores—, como fue el caso de los guaraníes, aculturados en las misiones de franciscanos y jesuitas principalmente, y ello tendría una enorme influencia sobre todos los aspectos de la vida desarrollada históricamente en el territorio de lo que sería el Uruguay; esta cuestión será analizada más adelante. Los efectos de la vida en la reducción como mecanismo de destrucción de la cultura original y de desfiguración de la identidad étnica de los indígenas han sido —sin quererlo— mostrados al desnudo por Sallaberry (1926:278-279) a propósito del destino de la población santafecina a la que ya se ha hecho referencia:

> Encerrados por fuerza los charrúas en Concepción de Cayastá; sujetos allí y maniatados contra todas sus inclinaciones e inveteradas costumbres, sin miramiento alguno, ya que no se les dejaba medio entre rendirse a discresión o ser pasados a cuchillo; asfixiados por la fuerza y presión del infortunio, emprendieron a toda marcha el camino de la decadencia... la especulación y la insaciable codicia de los mercaderes blancos, azote durante la conquista de los incautos indios, al verlos ahora inermes y acorralados, los explotaron... sin piedad y sin entrañas.

La decisión de modificar drásticamente la cultura indígena en las reducciones, obligando a los indios reducidos a un régimen de reclusión que los aislaba de todo contacto exterior que no fuera el permitido por el doctrinero, quedó patentemente expresada en las instrucciones que el gobernador de Buenos Aires José Martínez de Salazar dio a Juan de Brito, corregidor de la reducción de Santo Domingo Soriano. Se desprende asimismo de la exposición de estos preceptos que los frailes doctrineros gozaban de un poder omnímodo sobre los indígenas reducidos, lo cual, por otra parte, es de sobra conocido. Igualmente, se da cuenta de un principio básico del sistema disciplinario de las reducciones: seleccionar entre los indios más adictos a aquellos que mostraran aptitudes para el liderazgo, encargándolos de inducir a la obediencia a los demás, siendo eventualmente los que les impusieran castigos;

ello no significaba, empero, ninguna delegación de autoridad verdadera, ya que no se les permitía intervenir en asuntos a los que se les asignaba importancia. Salazar indicaba:

> Primeramente ha de tener toda amistad, estimación y buena correspondencia con el Padre Doctrinante que es o adelante fuere de dicha Reducción, para hacer que los Indios le respeten y obedezcan en todo lo que fuere. A la enseñanza de la Doctrina Cristiana, ha de procurar con todo cuidado y buenas mañas, atraer los Indios apartados de aquella Reducción y en su gentilidad, a que se pueblen y funden con los demás de dichas naciones Charrúas y Chanáes, para que se vayan instruyendo en las cosas de nuestra Santa Fe y en policía, sembrando y cultiven sus charcas para que así se aumente la Reducción y tomen codicia a las cosechas que hiceren. Que sin orden mía no salgan ningunos Indios de dicha Reducción, ni tampoco se den en ellas a ninguna persona para faenas de madera, carbón, ni otras cosas, sin que lleven licencia mía para ese respecto. Que luego que llegue a la Reducción, nombre un Alcalde de cada nación Charrúa y Chaná, el que pareciere ser más a propósito y activo para que sea respetado de los demás Indios y que ejecute los Mandatos que le diere el servicio de Su Magestad y buen Gobierno de ellos. Que cuando algún Indio hiciere alguna cosa por que merezca ser castigado, mande al Alcalde de su nación, ejecute el castigo que mereciere, y si el delito fuere grave, lo hará prender y remitírmelo en los lanchones o en una canoa, con informe cierto, breve y sumario de lo sucedido (Flavio García, 1957:55).

Ya se ha dicho que la vecindad con españoles y criollos fue siempre para los indios cazadores recolectores sinónimo de aniquilación, sobre todo por los efectos de los agentes patógenos de que aquéllos eran portadores; así quienes a la postre se encontraron en mejores condiciones de supervivencia después de la conquista, fueron los que se mantuvieron más alejados o se mostraron más insumisos. Esto último fue también cierto en lo relativo al mantenimiento de los elementos originales y a la dinámica de sus culturas, aun dentro de una situación aculturativa general. Ya se ha señalado también que el «amansamiento» trajo a los indios graves alteraciones de la personalidad, consecuentes a la destrucción de sus bases culturales. Estos riesgos fueron, naturalmente, percibidos por los indígenas, y por eso el apartamiento y la negativa a aceptar la reducción, así como la fuga de los poblados, fueron los

medios con que trataron de preservar una identidad personal y colectiva que de todas maneras se encontraba seriamente jaqueada y cuyas perspectivas eran progresivamente menores a medida que europeos y criollos se asentaban más adentro de sus territorios. A causa de todo esto fue que ante el reiterado fracaso de los intentos sistemáticos, sostenidos durante siglo y medio, por reducir a los charrúas mediante el método cauteloso de la predicación, sobre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX las autoridades planificaron estrategias de reducción fundadas en el acorralamiento, para lo cual se les debía intimidar con el uso de la fuerza si no se conseguía quebrar del todo su resistencia.

Era evidente que mientras se mantuvieran en el interior de la tierra pueblos tribales que incursionaran continuamente en procura de ganado para proveer a su subsistencia, no resultaría posible instrumentar planes de colonización y desarrollo económico del agro, integrando su producción en el mercado internacional. Se insistía entonces en romper su sistema económico, lo que significaba impedir su nomadismo. En 1789, proponía Félix de la Rosa contener de todas formas las correrías de minuanes y charrúas para que «entonces con menos extensión de terreno en que bajar tomarían el partido de reducirse a poblados» (Fajardo y Gadea, 1967:91). En noviembre de 1800 Azara, exponiendo a Miguel de Lastarria sus planes para la promoción del país mediante el estímulo a criollos e indios guaraníes de las Misiones —ya profundamente aculturados— decía:

> ...creo que habrá pobladores para llenar estas Campañas hasta salir al Uruguay; y si esto sucediese habría una grande extensión de tierras ocupadas con Estancias que hoy están baldías y son el abrigo de ladrones y de los indios Charrúas y Minuanes. Pero el caso es que de internarnos hacia el Oeste, tendremos siempre a dichos Charrúas por fronterizos, y será menester cubrir las Estancias con alguna Partida volante, y lo mejor sería forzarlos a reducirse (Flavio García, 1971:135).

Insistía Azara en esas ideas en correspondencia posterior, indicando que se precisarían «tropas que vayan cubriendo a los Pobladores a proporción que se avancen hasta reducir a los Minuanes» (Flavio García, 1971:138); no obstante, dudaba del éxito que pudiera alcanzar en tales propósitos el capitán Jorge Pacheco, conjeturando que «por mucho que haga... se le escapará la mayor parte de los Minuanes y éstos

irritados se harán más feroces y temibles» (Flavio García, 1971:141), para afirmar en otra carta escrita poco después que «el pensar que Pacheco reduciría a los Minuanes es para mí una quimera» (Flavio García, 1971:146). El Reglamento para el «arreglo de los campos» que Azara (1943b) redactó en 1801 es el último plan coherente de reducción de los cazadores nómadas de la Banda Oriental, que sin embargo tampoco pudo llevarse adelante; en él se muestra también la diferente valoración que se hacía de los indios según fueran aculturados o no, indicándose el papel que a cada cual correspondería dentro de la nueva organización económica y social propugnada. En ese documento se establecía respecto del tema aquí tratado:

> Primero: Dar libertad y tierra a los indios cristianos pues de continuar la opresión en que viven, se irán a Portugal (el Brasil) la mayor parte como sucede ya. Segundo: Reducir a los infieles Minuanes y Charrúas, ya sea pronta y ejecutivamente si hay bastante tropa, o si esta es poca, adelantar nuestras estancias, cubriéndolas siempre. Tercero: Edificar en los terrenos que ocupan los infieles, contenidos entre los ríos Negro e Ibicuy, y entre el Urugay y la frontera del Brasil, capillas distantes de diez y seis a veinte leguas, una de otra, y repartir las tierras en moderadas estancias de valde y con los ganados alzados que hay allí, a los que quieran establecerse...

Pero en realidad Azara no parecía estar demasiado convencido de la viabilidad de sus planteamientos, puesto que en una de sus cartas a Lastarria —del 13 de febrero de 1801— le expresaba su descreimiento de que se pudiera reducir a esos indios: «...oí que habían metido a S. E. en la cabeza que era fácil reducir a los infieles Charrúas y Minuanes, y formar un Pueblo con ellos»; afirmando más adelante que «conocía y tenía por un capricho desatinado pensar reducir los indios por aquel medio» (Flavio García, 1971:149-150). Es significativo que otros contemporáneos hayan sostenido juicios acordes con este de Azara. Por ejemplo, Gonzalo de Doblas (1836), que fue gobernador de misiones, indicaba hacia 1785 que a su parecer los minuanes jamás se reducirían «con sólo la persuasión de la predicación evangélica», apuntando que «aunque no les es repugnante nuestra religión, les es la sujeción que ven en los indios reducidos a pueblos y precisados a trabajar»; esto último fue de hecho un lugar común en el que todos entonces coincidieron.

Retomando las opiniones de Azara citadas en último término, podría creerse que las mismas ponían de manifiesto una curiosa contradicción consigo mismo; sin embargo, un análisis de su pensamiento profundo permite resolver el aparente equívoco: él confiaba más en la aplicación de la fuerza que en los procedimientos persusivos. A esta altura, se había hecho evidente que el sojuzgamiento de los indígenas de estas tierras no podría lograrse mediante su obligada aculturación, madurando entonces la idea de que para el progreso del país era imprescindible exterminarlos. En los últimos tiempos del dominio español —entre 1801 y 1804— Jorge Pacheco, Rocamora y Francisco Javier de Viana encabezaron varias expediciones con tal finalidad, que no arrojaron resultados demasiado auspiciosos para sus patrocinadores. Luego, las invasiones inglesas y las guerras por la independencia interrumpieron posibles campañas tendientes a eliminar para siempre a los indios, lo que se lograría por último durante la primera presidencia del estado recientemente independizado, en 1832. Hubo, pues, un tránsito ideológico y práctico desde los intentos etnocidas instrumentados en las reducciones y doctrinas, a los planes directamente genocidas.

Finalmente debe dejarse claro que las ideas de Artigas referidas a los indios charrúas no deben ser consideradas como integrando las tendencias aculturativas de los que quisieron domarlos cristianizándolos. En este sentido ha habido una confusión derivada de meter en la misma bolsa a todos los indios, cualquiera fuera su etnia y, por lo tanto, las características de su forma de vida. En rigor, Artigas jamás incurrió en el equívoco de identificar la posición de los charrúas —reacios siempre a aceptar cualquier situación que aparejara el menoscabo de una identidad cultural característica de su condición de cazadores adaptados a la utilización del caballo y cuya subsistencia dependía de los vacunos que pudieran abatir— con la de los guaraníes misioneros, quienes habiendo pasado por un dilatado e intenso proceso de aculturación, fundaban su existencia en la agricultura y la explotación del ganado en el sistema de estancias. Estos últimos eran los únicos que podían componer un campesinado de pequeños y medianos propietarios o usufructuarios de la riqueza pecuaria del país, así como también integrar las peonadas de las estancias de españoles y criollos. Por eso Azara pensó en ellos para aplicar su plan de desarrollo rural, quien —como se ha visto— excluía del mismo a los irreductibles charrúas y minuanes; «el amor a la Religión y a la Patria, y el deseo de civilizar a estos cam-

pestres bárbaros en sumo grado, me hicieron proponer el proyecto de poblar estas campañas», decía en 1800 en carta a Lastarria (Flavio García, 1971:142), evidenciando la valoración que en la época se hacía de los indios: a los guaraníes —cuando no se les concedían el rango de «civilizados» por haber aceptado el catolicismo— se podía llegar a considerarlos «bárbaros», en atención a su condición de naturales de América y también a la pobreza en que se encontraban; de todas maneras, eso implicaba una tajante distinción con los «salvajes», cuya integración se juzgaba imposible. Estas fueron las ideas de Azara que sin duda influyeron en Artigas. Es por demás conocido el afán de éste por promover el mejoramiento de los guaraníes misioneros, pero no se encuentra entre sus decisiones de gobierno ni en su correspondencia, nada que tenga que ver con beneficios concedidos a los charrúas. Cuando en el artículo 6.° de su muy difundido *Reglamento provisorio* de 1815 para el fomento de la campaña de la Banda Oriental, menciona a «los indios» como posibles concesionarios de «terrenos disponibles», está apuntando a los guaraníes ya establecidos en estos campos como meros ocupantes sin derechos que legitimaran su dominio sobre la tierra, según se deduce del contexto del documento y el sentido económico, social y político de las medidas planteadas. Para nada tienden esas disposiciones a la sedentarización de los charrúas, lo cual resutaría por cierto irracional, ya que ellos no conformaban —como los guaraníes— un germen de campesinado, ni hicieron conocer nunca ningún interés por establecerse en un sitio. Es de imaginar que Artigas, por el reconocimiento que les debía y por estar —al haber vivido en su juventud entre ellos— impuesto de que cada vez les resultaba más problemático mantenerse como etnia independiente— hubiera pensado en medidas tendientes a su protección. Además, no es concebible que los charrúas lo hayan acompañado firmemente en sus luchas si no hubieran esperado obtener un provecho real. Seguramente Artigas postergaba hasta el final de la larga y complicada guerra de independencia y federalización de los países del Plata la solución del problema charrúa. Es posible imaginar que Artigas pensara destinarles una porción del norte del país —tal vez en la zona de Arerunguá, donde él mismo solicitó y obtuvo 100.000 hectáreas— para que llevaran allí su tipo de vida; no obstante, ante la falta de todo vestigio documental resulta arriesgado intentar cualquier hipótesis. De todas maneras, la derrota del

artiguismo canceló todas las perspectivas que el mismo hubiera podido asegurar a los charrúas.

Procesos de mestizaje y sustitución poblacional

Seguramente a partir de los primeros contactos con los indígenas de la zona haya comenzado el proceso de mestizaje, si se piensa que pudo ocurrir aquí con los guaraníes de las islas o carios lo que pasó con los otros grupos guaraníes situados aguas arriba del río Paraná y en el Paraguay. Otro tanto puede concluirse que pudo haber ocurrido con los chanáes, tempranamente sometidos al régimen de reducción. Pero con respecto a los pueblos cazadores recolectores de esta parte —y en particular a los charrúas propiamente dichos— se ha considerado en general que fueron siempre renuentes a cruzarse con los blancos. Sin perjuicio de admitirse que su mezcla con otros grupos indígenas o con

«Civilisirte Scharruas» se titula este grabado alemán inspirado en uno similar de Jean Baptiste Debret, incluido en su libro *Voyage pittoresque et historique au Brésil*, publicado en París en 1834. Los civilizados personajes lucen una indumentaria pretendidamente gauchesca en la que el chiripá se ha transformado en un faldellín.

europeos o blancos criollos pueda haber sido menor que en los casos de otras etnias, no parece prudente aceptar esa indicación de manera absoluta. Aparte de otros contactos, la presencia muchas veces confirmada tanto de cautivos como de refugiados aborígenes o blancos en sus tolderías induce a concluir en la existencia de un mestizaje cuyo grado es imposible de determinar. En este sentido, D'Orbigny (1939) ya estimaba como una de las causas de su disminución la miscigenación con indios de origen guaraní misionero.

Diversas circunstancias históricas hicieron que indios procedentes de territorios externos a la Banda Oriental vinieran a la misma. Por un lado, el sistema de punición aplicado por los colonizadores en casos de sublevaciones y revueltas, llevó a trasladar poblaciones de la actual Argentina a estos lugares, como ocurrió con los pampas integrados en la reducción de Santo Domingo Soriano (Domenech, 1941). Por otro lado, la ocupación creciente de los campos situados al norte del río Negro —que componían estancias de las misiones jesuíticas— por guaraníes misioneros, proceso que se incrementó notablemente luego de la expulsión de los religiosos en 1767 y la consecuente disolución de los pueblos misioneros. Al mismo tiempo, el asentamiento de europeos y criollos blancos —o ya mestizados— en las tierras del interior afirmó el desarrollo de la sustitución poblacional, al margen de facilitar mayores posibilidades de mestización.

La población del Uruguay, después de la extinción de las etnias indígenas y mucho después de las épocas en que resultó receptor de grandes oleadas de inmigración europea, ha presentado en general la fisonomía de un pueblo transplantado, cuya matriz principal está formada por la raza blanca con una pequeña incidencia de la negra. Determinar la medida en que los genes de los aborígenes sobreviven en el conjunto parece poco menos que imposible. Tres circunstancias vinculadas entre sí hicieron que el Uruguay tuviera una configuración humana tan diferente a la de otros países americanos y tan distinta también a la que el propio país tuvo hasta aproximadamente mediados del pasado siglo: a) el limitado número de la población autóctona, a lo que hay que agregar su relativamente temprana extinción; b) el hecho tantas veces comprobado de que la asimilación cultural y la mezcla biológica apenas tienen lugar cuando se trata de pueblos cazadores-recolectores, e incluso de agricultores inferiores; c) el aluvión de inmigrantes europeos llegados sobre todo a partir de la mitad del siglo XIX.

No obstante, estudios recientemente efectuados (Sans, Mañe Garzón y Kolski, 1986 y 1991) han puesto de manifiesto índices de mestizaje muy superiores a los que corrientemente se aceptaban para la población del Uruguay, pero que estaban por lo común basados en estimaciones sin base científica. Un análisis de los autores citados referido a la incidencia de la denominada «mancha mongólica» en recién nacidos en el hospital más grande de Montevideo, arrojó un porcentaje del 41.6. Desde luego que la sola presencia de esa mancha pigmentada en la región sacro-coccígea, característica de las poblaciones de Asia y por consecuencia de los aborígenes americanos, pero además de la raza negra y en pequeña medida también de algunos grupos blancos —lo que acaso refleje mestizajes antiguos—, no permite afirmar que todos los casos detectados impliquen mestizaje con indígenas. Mucho menos es posible determinar qué etnia pudo encontrarse en el origen de ese proceso. Lo que sí puede concluirse a partir de las investigaciones de este tipo es que los indígenas se mezclaron —principalmente durante el siglo XVIII y las primeras tres décadas del XIX— abundantemente con las poblaciones leucodermas que de manera creciente se fueron estableciendo en el interior del país.

Capítulo VI

LOS GUARANÍES MISIONEROS EN EL URUGUAY

Establecimiento inicial en la campaña uruguaya

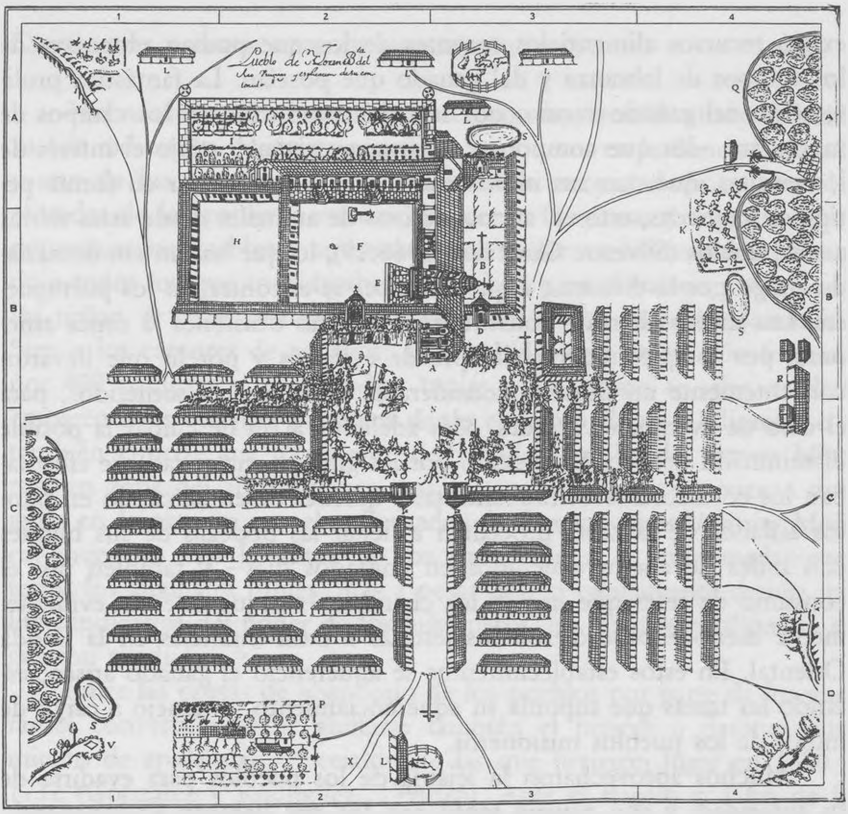
Como se ha visto, los guaraníes que en la época de la conquista ocupaban en el territorio del Uruguay preferentemente la zona de curso inferior del río epónimo se extinguieron tempranamente, por lo que no dejaron huellas en la sociedad formada posteriormente. Sin embargo, otros guaraníes habrían de ejercer más tarde una influencia fundamental en la formación de la población rural del Uruguay y en la cultura de la misma. Desde mediados del siglo XVII, comenzaron a establecerse en los campos de la Banda Oriental guaraníes procedentes de las misiones creadas por los jesuitas en la región del alto Uruguay, que hoy pertenece al estado brasileño de Río Grande del Sur. Llegaron ya como vaqueros que venían a establecerse en las estancias jesuíticas ubicadas en esta Banda, ya como fugitivos de la disciplina que dominaba la vida de los pueblos en aquella teocracia comunitaria y también de las expediciones esclavizadoras que cada tanto tiempo protagonizaban los paulistas. Estos indios, sometidos a un largo período de reducción, habían perdido casi por completo su cultura original: su economía se acomodó a la práctica de una agricultura de tipo europeo introducida por los jesuitas y a la explotación del ganado, actividad que resultaría no sólo la principal sino incluso la única una vez afincados en los campos de la Banda Oriental; su organización social y familiar primitiva no pudo sobrevivir dentro de las misiones; su sistema ideológico y simbólico resultó destruido por la introyección del cristianismo. Conservaron por cierto su idioma, al que los jesuitas usaron como lengua de predicación, con lo que adquirió una difusión que no había

conocido en épocas precolombinas, constituyendo la gran «lengua general» o lengua de trato con muchos pueblos tribales no guaraníes. La deculturación sufrida en las misiones facilitó la adquisición por parte de esos indígenas de elementos culturales ibéricos, con lo cual se fue desdibujando cada vez más su originalidad étnica. Con estas características desempeñaron un importante papel en la formación de la proto-sociedad y la proto-cultura nacionales del Uruguay, al punto que si en la actualidad sobrevive algún rasgo originario del pasado indígena se debe a esos guaraníes epigonales que mestizándose con blancos y también, aunque en menor medida, con negros, compusieron la base de la población rural de los dos siglos pasados.

En 1609, durante el segundo gobierno del criollo Hernandarias, los religiosos de la Compañía de Jesús instauraron las denominadas Misiones del Paraguay, llamadas a desarrollarse rápidamente y a obtener un señalado éxito en lo referente a la conversión y el establecimiento en pueblos de una importante población indígena, en su gran mayoría compuesta por grupos que hablaban el guaraní. El primero de los pueblos fundados en las tierras situadas al oriente del río Uruguay fue el de San Borja, en 1625. Se levantaron luego otras misiones que conformaron «los siete pueblos» ubicados en la antigua Banda Oriental que abarcaba en esa época, un espacio mucho mayor que el conocido en los tiempos posteriores. El misionero Mastrillo Durán (1929) en 1628 escribía a este respecto que

> todas las tierras que los de la Compañía han conquistado para el cielo, desde sus primeros principios dividen tres como provincias... Llámase la primera el Paraná, la segunda el Guayrá y la tercera el Uruguay. La tierra del Uruguay no es más que una provincia pero muy lata, que por lo menos tiene trescientas leguas de largo y de ancho, en partes más de ciento; porque desde el puerto de Buenos Aires hasta nuestra primera reducción de los Reyes, hay cien leguas; de ésta a la cordillera que está diez leguas más arriba de la reducción de San Nicolás, hay cincuenta leguas; luego se siguen otras cincuenta de monte cerrado hasta salir a los llanos de hacia Guayrá y de aquí a los confines del Brasil, hay otras cien leguas... Todas están pobladas de indios, pero muy esparcidos; y así en toda la provincia habrá veinte mil, poco más o menos.

Las Misiones Jesuíticas permanecieron hasta 1767, cuando el rey Carlos III ordenó la expulsión de los religiosos de la Compañía de to-



La misión jesuítica de San Juan Bautista. Al plano se ha agregado la representación de una parada militar.

das sus posesiones americanas. Entonces los pueblos eran 31 en todas las provincias de la Compañía; muchos, no obstante, habían sido destruidos por los paulistas —a los que se calificaba de mamelucos—, por lo que puede calcularse el total de fundaciones realizadas en más de medio centenar. En su momento de mayor prosperidad, se calcula que en su conjunto las misiones llegaron a reunir acaso más de 100.000 indios. Muchos grupos tribales solicitaron integrarse en ellas como forma de precaverse de la amenaza permanente de los paulistas, que procuraban capturar en aquellas poblaciones los esclavos necesarios para las incipientes plantaciones y sobre todo para la explotación de las minas situadas en la región llamada Minas Gerais por eso mismo. En cierto momento, el aumento de población en los pueblos misioneros

exigió recursos alimenticios mayores de los que podían obtenerse de los campos de labranza y del ganado que poseían. La fantástica proliferación del ganado vacuno que se había producido en los campos de más al sur —los que componen el Uruguay actual— atrajo el interés de los jesuitas, que con sus indios comenzaron a organizar en forma periódica vaquerías, esto es, arreos masivos de animales desde estas tierras a sus pueblos (Silvestre González, 1966:19), lo que hacían sin demasiado riesgo por la distancia a que entonces se encontraban los portugueses. Los indios charrúas constituyeron en esas ocasiones la única amenaza, por lo que trataron siempre de evitarlos y por lo que llevaron corrientemente un número considerable de indios ya sometidos, para el caso de eventuales ataques. Más adelante, a fin de cuidar la posible disminución del rebaño chúcaro por las grandes matanzas que efectuaban los corambreros contrabandistas —quienes desembarcando en puntos aislados de la costa procedían a llenar las bodegas de sus buques con miles de cueros obtenidos en contados días— y también por el consumo de reses que hacían los charrúas —aunque éste era evidentemente menor— procedieron los jesuitas a crear estancias en la Banda Oriental. En estos establecimientos se aquerenció el ganado arisco, estando las tareas que suponía su aquerenciamiento y manejo a cargo de indios de los pueblos misioneros.

Muchos aprovecharon la lejanía de los pueblos para evadirse de su autoridad, y ello ocurrió tanto con los que llegaron acompañando las vaquerías como con los enviados a las estancias. Estos guaraníes que se arrancaban del mundo organizado por los jesuitas, cuando no se mezclaron con los grupos nómadas de charrúas y minuanes, buscaron instalarse en lugares de la campaña apartados de las rutas seguidas por las tropas llevadas hacia el norte en las vaquerías y de las zonas más próximas a las poblaciones y «puestos» de las estancias jesuíticas. Los que optaron por esta actitud fueron la mayoría. No formaron grupos; fueron individuos solos, a veces cabezas de una familia nuclear, que mayormente no mantuvieron vínculos con otros de idéntico origen en similar situación, lo que equivale a decir que sus lazos étnicos eran ya por demás flojos. Vivieron del ganado que pudieron reunir, como lo hicieron también los criollos que se establecían en la misma campaña. La situación favoreció el mestizaje y el desarrollo de una cultura característica de aquel medio rural.

Contiendas y migraciones de indios reducidos

Hubo además otros motivos que contribuyeron de manera decisiva a la radicación de indios guaraníes misioneros en la Banda Oriental, y uno de los primeros y principales fue la necesidad de esquivar las entradas de los paulistas —conocidas como bandeiras y malocas— que saqueaban los pueblos y arrastraban por millares a los cautivos, matando a todos los que consideraban inservibles para el trabajo, incluyendo los niños. A veces, sin embargo, las cosas no les rodaban demasiado bien a los captores de esclavos; así, en 1641, una expedición formada por 400 paulistas y 2.400 indios tupíes —que, como se sabe, estaban emparentados con los guaraníes desde el punto de vista idiomático y también étnico— fue totalmente destrozada a orillas del arroyo Mbororé en zona del alto Uruguay. Las fuerzas misioneras estuvieron dirigidas en la ocasión por el gobernador de Buenos Aires Ventura Mojica; murieron casi la mitad de los «mamelucos» y aproximadamente todos los auxiliares tupíes, mas a pesar de tan concluyente acción militar, indicativa del poder de los misioneros, los ataques paulistas se siguieron produciendo.

Entre las causas de abandono de los pueblos por parte de los guaraníes convertidos debe anotarse también el periódico desencadenamiento de epidemias, especialmente las que tuvieron lugar en 1690 y 1732 (González y Rodríguez, 1990:25). Ante el flagelo y a fin de librarse de la infestación, importantes contingentes huyeron de las misiones; y si bien un cierto número retornó una vez pasado el peligro, fueron muchos los que buscaron otro refugio permanente, siendo en particular procuradas las soledades de la Banda Oriental.

También los conflictos desatados en la época entre españoles y portugueses vinieron a redundar en el abandono de los pueblos por parte de indios reducidos, que luego procuraron quedarse en los campos del Uruguay. Para formar las tropas coloniales siempre se echó mano de los indios misioneros o tapes, utilizándoselos también en la construcción de todas las fortificaciones de la región platense; un claro ejemplo lo constituye el hecho de que fueron siempre tapes quienes compusieron los ejércitos que entre 1680 y 1777 por cinco veces sitiaron y conquistaron la Colonia del Sacramento, que los portugueses levantaron como avanzada en sus planes de ocupación de las tierras situadas al norte del gran estuario. La compleja situación derivada de la

larga disputa por ese estratégico paraje generó importantes consecuencias del punto de vista poblacional en la Banda Oriental; a este respecto, Coni (1945:92) indicó que

> la Colonia del Sacramento fue así el bastidor de un «cocktail», en el que entraron españoles, portugueses, santafesinos, porteños, correntinos, puntanos, mendocinos, cordobeses, paraguayos, tapes, charrúas, minuanes y bojanes, para formar un mosaico étnico que se desparramó luego por todo el Uruguay, para juntarse finalmente con la corriente pobladora de las Misiones por el Norte, la riograndense por el Este y la montevideana por el Sur. En aquellos tiempos los desertores de los ejércitos constituían un valioso elemento poblador, pues las tropas, tanto portuguesas como españolas, criollas o tapes, fueron sembrando la tierra uruguaya de individuos sueltos que se plegaban a la vida gauchesca en aquellas inmensas campañas sin pueblos, sin sociedad y sin autoridad alguna.

El Tratado de Límites que España y Portugal firmaron en 1750 en Madrid provocó una seria resistencia por parte de los indios misioneros, que desembocó en la llamada Guerra Guaranítica, sostenida entre 1754 y 1756. Por ese acuerdo diplomático, las Misiones Orientales pasaban al dominio de Portugal; en vista de ello, los jesuitas organizaron el traslado de los siete pueblos a la margen occidental del río Uruguay, ya que los indios resistieron la entrega por identificar a todos los portugueses con los odiados paulistas (Nusdorffer, 1920). Se dio entonces una situación paradójica, pues las autoridades españolas bajo cuyo gobierno querían permanecer los guaraníes, al no conseguir convencerlos de que aceptaran los términos del tratado organizaron conjuntamente con los portugueses una operación militar contra ellos. El primer gobernador de Montevideo, José Joaquín de Viana, asumió el mando de las fuerzas, derrotando a los tapes en la zona del río Daymán y en el cerro Batoví, en la Banda Oriental, donde murió —al parecer a manos del propio de Viana— Sepé, primer caudillo de los guaraníes, al que sucedió Nicolás Ñanguirú, quien encabezó la última resistencia en el cerro Caaibaté —llamado también Caybaté—, en pleno territorio misionero, en febrero de 1761 (Bauzá, 1929,I y II:272). Los indios emplearon en esa ocasión tácticas y armamentos para cuyo uso los habían adiestrado algunos misioneros jesuitas con anterior experiencia militar, que ya habían utilizado contra los mamelucos. Uno de

los aspectos más interesantes del ejército guaraní fue la organización de una precaria y original artillería con cañones que disparaban metralla de guijarros, hechos con troncos ahuecados —generalmente de naranjo, árbol introducido en la zona por los jesuitas— y reforzados con cueros de vacuno, que resistían hasta media docena de tiros; la pólvora fue un elemento normal y regularmente fabricado en los propios pueblos. De todos modos, esa artillería no pudo competir por falta de alcance y precisión con la española (Corrales Elhordoy, 1989). La organización militar y la experiencia bélica, así como la cuantía y calidad del armamento indígena, no superaron un nivel primario, por lo que no estuvieron a la altura requerida por una conflagración de las dimensiones de aquélla; en consecuencia, los guaraníes resultaron víctimas en esa última batalla de una verdadera masacre. Pero, al final de cuentas, la Guerra Guaranítica se hizo absolutamente por nada: en vista del progreso alcanzado por los pueblos —que sobresalían en cuanto a su planteamiento y logros urbanísticos frente a todos los demás de la región platense y del Paraguay de esa época—, como también de la indudable y conmovedora lealtad a España de los guaraníes, el gobernador y después primer virrey del Río de la Plata, Pedro de Ceballos, consiguió que el rey Carlos III denunciara en 1761 el Tratado de Madrid.

Los efectos de la guerra, sin embargo, no pudieron ser anulados con la misma facilidad que el instrumento diplomático que la produjo: al terminar el conflicto, los siete pueblos orientales —que previamente al mismo se ha calculado reunían unas 30.000 personas— experimentaron una disminución de su población total del 52 %; algunos pueblos, entre tanto, quedaron de hecho casi desiertos, como San Ángel, que perdió el 84 % de sus habitantes, o San Juan y San Miguel, cuya merma fue del 75 % en cada uno (González y Rodríguez, 1990:24). Es preciso aclarar, sin embargo, que toda esa pérdida poblacional no estuvo ocasionada en su mayor parte por las muertes producidas durante la conflagración: en medio del desorden general, el temor y las privaciones, miles de indígenas dejaron los pueblos para no volver más a ellos. El jesuita Dobrizhoffer (1967,I:125) contemporáneo de esos sucesos, sostuvo que a consecuencia de la guerra unos 15.000 indios «se dispersaron en los campos más remotos sobre el Uruguay, para tener pronto su alimento porque allá abunda el ganado».

Poco después de estos acontecimientos tendría lugar la expulsión de los jesuitas, lo que vino a provocar una definitiva decadencia de los

pueblos misioneros. No corresponde extenderse aquí en las motivaciones que dieron como resultado esa orden real, explicada corrientemente por la desconfianza generada en los ambientes cortesanos españoles —y también en la propia Iglesia— por el poderío económico y político que habían ganado las misiones, llegando a formar un verdadero estado autónomo dentro del ámbito colonial; tampoco serían ajenas las intrigas de los encomenderos del Paraguay, quienes se sentían perjudicados en sus posibilidades de explotación de la mano de obra indígena por la defensa —y la captación— que de la misma hicieron los jesuitas, así como los resquemores referidos a la fidelidad que éstos podían profesar a la Corona, derivados de la Guerra Guaranítica. Más allá de todas esas cuestiones, resultó clarísimo que los funcionarios españoles que sustituyeron a los religiosos en el gobierno de los pueblos jamás consiguieron de los indígenas reducidos el acatamiento —y mucho menos la veneración— que le profesaron a aquéllos, mostrándose, por otra parte, como administradores de muy inferior competencia. Todo ello incentivó nuevas defecciones de indígenas reducidos y en tal sentido apuntaba el antes citado Gonzalo de Doblas (1836) que éstos tenían gran «aborrecimiento» a las autoridades por «la corta asistencia» que de ellas obtenían y por «las vejaciones que reciben de los corregidores y Cabildos», de lo que venía a resultar «la mayor parte de la deserción que se experimenta en los pueblos, la que es tanta que se puede computar (comparar) con la que está fuera de los pueblos», a la cual estimaba «cuando menos, en la octava parte de los naturales que existen». Aclaraba luego Doblas el destino de los que se habían escabullido de los pueblos, indicando que

> están dispersos en las jurisdicciones de Buenos Aires, Montevideo, Sante Fe, Bajada de Gualeguay, Arroyo de la China, terrenos de Yapeyú, Corrientes y Paraguay, cuyos parajes, aseguran todos, están llenos de indios tapes.

En esas circunstancias, no es para nada extraño que los varios planes tendientes al «arreglo de los campos» elaborados en los finales del siglo XVIII, y comienzos del XIX, tendientes a formar principalmente con los guaraníes acriollados una clase de propietarios rurales, cuyo trabajo valorizara los campos de la Banda Oriental y cuya producción fundara

la riqueza de esta región —a los que ya se ha hecho referencia— no tuvieran en la práctica un éxito verdaderamente significativo.

Los indios en las luchas por la independencia

Aún continuaría la declinación de los pueblos misioneros con la inevitable consecuencia de mayores desplazamientos de sus habitantes. En 1801 serían invadidos otra vez por el bandeirante José Borges do Canto. Poco después, entre 1816 y 1820, en el territorio de las misiones se produjeron repetidos y encarnizados combates de los cuerpos armados que respondían a Artigas con los portugueses primero, y por último con las milicias de quien había sido su subalterno en la lucha por imponer el federalismo en las provincias de Plata, el caudillo entrerriano Pancho Ramírez. Éste, atraído por partidarios del centralismo bonaerense, se volcó contra el que hasta entonces reconocía por jefe, batiéndolo reiteradas veces en distintos sitios de las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, lo que aparejó el definitivo apartamiento de Artigas, a quien no quedó ya otra perspectiva que pedir refugio en el Paraguay. Debe recordarse que a comienzos de ese año de 1820, Artigas había tenido que marcharse de la Banda Oriental cuando las fuerzas con que contaba en ella —compuestas casi exclusivamente por guaraníes misioneros— habían sido aplastadas en Tacuarembó por el ejército lusitano. Habiendo prestado los guaraníes incondicional apoyo a Artigas, se vieron precisados, tras su derrota definitiva, a salir de las provincias señaladas —adonde habían llegado integrando su ejército— para precaverse de la venganza de Ramírez. Pasaron, pues, al este del río Uruguay, hacia las comarcas de los antiguos siete pueblos y de la Banda Oriental. El naturalista y viajero francés Auguste de Saint-Hilaire (1887), que recorrió precisamente esos lugares poco tiempo después del aplastamiento artiguista, calculó que unos 4.000 guaraníes —seguramente ex-componentes de aquellas huestes— se habían establecido por ese entonces en la Banda Oriental, formando pequeños núcleos entre los ríos Arapey y Queguay, tributarios del Uruguay por su margen izquierda.

Apenas ocho años más tarde tuvo lugar un episodio decisivo para la independencia del Uruguay: las Misiones Orientales, que estaban en poder del Brasil, fueron conquistadas por el general Fructuoso Rivera.

En medio de las luchas que involucraban a los dos países del Plata y al Imperio del Brasil, una disensión entre los jefes orientales obligó a Rivera a vadear el río Ibicuy el 21 de abril de 1828, internándose en territorio misionero con un pequeño contingente de 1.000 hombres; un breve análisis de la situación lo llevó a considerar propicia la ocasión para efectuar un audaz avance sobre los siete pueblos, a los que ocupó en 20 días, venciendo con facilidad a todas las fuerzas brasileñas que se le enfrentaron por el inmenso apoyo que inmediatamente le dieron los guaraníes. Éstos lo consideraron su libertador al ver en él —antiguo teniente de Artigas— a su continuador, aunque ello implicara una apreciación errónea. El emperador Pedro I, cuyas tropas habían ya sufrido la concluyente derrota de Ituzaingó ante el ejército aliado argentino-oriental, en vista a la rapidez con que Rivera se había apoderado de un espacio de más de 90.000 kms^2, decidió entonces concertar la Convención Preliminar de Paz, en cuya conclusión intervino de manera decisiva la diplomacia de Inglaterra, interesada en la formación de un estado que separara a los dos más grandes de la región, continuadores de la larga disputa por el dominio de la orilla septentrional del Plata. Para que la paz pudiera llegar a buen término, empero, se acordó la evacuación de las Misiones, extremo aceptado por Rivera el 18 de noviembre de ese año. Regresó a poco este jefe al Uruguay, siendo acompañado su ejército por un conjunto de guaraníes cuya importancia numérica no ha podido ser determinada con precisión pero que se ha situado entre los 4.000 y los 8.000 individuos. Rivera indicaba entonces al gobierno de la provincia de Corrientes que debía

> forzosamente seguir adelante con las tropas, sus bagajes y un número asombroso de familias indígenas; es decir con todos los Siete Pueblos de las Misiones Orientales y con los restos de las Occidentales que han querido voluntariamente pertenecer al nuevo Estado Oriental sin renuncia de los derechos que tienen a la tierra de sus mayores.

Un militar partícipe de la campaña de las misiones de 1828, Manuel A. Pueyrredón, dejó el testimonio de que

> cada reducción o tribu marchaba como en procesión, presidida de los ancianos que llevaban los Santos principales. El pueblo conducía multitud de santitos. A la cabeza de aquellas iba la música. Cada tri-

> bu tenía la suya compuesta de violines. Los músicos son también los cantores (Padrón Fabre, 1991:100).

Se deja ver en este último relato cuán profunda era la huella dejada por los jesuitas y cuánto había moldeado la cultura que distinguía a los tapes en el siglo XIX. Entre los muchos rasgos y complejos culturales que los religiosos transmitieron a los indios, revistieron especial importancia —como no podía ser de otra manera— los vinculados al ceremonial, entre los que hay que contar también las técnicas de confección y ejecución de instrumentos musicales europeos, así como el tallado y pintado de las imágenes de santos y vírgenes, aunque los cánones estéticos correspondientes al barroco que se intentó imponer, experimentaron lógicas transformaciones en el ambiente americano de las misiones. Por cierto, que otros elementos empleados por los jesuitas para la conversión de los guaraníes y la organización de pueblos con ellos hacía mucho que habían sido integrados por los tapes a su cultura de entonces, cuyo peculiar perfil era el resultado de haberse forjado en el constringente marco socioeconómico de las reducciones.

Con las familias guaraníes que lo siguieron luego de su incursión en el territorio de las antiguas Misiones, fundó Rivera en 1829 el pueblo de Santa Rosa del Cuareim, sobre el río de este nombre, conocido después como Bella Unión. A partir de esa época, no se registraron más migraciones de indios tapes de los antiguos pueblos hacia Uruguay. Por un lado, al culminar el agitado período de aproximadamente siglo y medio que se ha reseñado, se pudo comprobar una mengua tremenda de la población misionera por lo que la zona dejó de conformar un centro expulsivo de población. Por otro, las circunstancias económicas, sociales y políticas derivadas de la organización de la nueva República Oriental del Uruguay y también del desenvolvimiento de Río Grande del Sur, no resultaban propicias para el mantenimiento de la corriente migratoria de tapes, los cuales ya no tendrían posibilidades de disponer de tierras y de ganado como en otros momentos. Los últimos guaraníes llegados al Uruguay vivieron en su pueblo de Bella Unión una permanente situación de penuria, en especial por la merma que el ganado —principal recurso— había experimentado durante la guerra de independencia. Esa situación desembocó en 1832 en un alzamiento que fue sofocado de manera sangrienta por Bernabé Rivera. Los tapes prisioneros fueron trasladados entonces al interior del terri-

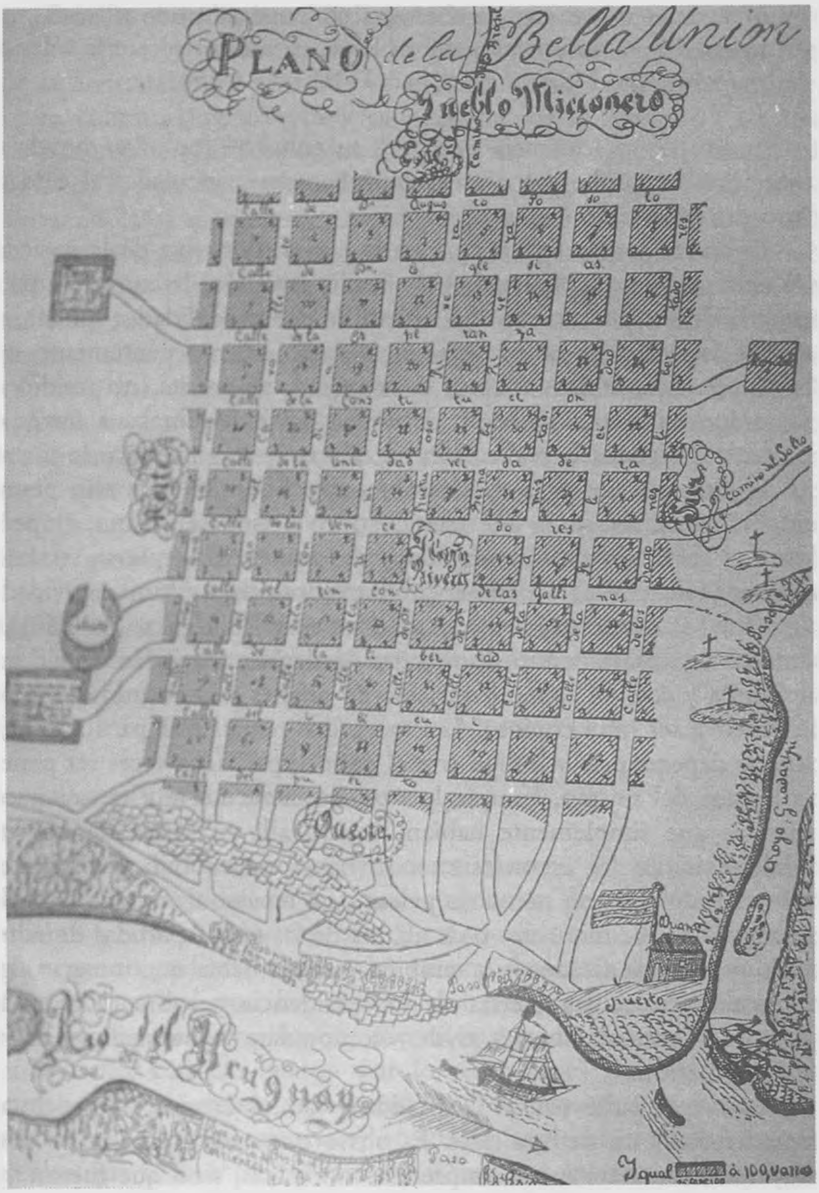
torio uruguayo, fundándose en Durazno con ellos el pueblo de San Borja del Yi, que tuvo siempre una existencia precaria y que terminó disolviéndose en poco tiempo (Parallada, 1965 y 1971; Cabrera, 1986).

Estos indios guaraníes de origen misionero, al igual que los que habían llegado con anterioridad, se fundieron definitivamente con la población criolla —blanca y mestiza— que había ido poblando los campos uruguayos, protagonizando un proceso de intercruzamiento racial y de adecuación a la nueva cultura paulatinamente consolidada en aquel ámbito. Fueron ellos quienes compusieron las bases de lo que vino a ser el paisanaje de esta tierra.

La economía ganadera y los indios aculturados

Los tapes establecidos en distintos momentos y por motivaciones diversas en el territorio uruguayo permanecieron en su gran mayoría en el medio rural. Allí, su condición social no denotó cambios que pudieran significar algún tipo de ascenso frente a la posición que ostentaban en los pueblos misioneros, formando parte por lo común de las clases desposeídas de la campaña. Raramente pudieron elevarse al rango de propietarios de campos y rebaños de importancia y con títulos que legitimaran esa propiedad, que era lo que entonces determinaba la ubicación en la categoría superior de la escala social; corrientemente la jerarquía económica y social de mayor relevancia que pudieron alcanzar, fue como ocupantes precarios de tierras mostrencas, cuya posesión acaso esperaron sanear en algún momento, lo que no siempre resultó posible, así como tampoco fue fácil mantener la ocupación pacífica de estanzuelas y charcas en épocas tan llenas de conflictos de todo tipo.

Lo más frecuente fue que se ocuparan como peones estables en estancias mayores, pudiendo a veces llegar a ser encargados de un «puesto» de una de tales estancias; pero, sobre todo, fueron los que conformaron el amplio conjunto de trabajadores rurales que recorrían los campos empleándose para tareas ocasionales o zafrales, sin tener una residencia demasiado permanente. Los tapes se volvieron así paisanos, como se llamó a aquellos individuos que no eran criollos —blancos o mestizos— ni indios nómadas insumisos. Campal (1967) recordó que el paisano fue un



Plano de la colonia de Bella Unión, fundada en 1829 por el general Fructuoso Rivera con indios guaraníes que lo acompañaron luego de su retirada del territorio de las antiguas misiones jesuíticas, dibujado por Juan M. Besnes Irigoyen.

> hombre activo y emprendedor, a tal punto adaptado al medio, que (podía) en un instante cambiar la picana del carrero por la lanza del soldado o el lazo campero por el hacha del montaraz,

agregando que su «carácter» —esto es, su cultura— fue una «mezcla de costumbres españolas y guaraníes estrechamente vinculadas al cuidado y uso del ganado».

Es conveniente explicar que en la época formativa de la sociedad y la cultura de ese Uruguay de transfondo ganadero, la enorme riqueza pecuaria de sus praderas resultó objeto de dos modalidades fundamentales de explotación, que estuvieron a cargo —consecuentemente— de dos tipos de hacendados. Uno, el estanciero ausentista, no residió en sus campos sino en la ciudad, desde la cual determinaba a través de capataces delegados la realización en ciertas épocas del año de matanzas de reses salvajes para el corambre, conchabando para ello peones temporales; en rigor, era este estanciero un personaje urbano, empeñado en el comercio de importación y de exportación, que se servía de su propiedad rural para obtener productos para esta última actividad.

Otro, el estanciero poblador (González y Rodríguez, 1990:40), levantaba «las casas» dentro de su propiedad rústica, residiendo allí con su familia y con un número variable de peones y «agregados» que podía llegar a ser muy copioso. Los agregados tenían una particular relación de dependencia y lealtad con el patrón; podían a veces ser parientes lejanos del mismo, aunque lo más frecuente fue que se tratara de personas que simplemente habían llegado allí en busca de un sitio donde vivir. En las estancias encontraban, pues, cobijo y manutención; cuando se hacía necesario pelear para repeler algún ataque de los charrúas o de los minuanes o de alguna de las tantas partidas de salteadores —«gauchos alzados»— y también cuando había que integrar alguna montonera en las guerras de independencia y sobre todo en los posteriores enfrentamientos civiles, componían la hueste que capitaneaba el patrón.

La mayor parte —si no la totalidad— de los caudillos del siglo XIX fueron estancieros de esta clase. Es obvio que estas estancias no constituyeron solamente meras empresas económicas, sino que fueron verdaderas células sociales mediante las cuales se fue poblando la campaña. Estas circunstancias dieron un cierto tono feudal a las relaciones sociales generadas entonces en ese ámbito.

En ellas se realizaban fundamentalmente tareas que tenían que ver con la captura y domesticación del ganado chúcaro en momentos en que la división de las propiedades se indicaba por accidentes naturales, por lo común, ríos, arroyos y cañadas. Se «paraba rodeo» a las reses que pacían diseminadas por los campos —sin que importara demasiado que éstos fueran realmente propios, tal vez ajenos o quizá realengos—, habituándolas a mantenerse en los potreros de la estancia; se levantaban galpones, corrales y «mangueras» de piedra en las que se encerraba a los vacunos para las yerras que determinaban la propiedad de esos animales; éstos eran cuidados de las depredaciones que podían causar igualmente las jaurías de perros cimarrones o los gauchos engavillados o sueltos, los charrúas y minuanes. Todo individuo que en aquella campaña no contara con el marco protector de una estancia, necesitaba carnear los animales que encontrara no sólo para proveer su subsistencia, sino también para obtener cueros que pudiera mercar.

Los tapes paisanos fueron la mano de obra principal de las haciendas ganaderas de cualquiera de las dos clases reseñadas; contribuyeron, por lo tanto, de manera fundamental al proceso de modernización de la explotación y la vida del campo, que implicó en aquellos momentos al afianzamiento de las estancias organizadas como centros de población estables.

Los tapes en los núcleos urbanos

Durante la vida en los pueblos misioneros, los indios reducidos habían sido instruidos en las labores agrícolas, de manera que prácticamente fueron ellos los únicos que en aquellos tiempos caracterizados por su atraso pudieron cultivar las chacras de las incipientes poblaciones de donde salieron los cereales, los porotos y las hortalizas que —con mucha morigeración— se fueron agregando a una dieta casi exclusivamente cárnica. Fueron por lo tanto tapes los chacareros que —como peones, arrendatarios y hasta como pequeños propietarios alguna vez— en ciertas estancias y en los lindes de Montevideo y de los pueblos que se iban creando en aquel inmenso interior, emprendieron las acciones del primario desarrollo agrícola del país.

Estas tareas aproximaron a muchos a los centros poblados. Pero además, fueron también ellos, los tapes, quienes tuvieron a su cargo en

los medios urbanos oficios artesanales, aprovechando también lo aprendido con los jesuitas en las misiones. No hubo en el Uruguay hasta el período de la gran inmigración europea —ya a mediados del siglo XIX— otros artesanos que ellos, ya que la población era escasa y los españoles y criollos blancos no se ocuparon en general de los oficios. Tapes fueron, por lo tanto, los albañiles, herreros, carpinteros, talabarteros, zapateros, toneleros, tejedores, etc.; siendo además los únicos que dentro de la población platense habían recibido instrucción como músicos, pintores y decoradores.

El esfuerzo y el arte de estos guaraníes ya apaisanados permitió la construcción y el ornato de las casas e iglesias que se fueron erigiendo en los años de la colonia y aún en las primeras décadas de la república, además de los trabajos públicos y las fortificaciones, para las cuales siempre fueron reclutados como mano de obra bruta. Cuando actuaron por su cuenta, demostraron indefectiblemente laboriosidad y responsabilidad, lo que al parecer no sucedía cuando se les obligaba a aplicar su esfuerzo en tareas agotadoras que además eran muy mal remuneradas, cuando no se les imponía cumplirlas sin salario alguno. A este respecto vale la pena recordar que a los guaraníes que trabajaron en la construcción de las fortificaciones de Montevideo se les asignó una insignificante paga diaria de un real y medio, lo que hizo que pasara al refranero popular de la ciudad la expresión «jornal de tape» para aludir a algo realmente exiguo (Granada, 1957.II:213).

Las exigencias abusivas tan comunes en todos los momentos respecto a los trabajadores indígenas y a las que muchas veces se sumaban además los azotes, provocaron continuas fugas de los guaraníes reclutados para las obras públicas. Evidentemente, preferían aplicar su esfuerzo de manera más provechosa, y así fueron conformando el primario proletariado y artesanado de Montevideo y también de los pueblos del interior. Esas circunstancias se reflejaron en los documentos oficiales de entonces, abundando en ellos las quejas por el abandono frecuente que del trabajo hacían los tapes. Tal forma de resistencia a la sobreexplotación, fue invariablemente interpretada como innata haraganería por parte de aquellos que daban las órdenes. Así, el jesuita Bernardo Nussdorfer, sostenía que

> es el indio tardo en concebir pero aún es más tardo y aún lerdo en la ejecución; especialmente cuando se le manda (algo que) no es de

> su agrado, aún para hacer alguna chácara de la cual ha de vivir él, su mujer e hijos, es menester obligar a muchos con el azote (Instituto Geográfico Militar, 1938:3).

Pero era claro que había un sinnúmero de tareas que ni los criollos —y mucho menos los españoles— estaban dispuestos a emprender, por más imprescindible que fueran, como por ejemplo entre otras, levantar defensas. Por eso, cuando se alzaron las murallas de Montevideo en 1790, se trajo —como era natural— un importante contingente de guaraníes misioneros, ya que, como anotaba el padre Pedro Lozano, «ni los soldados ni los demás españoles quieren reducirse a este género de fatigas». No obstante ese reconocimiento, Lozano daba rienda suelta a continuación a su acrimonia por lo que consideraba extralimitación y holgazanería de los indígenas aplicados a aquel trabajo, al decir que

> aún (con) los indios que andan vagamundos sucede lo propio... y si hay alguno que se aplique a ganar el jornal, cuatro días es puntual en el trabajo, después pretende dinero adelantado y se huye si recibió algo o no se le dio, por imitar a los demás que de ordinario lo ejecutan sin el menor escrúpulo ni miedo, cuya propensión está tan arraigada en los genios de su naturaleza floja y viciada de libertad, que no hay humano recurso para remediarlo (Instituto Geográfico Militar, 1938:21).

Si bien puede eludirse cualquier exégesis referida al vicio de la libertad, no puede dejarse de lado el hecho de que las opiniones transcritas constituyen una diáfana advertencia de que los indios, por el hecho de serlo, eran ya entonces blanco de prejuicios negativos, que alcanzaban incluso a aquellos que se habían aculturado adoptando los modos de vida y los valores de la sociedad dominante. Es significativo que los portavoces de esos prejuicios en los ejemplos consignados, fueran hombres de la Iglesia, pues ni el hecho de que se trataba de indios que habían adoptado el cristianismo los inclinaba a juzgarlos con más ecuanimidad. El prejuicio muestra en este caso incluso elementos racistas, ya que las actitudes de los guaraníes, que resultaban perfectamente comprensibles, eran en el discurso retorcidamente destacadas como expresiones de una mentalidad torpe y una voluntad indolente, induda-

ble consecuencia de su «naturaleza». Vale la pena, por último, apreciar el conocido hecho de que el prejuicio funcionó como justificativo de la inmisericorde explotación de la mano de obra indígena.

Todo eso tuvo necesariamente consecuencias en lo relacionado con la influencia que pudieron tener en la sociedad y la cultura nacional. Resulta claro que los indios integrados a esa sociedad y a esa cultura en sus momentos formativos procuraron que no se los distinguiera como tales, que no se los viera de manera diferente que al resto del paisanaje; de manera que además de desarrollar trabajos «civilizados», de adoptar la indumentaria y las costumbres predominantes entre los criollos blancos o mestizos, buscaron insistentemente mimetizarse más aún castellanizando sus apellidos, lo que puede fácilmente apreciarse en las anotaciones bautismales (Padrón Fabre, 1986b; Rodríguez y Gonzáles, 1991). Ciertamente, no podían disimular su fisonomía racial, pero sí podían distinguirse social y culturalmente de los otros indios, de los «salvajes», con los cuales, por otra parte, nunca fueron confundidos.

Legados culturales de los guaraníes misioneros

Frente a la importancia que del punto de vista numérico tuvieron los guaraníes de origen misionero en la formación del paisanaje que pobló las campañas uruguayas, su influencia en la configuración de la cultura de aquel medio y en aquel tiempo fue en cambio de muy menguado peso. La razón de esto hay que buscarla precisamente en el hecho de que procedieran de los pueblos misioneros y que, por lo tanto, mostrara la cultura de que eran portadores, los efectos de la «conquista espiritual».

A fin de explicar mejor esta afirmación, debe recordarse que la acción misionera demostró siempre ser mucho más exitosa en los propósitos tendientes a la destrucción de la cultura de los sometidos que en los de introducir en ellos valores, creencias y costumbres que mostraran luego dinamismo y creatividad. En esto reside justamente, para los convertidos, el peligro de la conversión; y en esto consiste el proceso etnocida. En consecuencia, apartados de las misiones los guaraníes reducidos no se encontraron en condiciones de forjar una nueva cultura que conjugara coherentemente los elementos originales con los

aportados por los religiosos. Como antes se ha expresado, la vida en las misiones borró por completo la gran mayoría de los complejos y rasgos distintivos de la cultura indígena, que daban a la misma su configuración peculiar; fuera de los pueblos, dispersos en un vasto territorio, aquellos individuos no tuvieron otra posibilidad que encaminarse a la asimilación dentro del marco de la cultura criolla de la época.

De sus elementos culturales originales, prácticamente el único que pudo conservarse fue la lengua, lo que se debió también al arraigo y difusión que le dieron los jesuitas al emplearla como instrumento de predicación. Aun así, este elemento que podía servir de fundamento a la unidad del conjunto humano, terminó por perderse en un tiempo que no superó el de tres generaciones, siendo sustituido por el castellano.

Se ha procurado rastrear algunos legados de los guaraníes misioneros a la cultura del Uruguay moderno; pero los que corrientemente se han manejado no llegan a tener la dimensión de supervivencias tylorianas que posibiliten reconstruir los rasgos de la cultura del pasado porque, de hecho, aquellos guaraníes procedentes de las misiones jesuíticas establecidos en la Banda Oriental, ya no poseían en ese entonces una cultura estructurada. Así, entre otros aportes se han señalado ciertas concepciones religiosas y ciertas prácticas distinguidas por su contenido cristiano entre la población rural, atribuyéndolas a la presencia de guaraníes convertidos. En realidad, las mismas no difieren de las características del catolicismo popular ibérico, por lo que atribuirles sin más aquel origen resulta en extremo dudoso. Como, además, no pudieron esas creencias y ceremoniales desarrollarse por la falta de curas en el medio rural que afirmaran tales tradiciones, quedaron por último reducidas a vagas manifestaciones de tipo mágico, que por otra parte tuvieron una funcionalidad más bien marginal en la vida del paisanaje. Es muy significativo que en Uruguay nunca hayan arraigado creencias que son consideradas como típicamente guaraníes que aún tienen una notoria presencia en la cultura foklórica del Paraguay y las provincias argentinas vecinas, las que por lo general están referidas a seres míticos vinculados a la naturaleza (Caagüy-Pora, Curupí, Pombero, Yacy-Yateré, etc.). Pero así como no es posible detectar en el Uruguay creencias expresivas de la cosmovisión guaraní, tampoco han existido aquellas que resultaron del sincretismo operado por la introducción del cristianismo, del tipo de las que han dado lugar a las celebraciones que tie-

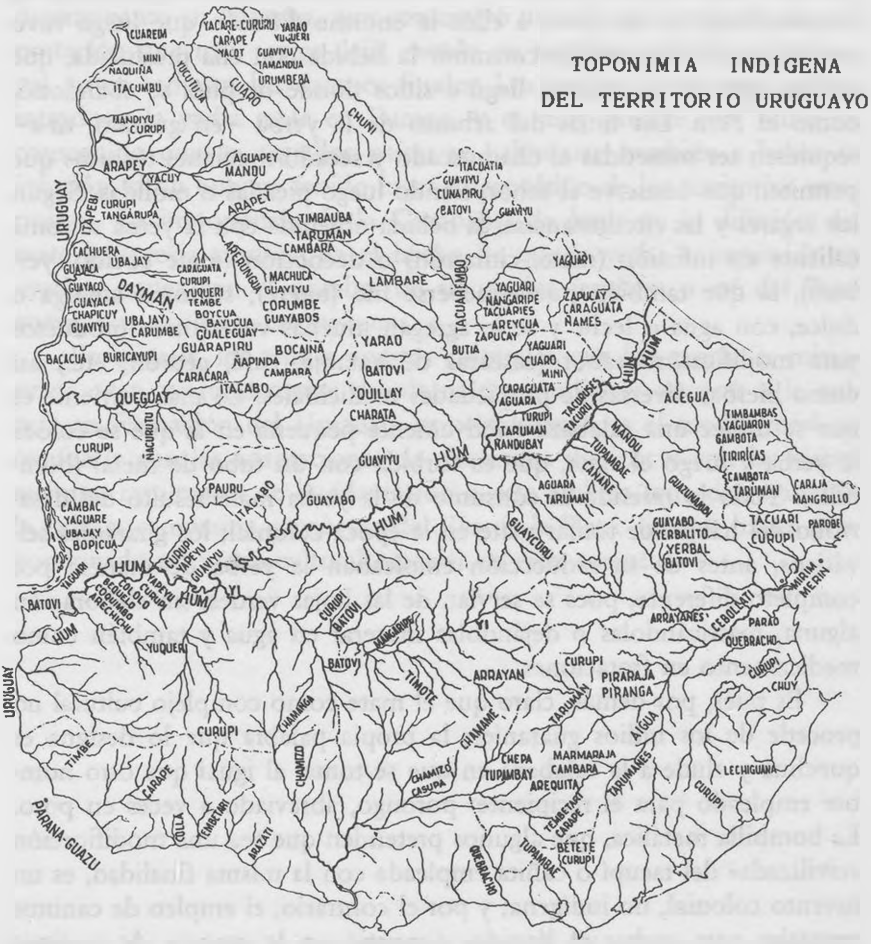
nen por centro la veneración de la cruz (Curuzú Yeguá), vivas todavía en las zonas mencionadas y tan expresivas de la impronta cultural misionera.

Algo similar ocurre con la medicina popular, a la que se atribuye una base guaraní, pero que una cuidadosa observación de sus concepciones de los agentes patógenos que se supone provocan cuadros especiales, así como de los procedimientos curativos empleados, permite comprobar la indudable huella de las ideas europeas. Por cierto que esta medicina popular utiliza también las plantas de la flora local, que corrientemente son conocidas por la denominación que se les dio en guaraní; tal vez en la determinación de las virtudes curativas de un sinnúmero de vegetales es en lo que con más seguridad pueda afirmarse la existencia de una herencia cultural guaraní, pero como queda dicho, no en las ideas manejadas sobre los orígenes de las enfermedades y las maneras de curarlas, que corresponden a las de la medicina popular ibérica.

Sabido es que los jesuitas enseñaron largamente a construir y ejecutar instrumentos musicales europeos, pero —y a diferencia de lo ocurrido en otras partes de América— no se integraron a la cultura popular del Uruguay. El gran instrumento campesino de esta región —la guitarra— es más probable que haya sido introducida por pobladores y soldados procedentes de la Península Ibérica y no por los jesuitas. Las formas musicales tradicionales derivan de diversos aires populares andaluces y también de otros procedentes de la región andina, sin que pueda señalarse en ellas ninguna influencia de la música tocada en las iglesias de las misiones, que por otra parte, copiaba los estilos empleados entonces en Europa en las composiciones religiosas.

El mantenimiento de la lengua guaraní en el medio campesinado durante un cierto tiempo, así como su amplísimo empleo para designar los accidentes geográficos y las especies vegetales y animales, vino a dar una fisonomía acaso exageradamente indígena a la naturaleza del Uruguay. Hay datos suficientes como para sostener que el guaraní fue la lengua de utilización corriente en el medio rural del Uruguay, por lo menos hasta mediados del pasado siglo (González y Rodríguez, 1990:46); no es por lo tanto extraño que muchas palabras de esa lengua se hayan integrado al español rioplatense de esta parte.

Alguna práctica social de amplio y profundo arraigo, no sólo en el Uruguay sino en toda la región rioplatense, como la utilización de



Mapa elaborado por Rodolfo Maruca Sosa (1957). El autor indica que no ha puesto el término «Sarandí» por la gran abundancia de su utilización como topónimo, ni tampoco los nombres de tribus o caciques. Aclara también que, siendo frecuente aplicar en muchos parajes un mismo nombre a varios accidentes geográficos (cerros, cuchillas, ríos, arroyos, cañadas, pasos, etc.), lo ha anotado una sola vez en tales casos. La profusión de denominaciones de origen guaraní es especialmente notoria al norte del río Negro y en la región este del territorio uruguayo.

la yerba mate (*Ilex paraquariensis*), es más un legado de las misiones jesuíticas que de los indios aculturados en ellas. Si bien los naturales conocían desde una época anterior a la llegada de los europeos las propiedades estimulantes, tónicas y diuréticas de la yerba empleándola en consecuencia, no se debió a ellos la enorme difusión que luego tuvo en América la práctica de consumir la bebida con ella producida, que en los siglos de la colonia llegó a sitios donde después se abandonó, como el Perú. Las hojas del arbusto de la yerba —en guaraní, *ca-á*— requieren ser sometidas al chamuscado y secado mediante técnicas que permiten que conserve el sabor, siendo luego picadas o molidas. Según los lugares y las circunstancias, la bebida obtenida con la yerba se toma caliente en infusión (mate, cimarrón) o decocción (mate cocido, yerbiao), la que también puede beberse fría (tereré); se toma amarga o dulce, con agua o leche y se le agregan muchas veces otros productos para modificar su sabor (cáscaras de naranja, café, cedrón, etc.) así como hierbas diversas de propiedades medicinales. Lo más corriente es que se utilice una calabaza relativamente pequeña en la que se coloca la yerba y luego el agua, que es sorbida con un tubo de metal (bombilla). Todo lo referido al consumo de la yerba mate resultó del desarrollo del hábito de tomar mate en la época colonial; los guaraníes selváticos, antes de su reduccción empleaban la yerba de manera por completo diferente, pues se servían de las hojas verdes, sin elaboración alguna, masticándolas o dejándolas macerar en agua y también como medicamento en frotaciones.

Es pues, por demás, claro que el mate como complejo cultural no procede de los indios guaraníes; la propia palabra que lo designa es quechua y alude a la calabaza en que se toma, al igual que otro nombre empleado para el recipiente: porongo, abreviado a veces en poro. La bombilla metálica, que algunos pretenden que sea una modificación «civilizada» del tacupí o cañita empleada con la misma finalidad, es un invento colonial, no indígena; y por el contrario, el empleo de canutos vegetales para sorber el líquido, consistió en la manera de sustituir aquel instrumento imprescindible cuando para conservar el calor del agua se usa un recipiente de boca estrecha, si no se cuenta con metal o con los medios técnicos para fabricar con metal ese instrumento, como aún hacen algunos grupos indígenas del Paraguay. Es evidente, además, que todas las creencias y prácticas relacionadas con el mate son criollas.

Habiendo descubierto los jesuitas las virtudes de la yerba, procedieron muy pronto a organizar plantaciones y a procesarla en volúmenes crecientemente importantes, empleando para esos trabajos a los indios reducidos. La economía de las misiones se basó de manera determinante en la yerba, que constituyó uno de los productos de exportación que más rentas dejó, siendo en muchos períodos el principal, sobre todo en los tiempos finales. Los jesuitas intentaron incluso introducir la yerba mate en Europa, y es muy posible que hubieran conseguido que en aquellos países se habituaran también a beber su infusión, si no hubiera tenido lugar su expulsión de los territorios americanos. La importancia de la Compañía de Jesús en la difusión del mate se aprecia también en el hecho de que la yerba es conocida en muchas partes con el nombre de «té de los jesuitas» o «té del Paraguay», por alusión a las misiones.

En síntesis, los tenues aportes culturales que los guaraníes misioneros —tan profundamente deculturados— pudieron integrar a la cultura en formación del Uruguay, principalmente en el medio rural, se confunde con las adaptaciones de elementos ibéricos y con las elaboraciones resultantes de la adaptación a este ámbito, que distinguieron la cultura campesina gauchesca del Río de la Plata, sin que hayan proporcionado un matiz cultural especial en estas tierras.

Capítulo VII

LOS INDÍGENAS Y EL URUGUAY MODERNO

Promediando el siglo XIX, fue surgiendo un Uruguay moderno definitivamente desprendido de los modelos del período colonial y del que de manera por demás significativa ha sido conocido como de «la Patria Vieja»; y ello a despecho del frecuente estallido de contiendas civiles propiciadas por el caudillismo militar, que tanto perturbaron ese proceso de adecuación a los tiempos que corrían. La modernización de entonces supuso, ante todo, el desarrollo de una producción agropecuaria —fundamentalmente pecuaria— más eficiente, sometida a la racionalidad capitalista e integrada en el mercado internacional. Los campos fueron perdiendo el aspecto original que habían conservado hasta esa época: aparecieron algunos plantíos, se comenzó a forestar, se tendieron alambrados, con lo cual fue resultando cada vez más difícil cruzar aquellos espacios en cualquier dirección; el viejo ganado criollo, cuernilargo, arisco y ágil, de antigua cepa andaluza, fue siendo sustituido por otras razas europeas más aptas para la producción de carne y leche y más mansas también; comenzó la cría de ovinos y la producción de lana que se transformaría en la de mayor importancia del país por mucho tiempo. Surgieron nuevos pueblos y crecieron los ya existentes; se construyeron caminos y después líneas ferroviarias que los unieron entre sí, y sobre todo con la capital y el puerto; el telégrafo comunicó luego a todos los puntos del territorio. Montevideo se transformó en una verdadera ciudad y el comercio de ultramar la relacionó permanentemente con el mundo avanzado de aquellos tiempos, de donde llegarían las manufacturas que aquí no se producían y también las ideas que eran corrientemente entendidas como hitos del progreso.

Para ese entonces, había terminado finalmente la «guerra de los charrúas» sostenida durante tres siglos, con la aniquilación de aquella etnia; el experimento utópico de las misiones jesuíticas había también terminado hacía bastante, disolviéndose del todo los pueblos y arruinándose las construcciones religiosas y civiles en ellos levantadas. Los pocos descendientes de los charrúas y minuanes y los abundantes de los tapes, se habían integrado por completo a la población criolla del medio rural, aunque pequeños grupos mantuvieron todavía un relativo aislamiento en lugares apartados (Padrón Fabre, 1980:90) que de todas maneras no habría de durar demasiado. Aunque algunos sucesores mestizados de los indígenas consiguieron alcanzar posiciones sociales destacadas —valgan los ejemplos del general Anacleto Medina, guerrero de la independencia y figura destacada en las luchas civiles, y el teniente general Pablo Galarza, triunfador en 1904 en la última guerra fratricida— lo común fue que la gran masa, sin la cual el proceso de modernización del agro no hubiera sido posible, quedara al margen de los beneficios aportados por una prosperidad a la que habían contribuido; entonces —y también ahora— conformaron la parte mayor de las bolsas de pobreza de la campaña y de los arrables de los pueblos, que a veces con oculto sentido racista, es designado el «chinerío», palabra que en la actualidad conjuga el antiguo sentido referido a la condición servil y el nuevo que alude a sus rasgos físicos.

La masacre final de los charrúas fue recibida en su momento con indiferencia aquiescente e incluso con aplauso, pero no mucho después, varias voces de intelectuales y hombres públicos se levantaron doliéndose del trágico destino de aquella «raza» —como invariablemente se dijo—, pero aprovechando a la vez el episodio para obtener dividendos políticos al cargar las tintas en la responsabilidad que se entendía exclusiva del brigadier general Fructuoso Rivera, lo que, de paso, servía para estigmatizar al Partido Colorado por él fundado. Y aunque parezca increíble, la pugna perpetua entre los dos grandes conglomerados políticos tradicionales del Uruguay ha impedido hasta ahora si no que se efectuaran por lo menos que se difundieran los análisis objetivos relacionados con las causas, la planificación y la ejecución de la matanza que tuvo lugar en Salsipuedes en 1831 y que, sin duda alguna, pudo llevarse a cabo gracias a la traición. El Uruguay, al parecer, aún no ha podido asumir ni mucho menos superar esa culpa histórica. No obstante y paralelamente, dentro de las ideas corrientes a nivel po-

pular, tomó vuelo en el Uruguay moderno la de que la extinción de los indios permitió la construcción de un país avanzado, con un alto nivel de instrucción, con un considerable igualitarismo entre los distintos estratos sociales, ajeno a los problemas que han aquejado tradicionalmente a los otros de la América hispánica y que eso ha sido posible, justamente, por no tener indios. Mientras tanto, se actuaba —y esto vale también para el presente— como si no hubieran quedado descendientes de los indígenas, desentendiéndose de la situación de postergación en que éstos habían caído.

Al culminar el pasado siglo, el Uruguay, como estado tan nuevo, pareció sentir la necesidad de afirmar una identidad nacional igualmente nueva y por eso no demasiado afianzada. Las historias nacionales escritas entonces, y también las creaciones literarias de asunto histórico, exaltaron curiosamente el carácter indómito de los charrúas y su larga resistencia, porque pretendieron señalarlos como un preanuncio de la vocación independentista de los uruguayos. Tal vez en la prédica de los intelectuales nacionalistas de esa época haya que buscar el origen del mito de la «garra charrúa» que supone no doblegarse a la adversidad, y que corrientemente se aplica a las actuaciones futbolísticas aunque —como todo mito— no tenga muchas veces demasiado que ver con la realidad.

Merece la pena considerar que a medida que se afirmaban los preconceptos que llevaban a que el orgullo nacional reposara en ser el país de población racialmente más blanca de América —y por eso más europeo, valorándose muy especialmente esta condicción— se elaboraba una imagen idealizada del indio, que tenía expresión en la literatura de intención reminiscente y en los discursos enaltecedores del ser nacional, generalmente de propósito demagógico. Ese indio consistió en un arquetipo apartado de su realidad histórica, e intemporal, ya que por lo común se lo situaba en los tiempos remotos de la primera llegada de los españoles a estas tierras; consistió además en un ente falseado del punto de vista físico y cultural, cuyo paradigma es el Tabaré retratado por Juan Zorrilla de San Martín en el poema homónimo, al que le atribuye ojos azules y una sorprendente proclividad a venerar los símbolos cristianos. Ya las cosas no son así, por cierto, pero de todos modos no resulta demasiado aceptable desvelar los contenidos ideológicos de una obra clásica de la literatura nacional, lo que puede

llegar a entenderse como una falta de respeto al poeta de la patria (García Méndez, 1992).

Coherentemente con estas posturas, la historia nacional fue —y en gran medida lo sigue siendo— narrada como una historia de los que a la postre serían los triunfadores, esto es, de los hombres de piel blanca —españoles primero, criollos después—, en la que la presencia del mundo indígena fue sistemáticamente dejada de lado y considerada como algo sin importancia. Las acciones que tendían a la reducción y la conversión de los indios fueron por supuesto consideradas como empresas civilizadoras cumplidas en su provecho; su exterminio fue entendido como una penosa consecuencia del inevitable avance de la historia con lo que se llegaba a admitir una suerte de darwinismo social que justificaba que el progreso —aún no se decía el desarrollo— triturara entre sus engranajes a los que no podían adaptarse a los cambios que el mismo suponía. El decidido apoyo de los indios al artiguismo fue tratado como una cuestión apenas curiosa, y cuando se aludía a las luchas llevadas *contra* los indios, el «nosotros» de los textos en los que aprendieron unas y otras generaciones de uruguayos, se aplicaba sistemáticamente a los blancos. La larga presencia de los indios en todas las acciones desarrolladas en varios siglos, quedó siempre oscurecida.

Una permanente consideración del indio en la perspectiva de la alteridad es aún corriente en el Uruguay y, en consecuencia, continúa infectando los textos escolares; la misma se muestra afectando miramientos, en dictámenes indulgentes que enmascaran acendrados sentimientos de superioridad y, de manera indisimulada, en el manejo de estereotipos negativos.

No obstante esas opiniones y actitudes tan largamente ejercitadas en la historia del país, en los últimos tiempos han ido creciendo también valores colectivos que propician la exaltación de los antiguos indígenas. Incluso se han promovido acciones tendientes a su reivindicación, y este fenómeno hasta ahora en gran medida inusitado, ha encontrado expresión institucional puesto que se han nucleado en la «Asociación de Descendientes de la Nación Charrúa», algunos de los que declaran contar entre sus antepasados a esos indios. Esta Asociación ha conseguido el apoyo de un organismo oficial como es la Intendencia del departamento de Flores. Entre sus propuestas se destacan el llevar adelante un relevamiento de todos aquellos que se saben —o suponen— descendientes de la etnia referida, así como gestionar la re-

patriación de los restos de los charrúas llevados a París en 1832, lo que ha sido finalmente recogido oficialmente por la Intendencia del departamento de Colonia; propugnan igualmente que se declare el 11 de abril «Día del Indio» por ser la «fecha recordatoria del genocidio de Salsipuedes». En algún momento se pretendió pedir al Instituto Nacional de Colonización la asignación de tierras agrícolas para quienes probaran su origen charrúa, por más que sus ancestros, en su situación prístina, no hubieran sido cultivadores. Ese planteamiento hacía presumir un arraigo rural de los descendientes de indígenas que no puede siempre demostrarse. De todos modos, ese proyecto no prosperó por la protesta de otros reclamantes de tierras que solamente tenían antepasados criollos o europeos, muchos de los cuales aprovecharon para atribuirse también ascendientes indios por si ello podía acordarles ventajas para conseguir tierras.

En rigor, es raro que los vinculados a la Asociación puedan en todos los casos demostrar que efectivamente tuvieron algún antepasado charrúa; tal atribución se basa muchas veces apenas en consejas familiares vagas e inverificables. Por esa razón han apuntado a analizar ciertos rasgos físicos que consideran decisorios para determinar la condición alegada, así como a descubrir en los pretendidos descendientes

> cualidades psíquicas y aptitudes que estén relacionadas con las representaciones más o menos generalizadas que la población nacional tiene de los indígenas (gusto por la naturaleza, valentía, destreza para la caza, capacidad manual para artesanías, etc.) (Cannella, 1990:163).

Obviamente, todo ello carece de otro valor certificatorio que no sea el de la aceptación de esas imágenes preconcebidas. Los documentos de la Asociación dejan la impresión de que se cree que características de naturaleza cultural resultan de la posesión de genes indígenas, sin que importe, además, el grado de disminución que los cruzamientos podrían haber producido. Ese peligroso prejuicio de esencia racista se ve destacado por la frecuente utilización del perimido concepto de que la herencia reside en la «sangre», incluyéndose la herencia cultural.

Llama la atención que los miembros de la Asociación no se hayan informado convenientemente de que todo lo que queda de los charrúas trasladados a Francia en el siglo pasado es el esqueleto de Vaimaca Perú, que se conserva en el Museo del Hombre de París; así

como que al limitar todo el mundo indígena de la antigua Banda Oriental a la etnia charrúa, se escamotea el hecho de que los aborígenes que mayor número de descendientes dejaron, por ser también los más abundantes, fueron los guaraníes misioneros o tapes. Ante algunas críticas por esa causa, se procuró luego subsanar exclusiones seguramente provocadas por el apresuramiento y la imprevisión, indicando entonces la Asociación que admite como componentes a quienes desciendan de todos los pueblos tribales que poblaron el Uruguay de otros tiempos (entre los cuales también encuentran lugar los más que hipotéticos arachanes). Al parecer, siguen fuera de todo movimiento reivindicativo los indudablemente muy abundantes descendientes de tapes. Tampoco ha sido objeto de particular consideración la circunstancia de que la validación exclusiva de algunos antepasados —los autóctonos— conduce necesariamente a la denegación de todos los demás que hubieran tenido otros orígenes.

Pero más allá de la realidad o fantasía y de la búsqueda de protagonismo u otras motivaciones que puedan encontrarse en la base de las apelaciones a una condición indígena que, de todos modos, no conforma una realidad étnica actual, lo que realmente interesa destacarse es el hecho de que algunos, en el Uruguay de hoy, pretenden asumir una identidad nacional que se entiende como más genuina por enraizarse en los antecedentes indios, y que otros que no pertenecen a la minoría de ascendencia indígena acepten la legitimidad de esos argumentos y acompañen las acciones derivadas de los mismos.

Es sabido que toda identidad cultural consiste en una construcción sociocultural históricamente determinada, que cumple una función unificadora del grupo, pero que cobra realidad como *ethos* compartido cuando tiene lugar una confrontación entre la cultura que le sirve de referente y otra. Indudablemente cuaquier tipo de identidad nacional —entendida como identidad cultural— reconoce siempre muchos contenidos míticos o mitificados, pero, de todas maneras, debe responder a la existencia de un núcleo cultural dinámico que sirva de elemento de reconocimiento tanto para los componentes del grupo como para los ajenos a él. Nada de todo esto ocurre en el caso de la pretendida identidad indígena en el Uruguay, la cual, ante la ausencia de rasgos culturales característicos, es reclamada a partir de parentescos biológicos que aunque se demuestren verdaderos, son siempre lejanos. Podría, empero, pensarse que los descendientes de indígenas han sido

por esa causa objeto de persecución o por lo menos de postergaciones y que por tal razón han emprendido un movimiento tendiente a su rehabilitación; en verdad, esa hipótesis, que explicaría su motivación, no responde a la realidad social del Uruguay y menos para la mayoría de los integrantes de la Asociación, que son personas de clase media entre los que se destacan algunos con instrucción universitaria.

A pesar de todo eso, lo significativo desde el punto de vista sociológico y antropológico es que ese movimiento puso ante la consideración pública los temas referidos, por lo que se generó en los últimos años un amplio sentimiento de simpatía hacia lo indígena y los indígenas.

En medio de ese clima —que desde el punto de vista de la psicología social puede ser calificado de ideología— se produjo la llegada a Montevideo de algunas familias de la etnia mbyá que procedían de Río Grande del Sur. Los mbyá son indígenas de lengua guaraní que en la época colonial y hasta tiempos recientes ocupaban una zona que abarca la parte sudoriental del Paraguay, el sur del estado brasileño de Mato Grosso y una porción del occidente del de Santa Catalina; no fueron reducidos, por lo que sobre ellos no operó de manera directa la influencia jesuítica. Han mantenido una rígida endogamia y en la actualidad llevan una vida itinerante basada en la venta de objetos típicos de su producción artesanal, de manera que necesitan obtener dinero de esa forma para subvenir al conjunto de sus necesidades. Comerciando los productos de su trabajo —entre los que se destacan las canastas— se han dispersado en los últimos años por una amplia región, ubicando siempre sus precarias viviendas en proximidad de las ciudades de importancia tanto en la provincia argentina de Misiones como en Río Grande del Sur e incluso en San Pablo, donde hace veinte años ya se los veía en las calles de la gran urbe mercando sus productos. Al Uruguay entraron hacia 1984, haciéndose desde entonces notar en las ferias de barrio donde concurren a vender sus cestos.

Habiéndolos entonces descubierto algunas personas que conocían por lecturas etnográficas algo de los pueblos de lengua guaraní, supusieron que los mbyá habían llegado hasta aquí movidos por la idea mesiánica de la búsqueda de la «tierra sin mal». Inspiradas en la simpatía por los indígenas a la que hemos hecho referencia, se impusieron la tarea de hacer que esos mbyá reconstruyeran un modelo de vida que tenía que ver con la ocupación de terrenos húmedos y boscosos que

se parecieran a su selva original, a despecho de que lo hubieran abandonado mucho tiempo atrás integrándose en el fundado en la economía monetaria. Para ello consiguieron que la Intendencia del departamento de Río Negro cediera la isla Filomena Grande, en el río Uruguay, y allí fueron establecidos los mbyá en una suerte de reserva. Todo esto fue presentado por el periodismo exitista como un acto de reparación histórica a los indígenas —genéricamente considerados— de las autoridades del Uruguay o, por lo menos, de algunas de ellas. También se vio el hecho como un reencuentro del país con sus auténticas raíces indias. A propósito, se formó la Asociación Indigenista del Uruguay, que buscó —y logró— el patrocinio de destacados intelectuales nacionales. Mas, como era previsible, la experiencia fracasó en muy breve tiempo: el aislamiento, la falta de recursos, las malas condiciones de la tierra asignada y muy especialmente, las limitaciones que el autoritarismo paternalista de los indigenistas protectores les impuso, hizo que los mbyá abandonaran la isla Filomena estableciéndose en las afueras de la cercana ciudad de Fray Bentos y en la más distante Montevideo, volviendo a fabricar y vender sus típicas canastas. Como los mbyá son pocos —no pasan del centenar en su conjunto— viven en un nivel de pobreza que los asimila a los ojos de los observadores corrientes al sector de los marginados, y todo lo que acabamos de reseñar ocurrió lejos del centro de generación de las noticias, los medios de comunicación que antes se ocuparon bastante de ellos, ignoraron prácticamente el drama de la manipulación de que fueron objeto. En rigor, nada se supo respecto de los lamentables efectos provocados por medidas tomadas ciertamente con la sana intención de beneficiarlos, pero sin el cuidado que requiere todo proyecto que suponga la determinación de la vida de las personas, por lo que en tales casos se vuelve necesario un tratamiento profesional. El traslado de los mbyá a la supuesta tierra de promisión, aparte de las frustraciones personales imaginables, produjo graves rupturas dentro del grupo, pues primero hubo algunas familias que no aceptaron embarcarse en la aventura y luego, alguna otra que decidió, pese a todo, quedarse en la isla. De los responsables de la operación, ninguno ha hecho conocer hasta ahora, un balance crítico de la misma.

Ya prácticamente en el presente —a no más de cuatro años de distancia— otros americanos indígenas han llegado a este país: se trata de algunos mapuches chilenos que han venido a estudiar a la Universidad

de la República. Siendo apenas una decena, se han hecho notar en distintos ambientes por su voluntad de dar a conocer los problemas que vive su pueblo, pero también sus costumbres y su concepción del mundo y de la vida.

En el Uruguay, país sin indios, los indios han adquirido recientemente presencia. Y ello se aprecia también en el sostenido éxito que han conseguido algunas obras literarias o históricas que los han tomado como motivo central; obras por cierto realizadas con cuidadosa metodología y elevado estilo y no —como ocurrió en el pasado— con el mero pretexto de su lírica evocación. Todo ello anuncia una mentalidad colectiva capaz de justipreciar finalmente el papel cumplido por los indios en la formación del Uruguay.

APÉNDICES

CRONOLOGÍA COMPARADA

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1502	Reconocimiento del Río de la Plata por Vespucio en su 4.° viaje (¿?).	4.° y último viaje de Colón: costa de América Central. Moctezuma ocupa el trono de Tenochtitlán.	2.° viaje de Vasco da Gama a la India.	Miguel Ángel trabaja en el *David* (1501-1504).
1512	Viaje secreto de Solís al Plata (¿?).	Ponce de León explora la Florida. Diego Velázquez termina la conquista de Cuba.	Manuel I de Portugal envía al Congo animales, plantas y artesanos.	Miguel Ángel termina de pintar la Capilla Sixtina.
1514	Viaje portugués al Plata narrado en la *Newen Zeytung auss Presillg Land.*	Huaina Capac se establece en Quito.		Durero: *La Melancolía.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1516	Juan Díaz de Solís llega al Plata y es muerto por los indios guaraníes de las islas.		Muere el rey Fernando de Aragón. El sultán Selim conquista Egipto. China autoriza comerciar sólo por el puerto de Macao. Reconocimiento de la Iglesia Anglicana por el Papa León X.	Maquiavelo: *El Príncipe.* Tomás Moro: *Utopía.* Ariosto: *Orlando furioso.* Rafael pinta el *Retrato de Baltasar Castiglione.* Janequin compone *La Batalla de Marignan.*
1520	Arriba al Plata la expedición de Magallanes (12/I). Juan Rodríguez Serrano avista el río Uruguay.	«Noche triste» de Cortés en México (30/VI).		Durero aprecia en Bruselas las primeras obras de arte americanas llegadas a Europa.
1527	La expedición de Sebastián Gaboto fondea en San Gabriel [Colonia] (6/IV). Fundación del fuerte de Sancti Spiritus en la boca del río Carcarañá (9/VI).		Saqueo de Roma por las tropas de Carlos V. Meneses explora la costa de Papúa.	Tiziano pinta el *Retrato de un hombre con un guante.*
1528	El navegante Diego García encuentra la expedición de Gaboto. Remonta el Uruguay hasta San Salvador. Primeras referencias a los indios de la región.	Giovanni Verrazzano alcanza Terranova.	Álvaro de Saavedra llega a las «Islas del Rey» (Marshall).	B. Castiglione: *El cortesano.* Corregio pinta *La Virgen y San Jerónimo.* Attaingnant compone las *Nuevas Canciones.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1529	Destrucción del fuerte de Sancti Spiritus por los indios.		Sitio de Viena por los turcos.	Se publica en Florencia la obra cartográfica de Verrazzano.
1530		Martim Affonso de Souza funda San Vicente.	Coronación imperial de Carlos V. Dieta de Ausburgo.	Copérnico publica los *Comentarios*, donde resume su sistema.
1531	Pero Lopes de Souza toma contacto con los indios de la costa norte del Plata.	Expedición de Nuño de Guzmán por Jalisco y Sinaloa. Pizarro zarpa de Panamá hacia el Perú en su tercera salida.	Enrique VIII, jefe de la Iglesia de Inglaterra.	
1536	Primera fundación de Buenos Aires por el adelantado Pedro de Mendoza (3/II). Combate de Corpus Christi con los indios (15/VI). Sitio de Buenos Aires por los indios.	Sublevación de Manco Cápac II. Sitio del Cuzco. Juan de Ayolas cruza el Chaco hacia el Alto Perú en busca del Imperio del Rey Blanco.	3.ª guerra de Carlos V contra Francisco I de Francia.	Calvino: *Institutio Religionis christianae.*
1537		Fundación de Asunción por Juan de Salazar de Espinosa (15/VIII). Comienzan las Guerras Civiles del Perú (hasta 1546).	Bula *Sublimis Deus* del Papa Paulo III declarando a los indios «hombres verdaderos».	

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1552	Por orden del gobernador de Asunción, Domingo Martínez de Irala, Juan Romero funda el pueblo de San Juan en la desembocadura del arroyo del mismo nombre en el río Uruguay. Los asaltos de los charrúas hacen fracasar este intento de colonización.	Instrucción real española prohibiendo introducir negros islamizados en el Nuevo Mundo.	Iván el Terrible toma Kasán.	Ronsard: *Amours.* Bartolomé de Las Casas: *Obras.*
1555		Los portugueses Escipión y Vicente Goes introducen en Asunción, desde el Brasil, el primer ganado.	Paz de Ausburgo entre Carlos V y Francia.	Nostradamus: *Las Centurias.* Palestrina: *Primer libro de madrigales.*
1573	El adelantado Juan Ortiz de Zárate llega al Río de la Plata. Combate de San Gabriel con los charrúas: Zárate pierde 100 hombres más varios oficiales (XII).	Fundación de Córdoba del Tucumán (6/VII). Juan de Garay, con 80 soldados y 1.000 indios, funda Santa Fe (15/XI). Primer auto de fe en Lima (15/XI).	El maíz es citado por primera vez en un documento chino.	Tasso: *Aminta.*
1574	Zárate funda San Salvador, en la confluencia de este río con el Uruguay. Garay derrota a los charrúas en San Salvador: varios caciques y 200 indios muertos (V).	López de Velazco hace la primera estimación de la población española en América: 160.000 (9.000 pueblos de indios, 200 de españoles).		El Greco pinta *Jesús echando a los mercaderes del templo.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1578	Francis Drake, en su viaje de circunnavegación, llega al Plata (19/IV). John Drake queda cautivo de los charrúas.	Martin Frobisher, en procura de un paso al Asia por el NO, llega a la Tierra de Baffin.	Fundación de Tobolsk, en Siberia.	Ercilla publica la 2.ª parte de *La Araucana*.
1580	Segunda fundación de Buenos Aires por Juan de Garay (11/VI).	Revolución de los mestizos de Santa Fe (31/V). Comienzo del sistema de *asientos* en la trata de esclavos africanos.	Unión de las coronas de España y Portugal bajo Felipe II.	Montaigne: *Ensayos*. Tasso: *Jerusalén liberada*. Construcción del *Palacio de los Dux en Venecia*. Marenzio: *Primer libro de madrigales*.
1584	Garay es muerto por los indios minuanes en la costa del Paraná.	Walter Raleigh establece una colonia en Roanoke [Virginia, EE.UU].	Embajada de japoneses convertidos al cristianismo ante Felipe II.	
1599	El navegante holandés Hendrick Ottsen arriba al Plata. Primera representación gráfica de los indígenas de la región.		Londres cuenta con 200.000 habitantes.	
1607	Expedición de Hernandarias, gobernador de Asunción, contra los charrúas. Hernandarias manda introducir ganado de Santa Fe en la Banda Oriental.	Se otorga a la Compañía de Jesús el gobierno de las misiones del Paraguay.		Monteverdi compone *Orfeo*. Caravaggio pinta la *Muerte de la Virgen*.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1609	Comienzo de actuación de la Compañía de Jesús.		Tregua de 12 años entre España y las Provincias Unidas de Flandes. Expulsión de los moriscos de España.	El Inca Garcilaso de la Vega publica en Lisboa la primera parte de los *Comentarios Reales*. Kepler edita en Praga *Astronomía nueva*. Galileo inventa el telescopio.
1618	Se crea la Gobernación del Río de la Plata: Diego de Góngora, gobernador. Real Cédula de Felipe III (10/X) prohibiendo la compra como esclavos de los indios aprisionados por otros indios («rescates»).		Comienzo de la Guerra de los Treinta Años.	Rubens pinta *Rapto de las hijas de Leucipo*. Harvey descubre la circulación sanguínea.
1619	Predicación del padre Roque González a los indios de la Banda Oriental; inconfirmada fundación del pueblo de Concepción en esta Banda.		Los holandeses fundan Batavia —Yacarta— en la isla indonesia de Java. Fundación de Yenisseisk, en Siberia.	

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1625	Fundación de San Borja, primer pueblo de las misiones jesuíticas al oriente del río Uruguay. Los padres Juan de Vergara y Pedro Gutiérrez fundan las primeras —y fugaces— misiones en la Banda Oriental: San Francisco de Olivares de los Charrúas y San Antonio de los Chanáes.	Los ingleses se establecen en Barbados.	Spinola toma Breda en Flandes. El khan manchú Nurhachi establece su capital en Mukden, en China.	Grocio: *De jure belli et pacis.* Rubens pinta la *Coronación de María de Medicis.* Salomon de Brosse construye el *Palacio de Luxemburgo de París.*
1640	El gobernador Mendo de la Cueva y Benavídez prohíbe a los santafecinos comprar cautivos a los charrúas y yaros (23/VII).		Penetración en Siberia central hasta el río Lena.	Corneille: *Horacio.*
1641	Los indios misioneros derrotan a los paulistas en Mbororé.		Los holandeses desalojan a los portugueses de Malaca y Formosa.	Descartes: *Meditaciones.* Corneille: *Polveucte.* Pascal: máquina de calcular. Torricelli: barómetro de mercurio.
1643	Jerónimo Luis de Cabrera efectúa una «entrada» sin mayor efecto contra los charrúas de la mesopotamia argentina (16/VIII).		Francia declara la guerra a Dinamarca en la Guerra de los Treinta Años. Gobierno de Mazarino (hasta 1661).	

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1646	Encomiendas de charrúas en Santa Fe.			
1654	Fray Bernardino de Guzmán funda Santo Domingo Soriano con indios chanáes y guaraníes. Fray Fco. de Ribas funda San Miguel del Río Negro con guaraníes.		Restauración de la monarquía en Inglaterra.	J. Glauber produce el ácido nítrico.
1658	El viajero Ascarete du Biscay arriba al Plata.		Fundación de la Academia de Ciencias de París.	Etienne de Flacourt: *Historia de la gran isla de Madagascar.*
1665	Gran proceso en Santa Fe por la compra de cautivos guaraníes a charrúas y yaros.			Molière: *Don Juan.*
1673	Los portugueses intentan establecerse en la bahía de Montevideo.	Pedro de Teixeira remontando el Amazonas llega a Quito.		Lully: *Cadmus y Hermione.* Leibniz: máquina de multiplicar.
1680	El gobernador del Brasil, Manuel Lobo, funda la Colonia del Sacramento en la Banda Oriental, frente a Buenos Aires (I). El maestre de campo Vera Mujica desaloja a los portugueses con el concurso de 3.000 guaraníes misioneros.	Revuelta de los indios pueblo en el SO de los EE.UU. Filibusteros del Caribe, a bordo de la nave *Santísima Trinidad,* dan la vuelta a América del Sur.	Recopilación de las Leyes de Indias. Fin del predominio holandés en la trata de esclavos africanos.	

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1681	Devolución de la Colonia del Sacramento a Portugal.			Bossuet: *Discurso sobre la historia universal.* J. Ludolf: *Historia etiópica.* Corelli: *Sonatas Op. 1.*
1690	Los pueblos de Misiones son azotados por una grave epidemia.			Locke: *Ensayo sobre el entendimiento humano.* Papin: *Memoria sobre el empleo del vapor de agua.*
1691	Viaje del padre Antonio Sepp por el río Uruguay. Noticia sobre los indios yaros.			Andrea Pozzo comienza a pintar la *Bóveda de San Ignacio en Roma.* Purcell compone *King Arthur.*
1700	Maloqueos de yaros, bohanes y charrúas desde Corrientes a Santa Fe.		Francia: impuesto del 10 % a las ganancias de toda persona.	Corelli: *Sonatas Op. V.* Bernoulli: cálculo de probabilidades.
1701	Felipe V autoriza a una compañía francesa a introducir negros en el Plata.	Fundación de la Universidad de Yale en EE.UU.	Guerra de Sucesión de España (hasta 1714).	Fray Francisco Ximénez comienza la recopilación del *Popol Vuh.*
1702	El capitán Alejandro Aguirre, con 2.000 guaraníes misioneros, derrota en la margen del río Yi a yaros, bohanes y charrúas.		Exploración del desierto de Libia por Krump.	

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1705	2.ª toma por los españoles de la Colonia del Sacramento con tropas de guaraníes misioneros. Guaraníes misioneros participan en el arreo de 400.000 reses vacunas de la Banda Oriental a la Vaquería de Los Pinares, en Río Grande; muchos desertan, estableciéndose en la Banda Oriental.		Bula *Vineam Domini* condenando el jansenismo.	Madeville: *La fábula de las abejas*. Vivaldi: *Sonatas Op. 1*.
1707	El cacique Cabarí levanta a los charrúas en el norte del país. Saqueo de los pueblos de Yapeyú y La Cruz.		Pedro el Grande de Rusia invade Polonia. Curso forzoso del papel moneda en Francia.	Papin construye un barco a vapor.
1708	Se decide trasladar el pueblo de Soriano de indios chanáes de la isla del Vizcaíno a su ubicación definitiva, en la margen izquierda del río Negro, casi en su desembocadura en el Uruguay. Fundación de las misiones franciscanas de Aldao, Espinillo y Víboras.	Luchas entre portugueses y paulistas por minas de oro. Los paulistas quedan impedidos de actuar en Minas Gerais.		

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1709-1710	Ataques de charrúas a balsas de jesuitas en el río Uruguay.			
1716	El sargento mayor Francisco Carballo hace una «entrada» contra los charrúas de Entre Ríos y es derrotado. Nueva «entrada» igualmente frustrada contra los charrúas de Entre Ríos de Martín de Barúa.			
1717	El gobernador Bruno Mauricio de Zabala ordena construir un fuerte en la bahía de Montevideo.	Rebelión de los Comuneros en el Paraguay.	Formación de la Gran Logia masónica de Londres.	Watteau pinta *Embarque para Citerea.*
1720	Derrota y muerte del corambrero Moreau por el capitán Patiño y Pando con tropa de españoles y chanáes.	Los españoles se establecen en Texas. Boston alcanza los 16.000 habitantes.	Federico I de Prusia cede a los holandeses sus establecimientos africanos.	
1723	El maestro de campo portugués Freitas da Fonseca desembarca en Montevideo para establecer un punto fortificado (22/XI).	Fin de la guerra de Inglaterra y Francia contra España. Supresión del Virreinato de Nueva Granada, creado en 1717. Se establecen en Santa Catalina colonos de las islas Azores.	Toma de Bakú por Rusia. Recomposición de la Compañía Francesa de las Indias.	Bach: *La Pasión según San Juan.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1724	Zabala lleva expedición contra los portugueses integrada por 2.000 guaraníes misioneros. Los portugueses se retiran de Montevideo. Zabala deja en el lugar artillería, soldados y algunas familias procedentes de Buenos Aires.	Comienzo de la rebelión encabezada por José de Antequera en Paraguay (hasta 1731).	Fundación de la Bolsa de Comercio de París.	J.F. Lafitau: *Costumbres de los salvajes comparadas con las de los primeros tiempos.*
1726	Desembarcan en Montevideo 20 familias de colonos canarios y gallegos (19/XI).		Expedición de Berhing a Kamchatka.	Vico: *Principios de una ciencia nueva.*
1728	Reparto de las primeras estancias entre los pobladores de Montevideo. El capitán Francisco de Alzáybar trae a Montevideo 400 soldados y 30 familias canarias. Se avecinan en Montevideo otras familias venidas de Buenos Aires y Asunción. 1.000 indios tapes trabajan en las fortificaciones.		Jorge II, rey de Inglaterra.	

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1730	Zabala crea el primer Cabildo de Montevideo. Minuanes sublevados matan más de 100 españoles, haciendo temer por la permanencia de la nueva ciudad (XII).	Adelanta la construcción del camino entre Curitiba y Río Grande, completado en 1731.	Pontificado de Clemente XII.	Iglesia de *San Francisco de Acatepec.*
1732	Armisticio con los minuanes (22/III). Completa derrota a manos de los charrúas en Entre Ríos del sargento mayor Martín de Sandoval. Epidemia en los pueblos de Misiones.	Los ingleses fundan la colonia de Georgia [EE.UU.] Primeras estancias ganaderas («sesmarías») en el territorio de Río Grande.		Domenico Scarlatti: *Sonatas.*
1733	Los portugueses se establecen en Río Grande del Sur.		Guerra de Sucesión de Polonia.	Pope: *Ensayo sobre el Hombre.* Rameau: *Hipólito y Aricia.*
1734	Tercer sitio de los españoles a la Colonia del Sacramenteo, con 4.000 guaraníes misioneros.	Fernando de Abreu explora el Matto Grosso.		Fundación del *Museo Capitolino* en Roma con obras de la antigüedad grecorromana. Bach: *Oratorio de Navidad.*
1735	Campaña de los correntinos contra los charrúas; fracasa por el temor de los santafecinos de que su territorio resultara invadido.	Los portugueses ocupan la Vaquería de los Pinares en territorios de Río Grande; trasladan ganados a Curitiba.	Guerra ruso-turca (hasta 1739). Los rusos logran acceso al mar Negro.	Rameau: *Las Indias galantes.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1738	Intento de Francisco Javier Echagüe y Andía por lograr un acuerdo con los charrúas en Santa Fe mediante dádivas e intimidación, que no tiene éxito.			Bach: *Misa en Si.*
1741	Intento fracasado del maestre de campo Nicolás González por aplastar a los charrúas de Corrientes. Los charrúas baten además a su subordinado el capitán Bartolomé Fernández, al que mandan desnudo junto con sus hombres.	Se crea la «Nova Capitania do Rio Grande do Sul».	Dieta de Presburgo: Carlos Alberto de Baviera es elegido Emperador (Carlos VII, 1742-1745).	Vivaldi: *Juditha triunphans.*
1742	Comienza a construirse la Ciudadela de Montevideo con mano de obra guaraní misionera.	Inicio de la rebelión de Juan Santos Atahualpa en el Perú (hasta 1756).	Benedicto XIV condena los métodos de los jesuitas en China. Dupleix es nombrado gobernador general de la India francesa.	Händel: *Mesías.* Termómetro centígrado (Celsius).
1749	Campaña contra los charrúas de Francisco B. de Zabala en la zona de Soriano (20/IV/-21/V).			Bach: *Ofrenda musical.* Se comienza a publicar la *Historia Natural* de Buffon. Franklin inventa el pararrayos. Fundación de la Escuela de Minas de París.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1750	Con charrúas apresados en Entre Ríos se crea la reducción de Concepción de Cayastá en Santa Fe, que desaparecerá hacia finales del siglo.	Se calcula en 1.400.000 los esclavos negros de las plantaciones e ingenios azucareros de Cuba.	Tratado de Madrid por el que España cede las Misiones Orientales a Portugal a cambio de la Colonia del Sacramento.	Rousseau publica *Discurso sobre las ciencias y las artes.*
1751	Asume su cargo el primer gobernador de Montevideo, José Javier de Viana (III). Campaña contra los indios minuanes del mayor Manuel Domínguez en la zona oriental del país: más de 120 muertos y otros tantos cautivos (iniciada el 17/III/1750).	La Corona portuguesa elimina las diferencias legales entre sus súbditos y los tapes; legitimación de los hijos de matrimonios mixtos.	Prohibición de los autos de fe en Portugal.	Voltaire: *El siglo de Luis XIV.* Publicación del primer volumen de la *Enciclopedia.*
1752	Llegan a Montevideo los comisarios encargados de fijar los nuevos límites establecidos por el Tratado de 1750.			Primera condena eclesiástica de la *Enciclopedia.*
1754	Comienzo de la guerra Guaranítica provocada por el Tratado de 1750: los guaraníes misioneros resisten pasar al dominio portugués. Los charrúas apoyan a los guaraníes: batalla del Daymán (3/X).	Guerra colonial franco-inglesa en el Canadá.		Rousseau: *Discurso sobre la desigualdad.* Condillac: *Tratado de las sensaciones.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1756	Los guaraníes al mando de Nicolás Ñanguirú son masacrados en el combate de Caaibaté (10/II): fin de la guerra Guaranítica. Fundación de Salto y Maldonado con indios guaraníes y criollos. Llega a Montevideo el primer cargamento de negros embarcados en Angola.	Fin de la rebelión de Juan Santos Atahualpa en el Perú.	Comienzo de la guerra de los Siete Años, que involucra a Prusia, Francia e Inglaterra.	Voltaire: *Ensayo sobre las costumbres.*
1762	El gobernador Pedro de Ceballos inicia el 4.° sitio de la Colonia del Sacramento con 2.000 guaraníes misioneros. Paz con los minuanes (hasta 1764): 5 minuanes concurren al Cabildo de Montevideo (29/III). Ceballos funda San Carlos con familias portuguesas.		El Parlamento de París ordena la supresión de la Compañía de Jesús.	Rousseau: *Emilio. El Contrato Social.* Gluck compone *Orfeo.*
1763	La Colonia del Sacramento es tomada por Ceballos. Nuevamente los minuanes se presentan ante el Cabildo de Montevideo (10/III). Pernety en Montevideo: referencias sobre los minuanes.	El nuevo Tratado de Madrid cede la Colonia a Portugal. Los ingleses conquistan el Canadá. Rebelión de Pontiac, jefe de los ottawas.	Instrucción primaria obligatoria en Prusia. Fracaso de intento de colonización inglesa en Senegambia.	Voltaire: *Tratado de la tolerancia.* De Lacaille: *Coelum australe stelliferum.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1767	Bougainville llega a Montevideo. Nuevas referencias sobre los minuanes.		Carlos III de España ordena la expulsión de los jesuitas de sus dominios. Wallis llega a Tahití.	Holbah: *El cristianismo develado.* Rousseau: *Diccionario de la música.* Watt construye una máquina de vapor.
1774	Fundación de Canelones con familias asturianas y gallegas.	Real Cédula que concede libertad de comercio a México, Guatemala, Nueva Granada y Perú.	Sube al trono de Francia Luis XVI. Ministerio de Turgot.	Goethe: *Werther.* Falckner: *Descripción de la Patagonia.* Pristley aisla el oxígeno.
1776	Creación del Virreinato del Río de la Plata (Ceballos, 1.er virrey) formado por las Gobernaciones del Río de la Plata, Paraguay, Tucumán y Cuyo y la Presidencia de Charcas. Los portugueses se instalan nuevamente en Río Grande del Sur. Se construye la primera plaza de toros de Montevideo.	El Congreso de Filadelfia proclama la independencia de los EE.UU. de Norteamérica (7/VI).		*Suplementos de la Enciclopedia.* Adam Smith: *Riqueza de las naciones.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1777	5.° sitio y destrucción de la Colonia del Sacramento por el virrey Ceballo, con tropas integradas por guaraníes misioneros.	Tratado de San Ildefonso, que fija nuevos límites entre las colonias: Santa Catalina y la mayor parte de Río Grande del Sur a Portugal; la Colonia a España. Rebelión de los indios de Chihuahua y Sonora.	Cook llega a las islas Hawai y es muerto por los nativos.	John Curr perfecciona el transporte sobre rieles de hierro en las minas. Pigalle esculpe el *mausoleo del Mariscal de Saxe en Estrasburgo.*
1780	Fundación del pueblo de Las Piedras.	Sublevación en Tinta (Cuzco) de José Gabriel Condorcanqui (Túpac Amaru II).	En Sudáfrica la expansión de los bóers rechaza a los hotentotes al norte del río Orange.	Puccini compone *Ifigenia en Táuride.* Burke: *Discurso sobre la reforma económica.* Lavoisier sienta las bases de la química moderna.
1781	Establecimiento del primer saladero del Río de la Plata sobre el arroyo Colla (Rosario oriental). Fundación de Pando: no se autoriza que se establezcan allí guaraníes para no fomentar la deserción de los pueblos de las misiones.	Sitio de La Paz por Julián Apasa (Túpac Katari). Rebelión de los comuneros de Nueva Granada. Derrota de los ingleses en York Town, EE.UU. (19/X).		Kant: *Crítica de la razón pura.* Rousseau: *Confesiones.* Houdon esculpe la *estatua sedente de Voltaire.* Herschel descubre el planeta Urano.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1782-1783	Fundación de los pueblos de San Juan Bautista (actualmente Santa Lucía), Minas y San José, como en tantos otros, con el apoyo de pobladores guaraníes misioneros.			Montgolfier: aeróstato inflado con aire caliente.
1789	Proyecto de Félix de la Rosa para la población de la campaña y reducción de minuanes y charrúas.	Entrada en vigor de la constitución federal de los EE.UU. Washington, 1.er presidente.	Revolución Francesa. Ordenanza de Carlos III de España sobre la esclavitud; Inglaterra protesta por considerarla excesivamente benigna y contraria a los intereses de sus colonias.	Bentham: *Principios de moral y legislación.* Haydn: *Sinfonía Oxford.*
1790	Comienzo de la construcción de la iglesia Matriz de Montevideo con mano de obra guaraní misionera.	Los ejércitos norteamericanos son derrotados por las tribus confederadas de Ohio.	«Año de La Fayette» en la Revolución Francesa. Bruce alcanza las fuentes del Nilo.	Burke: *Reflexiones acerca de la Revolución Francesa.* Soufflot construye el *Panteón* de París. Mozart: *Così fan tutte.* Jenner publica *Investigaciones sobre la causa y efectos de la viruela.*
1792	Informe del fiscal del Cabildo de Santa Fe, Antonio de la Zarza: última referencia documental a los charrúas en Santa Fe.		Convención girondina; proclamación de la República Francesa (21/X).	Cimarosa: *El matrimonio secreto.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1796-1797	Captura de minuanes y charrúas en vaquerías por el capitán Jorge Pacheco. Creación del cuerpo de Blandengues para contener los avances portugueses y los indios.		Las tropas republicanas francesas inician la campaña de Italia (1796-92).	Goya: *Caprichos.*
1798	Gran alzamiento charrúa minuan: aproximadamente 1.000 guerreros atacan Yapeyú, La Cruz y San Borja. El teniente coronel Francisco Rodrigo los bate matando 300 y aprisionando 150.		Proclamación de la República de Roma y exilio del Papa. Campaña de Egipto de Napoleón. Bass confirma la insularidad de Tasmania. Los colonos bóers en Sudáfrica realizan operaciones de exterminio de los bosquimanos.	Malthus: *Ensayo sobre el principio de la población.* Haydn: *La creación.* Lacepède: *Historia natural de los peces.*
1800	Fundación de Batoví en la zona fronteriza con los dominios de Portugal por Félix de Azara.		Acta de unión de Inglaterra e Irlanda. Prohibición de importar opio en China.	Goya: *La Familia de Carlos IV.* Volta: pila eléctrica.
1801	Campaña del capitán Jorge Pacheco contra los charrúas (1800-1801). Pacheco funda Belén sobre el río Uruguay. Borges do Canto ocupa los 7 pueblos de Misiones. Acuerdo con los charrúas.		Fuerzas inglesas ocupan la costa oriental de la India.	Jacquard: telar mecánico. Fulton: submarino. Delessert: azúcar de remolacha.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1802	Andrés de Oyarbide efectúa el reconocimiento del río Uruguay. Recaba informes de ancianos chanáes.	Sublevación independentista de la colonia francesa de Santo Domingo. Toussain Louverture cae prisionero.	Bonaparte nombrado cónsul vitalicio.	Chateaubriand: *El genio del cristianismo.* Foscolo: *Últimas cartas de Jacopc Ortiz.* Gay-Lussac: dinámica de los gases.
1803	Intento de sublevación de los esclavos de Montevideo.	Proclamación de la independencia de Haití (XI). Francia vende la Louisiana a los EE.UU.	Primera colonia inglesa en Tasmania.	Say: *Tratado de economía política.*
1804	El coronel Rocamora efectúa una expedición para aplastar a los charrúas; Artigas, oficial de Blandengues, actúa de manera que fracase. Javier de Viana conduce una nueva expedición que tiene poco éxito por las maniobras de Artigas para proteger a los charrúas.		Promulgación del Código Civil en Francia.	El geógrafo Malte-Brun da el nombre de «Oceanía» a las islas del Pacífico.
1806	Los ingleses ocupan Buenos Aires (27/VI); es reconquistada por tropas de Montevideo (12/VIII). Toma de Maldonado por los ingleses (9/IX).	Francisco Miranda desembarca en Venezuela: es rechazado en Ocumare y luego se apodera de Coro.	Campañas napoleónicas en Prusia y Polonia.	Comienza la construcción de la iglesia de *la Madeleine y el Arco de Triunfo* en París.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1807	Toma de Montevideo por las tropas inglesas del general Auchmuty (3/II). Aparece en Montevideo el primer periódico de América del Sur publicado en inglés y español *The Souther Star*, que hace propaganda por la independencia de España. Retiro de los ingleses del Plata (9/IX).	Derrota de los ingleses en Buenos Aires (6/VII).	Supresión de la trata de esclavos por Inglaterra. Huida de la corte portuguesa al Brasil por la ocupación napoleónica de Lisboa.	Fulton: barco de vapor. Jean Itard presenta a la Sociedad de Observadores del Hombre de París, la *Memoria sobre el «salvaje» de Aveyron*.
1808	Primera Junta de Gobierno en Montevideo (21/IX). Feycinet crea el primer observatorio astronómico de Montevideo.	Prohibición de la trata en EE.UU. (I). Bolivar ocupa el poder en Caracas.	José Bonaparte, rey de España. Guerra de Independencia (1808-1813). Cortes de Cádiz. La Logia Lautaro inicia sus actividades en Cádiz. El capitán Folges llega a Pitcairn y encuentra a los descendientes de los amotinados de la *Bounty* (1789).	Beethoven: *Sinfonía pastoral*. Canova: estatua de *Paulina Borghese*. Malus: polarización de la luz.
1810		Fusilamiento de Pedro D. Murillo en la Paz (I). Revolución en Buenos Aires: destitución del virrey (25/V). Revuelta en Quito (2/VIII). Hidalgo da el «Grito de Dolores» en México (16/IX).	Creación de la Universidad de Berlín. Desempleo y hambre en Inglaterra.	Könirg: prensa de imprimir mecánica.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1811	«Grito de Asencio»: comienzo de la guerra de independencia del Uruguay de España (28/II). Artigas derrota a los españoles en Las Piedras (18/V). Sitio de Montevideo (21/V). Invasión portuguesa de la Banda Oriental (17/VII). Los portugueses son desalojados de Paysandú por Balta Ojeda y el cacique charrúa Manuel Artigas («El Caciquillo») (7/X). Armisticio entre el gobierno de Buenos Aires y el gobernador español de Montevideo F.J. Elío: levantamiento del sitio (10/X). Artigas, traicionado, se retira a Entre Ríos («Éxodo del Pueblo Oriental») con 3.000 soldados y 13.000 civiles; lo acompañan 400 charrúas y 500 guaraníes, 500 negros esclavos que iban con las familias a las que pertenecían y unos 1.000 más huidos de sus amos.	Independencia del Paraguay. El general español Goyeneche derrota en el Alto Perú a las fuerzas patriotas (20/VI). Creación del Triunvirato en Buenos Aires (23/IX). Fco. Antonio de Zela se levanta en Tacna. Fusilamiento de Hidalgo en México (27/VII). Antonio Nariño es nombrado presidente de Cundinamarca.	Supresión de las corporaciones en Alemania. Primeras revueltas contra el maquinismo en Inglaterra («luddistas»).	Avogadro: *Ensayo sobre el medio de determinar las masas relativas de las moléculas elementales.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1812	El gobernador de Montevideo, Vigodet, rompe el armisticio con Buenos Aires. El Triunvirato porteño hace un convenio con los portugueses para la evacuación de la Banda Oriental. Combate del Dayman: tropas portuguesas al mando de Joaquín d'Oliveira derrotan a los charrúas, matando a 4 caciques. Manuel de Sarratea —nombrado por el Triunvirato generalísimo de la Banda Oriental— elabora un plan de exterminio de los charrúas para debilitar a Artigas. Los charrúas quitan a Sarratea 2.700 caballos y 700 bueyes, impidiéndole actuar. Los charrúas se establecen sobre el río Santa Lucía, acompañando a las fuerzas artiguistas en el segundo sitio a Montevideo.	Insurreción en el Perú de Juan José Crespo y Castillo. Miranda es nombrado generalísimo en Venezuela.	Campaña de Rusia de Napoleón (24/VI-27/XI). Constitución liberal española elaborada por las Cortes de Cádiz.	Byron: *Childe Harold.* Vendel-Simonsen expone la teoría de las «tres edades» para clasificar la prehistoria europea.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1813	Artigas, vuelto del Ayuí (Entre Ríos) acampa cerca de Montevideo (Paso de la Arena) con 5.000 soldados y 100 charrúas (20/I). Los chárruas desafían ante las murallas a los defensores de Montevideo (27/II). Primer Congreso nacional en Tres Cruces (4/IV). Artigas es nombrado Presidente del Gobierno Provincial (20/IV). Los charrúas sumados al sitio acampan a 3 leguas de Montevideo (18/VIII).	Abolición del Tribunal del Santo Oficio en Lima (23/IX). Saqueo por el pueblo del local de la Inquisición. Bolívar decreta la «Guerra a Muerte».	Austria declara la guerra a Napoleón (12/VIII). Sublevación de Holanda contra Napoleón (17/II). Fernando VII vuelve a ocupar el trono español (11/XII).	Giuseppe Piazzi: *Catálogo estelar.*
1814	Artigas se retira del sitio de Montevideo, ubicándose sobre el arroyo Mataojo, en pleno territorio charrúa (20/I). Sublevación de las provincias argentinas contra Buenos Aires. Capitulación de Montevideo (21/VI); caída definitiva del poder español en el Plata. Los porteños ocupan la plaza fuerte.	Insurrección de Mateo García Pumacahua en el Perú. José Tomás Boves derrota a Bolívar (15/VI). Andrew Jackson, con tropas de Alabama, ataca a los indios creek.	Abdicación de Napoleón (11/IV) y retiro a la isla de Elba. Congreso de Viena (X). Pío III restablece la Compañía de Jesús. Fernando VII reinstituye la Inquisición (21/VI).	Goya: *Los fusilamientos del 2 de mayo.* Stephenson: locomotora de vapor.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1815	Fructuoso Rivera destroza en Guayabo las tropas porteñas mandadas por Dorrego (10/I). Los charrúas posibilitan el triunfo impidiendo proveerse de ganado al ejército porteño y aislándolo al cerrar los pasos en ríos y arroyos. Desalojo de Montevideo por las tropas porteñas (25/II): primera independencia. Muere Juan Francisco García de Zúñiga, el hombre más rico de Uruguay, dejando a sus 14 hijos 850.000 cuadras de campo, varias casas en Montevideo y 200 esclavos, además de otros bienes.	La expedición reconquistadora española del general Morillo llega a Venezuela (IV). Bolívar se refugia en Jamaica.	Napoleón regresa de la isla de Elba (1/III); es vencido en la batalla de Waterloo (18/VI). Constitución de la Santa Alianza (29/IX). Metternich impulsa la Confederación Germánica.	Fresnel: teoría ondulatoria de la luz.
1816	Segunda invasión portuguesa de la Provincia Oriental (VIII). José A. Berdún, Pantaleón Sotelo y «Andresito», invaden las misiones orientales con batallones guaraníes. Pavimentación de las calles de Montevideo.	El Congreso de Tucumán declara la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata (9/VII). Bolívar regresa de Haití. Miranda muere en prisión en Cádiz (14/VII). Comienzo de la primera guerrra con los indios seminolas en EE.UU.	En Prusia, nueva legislación agraria provoca formación de latifundios y emigración campesina a las ciudades. Formación del proletariado industrial. El Nepal deviene un estado vasallo.	Ingres pinta el *Retrato de Mme. Destouches.* Rossini: *El barbero de Sevilla.* Darby: lámpara de seguridad para las minas.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1817	El general portugués Lecor ocupa Montevideo (20/I). Instalación del faro de la isla de Flores.	El general José de San Martín cruza con su ejército los Andes hacia Chile (I).	Unión de las iglesias luteranas y reformadas de Prusia. Sumisión a Inglaterra de los Estados Maharashtras y Rajputanos en la India.	Rousseau: *Ensayo sobre el origen de las lenguas.* Ricardo: *Principios de economías política.*
1818	Combates de las tropas artiguistas por toda la Provincia Oriental, Río Grande del Sur y Entre Ríos.	Jura de la independencia de Chile (12/II).	Epidemia de tifus en Europa.	
1819	Connvivencia antiartiguista entre el general José Rondeau, director supremo de las Provincias Unidas, y el general Lecor. Andresito cae prisionero de los portugueses (24/VI).	Bolívar derrota a las tropas realistas en Boyacá. Congreso de Angostura (15/II). España cede la Florida a los EE.UU. J.B. Vernay, discípulo de David, crea la Academia de Bellas Artes de La Habana.	Inicio de la unión aduanera *(Zollverein)*en Alemania.	Schopenhauer: *El mundo como voluntad y representación.* W. Scott: *Ivanhoe* Géricault pinta *La balsa de la Medusa.* Thomsen organiza en Copenhague el 1.er museo etnográfico del mundo. Invención del estetoscopio por Läennec.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1820	Derrota final de las fuerzas artiguistas en la Prov. Oriental por los portugueses: combate de Tacuarembó (22/I) en territorio charrúa —500 muertos, 500 prisioneros, la mayoría guaraníes misioneros—. Tratado del Pilar (23/II): triunfo de la idea federalista en la Argentina. Artigas es completamente derrotado por su antiguo subordinado Pancho Ramírez en territorio de Entre Ríos (23/II). Otros jefes artiguistas guaraníes —Perú Cutí, Matías Abacúson también derrotados (23/27/VII). Artigas marcha sobre Misiones y sitia su capital Asunción del Cambay; nuevamente derrotado por fuerzas de Ramírez, se asila en el Paraguay (5/IX).	Sublevación de Guayaquil (9/X). Expedición libertadora del Perú: el ejército de San Martín desembarca en Pisco (8/IX). Comienzo de un período de revueltas de esclavos en Cuba. Proporción entre negros esclavos y libres: EE.UU: 6/1 Brasil: 3/1 Cuba: 2/1.	Alzamiento de inspiración liberal del general Rafael del Riego y Núñez en España. En Arabia, los príncipes de Hail se apoderan del reino de Riad.	Belzoni: *Relato de las operaciones y recientes descubrimientos en las Pirámides, Templos, Tumbas y excavaciones de Egipto y Nubia.* Descubrimiento de los fenómenos electro dinámicos por Ampère y Oersted.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1822	Disensiones entre los ocupantes de la Prov. Oriental por apoyar u oponerse a la independencia del Brasil.	«Grito de Ipiranga»: el Brasil se separa de Portugal y se constituye en Imperio (7/IX). Iturbide emperador de México. El general Antonio José de Sucre obtiene en la batalla de Pichincha (24/V) un triunfo decisivo para la independencia americana de España.	Hambruna en Irlanda. El Congreso Nacional de Epidauros proclama la independencia de Grecia del dominio turco.	Beethoven: *Misa en Re.* Schubert: *Sinfonía Inconclusa.* J.F. Champollion comunica a la Academia francesa el desciframiento de la escritura jeroglífica egipcia.
1825	El general Juan Antonio Lavalleja —ex teniente de Artigas— con 32 hombres invade el Uruguay iniciando la guerra contra la ocupación brasileña («Cruzada de los 33», 19/IV). Declaración de independencia respecto del Brasil (25/VIII). Libertad de vientres (5/IX). Triunfos patriotas en las batallas de Rincón (24/IX) y Sarandí (12/X). El sargento mayor Benito Silva vive con los charrúas; calcula que suman unos 500 individuos.	Proclamación de la independencia de Bolivia (9/VIII).	Comienzo de la industrialización en Francia, Suiza, Bélgica y Holanda.	José María de Heredia: *Poesías.* Sturgeon: electroimán. Hallazgo en caverna de Kent de diente de rinoceronte asociado a un instrumento de piedra.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1827	Destrucción de la escuadra brasileña por el Almirante J. Brown en el Juncal (9/II). Triunfo del ejército argentino-oriental en Ituzaingó, en territorio brasileño (20/II).	Bolívar crea una comisión para estudiar proyecto de construcción de un canal interoceánico en Panamá.	René Caillé llega a Tomboctú. Tratado de Londres: Inglaterra, Francia y Rusia apoyan la independencia de Grecia.	Manzoni: *Los novios.* Walker: fósforos de raspado.
1828	Conquista de las Misiones Orientales por el general Fructuoso Rivera con decisiva ayuda de los guaraníes (V). Mediación británica: Convención Preliminar de Paz (27/VIII). Las tropas brasileñas desalojan Montevideo (18/XII).	El general Juan Lavalle, fusila al general Manuel Dorrego, gobernador de Buenos Aires. Asesinato del mariscal Sucre en Berruecos, Pasto.	Establecimiento de un servicio regular de buques entre Liverpool y Nueva York. Surgimiento del Branmasamaj, religión sincrética cristiano-hinduista.	Berlioz: *Sinfonía fantástica.* Comienzo de la química orgánica: síntesis de la urea por Wöhler. Bell: máquina segadora.
1829	Con guaraníes misioneros que acompañaron a Rivera a la entrega de las Misiones para facilitar la paz, se funda el pueblo de Santa Rosa del Cuareim (Bella Unión).	Manuel de Rosas gobernador de Buenos Aires. Venezuela se separa de la Gran Colombia (XI).		Faraday descubre las cualidades anestésicas del éter.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1830	Jura de Constitución de la República Oriental del Uruguay (18/VII). El general Fructuoso Rivera es elegido primer Presidente (24/X). Población: 74.000 habitantes en todo el territorio nacional. Montevideo, 14.500, de los cuales 2.500 eran esclavos. Se estrena en Montevideo la ópera *El Engaño Feliz* de Rossini (14/V).	Quito se separa de la Gran Colombia (13/V). Muerte de Bolívar (17/XII). José Antonio Páez primer Presidente de Venezuela. El Congreso de los EE.UU. aprueba el plan de traslado de pueblos indios pospuesto por el presidente Andrew Jackson.	Revoluciones en Europa. En Francia, luego de la revolución de julio, reinado de Luis Felipe. Toma de Argel por Francia. Independencia de Bélgica. Ferrocarril Londres-Manchester. Epidemia de cólera en Europa.	Stendhal: *Rojo y negro.* Compte: *Curso de filosofía positiva.* «Batalla» por la representación del drama *Hernani* de V. Hugo. Braconnot: nitrocelulosa. Thimonier: escafandra estanca. Siebe: máquina de coser.
1831	Aplastamiento de los charrúas por Rivera en Salsipuedes (11/IV): 40 muertos y 300 prisioneros. Reglamentación de las obligaciones de quienes tuvieran cautivos charrúas (9/V). Campaña del coronel Bernabé Rivera contra los charrúas sobrevivientes de Salsipuedes (27/VI). Derrota y captura de charrúas en Mataojo (23/VIII). Estreno de *El Barbero de Sevilla* (24/I).	Pedro II, Emperador del Brasil.	Mazzini funda la «Joven Italia». Insurrección de los tejedores de Lyon. Derrota de la rebelión polaca contra el dominio zarista. Charles Darwin comienza su viaje alrededor del mundo en el *Beagle.*	Michelet: *Introducción a la Historia Universal.* Delacroix expone en el «Salón» *La libertad guiando al pueblo.* Braille: método de lectoescritura para ciegos. Faraday: producción de corriente eléctrica por inducción.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1832	El charrúa Ramón Mataojo es enviado para que lo estudien en Francia (16/I); permanece como marinero y muere en alta mar en el Mediterráneo (12/IX). Sublevación de los guaraníes de Bella Unión. Bernabé Rivera los bate en Arapey Chico (5/VI) y Belén (7/VI). Fundación de San Borja del Yi con los trasladados de Bella Unión. Bernabé Rivera descubre un pequeño grupo charrúa y al perseguirlo es muerto por éstos junto con otros dos oficiales y nueve soldados en Yacaré Cururú (21/VI). Los escasos remanentes charrúas se internan en territorio brasileño.	Constitución de la República de Nueva Granada; Francisco de Paula Santander, primer Presidente. John Marshall enuncia la doctrina de las «naciones dependientes» para los indios de los EE.UU.	Ley Guizot sobre enseñanza primaria en Francia. Polonia pasa a ser provincia rusa.	Larra: *Cartas de un pobrecito hablador.* Pellico: *Mis prisiones.* Termina la campaña arqueológica en Pompeya (iniciada en 1806): queda despejada la mayor parte de la ciudad. Fourneyron: turbina hidráulica. Sauvage: hélice de propulsión.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1833	François de Curel es autorizado a llevar 4 cautivos charrúas para exhibirlos en Francia: Senaqué, Vaimaca Perú, Tacuabé y Guyunusa (25/II). El «médico» Senaqué muere en París (26/VIII). El cacique Vaimaca muere también en París en los finales de año. Charrúas desterrados en las islas Malvinas atacan el establecimiento de L. Vernet bajo el mando del gaucho Antonio Rivero (26/VIII). Introducción de esclavos negros de contrabando. José Benito Lamas inaugura la cátedra de Filosofía. Población del país: 100.000 habitantes.	Dictadura de Santa Ana en México. Revolución federal en Buenos Aires (X).	Abolición de la esclavitud en las colonias británicas. Comienzo de la primera guerra Carlista en España. Se crean en Inglaterra las primeras organizaciones *trade union* proyectadas por Robert Owen.	Goethe: *Segundo Fausto.* Balzac: *Eugenia Grandet.* Lyell: *Principios de geología.* Faraday: electrolisis.

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1834	Guyunusa muere de tuberculosis en el hospital de Lyon el mismo día de su ingreso (22/VII). Tacuabé escapa y se pierde con la hija de ambos de ocho meses de edad.	Política anticlerical en México: clausura de colegios y de la Real Pontificia Universidad.	Sitio de Bilbao por los carlistas. Saqueo de conventos en España. Insurrecciones populares en París y Lyon.	Gogol: *Tarás Bulba.* Lammenais: *Palabras de un creyente.*
1835	Charrúas obligados a combatir en la «guerra de Farrapos» en Río Grande del Sur.	Rosas de nuevo gobernador de Buenos Aires. Guerra México-EE.UU.	Ley de pobres en Inglaterra.	De Tocqueville: *La democracia en América.* Balzac: *Papá Goriot.* Colt: revólver.
1840	Charrúas refugiados en la sierra de Caveirá, Río Grande del Sur, zona cercana a la frontera. El sargento mayor Benito Silva vuelve a encontrarse con los charrúas: solamente sobreviven ocho hombres adultos y diez mujeres y niños.	Brasil: fin de la Regencia. Pedro II permanecerá en el trono imperial hasta la proclamación de la república en 1889. Guerra civil en Colombia. Muere el «Dictador Perpetuo de la República» del Paraguay, José Gaspar Rodríguez de Francia. Manuel Oribe derrota a Juan Lavalle en Quebracho Herrado, obligándolo a retirarse hacia el norte de la Argentina.	Intentos frustrados de golpe de estado en Francia por Luis Bonaparte. Federico Guillermo IV ocupa el trono alemán; proclama una amplia amnistía política.	Proudhon: *Qué es la propiedad.* Thierry: *Relatos de los tiempos merovingios.* Poe: *Historias extraordinarias.* Rossini: *Stabat Mater.*

	Uruguay y Río de la Plata	América	Acontecimientos mundiales	Artes, letras y ciencias
1862	Los poquísimos charrúas que aún sobrevivían son diezmados por la viruela. Fundación de villa Ceballos en la línea fronteriza con Brasil; cinco años más tarde se le cambia el nombre por Rivera, en homenaje a Bernabé Rivera. El Vicario Apostólico Monseñor Jacinto Vera es desterrado como resultado del conflicto entre el Gobierno y la Iglesia.		Ministerio de Bismarck en Prusia; «Realpolitic». Lasalle hace conocer su «Programa obrero».	Monet pinta *Lola de Valencia.* Hugo: *Los miserables.* Flaubert: *Salambó.*
1866	Sepé, último cacique charrúa sobreviviente, a quien se atribuía haber muerto a Bernabé Rivera, es envenenado como resultado de una chanza cruel. Las ciudades de Montevideo y Buenos Aires se vinculan por telégrafo submarino.	La escuadra española bombardea Valparaíso (31/V). Fundación del Ku Klux Klan en Tennessee. Evacuación de las tropas francesas de México que habían apoyado a Maximiliano de Habsburgo en su intento por establecer una monarquía en ese país. Guerra del Paraguay —contra Brasil, Argentina y Uruguay— batallas de Tuyutí, Estero Bellaco, Boquerón y Curupaytí.	Instalación del primer cable submarino. Reforma parlamentaria en Suecia. Guerra austro-prusiana.	Verlaine: *Poemas saturnianos.* Zola: *Teresa Raquin.* Dostoievski: *Crimen y castigo.* Smetana: *La novia vendida.* Prensa rotativa (Marinoni). Torpedo (Whitehead).

	Ciudades y Río de la Plata	Autores	Antecedentes europeos	Años vista y [illegible]
1842	Los pequeños círculos que [illegible] se dicotomizan en [illegible] de un [illegible]	[illegible]	Matemáticas de Euclides en [illegible] Analítica [illegible] Fragmentos [illegible]	Salomón [illegible] Zola de Vélez [illegible] Flores [illegible] Flavio [illegible]
1844	[illegible]	La [illegible] Exposición de la [illegible] Exposición de la [illegible]	Desarrollo del primer [illegible]	[illegible]
			Cinco [illegible]	[illegible]
				[illegible]
				[illegible]

NOTAS BIOGRÁFICAS Y BIBLIOGRÁFICAS

Acevedo Díaz, Eduardo. Hombre de extraordinaria importancia en la vida política e intelectual del Uruguay de la segunda mitad del siglo XIX. Aunque fue parlamentario, diplomático y periodista, su reconocimiento perdurable se basa en sus altas cualidades de escritor. De hecho, inaugura la novelística nacional, y sus obras *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), *Grito de Gloria* (1893), y *Lanza y Sable* (1914), componen una tetralogía en la que —con soberbio estilo de orientación naturalista— narra aconteceres de la época artiguista, la dominación lusobrasileña y las guerras civiles posteriores a la independencia. Nieto del brigadier general Antonio Díaz, utilizó los apuntes de éste para publicar en 1891, en el diario montevideano *La Época*, que él mismo dirigía, un trabajo titulado *Etnología indígena: la raza charrúa a principios de este siglo*, de considerable importancia por su enfoque antropológico sorprendentemente moderno. Basándose igualmente en las memorias de su abuelo, en su ensayo *Épocas militares en los países del Plata*, publicado en 1911, incluyó un capítulo final en el que relató con remarcable emotividad el definitivo combate que el ejército nacional bajo el mando del general Fructuoso Rivera (v.) sostuvo contra los charrúas («Exterminio de una raza: la boca del Tigre, 1832»). También en su novela *Nativa*, Acevedo Díaz introdujo muchos pasajes en los que hace gala de su conocimiento de la etnografía de los indios del Uruguay.
Nació en 1851 y murió en Buenos Aires en 1921, donde se había autodesterrado, hastiado de la mediocridad de la política de entonces y, sobre todo, de la inconsecuencia de sus propios correligionarios.

Artigas, José Gervasio. Héroe máximo del Uruguay, nacido en Montevideo en 1764. En 1811 comenzó su acción revolucionaria en pro de la independencia y la organización federal de las provincias del Río de la Plata, lo que lo llevó a luchar contra españoles, porteños y portugueses. Finalmen-

te, traicionado y derrotado, se internó en el Paraguay en 1820, muriendo en Asunción en 1850.

Fue el único caudillo de la independencia americana que reconoció como primordial la causa de los indios; por eso decía en correspondencia del 3 de mayo de 1815 al gobernador de Corrientes José de Silva:

> ...Yo deseo que los indios en sus pueblos se gobiernen por sí, para que cuiden de sus intereses como nosotros de los nuestros. Así experimentarán la felicidad práctica y saldrán de aquel estado de aniquilamiento a que los sujeta la desgracia. Recordemos que ellos tienen el principal derecho y que sería una degradación vergonzosa para nosotros, mantenerlos en aquella exclusión que hasta hoy han padecido por ser Indianos. Acordémonos de su carácter noble y generoso y enseñémosles a ser hombres, señores de sí mismos...

De igual manera, en el artículo 6.° del *Reglamento Provisorio de la Provincia Oriental para el fomento de su campaña*, dado en Purificación el 10 de septiembre de 1815, estableció que

> ...los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados con suerte de estancia si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y a la de la Provincia.

Los indios apoyaron de manera unánime la causa artiguista. Los charrúas participaron en el primer sitio de Montevideo (1811), en la *redota* (1811) —retirada que llevó a la población oriental a la orilla derecha del río Uruguay dejando la campaña en situación de tierra arrasada—, en el segundo sitio de Montevideo (1812) y en innúmeros combates. Los pueblos de las antiguas Misiones fueron un firme baluarte del artiguismo y su gran jefe, el indio guaraní Andrés Guacurarí, llamado «Andresito», agregó a su nombre el apellido Artigas; los guaraníes misioneros revistieron su personalidad de un aura semi-sagrada, pues cuando se dirigía al Paraguay luego de la destrucción de sus fuerzas, «salían los indios a pedirle su bendición y seguían tras él como en procesión con sus familias, abandonando sus casas, sus vaquitas, sus ovejas», según relató en sus *Memorias* Ramón de Cáceres. Al ir a internarse en el Paraguay, fue escoltado por indios guaycurúes, y dos caciques chaqueños le ofrecieron un apoyo militar que Artigas no aceptó por considerarlo un sacrificio inútil. Artigas, racialmente blanco, descendiente de aragoneses, se sabe que hablaba el guaraní y probablemente el charrúa, pues jamás se indica en los documentos de época que necesitara intérprete. Es seguro que vivió durante años en íntimo contacto con éstos, participando de sus correrías vinculadas con el contrabando de ganado al Río Grande, durante el perío-

do comprendido entre 1780 —cuando contando con 16 años se marchó de su casa para vivir en la campaña— y 1797, fecha de su ingreso al Regimiento de Blandengues. Maggi (1991) ha afirmado con fuertes argumentos, que el famoso jefe charrúa Manuel Artigas, conocido como «El Caciquillo», sería hijo suyo. Igualmente el citado autor sostiene que los notorios sentimientos de libertad e igualdad de Artigas se habrían forjado gracias a la práctica del igualitarismo característico de la vida tribal. Las relaciones de Artigas con los indios fueron estudiadas por Eduardo Acosta y Lara y por Eugenio Petit Muñoz en sendos trabajos aparecidos en 1951; más recientemente han sido consideradas por Azcuy Ameghino (1986).

Azara, Félix. Nació en 1746 en Barbuñales, Aragón. Habiendo iniciado tempranemente la carrera militar, su vocación lo encaminó a los estudios superiores de matemáticas, que realizó en la Academia Militar de Barcelona; contaba entonces 19 años y, luego de examinarlo, se le inscribió en los cursos del tercer año. Dos años después fue nombrado ingeniero de los ejércitos españoles, comenzando a trabajar en obras de fortificación e hidráulicas. Siendo teniente concurrió a la campaña de Argel, donde resultó herido de consideración. Cuando tenía 34 años y había alcanzado el grado de teniente coronel, fue designado miembro de la Comisión que debería hacer la demarcación de la frontera con Portugal en las posesiones españolas del Río de la Plata, de acuerdo con lo establecido por el Tratado de San Ildefonso de 1777.

Llegó a América en mayo de 1781, permaneciendo hasta fines de 1801. Fuera de su labor como demarcador, llevó a cabo en esos años muy valiosos trabajos de geografía, ciencias naturales, historia y etnografía, aunque fue por completo autodidacta en esas disciplinas.

En vida suya se publicaron *Apuntamientos para la Historia Natural de los Quadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata* (Madrid, 1802), que había aparecido en francés el año anterior; *Apuntamientos para la Historia Natural de los Páxaros del Paraguay y Río de la Plata* (Madrid, 1805), que también había sido publicado primero en francés en 1802; y *Voyage dans l'Amérique Méridional* (París, 1808). Esta obra, en traducción de Bernardino Rivadavia de la versión francesa de C. A. Walckenaer, se publicó en la Colección del Comercio del Plata de Montevideo en 1845, con el título de *Viajes por la América del Sur desde 1789 a 1801*, y tuvo una segunda edición en 1850. La edición madrileña de 1923, traducción de Francisco de las Barras de Aragón, rescata no sólo el título de la original sino muchos fragmentos que fueron eliminados en la montevideana. Ésta es sin

duda la obra más importante de Azara, pues incluye y resume cuestiones tratadas en otros trabajos.

En 1847 aparecieron en Madrid *Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata, Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801* y *Félix de Azara y sus memorias póstumas sobre asuntos del Río de la Plata y del Paraguay*, obra esta última publicada por Agustín de Azara. En 1873, Bartolomé Mitre y Juan María Gutiérrez publicaron en Buenos Aires los *Viajes inéditos de D. Félix de Azara*; en 1904 Rodolfo B. Schuller hizo conocer en Montevideo la *Geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y Misiones guaraníes*, que había sido escrita en 1790; en 1905, Luis María Torres editó en Buenos Aires *Les études géographiques et historiques de Félix de Azara*. Azara escribió además: *Diario de Navegación del Tebicuary, Límite del Paraguay* y *Reflexiones económico políticas sobre el estado del Reino de Aragón*.

Como parte de sus proyectos para asegurar la frontera española de los avances de los portugueses en la Banda Oriental y procurar además el desarrollo económico del agro —esto último se denominaba entonces «arreglo de los campos»—, Azara emprendió la fundación de pueblos en la zona delimitada. El más importante de ellos fue Batoví, y en estas operaciones contó con la ayuda de Artigas (v.) durante los años 1800-1801, quien estuvo encargado del reparto de «suertes de estancia». En sus planes y en sus acciones Azara mostró siempre una gran simpatía hacia los guaraníes cristianizados procedentes de las antiguas Misiones Orientales, quienes vendrían a ser beneficiarios de las medidas que propugnaba para el «arreglo de los campos» de la Banda Oriental. No expresó, en cambio, sentimientos demasiado amistosos para con los indios nómadas —como charrúas y minuanes—, a los que consideró ineptos para absorber los elementos de la civilización, y acaso no comprendió demasiado ciertos aspectos de su cultura, no obstante ser sus observaciones etnográficas sobre ellos de indudable valor. Azara fue un claro exponente del pensamiento político y social más avanzado de su tiempo; por eso, mucho se ha especulado respecto de la influencia que pudo tener en la formación teórica de Artigas.

Falleció en su pueblo natal en 1821.

Bougainville, Louis-Antoin. Nacido en 1729, estudió letras y matemáticas, siendo incluso alumno de d'Alambert. En 1755 publicó un *Tratado de Cálculo Integral*, y al año siguiente fue elegido miembro de la Sociedad Real de Londres. Participó en la guerra franco-británica del Canadá en 1756 y en 1759, donde fue herido, pasando luego a la marina. En 1763 y 1765, como capitán de navío, realizó dos expediciones a las islas Malvinas; de la primera, Pernety (v.) dejó un interesante relato en el que se incluyen noticias

sobre los minuanes observados en Montevideo. Entre 1766 y 1769 efectuó el viaje alrededor del mundo en el curso del cual estuvo dos veces más en Montevideo; exploró luego la Polinesia, donde descubrió Tahití, muchas de las islas de Samoa, las Nuevas Hébridas, las Salomón —una de cuyas islas lleva su nombre— y la costa norte de Nueva Guinea. Participó en 1782, como jefe de escuadra, en la guerra de independencia norteamericana. Fue nombrado miembro de la Academia Real de Ciencias de Francia en 1789, y ya bajo el régimen napoleónico, integró en 1798 la Comisión que preparó la campaña de Egipto; se le nombró Senador en 1799 y conde del Imperio en 1808; presidió al año siguiente el Consejo de Guerra que juzgó a los responsables de la derrota de Trafalgar. Murió en 1811. Escribió en 1757 una *Mémoire sur l'état de la Nouvelle-France à l'époque de la guerre de Sept ans*, que vino a publicarse en 1867 y unas *Mémoires divers sur le Canada*, obra que permaneció inédita hasta 1924. Pero lo que le dio fama perdurable fue el *Voyage autour du monde par la frégate du roi la «Boudeuse» el la flûte l'«Etoile»*, cuya primera edición apareció en París en 1771. Las referencias que Bougainville hace en este libro a los «indios bravos» del Río de la Plata, resultan antropológicamente interesantes pese a su brevedad, pudiendo ser comparadas con las de Pernety. Acaso pudieran complementarse con su *Notice historique sur les sauvages de l'Amérique septentrionale*, comunicación leída en el Instituto de Francia el 27 de julio de 1799, que quedó inédita.

Camaño, Joaquín. Nació en La Rioja del Tucumán en 1737, y entró en la Compañía de Jesús con 20 años. Cuando tuvo lugar la expulsión de los jesuitas era misionero entre los indios chiquitos. Después de permanecer muchos años en Italia, se estableció en España, muriendo en la ciudad de Valencia en 1820. En Italia organizó los datos recabados en América referidos a la geografía, filología e historia de la región en que actuó, facilitándoselos a otros jesuitas eruditos. Así, le envió a Lorenzo Gilli trabajos suyos sobre la lengua chiquitana que éste utilizó en su *Saggio di Storia Americana*; contribuyó a la *Historia natural, eclesiástica y civil del Virreynato de Buenos Aires* de Francisco Iturri, con una reseña del territorio puesto que fue un destacado geógrafo; a José Jolis le dirigió varias cartas sobre la historia natural el Gran Chaco, que fue el tema de la obra publicada en italiano por éste; a Lorenzo Hervás y Panduro (v.) le hizo llegar desde Faenza muchas cartas eruditas además de una gramática manuscrita de la lengua chiquitana, un vocabulario chiquito-español y un «brevísimo catecismo» en lengua guenoa según Hérvas señaló en su *Catálogo de las lenguas....*

Camaño fue un gran lingüista que, de acuerdo con el citado Hervás, «además de las lenguas europeas, española, francesa e italiana, (sabía) perfecta-

mente la quechua y chiquitana y (entendía) otras del Paraguay». También se destacó como cartógrafo, realizando por lo menos media docena de mapas de la región rioplatense y particularmente de la de Tucumán, aunque sólo se ha conservado el que editó Jolis en su *Saggio sulla historia naturale della provincia del Gran Chaco*. Furlong ha señalado que Camaño «quiso hacer en el campo de la etnografía lo que el padre Hervás había hecho en el de la lingüística», ya que procuró componer una gran enciclopedia del saber sobre el Nuevo Mundo y sus indios, para lo cual consiguió la colaboración de muchos ex misioneros jesuitas establecidos después de su expulsión de América en las ciudades del norte de Italia. Desgraciadamente, se ha perdido ese *Diccionario Geográfico-Histórico de Indias*, del que su autor decía que

> contiene cuanto hay de digno de saberse, perteneciente a geografía, comercio, historia natural, civil y eclesiástica de América; trabajo en que he empleado más de 20 años hasta completar 30.000 artículos, sin omitir diligencia para adquirir libros, papeles, noticias y cartas geográficas de aquel nuevo mundo, con que he logrado juntar una de las colecciones más completas que se conocen...

Cardiel, José. Nacido en La Guardia, Álava, en 1704, ya llevaba 9 años en la Compañía de Jesús cuando llegó a América, donde pasaría 40 años. Regresó a Europa en 1767 al ser expulsados los jesuitas, falleciendo en Faenza, Italia, en 1781.

Hacia 1730 actuó en Córdoba, siendo en 1735 encargado de la reducción de Jesús de indios guaraníes, a la que después se integrarían indios gualachíes. Diez años más tarde, fue encargado, junto con los padres José Quiroga (v.) y Matías Strobel, de un viaje de exploración a la bahía de San Julián, en la actual provincia argentina de Santa Cruz. En 1748 fue misionero entre los indios pampas, conservándose de esta época su *Diario de viaje al río del Sauce*, publicado y anotado por Guillermo Furlon Cardiff S. J. y Félix Outes en Buenos Aires en 1930. En 1750 pasó a Asunción a pedido del P. Nussdorffen (v.) para que lo ayudase en las tareas de reubicación de los pueblos a que obligaba la Guerra Guaranítica desatada por el Tratado de Madrid de enero de 1750. Durante los dos últimos años de esa guerra, Cardiel actuó en tareas militares y en el traslado de poblaciones, escribiendo después su libro *Declaración de la verdad*, publicado por el padre Pablo Hernández S.J. en Buenos Aires en 1900, que consiste en una refutación a un anónimo libelo contra las misiones de la Compañía, que apareció en portugués hacia 1758. Otra obra suya sobre las penurias de

los conversos guaraníes durante la guerra fue *De moribus guaraniorum*, publicada en la versión latina de la *Historia del Paraguay* del padre Pedro Javier Charveloix. Uno de sus escritos más importantes desde el punto de vista etnográfico lo constituye la carta que en diciembre de 1747 escribió al padre Pedro de Calatayud y que en 1953 publicó en Buenos Aires Furlong Cardiff con el título de *Carta y relación de las misiones del Paraguay*. Cardiel hizo también importantes trabajos cartográficos.

Cattáneo, Cayetano. Aparece nombrado a veces como Cataneo, Cattaneo, y también como Catani. Había nacido en Módena en 1695; llegó a Buenos Aires en 1729 y murió en Santa Rosa de Guaraníes el 28 de agosto de 1732. En el corto tiempo de su actuación produjo algunas *Cartas* con datos importantes, como la dirigida a su hermano José, datada en Buenos Aires el 25 de abril de 1730, que Ludovico Muratori publicó en *Il Cristianesimo felice nelle misione dei padri della Compagnia di Gesú nel Paraguai descritto da...* editado en Venecia en 1743. Esa misma carta fue luego publicada por L.M. Estrada en 1866 (Revista de B.A. vol. II), y más modernamente por Mario J. Buschiazzo (1941)

Centenera, Martín del Barco. Habiendo nacido en Logrosán, Extremadura, hacia 1535, vino a América en 1752 como capellán de la armada del adelantado Juan Ortiz de Zárate; traía además el nombramiento del Consejo de Indias, de arcediano de la iglesia de Asunción del Paraguay. Al parecer había estudiado en Salamanca y probablemente adquirió allí el conocimiento de los clásicos de la épica antigua, cuya influencia es notoria en sus trabajos literarios. Narró las vicisitudes de la expedición de Ortiz de Zárate en un dilatado poema, *La Argentina y Conquista del Río de la Plata...* Esta obra está compuesta en octavas reales y es evidente que su autor quiso con ella ocupar en la región del Plata el lugar que Alonso de Ercilla representó para la historia y las letras respecto de Chile, aunque sin el talento de éste, al que trató de imitar.

Centenera pasó al Alto Perú en 1581, siendo primero vicario del pueblo minero de Porco, en las cercanías de Potosí. Ejerció luego la secretaría del 3.er Concilio Provincial, que se reunió en Lima el 18 de octubre de 1583, siendo después nombrado comisario de la Inquisición en Cochabamba, hasta que lo procesó, multó y destituyó en 1590 el visitador del Santo Oficio Juan Ruiz del Prado por su excesivo interés por cuestiones mundanas. Vovió entonces a Asunción, recuperando su arcedianato, que abandonó para trasladarse en 1592 a Buenos Aires, de donde regresó a España como procurador del Cabildo de esta ciudad. Llegado a Madrid en 1594, en 1601, se hallaba en Lisboa, donde gozó de privanza en círculos próxi-

mos al virrey y donde se publicó al año siguiente su famoso poema. Escribió además un similar trabajo en verso titulado *Tucumán y otros sucesos del Perú*, así como *El desengaño del mundo*, obra en prosa en la que reflejó su agitada vida. Murió en España hacia 1605. *La Argentina y Conquista del Río de la Plata con otros acaecimientos de los Reinos del Perú, Tucumán y estados del Brasil* fue publicado posteriormente en Madrid en 1749, y en Buenos Aires en 1836 por De Angelis, en el tomo II de su *Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*. En 1912 aparecieron simultáneamente en Buenos Aires dos ediciones facsimilares de la príncipe: una editada en un tomo por Ángel Estrada y Cía., que lleva notas biográficas y bibliográficas de Carlos Navarro y Lamarca; y otra en dos tomos, editada por Peuser y Cía., que integró la *Colección de Libros Raros e Inéditos sobre la Región del Río de la Plata* que auspiciaba la Junta de Historia y Numismática Americana con «apuntes bio-bibliográficos» de Enrique Peña y un muy amplio estudio de Juan María Gutiérrez.

Chomé, Ignacio. Nacido en Douai, Francia, el 31 de julio de 1696, murió en el convento de San Francisco en Oruro (actual Bolivia), el 7 de septiembre de 1768. A los 18 años ingresó en la Compañía de Jesús y vino a las misiones del Paraguay en 1728. En las *Lettres édifiantes et curieuses*, publicadas en París en 1734 (la traducción al español apareció en Madrid en 1756) hay varias cartas suyas, pero sus obras más importantes están constituidas por las gramáticas y vocabularios de las lenguas chiquitana, zamuca y guaraní, a las que tradujo diversos trabajos catequísticos, así como la *Diferencia* de Nierember y la *Imitación de Cristo* de Kempis. Hervás (v.) que aprovechó los trabajos de Chomé afirmó

> que no sólo sabía todas las lenguas europeas civiles, como la española, francesa, alemana, inglesa, italiana e ilírica, mas también la china, dos africanas y cuatro americanas que eran la guaraní, la chiquitana, la zamuca y la quichua o peruana...

Entre 1730 y 1735, según las Cartas Anuas, estuvo con los indios chiriguanos; entre 1735 y 1743, con los chiquitos. Hizo entonces varias exploraciones buscando rutas de comunicación entre las misiones de la zona chiquitana y guaraní por el río Pilcomayo y los territorios del Chaco. Fue cura de la Concepción de indios chiquitos desde 1750, de San Javier desde 1752 y de otros pueblos. Escribió también por encargo superior una *Historia de los Chiquitos* en dos tomos.

De Bry, Theodor. Dibujante y grabador flamenco nacido en Luttich en 1528 y muerto en Francfort en 1598. Le dieron fama los grabados que realizó para la edicción que hizo de *Viajes a América*, colección en la que recogió muchas crónicas de los viajeros del siglo XVI y que se publicó en 13 partes entre 1590 y 1634, lo que significa, que en gran medida se trató de trabajos póstumos.

Su hijo Jan Theodor (1561-1634) se destacó también como dibujante y grabador en el renacimiento alemán, pero abordando otra temática.

Del Techo, Nicolás. También aparece su apellido escrito Du Toit o Toict.

Nacido en Lille, Francia, fue misionero desde 1568 a 1685, llegando a ser superior de las misiones guaraníes. Murió en la reducción de Apóstoles en 1687. Habiendo vivido medio siglo en América, se documentó más que suficientemente a partir de documentos originales para elaborar su *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, gran cuadro geográfico e histórico de la región del Plata desde 1586 hasta la época en que escribía, cuya primera edición en latín (Lieja, 1673), consta de un tomo *in folio* de 400 páginas; en español se publicó en Asunción en 1897 en cinco tomos, versión del texto latino de Manuel Serrano y Sanz y prólogo de Blas Garay.

No obstante la importancia de esa obra, se le han señalado como defectos «el abuso de formas clásicas, de las arengas artificiales, de las descripciones de corte antiguo, de las perífrasis insustanciosas», al decir de Furlong Cardiff.

De la Sota, Juan Manuel. Nativo de Santa Fe, en la Argentina, estudió en Córdoba y se dedicó primero a las armas, alcanzando el grado de capitán. Las luchas entre federales y unitarios lo obligaron a pasar al Uruguay en 1829, donde ejerció el magisterio primero en el pueblo de las Vacas y luego en Montevideo. Ocupó después diversos cargos públicos: oficial primero de la Jefatura de Policía (1837-1841), oficial primero de la Cámara de Representantes, y luego secretario de la misma (1843-1846), secretario de la Asamblea de Notables (1848-1851), archivero público (1850-1852). En 1855 resultó electo senador por el departamento de Tacuarembó. Falleció en Córdoba en 1858.

En 1841 la Imprenta de la Caridad de Montevideo editaba su *Historia del Territorio Oriental del Uruguay*, obra que lo consagró como el primer historiador del país independizado poco tiempo antes. También publicó en 1851 y 1855 un *Catecismo Geográfico-Político e Histórico de la República Oriental del Uruguay*, una *Memoria sucinta y abreviada sobre la cuestión de límites... con el Imperio del Brasil*, en 1852 y 1857 una obra referida a los *Errores que contiene la Memoria sobre la decadencia de las Misiones Jesuíticas...*

etc. Dejó inéditos varios trabajos sobre educación y también sobre temas históricos. En lo que tiene que ver con la historia del Uruguay en el período de la conquista, De la Sota reitera lo dicho por los cronistas de la época, principalmente aquellos cuyas obras había publicado De Angelis. De la Sota sin duda pudo conocer los últimos indígenas del Uruguay y sus descendientes; no obstante, no aportó observaciones directas, incurriendo además en gruesos errores a su respecto.

Díaz, Antonio Felipe. Nacido en La Coruña en 1789, llegó niño a Montevideo, donde habría de fallecer en 1869, luego de una relevante actuación castrense, política y periodística que abarcó seis décadas. Su carrera militar culminó con la obtención del máximo grado del escalafón de entonces: brigadier general.

Acompañó a Artigas (v.) desde la batalla de Las Piedras (18/V/1811) hasta poco después del segundo sitio de esta ciudad (1812), enemistándose entonces con él. De esta época data su conocimiento directo de los indios charrúas, como lo afirma en sus *Memorias*, a los que frecuentó cuando se establecieron en la costa del río Santa Lucía en paraje cercano a Montevideo, acompañando a las tropas artiguistas en el segundo sitio. Díaz ha señalado que utilizó como «informante clave» al

> indio Naybú, simple soldado flechero de cerca de cincuenta años de edad y sin duda el más inteligente y sagaz de todos, siendo al mismo tiempo el que entre ellos hablaba, aunque poco y mal, el idioma español.

«Algunos años después —prosigue Díaz— tuve ocasión de hablar con varios charrúas que lo poseían medianamente», así como con una cautiva «bastante despejada» al servicio de su familia. Posteriormente indica que conservó a sus órdenes

> tres charrúas en el Salto del Uruguay durante la guerra de nueve años (1843-1851) los que empleaban como descubridores del enemigo, para cuyo servicio eran muy aptos. Las madres de éstos —agrega— ya ancianas, poseían el castellano lo bastante como para contestar a mis preguntas.

Es indudable que los últimos informantes de Díaz eran supervivientes de la masacre de Salsipuedes —ejecutada por el general Rivera (v.) en 1831— y probablemente habían integrado el conjunto de los que como presa de guerra fueron llevados a Montevideo, entregándose las mujeres y los niños a diversas familias, en tanto los hombres eran colocados en cuarteles.

Sus *Memorias* han quedado inéditas, aunque sirvieron como fuente a su

hijo Antonio José María Díaz —quien alcanzaría el grado de coronel en el ejército uruguayo— para su *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata* (1877-1879) y a su nieto Eduardo Acevedo Díaz (v.) para su ensayo histórico *Épocas militares en los países del Plata* (1911), en el que se da una versión intensamente dramática del combate de Salsipuedes, así como para su trabajo sobre *Etnología indígena — La raza charrúa a principios de este siglo* (1891), de gran importancia desde el punto de vista antropológico.

Díaz de Guzmán, Ruy. Quien sería considerado el primer historiador del Río de la Plata, nació en Asunción hacia 1560; era nieto del gobernador Domingo Martínez de Irala, ya que su madre fue una de las tantas hijas que éste tuvo de sus muchas mujeres indias. Desde su juventud intervino en las luchas contra los indios, involucrándose además en los conflictos que casi permanentemente estallaron entonces en los ambientes coloniales. En 1585 fue nombrado gobernador del Guairá, y en 1593 fundó Santiago de Jerez. Pasó después a Buenos Aires y más tarde a La Plata, en el Alto Perú, de donde fue en 1606 a Santiago del Estero como contador de la Real Hacienda. Al ser destituido de este cargo, volvió a la ciudad altoperuana mencionada, donde empezó a escribir los *Anales del descubrimiento, población y conquista de las provincias del Río de la Plata*, obra que compuso siguiendo los modelos proporcionados por las crónicas de la conquista del Perú y que terminó en 1612. Dos años después marchó a la conquista de los chiriguanos, con los que guerreó durante 5 años, al cabo de los cuales retornó a Asunción, donde murió como alcalde de 1.er voto en 1629.
Su obra conocida tempranamente con el nombre de *La Argentina*, acaso por influencia de la obra anterior de Centenera (v.) ha sido considerada por la crítica como desvalorizada parcialmente del punto de vista de su veracidad histórica por la inclusión de relatos de corte novelesco. Abarca el período comprendido entre el descubrimiento del Río de la Plata y el año 1573, cuando el adelantado Ortiz de Zárate solicitó desde San Gabriel ayuda a Buenos Aires por encontrarse «apretado de los indios charrúas de aquella costa». Díaz de Guzmán anunció un segundo tomo que no se sabe si llegó a escribir o se perdió. La primera impresión de esta obra que durante mucho tiempo circuló manuscrita, la hizo De Angelis en 1836, dentro de su famosa *Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna del Río de la Plata*. Publicada varias veces desde entonces en Asunción, Montevideo y Buenos Aires, apareció también en esta última ciudad en 1914 la gran edición crítica hecha por Paul Groussac. Posteriormente, Enrique de Gandía ha publicado otras varias ediciones críticas.

D'Orbigny, Alcide Dessalines. Nacido en Couéron, departamento francés del Loira Inferior en 1802, fue uno de los más prestigiosos naturalistas de su tiempo, considerándoselo entre los fundadores de la paleontología estratigráfica. Desde 1826 llevó a cabo estudios científicos en América del Sur, recorriendo durante varios años Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia y Perú. Los resultados de esta misión se publicaron en seis volúmenes *in folio* enriquecidos con abundantes grabados coloreados a la acuarela, aparecidos en París en 1839 con el título general de *Voyage dans l'Amérique Méridionale.*

El tomo IV de esta obra en traducción de Alfredo Cepeda —que también lo anotó— fue publicado en español en Buenos Aires en 1944, conservando su título particular original: *El hombre americano, considerado en sus aspectos fisiológicos y morales.*

D'Orbigny realizó una relevante obra, enmarcada en los parámetros científicos del momento, que apuntaban más a la descripción que a la interpretación. Fue el primero que intentó una clasificación raciológica de los indígenas americanos fundada en criterios empíricos.

Estuvo en el Uruguay en 1829 y, aparte de sus observaciones directas, consignó datos históricos referidos a los indígenas tomados de Azara (v.), al que, sin embargo, refutó muchas afirmaciones que sobre ellos había hecho. Clasificó a los charrúas como pertenecientes a la «rama pampeana» de la «raza pampeana»; intentó calcular su número y dejó las únicas mediciones que se hicieron sobre individuos vivos.

D'Orbigny murió en Pierrefite, departamento del Loira en 1857.

Drobrizhoffer, Martín. Nació en Friedberg, Alemania, en septiembre de 1718. A los 18 años, cuando había completado los estudios humanísticos, ingresó en la Compañía de Jesús. Hizo el noviciado en Trencin (actualmente Checoslovaquia), pasando luego a distintos colegios en Viena, Linz y Gratz, donde enseñó latín y griego. Contaba ya 30 años cuando fue aceptada su solicitud, viniendo al Plata en 1748. Primero estuvo en Córdoba y en 1753 pasó a las misiones guaraníes; a partir de 1763 se le dio por destino una misión entre los indios abipones —Rosario del Timbó— de la que fue el fundador y en la que permaneció hasta 1766. El año de la expulsión de los jesuitas —1767— estaba Dobrizhoffer en San Joaquín de Tarumá, misión de indios tobatines, en el Paraguay. En Europa escribió su más importante obra, *Historia de los abipones*, en tres volúmenes que apareció en su versión latina original en Viena en 1784; ese mismo año se publicó una traducción al alemán. La versión en inglés es de 1822; en español —traducción de Edumundo Wernicke— la publicó la Universidad del Nordeste, de Resistencia, Chaco, en tres tomos, en 1967, 1968 y 1970.

Dejó varias obras inéditas, incluidas algunas sobre la lengua abipona, así como trabajos cartográficos. Algunas *Cartas* suyas han sido publicadas por Furlong (*Entre los abipones del Chaco*, B.A. 1938). Se sabe que Dobrizhoffer era también un competente músico. Murió en Viena en 1791.

Falkner, Tomás. Nacido en Manchester en un hogar calvinista, fue instruido en esta religión. Estudió medicina y resolvió alistarse en una compañía dedicada a la trata de negros como cirujano; para ello fue a Cádiz primero, a Guinea después y finalmente a Buenos Aires, a donde llegó en 1730. Enfermó allí y atendido entonces por jesuitas, se convirtió al catolicismo en 1731, ingresando al año siguiente en la Compañía de Jesús. Recibió las órdenes sagradas en 1738, y desde 1740 comenzó a ocuparse de los indios pampas, que realizaban frecuentes y terribles malones contra las poblaciones «cristianas». En esa época fundó con el padre José Cardiel (v.) el pueblo, más tarde abandonado, de Nuestra Señora del Pilar, en la región de Tandil, al norte de las sierras del mismo nombre. Hasta 1746 recorrió con Cardiel todo el sur de la actual provincia de Buenos Aires; en 1748 efectuó una expedición de varios meses a la Patagonia que dio base a su famoso libro *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*, cuya edición príncipe apareció en Hereford en 1774. De esta obra ha dicho Furlong que en ella

> se describen sobriamente los pueblos que habitaban en aquel entonces las llanuras, la Patagonia y los archipiélagos magallánicos, resume observaciones personales realizadas por un espíritu cultivado y durante largo espacio de tiempo.

Entre 1752 y 1756 actuó como administrador de la estancia San Miguel-San Lorenzo del Colegio de Santa Fe, actuando, además, siempre como médico. Pasó luego a Córdoba porque su carácter duro, al parecer, generó quejas. Desterrado, llegó a Cádiz en 1768, pasando al año siguiente a Cerdeña; más tarde volvió a Inglaterra, falleciendo allí en casa de los condes de Plowden en 1784.

Figueira, José Henriques. Iniciador de la antropología nacional, atendió tanto a la antropología física como a la arqueología y a la etnohistoria de los indígenas de la región. El mérito de sus estudios se acrecienta al considerar que en la época en que los efectuó el desarrollo de la antropología científica se hallaba todavía en una etapa inicial aun en los principales centros académicos del mundo.

Ya en su adolescencia llegó a dominar las lenguas portuguesa, italiana, francesa, inglesa y alemana, además, obviamente, de la española, apren-

diendo después otras, como la sueca. Dedicado a la educación desde muy joven y habiendo prontamente ocupado cargos de importancia en la enseñanza primaria, fue enviado por el gobierno a Europa en 1890 para analizar las soluciones dadas por distintos países a problemas pedagógicos presentes en el medio nacional. Figueira aprovechó su estadía europea para efectuar estudios de antropología en París y Berlín y para relacionarse con eruditos interesados en las ciencias del hombre como Herbert Spencer y Paolo Mantegazza, entre otros. A su regreso, el gobierno le encomendó la organización de la sección antropológica que integraría el aporte uruguayo a la Exposición Histórico Americana de Madrid, organizada para celebrar el 4.° centenario del primer viaje colombino; fue entonces cuando escribió el libro *Los primitivos habitantes del Uruguay,* al que calificó de «ensayo paleoetnológico». Este trabajo, pionero en el medio intelectual rioplatense, debe apreciarse en relación con los que desde una perspectiva histórica realizara Eduardo Acevedo Díaz (v.) un año antes.

Figueira mantuvo durante toda su vida una profusa correspondencia con muchos especialistas en antropología de las Américas y Europa, y formó parte de varias sociedades científicas. Una parte de su colección arqueológica, consistente en piezas procedentes de yacimientos situados en Uruguay, se encuentra actualmente en el Museo de La Plata, en la República Argentina; su colección de cráneos indígenas encontrados en el este del territorio uruguayo fue donada por sus herederos al Museo Histórico Nacional de Montevideo.

Abordó también la creación literaria, publicando un tomo de poemas en los que expresó su convicción, de raíz filosófica positivista, en la evolución y el perfeccionamiento de la humanidad. Pero sobre todo fue conocido y valorado por su obra pedagógica; con sus cinco famosísimos libros sucesivos de aprendizaje se alfabetizaron y desarrollaron la capacidad lectora y crítica de varias generaciones tanto del Uruguay como de la Argentina.

Nació en Montevideo en 1860 y murió en la misma ciudad en 1946.

Gaboto, Sebastián. Célebre navegante también llamado Caboto, Cabotto y Cabot por los ingleses. Nació en Venecia en 1472 y era hijo del también ilustre marino John Cabot, al que acompañó en su viaje a órdenes de Inglaterra de 1497, en el que descubrió la América del Norte, costeándola desde la península del Labrador a la de Florida.

Al servicio de España, designado piloto mayor del reino en 1518, le fue encargada en 1526 una expedición que debía ir por la ruta del poniente a las Molucas o islas de las Especies, descubiertas por los portugueses en 1511. Al llegar a la isla de Santa Catalina, en la costa del Brasil, encontró

unos sobrevivientes de la expedición de Solís (v.), quienes le convencieron de que en el interior de la tierra abundaba la plata. Abandonó entonces el propósito original de su viaje ingresando en el río de Solís —que después se llamaría de la Plata— en 1527. En procura de las fantasmales riquezas exploró el río Paraná hasta el salto de Apipé y el Paraguay hasta la Angostura, en tanto su subordinado Antón de Grajeda penetraba en el Uruguay hasta la boca del río San Salvador. En la desembocadura del río Carcarañá, en el Paraná, levantó el fuerte de Sancti Spiritus. En 1528 se encontró en el Paraná con la armada de Diego García (v.), que también había desertado de seguir a las Especerías, continuando juntos la exploración de la región. En 1529, el fuerte de Sancti Spiritus resultó destruido por los indígenas, que mataron a su guarnición. Gaboto volvió a España en 1530, siendo procesado y declarado culpable por su desobediencia, por abusos contra sus hombres y por haber llevado a España esclavos indios sin autorización. Aunque perdonado por el monarca y restituido en su cargo de piloto mayor, terminó volviendo a Inglaterra por el desprestigio en que había caído. Al servicio de Inglaterra realizó una expedición que estableció la ruta marítima a Arkángel, siendo encargado de la compañía establecida para el comercio con Rusia. Murió en Londres en 1557.

Aunque en las *Informaciones* y declaraciones testimoniales que integran los autos del proceso hecho a Gaboto hay noticias sobre los indios de las regiones visitadas, en general éstas se refiren a los guaraníes de la costa del Brasil o del Paraná; presentan además escaso valor etnográfico. Nada se dice en esos documentos sobre otras etnias. Uno de los hombres de Gaboto, Luis Ramírez (v.), escribió una carta igualmente de limitado interés etnográfico.

García, Diego. Aunque era portugués de origen, se avecindó en Moguer. Una Real Cédula de Carlos I dada en 1525, autorizó a García a explorar la región de las Molucas. Intentó para llegar allí, seguir la ruta de Magallanes, pero recaló durante un año en San Vicente, en la costa del actual estado de San Pablo, en Brasil, donde se hizo el propósito de capturar 800 esclavos para venderlos en España al volver. A los indios de esa zona —a los que llamó «topies»—, aunque sin olvidar que eran antropófagos, calificó sorprendentemente de «buena gente amigos mucho de los cristianos», porque seguro serían los encargados de proveerlo de los cautivos que hicieran en sus continuas guerras intertribales para su negocio de tratante de esclavos, ya que de otros tupíes situados más al norte señaló que eran «muy mala gente... y comen carne humana y andan desnudos».

Siguió luego al Río de la Plata, ilusionado como Gaboto (v.) por las historias de inmensas riquezas existentes en la región. Se encontró en el Pa-

raná con la expedición de Gaboto, con el que regresó a España en 1530 luego de la destrucción por los indios del fuerte de Sancti Spiritus.
García escribió una *Memoria de la navegación que hize este viaje en la parte del mar oceano dende que salí de la Ciudad de la Curuña que allí me fue entregada la Armada por los officiales de s.m. que fue en el año de 1526*. Las someras referencias que contiene a los indígenes del actual territorio del Uruguay —junto con las dejadas por Luis Ramírez (v.)— son las más tempranas en el tiempo. García es quien primeramente nombra a los «charruases», a los «chanas» y a los «chanas atembures».
Esta *Memoria* fue publicada por Eduardo Madero en su *Historia del Puerto de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1892). Guillermo Furlong Cardiff S.J. hizo una edición facsimilar y anotada de la misma en Montevideo, en el volumen VII de la *Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología»*.

Hernandarias. Con ese nombre se conoció a Hernando Arias de Saavedra, nacido en Asunción del Paraguay en 1561 y muerto en 1634. Fue el primero de los nativos de estas tierras que ocupó la Gobernación del Río de la Plata, cuando Asunción era la capital del enorme territorio que ocupaba, entre los años 1587-1599, 1602-1609 y 1615-1618. En su segundo gobierno realizó durante seis meses una exploración de las comarcas situadas al este del río Uruguay, regresando convencido de que esos campos eran los mejores de la región para la cría de ganado. Por eso, en 1611 y en 1617 ordenó se pasara en barcazas a la costa oriental del Uruguay cierta cantidad de vacas y toros traídos de Santa Fe.
La rápida reproducción de esas reses —a las que se sumaron a partir de 1620 las procedentes de las estancias de las misiones jesuíticas— fue lo que realmente dio valor a unas tierras que hasta entonces nada ofrecían desde el punto de vista de su explotación económica. La increíble abundancia de ganado que se produjo en relativamente poco tiempo, aparejó consecuencias económicas, sociales y políticas insospechadas tanto para los colonizadores europeos y criollos como para las etnias indígenas de la zona.

Hervás y Panduro, Lorenzo. Max Müller consideró a Hervás el padre de la moderna lingüística, y Amor Ruibal (*Problemas de la filología comparada*, 1905) agregaba que el referido autor había trazado

> un cuadro casi perfecto de la familia semítica, sentó las bases para el conocimiento de la llamada familia turania, descubrió la familia de lenguas malayas y polinesias, clasificó antes que otro las lenguas americanas...

Hervás vivió en las misiones y formó parte del grupo de jesuitas que fueron embarcados para Europa como consecuencia de la expulsión de la

Compañía de Jesús de América, ordenada por Carlos III de España en 1767. Su obra —en extremo abundante y variada— se publicó en Italia. De sus trabajos sobre lenguas americanas se destaca la elaboración de cerca de 40 gramáticas sobre diferentes idiomas.

Hervás publicó en italiano a partir de 1784, una obra copiosísima —y muchas veces farragosa— titulada *Idea dell'Universo*, compuesta por libros referidos a las más variadas materias. Así, para considerar sólo algunos de los que más tarde aparecieron en castellano, pueden mencionarse un *Tratado sobre la sociedad humana*, una *Historia de las primeras colonias de América*, una *Descripción de los archivos de la Corona de Aragón*, un volumen dedicado a *La Revolución religiosa francesa*, otro sobre *La moral de Confucio*. Dentro de tan sorprendente ecumenismo intelectual se destacan sin embargo, las obras de tema lingüístico, como *Origen, formación mecanismo y armonía de los idiomas*, *Historia de la escritura*, *Paleografía universal*, *Vocabulario políglota* y *La escuela española de sordomudos*. Lo más importante en este rubro, sin embargo, es el *Catalogo delle lingue conosciute...* —tomo 17 de la *Idea dell'Universo*—, que apareció en Cesena en 1784 y el *Saggio pratico delle lingue*, que se publicó en la misma ciudad en 1787.

El *Catálogo*, traducido al español, fue publicado en cinco tomos en Madrid entre 1800 y 1804.

Es interesante apuntar que Javier Herrero (*Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Edit. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1971) presenta a Hervás como uno de los principales expositores de la teoría que estuvo en boga en los ambientes clericales conservadores entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX —tuvo suscriptores posteriores, por supuesto— de que la Revolución Francesa respondía a una conjura de filósofos y jansenistas tendiente a destruir la Monarquía y la Iglesia.

Nació en 1735 y murió en 1809.

Larrañaga, Dámaso Antonio. Eminente sabio y patriota uruguayo nacido en Montevideo en 1771 y muerto en la misma ciudad en 1848. Hizo sus estudios en Montevideo, Buenos Aires y Córdoba, ordenándose sacerdote en Río de Janeiro en 1799. Fue capellán en 1806 de las tropas montevideanas que reconquistaron Buenos Aires, que había sido tomada por los ingleses. Como abrazó la causa de la revolución, manifestándose admirador de Artigas (v.) el virrey Elío lo expulsó de Montevideo en 1811; durante la primera independencia de la Provincia Oriental inauguró y dirigió en 1816 la primera Biblioteca Pública. Durante la dominación portuguesa creó el Asilo de Expósitos e introdujo el método lancasteriano en la enseñanza. Fue designado primer vicario apostólico en 1824 e integró el primer Senado de la República (1830-1834), donde presentó un proyecto de

ley de abolición de la pena de muerte y otro propugnando la creación de una academia militar; fue también autor del proyecto de creación de varias cátedras que, convertido en ley en 1839, fue el antecedente de la Universidad de la República.

Sus trabajos científicos más relevantes corresponden a sus estudios de la fauna y flora local. Dominó varias lenguas y se carteó con los grandes naturalistas de su época, como Bonpland, Cuvier y Saint-Hilaire (v.). El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay hizo en 1923 una edición de sus *Escritos*. En el tomo III de esta obra apareció su *Noticia sobre los minuanes*, fechada el 2 de febrero de 1813, y su *Compendio del idioma de la Nación Chaná*; se sabe que compuso un vocabulario de esta lengua que desgraciadamente se ha perdido. Algunos otros datos aunque de importancia menor sobre los antiguos chanáes, obtenidos de informantes seleccionados, aparecieron en su *Viaje de Montevideo a Paysandú* (1815) publicado en 1930 por Baldomero M. Vidal.

Lopes de Souza, Pero. Este navegante portugués habría nacido hacia 1510. Capitaneó una de las naves de la flota comandada por su hermano Martim Afonso, quien investido del cargo de gobernador debía imponer el poder lusitano en Brasil, amenazado por otras potencias europeas interesadas en las riquezas de esas tierras y en especial en el palo tintóreo. Llevó un *Diario* de la expedición entre 1530 y 1532, año en que regresó a Portugal para partir en otra expedición a África. Tuvo en 1535 una descollante actuación en la guerra que los estados ibéricos sostenían con los turcos por el dominio del Mediterráneo. En 1537 marchó a la India al frente de una armada, falleciendo en alta mar cuando regresaba, en las cercanías de Madagascar.

La presencia de los buques de los hermanos de Souza en el Río de la Plata abarca tres meses, desde los primeros días de octubre de 1531 al inicio de enero de 1532. Las anotaciones del *Diario* correspondientes a esos momentos conforman el conjunto más importante de datos etnográficos referidos a los indígenas de la costa norte del gran río aportados por los exploradores del siglo XVI. A veces, con todo, queda la duda de si el cronista no atribuyó a los indios de esta región rasgos culturales que había observado en las poblaciones tupí-guaraníes del litoral brasileño.

El *Diario* fue descubierto y publicado por Francisco Adolfo de Varnhagen en Lisboa en 1839. En 1927, Eugenio de Castro hizo en Río de Janeiro una edición crítica del mismo. Horacio Arredondo publicó en su trabajo «Viajeros visitantes del Uruguay» (*Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología»*, tomo XV, Montevideo, 1958) en traducción propia y con notas

y comentarios de Rolando Laguarda Trías, los fragmentos del *Diario* referidos a la zona que habría de constituir el territorio del Uruguay.

Lozano, Pedro. Nacido en Madrid en 1697, tenía apenas 14 años al ingresar en la Compañía de Jesús y 20 cuando llegó al Paraguay. En 1723 se ordenó sacerdote, y en 1724 estaba a cargo en Santa Fe de una Congregación de «indios y morenos». En 1727 hizo un viaje de estudios e información histórica al Paraguay, pasando por Corrientes, y ya al siguiente año se le enviaron muchos documentos del archivo de Asunción. Desde 1729 a 1751 permaneció en la estancia de Santa Catalina de Córdoba, dedicado a escribir sus obras históricas. Murió en 1752 en Humahuaca, cuando iba de viaje.

Sus libros más importantes son: la *Descripción chorográfica... del Gran Chaco Gualamba*, editado en Córdoba, España, en 1723 (un tomo *in cuarto* de 490 pp.); la *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, publicada en Madrid en 1754 (2 tomos *in folio* de 773 y 832 pp.); la *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, publicada en Buenos Aires por Andrés Lamas en 1873; la *Historia de las revoluciones en la Provincia del Paraguay* aparecida en Madrid en 1905 (dos tomos *in cuarto* de 453 y 456 pp.). También escribió una *Vida del Padre Julián de Lizardi*, que fuera martirizado en 1735 y que se publicó en Salamanca en 1741; y una *Relación del terremoto que arruinó a Lima en 28 de octubre de 1746*, que integra la versión española de Davin de las *Cartas Edificantes* (Madrid, 1756). Tuvo a su cargo la redacción del *Diario* de la expedición del padre José Quiroga (v.) a la Patagonia que fue incluido en la *Historia del Paraguay* de Charveloix y en la *Colección* de De Angelis. Leonhart ha sostenido que las *Cartas Anuas* desde 1720 a 1743, fueron escritas por Lozano; Furlong indica que habría escrito también un *Diccionario Histórico* en seis volúmenes que se ha perdido.

No fue un observador directo de los indios del Río de la Plata sino un recopilador de datos apuntados por otros misioneros.

Marimón, Miguel. Era mallorquín y había nacido en 1710. Vino a América en 1733 y fue cura de Santo Ángel y San Borja. En 1752, ante la amenaza de tener que trasladar los pueblos, buscó tierras aptas en la zona del río Queguay, pertenecientes en la actualidad al Uruguay; de esa época data un interesante mapa de la región oriental de este país con anotaciones marginales de importancia etnográfica. Se ocupó también de las ciencias naturales, llegando a «clasificar 103 géneros de aves, 45 de cuadrúpedos y 40 de peces» según ha señalado Furlong, que tenían nombre en guaraní. Falleció en Faenza, Italia en 1775.

Mastrillo Durán, Nicolás. También se le llamó Durán Mastrilli y Mastrilli Durán. Nació en Nola, Nápoles y se dedicó primeramente a las armas, alcanzando el grado de capitán de caballería. Ingresando en la Compañía de Jesús, vino a Perú en calidad de estudiante, llegando a Lima por tierra desde Paita en septiembre de 1592. Fue profesor de retórica y luego residente en la misión de Juli, a orillas del lago Titicaca —allí se ensayó el modelo de organización misional que se aplicaría en el Paraguay—, donde aprendió el quechua y el aymara. Fue también misionero entre los chunchos. En 1600 fue superior de la residencia de Juli; en 1604, rector del colegio de Quito, habiendo comenzado las obras de la famosa iglesia de la Compañía; fue también rector del colegio de La Plata (Chuquisaca). De 1618 a 1623 estuvo en Madrid y Roma como procurador de la Congregación; en 1623 fue nombrado rector del Colegio de San Pablo en Lima y entre 1624 y 1628 fue provincial del Paraguay. Las *Cartas Anuas* correspondientes a ese período fueron escritas a su mandato por el padre Diego Rançonnier y de ellas aprovechó el padre Pedro Lozano (v.) para su *Descripción Chorográfica del Gran Chaco...* y su historia de la Compañía en esa provincia. También fue provincial del Perú entre 1630-1634 y de 1639 a 1644.

Millau y Maraval, Francisco. Nació en 1728 en el Real Puente de Suaza de la isla de León, provincia de Cádiz, donde moriría en 1805. Su apellido aparece escrito a veces Millao y el materno, Miraval. Se formó como marino en el Cuerpo de Caballeros Guardiamarinas de Cádiz, donde, entre otros, tuvo como profesor al gran viajero y científico Jorge Juan. Llegó al Río de la Plata en 1572, como geógrafo y cartógrafo de la Comisión española encargada de fijar los límites señalados por el Tratado de enero de 1750, permaneciendo hasta 1761. Como la partida demarcatoria de la que formó parte no dio comienzo a sus trabajos hasta 1758, Millau quedó en Buenos Aires estudiando la cartografía jesuítica a la vez que analizaba la zona del Río de la Plata desde el punto de vista de sus posibilidades económicas y su valor estratégico. Tomó parte también en acciones bélicas de la campaña que, desde 1749, llevaba contra los indios no convertidos de la región al gobernador de Buenos Aires, José de Andonaegui. En cumplimiento de sus cometidos de demarcador recorrió los ríos Paraná, Iguazú y el alto Uruguay hasta el Ibicuy, trazando cartas de los mismos y las regiones aledañas. Retornó a América en 1765, acompañando en 1768 al gobernador Bucarelli y Ursúa en la expedición que efectuó para expulsar a los jesuitas de sus misiones, regresando a España en 1771 y escribiendo entonces como complemento de su amplia obra cartográfica, la *Descripción de la provincia del Río de la Plata*, obra que per-

manecería inédita hasta 1947, cuando se publicó con prólogo de Richard Konezke.

Aunque debió conocer a los indígenas de la región, no dejó ninguna descripción de ellos, si bien indicó ubicaciones y número de individuos, que, para la época de sus observaciones, parece excesivamente escaso. Hizo referencia a las luchas intertribales, a la importancia de las depredaciones en su economía y a la extensión del consumo de alcohol entre ellos.

Montalvo, Hernando de. Tesorero de la expedición que condujo al Río de la Plata el adelantado Juan Ortiz de Zárate en 1573, cuyas alternativas relató en varias cartas parcialmente transcritas por Eduardo Madero en su *Historia del Puerto de Buenos Aires* (1892) y por Paul Groussac en su libro *Mendoza y Garay* (1919), ambas obras publicadas en Buenos Aires. Este último ha destacado la importancia de las cartas de Montalvo como fuente de información de la época, no obstante advertir respecto de sus «errores de apreciación, nacidos en general de la falta de inteligencia y exceso de envidiosa malignidad».

Montalvo fue testigo —lo mismo que Centenera (v.)— del combate de San Gabriel, en el que en diciembre de 1573 los charrúas batieron a la hueste de Ortiz de Zárate, y también del de San Salvador, donde en mayo de 1574 Garay tomó venganza matando 200 indios. También participó en la fundación de la «Ciudad de San Salvador», compuesta por algunos ranchos rodeados de empalizada, en las proximidades de la desembocadura del río del mismo nombre en el Uruguay. En ese sitio fecha el 29 de marzo de 1576 la carta en que refiere los primeros contactos de los españoles con los pobladores de la región platense:

> ...ciertos indios que llaman charrúas que habitan en la ribera de este río, gente gandul que no siembran ni tienen sitio conocido como alárabes; mantiénense de pescados y venados y avestruces...

Nussdorffer, Bernardo. Nació en Platting, Baviera, el 17 de agosto de 1686, ingresando en la Compañía de Jesús en 1704. Llegó al Plata en 1717 y estuvo en las reducciones de San Nicolás, San Luis, Loreto y Santa Cruz. Fue rector del Colegio de Santa Fe y superior general de las misiones del Paraná en dos períodos: 1734-1740 y 1747-1752. Escribió entre 1753 y 1756 una *Relación de todo lo sucedido en estas doctrinas en orden a las mudanzas de los siete pueblos del Uruguay, desde San Borja hasta Santo Ángel inclusive, que por el tratado real y línea divisoria de los límites entre las dos coronas que se habían de entregar a los portugueses o se había de mudar a otros parajes*, que estuvo inédita hasta que el padre Carlos Leonhardt la publicó en la

revista *Estudios* de Buenos Aires en 1920, con el título de *La guerra de los Siete Pueblos.* Otros trabajos suyos han quedado inéditos, como la *Relación compendiosa de los servicios que han hecho a su Majestad los Indios de las Doctrinas que están a cargo de los Padres de la Compañía de Jesús en esta Provincia del Paraguay, de nación Guaranís, o como los llaman vulgarmente Tapes, desde el año 1637 hasta octubre de 1735*, existente en el Archivo General de Buenos Aires. Nussdorffer murió en el pueblo misionero de San Carlos, el 18 de marzo de 1762.

Oxehufvud, A.G.. No se tienen datos sobre este marino sueco, excepto que en 1831, cuando se encontraba en la República Oriental de Uruguay, ostentaba el grado de teniente primero. En ese año casualmente encontró cerca de Montevideo a la tropa que conducía a los charrúas capturados luego de la matanza de Salsipuedes, dejando de ello una breve aunque vívida descripción, así como de la entrada triunfal que hizo a la capital de la República el general Rivera al frente de sus soldados y prisioneros. El relato de Oxehufvud presenta algunos errores, como el de situar la acción contra los charrúas en el río Queguay, o el de ubicar su encuentro con la caravana de cautivos un «domingo de enero de 1831» cuando debió tener lugar a fines de abril o comienzos de mayo de ese año. Igualmente agregó exageraciones, seguramente con la intención de acentuar la heroicidad de los indígenas, como cuando afirma que el cacique Rondeau «estaba como metido en una trinchera rodeado por los cadáveres de sus enemigos», puesto que «15 soldados enemigos ya habían caído bajo su lanza». Los datos que consigna sobre los charrúas indudablemente están tomados de Azara, pero algunos detalles de la operación militar efectuada, como que se brindó abundante cantidad de aguardiente a los indios antes de atacarlos, debió conocerlos por los comentarios difundidos entonces.

Su informe fue incluido por Carlos Eduardo Bladh en su libro *Resa till Montevideo och Buenos Ayres, jemte breskrifninf öfver Plata-floden och Förenta Provinserna af samma namn, Paraguay, Misiones och Republiken Oriental del Uruguay, eller Cisplatina* («Viaje a Montevideo y Buenos Aires y descripción del Río de la Plata y la Provincias Unidas del mismo nombre, el Paraguay, las Misiones y la República Oriental del Uruguay o Cisplatina») impreso en Estocolmo en 1839 por L.J. Hierta. Bladh, que residió algunos años en Chile, cuyas vivencias reflejó en un libro aparecido en 1837, estudió las posibilidades del comercio entre Suecia y los países del Plata, que procuró exponer en la obra citada. Bladh también indicó que «estuve presente cuando esos prisioneros (los charrúas) fueron traídos a Montevideo».

El fragmento de Oxehufvud fue publicado por primera vez en castellano en 1969, en traducción de Bengt O. Everett en un artículo que llevó la firma de Aníbal Barrios Pintos, aunque posteriormente se aclaró que debía haberse incluido también la de Eduardo Acosta y Lara —*vide* Barrios Pintos (y Acosta y Lara), 1969—. En esa publicación, el nombre del teniente sueco aparece en el título como «Oxchfvud» y en el texto como «Oxchufvud», error en el que habría de persistir Barrios Pintos (1991:165). Acosta y Lara (1969b: 194-196), volvió a publicar esa versión de Everett, por cierto que nombrando correctamente al autor.
Todo el capítulo del libro de Bladh en que se incluyó el informe de Oxehufvud en traducción de Julio Ricci —que es la que utilizamos aquí— apareció al año siguiente en la *Revista Histórica*, con una introducción del entonces director del Museo Histórico Nacional Juan Pivel Devoto, firmada simplemente «La Dirección» (*BLADH*, 1970).

Oyarbide, Andrés de. Marino español que formó parte de la Comisión encargada de efectuar la demarcación de las posesiones de España y Portugal en razón de lo acordado por el Tratado de San Ildefonso de 1777. Llegó al Río de la Plata en 1781, conjuntamente con Félix de Azara (v.). Los resultados de sus estudios en la región se dieron a conocer en la *Carta esférica del Río de la Plata*, publicada en 1812, y en una *Memoria geográfica* aparecida en 1865 referida a los viajes que realizó por el Paraná.
Su *Diario de reconocimiento del río Uruguay desde Buenos Aires hasta el arroyo de la China realizado entre el 17 de octubre y el 10 de noviembre de 1801*, cuyo original se conserva inédito en el Museo Naval de Madrid, fue publicado por Homero Martínez Montero (1955). En este trabajo Oyarbide aporta datos sobre los antiguos chanáes, obtenidos de un informante indio de esa etnia «y como de 100 años cumplidos de edad».

Ottsen, Hendrick. Navegante holandés que visitó el Río de la Plata en 1599. Dio a conocer sus experiencias en el libro *Corto y verídico relato de la desgraciada navegación de un buque de Amsterdam llamado el «Mundo de Plata»... desde el año 1598 hasta el de 1601*, cuya primera edición apareció en holandés en 1603. Al año siguiente se publicó en alemán en la *Colección de Grandes Viajes* de Teodoro de Bry (v.) y en ella aparece la primera representación de los indígenas del Río de la Plata. La lámina, que no presenta el estilo de De Bry, muestra un esbozo de mapa del gran río en el que se señalan algunos accidentes geográficos, rosas de los vientos y dos figuras humanas: una envuelta en un manto de cuero (quillapí) y la otra con una boleadora de dos ramales en sus manos; la nota explicativa de esta ilustración ofrece breves datos etnográficos.

En español se incluyó esta obra en el tomo IV de los *Anales de la Biblioteca*, (Buenos Aires, 1905) con prefacio de Paul Groussac; su base fue la edición alemana de 1604. Con notas de Armando Tonelli volvió a editarse la misma versión en Buenos Aires en 1945. Horacio Arredondo publicó algunos fragmentos de ella con comentarios suyos, en *Viajeros visitantes del Uruguay* (Montevideo, 1958).

Paucke, Florian. También se le menciona como Bauke. Nacido en Witzinfen, Silesia, en 1719, desde 1748 residió en las misiones del Paraguay. Al parecer estuvo en San Javier entre 1750 y 1756, ocupándose en 1765 de instalar una nueva misión en San Pedro. El destierro de los jesuitas lo encontró en San Javier. Murió en Neuhaus, Bohemia, hacia 1780.
Dejó una obra de más de mil páginas sobre los indios mocobíes, que constituye la más rica fuente de información sobre esta etnia; la ilustró con numerosos dibujos que representan personajes y actividades cotidianas. La Universidad de Tucumán la publicó entre 1942 y 1944 en traducción de Edmundo Wernicke y en tres volúmenes, con el título de *Hacia allá y para acá (Una estancia entre los indios mocobíes, 1749-1767).*

Pernetty, Dom Antoine-Joseph. Perteneció a la orden de los benedictinos, y ya había escrito varios libros cuando acompañó como capellán al marino Louis-Antoine de Bougainville en su expedición a las islas Malvinas en 1763. En 1769 escribió la *Histoire d'un voyage de Bougainville aux ĭsles Malouines (1763-1764) avec des observations sur le détroit de Magellan et sur les Patagons*, que se publicó en París en dos tomos en 1770; a esta obra pertenecen todos los fragmentos relativos a Montevideo, los que presentan interés antropológico. Pernetty cultivó con entusiasmo y credulidad la alquimia, por lo que en sus últimos años se apartó de la Iglesia, fundando una secta de características simbólicas e iniciáticas, que consiguió, no obstante la moda de la época, pocos seguidores. Nació en 1716 y murió en 1801.

Polanco, Modesto. De acuerdo a las indagaciones de José Joaquín Figueira (1877:III 290-292) Polanco nació hacia 1835, falleciendo en 1894. Estudió medicina; alcanzó el grado de coronel del ejército uruguayo; ejerció la Jefatura Política y de Policía de los departamentos de Cerro Largo —en 1863/64 y en 1875— y de Canelones —en 1875—; poseyó estancias en los departamentos de Cerro Largo y Rivera; intervino en los sucesos vinculados a la revolución que entre 1870 y 1872 encabezó Timoteo Aparicio y también en los relacionados con el motín que depuso en 1875 al presidente José E. Ellauri; fundó el pueblo de Olimar, después denominado Santa Clara de Olimar, en el departamento de Treinta y Tres.

El 16 de septiembre de 1890 el diario montevideano *La Época*, dirigido por Eduardo Acevedo Díaz (v.), publicaba una «Carta» en la que Polanco corregía hechos y datos que Acevedo Díaz —basándose en las *Memorias* de su abuelo el brigadier general Antonio Díaz (v.)— había consignado en su artículo «La Boca del Tigre», aparecido en ese mismo diario el 19 de agosto anterior y en el que relataba la matanza final de los charrúas realizada por el general Fructuoso Rivera (v.) en campos del arroyo Salsipuedes en 1831. Polanco se muestra como un observador cuidadoso y como un escritor preciso y también galano.

No deja de resultar curioso que explique su propósito de evitar equívocos con respecto a algunos rasgos culturales de los charrúas finales, basándose no en el puro interés del conocimiento, sino en haber sentido siempre «cierto orgullo nacional al recuerdo de esa tribu», por lo que insta al destinatario de su «Carta» a hacerle «justicia póstuma, siquiera por espíritu de nacionalismo».

Seguramente más que por la apelación a sentimientos típicos de un momento histórico en que el país afirmaba su identidad nacional, fue por los importantes elementos aportados que las rectificaciones de Polanco influyeron en los trabajos posteriores de Acevedo Díaz. Esas puntualizaciones deben complementarse con las hechas por Pablo Lavalleja Valdés en 1937, quien recogiendo tradiciones orales narró los efectos que tuvo hacia 1862 una epidemia de viruela en la extinción de los escasos charrúas sobrevivientes de la masacre referida, que aún vivían con relativa independencia en tierras del norte del Uruguay; así como el envenenamiento —por simple broma cruel— del cacique Sepé en una pulpería rural del departamento de Tacuarembó en 1866.

Quiroga y Mendes, José. Nació el 14 de marzo de 1707 en el villorrio de Farbal, provincia de Pontevedra. Hacia 1725 ingresó en la escuela naval. En la Compañía de Jesús entró el 12 de abril de 1736. Llegó a Buenos Aires en 1745 y al año siguiente compuso el plano de la ciudad, que acaso fuera el primero que se hacía. Acompañó a los padres Cardiel (v.) y Stroben en la expedición por mar a la Patagonia; se conservaron 19 croquis y planos suyos hechos en esa ocasión. En 1749 se estableció en Santa Fe. De ese año data su gran *Mapa de las Misiones de la compañía de Jesús en los ríos Paraná y Uruguay*, que se imprimió en Roma en 1753 y que contiene anotaciones marginales valiosas desde el punto de vista etnográfico, aparte de situar en la carta la ubicación de los grupos indígenas en la época. El Tratado de Madrid de 1750 obligó a establecer nuevos límites que afectaron el territorio de las misiones, y por eso Quiroga fue designado en 1753 para integrar la comisión encargada de realizar la demarcación. Entre 1755 y

1762, estuvo al parecer dedicado a tareas de cartografía y de 1763 a 1766, tuvo a su cargo la primera cátedra de matemáticas de la Universidad de Córdoba que fue también la primera del Río de la Plata. En 1767 se encontraba en Buenos Aires dirigiendo la construcción del Colegio Belén, cuando en cumplimiento de la orden dada por Carlos III de expulsión de la Compañía de Jesús fue detenido y embarcado en la nave *La Venus*. Permaneció en España durante 6 años, marchando luego a Italia. Murió en Bolonia el 24 de octubre de 1784.

Aparte de sus trabajos cartográficos deben mencionarse sus obras: *Relación diaria... de el viaje... a la costa de los Patagones (en) 1745*, que en español publicó De Angelis en el primer tomo de su *Colección* en 1836, aunque antes había conocido versiones en latín y francés; *Breve noticia del viaje... por el río Paraguay (hasta) la boca del Jaurú (1753-1754)*, publicado en Madrid en 1898; *Descripción del Río Paraguay desde la boca del Xauru hasta la confluencia del Paraná*, que el padre Muriel incluyó en su versión latina de la *Historia* de Charlevoix y que en español publicó De Angelis en 1836 en el tomo II de su *Colección*; *Tratado del arte de navegar...* aparecido en Bolonia en 1784; *Descripción en general de la Provincia del Paraguay*, que permanece inédito en el archivo Loyola de Azpeitia.

Ramírez, Luis. Llegó al Río de la Plata en la armada de Gaboto (v.) y narró las peripecias de esa expedición en una «Carta» dirigida a su padre el 10 de julio de 1528. De una manera en general medida y acertada, expone descubrimientos, luchas, hambrunas y padeceres, agregando someras descripciones de los países y sus habitantes. Apenas una vez aflora en su relato el «síndrome de Ulises» —tan común en los descubridores— al hacer referencia a que en algún lugar del ignoto interior vivía «una generación... que de la rodilla abajo tienen los pies de avestruz», aunque acotó cautamente que «por parecer cosa de fábula no lo escribo».

Lo más importante del punto de vista etnográfico de su crónica tiene que ver con la descripción de los tupí-guaraníes de la región de Pernambuco, que concuerda con las hechas en tiempos posteriores sobre esa etnia por André Thevet, Hans Staden y Pero Hernández, redactor de los *Comentarios* de Cabeza de Vaca. Desgraciadamente Ramírez no dedicó a los aborígenes del Plata referencias de tanto interés. Parece que solamente conoció algunos grupos de chaná-timbúes establecidos en las costas del río Uruguay y en las islas de este río y del Paraná.

La «Carta» de Luis Ramírez fue publicada por primera vez por Francisco Adolfo de Varnhagen en Río de Janeiro en 1852, en el tomo XV de la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Brasil*. Eduardo Madero la in-

cluyó en el apéndice documental de la *Historia del Puerto de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1892).

Rivera, Fructuoso. Prócer de la independencia, brillante militar y primer presidente del Uruguay. Nació hacia 1784. Se distinguió entre los tenientes de Artigas (v.) y su triunfo en la batalla de Guayabo (15/I/1815) permitió la primera independencia (1815-1816) al terminar con el dominio porteño que sucedió al español. Habiendo colaborado con portugueses y brasileños durante la ocupación del Uruguay por éstos, se plegó a la «Cruzada Libertadora» iniciada por el general Juan Antonio Lavalleja (19/IV/1825), logrando la importante victoria de Rincón (24/IX/1825) y participando en la de Sarandí (12/X/1825). Enemistado luego con Lavalleja y otros jefes, inició por su cuenta (21/IV/1828) la conquista de las antiguas Misiones Orientales, que estaban bajo dominio brasileño; en 20 días realizó una exitosa campaña en la que se apoderó de una extensión de más de 90.000 kms^2, lo que fue posible por el apoyo incondicional de los indios guaraníes, que veían en él al continuador de Artigas. Esta operación militar, sumada al triunfo de Ituzaingó (27/II/1827), precipitó la independencia del Uruguay. Para facilitar las negociaciones, Rivera aceptó devolver las misiones, y al evacuarlas fundó sobre el río Cuareim el pueblo de Bella Unión con los indios guaraníes que lo siguieron. Al proclamarse la independencia, fue elegido primer presidente de la República (1830-1834). Durante la presidencia de su sucesor, el general Manuel Oribe, promovió dos levantamientos contra éste, que significaron no sólo el inicio de las guerras civiles sino también el de los partidos tradicionales del Uruguay, denominados blancos (los oribistas) y colorados (los riveristas) por el color de las divisas utilizadas. Nuevamente presidente en 1839, declaró la guerra a Juan Manuel de Rosas, que ocupaba el poder en la Argentina, dando así inicio a la Guerra Grande (1839-51). Triunfante primero en Cagancha (29/XII/1839) y derrotado en Arroyo Grande (6/XII/1842) e India Muerta (25/III/1845), malquistado con el gobierno de la Defensa, fue desterrado al Brasil (1847). Murió en 1854 al regresar a su país.

Durante su primera presidencia Rivera protagonizó el episodio más turbio y censurable de su, sin duda, contradictoria aunque brillante actuación: la operación tendiente a exterminar los remanentes charrúas, que se concretó el 11 de abril de 1831 sobre el arroyo Salsipuedes, en el centro de la República. Las mujeres y niños capturados después de la matanza fueron asignados a familias montevideanas en calidad de semiesclavos; cinco fueron enviados a Francia para ser exhibidos allá. Los que consiguieron escapar fueron batidos en otros combates, en uno de los cuales se desquitaron matando al coronel Bernabé Rivera, sobrino del presidente, a quien éste siempre llamó hermano. Rivera fue posteriormente acusado de haber pro-

cedido de ese modo, a fin de valorizar los campos del norte del país, que serían luego vendidos ventajosamente a estancieros brasileños.
En su momento, sin embargo, toda la opinión pública del Uruguay consideró que Rivera había procedido con arreglo a los intereses de la nación al poner fin a los malones contra las estancias y a los arreos de ganado. Fue posteriormente cuando se criticó con dureza «los medios de traición y perfidia empleados», «aunque la sociedad y las fortunas públicas mucho habían ganado con (la) desaparición (de los indios)», como señalaba Carlos Anaya (1964), contemporáneo suyo. Solamente una vez Rivera intentó exculparse: durante su destierro en Río de Janeiro envió el 30 de octubre de 1848 una carta al periódico *Iris* de esa ciudad, que anteriormente había publicado un artículo en que se señalaba su responsabilidad en aquella masacre. El propósito de Rivera no se vio satisfecho, ya que sus propias expresiones pusieron de manifiesto su desprecio por los indígenas al decir que «...a mí me cupo la gloria de acabar con una horda de salvajes nómadas y feroces... hice lo que otros no pudieron hacer antes de mí...».

Saint-Hilaire, Auguste de. Fue un destacado científico francés que dejó relevantes trabajos de botánica. En 1816 llegó al Brasil donde permaneció seis años recorriendo amplios territorios en los que coleccionó especies vegetales y animales que llevó a Francia y describió en diversas obras. Se reveló también como un ameno escritor de libros de viajes. Nació en Orleans en 1799 y murió en la misma ciudad en 1853.
En 1887 se publicó en su ciudad natal su libro *Voyage Rio-Grande do Sul (Brésil)*, en el que recogió los recuerdos del Uruguay de 1820-21, cuando acababa de producirse la derrota artiguista y todo el país se encontraba bajo el dominio portugués. De esta obra, en traducción de Socorro de Salterain de Grierson, Horacio Arredondo publicó con comentarios suyos, varios capítulos en *Estampas del viejo Montevideo. La Cisplatina portuguesa* (Montevideo, 1961-62, pp. 307-532).
Saint-Hilaire no vio personalmente en estos países ni charrúas ni minuanes, aunque obtuvo de informantes calificados datos que no carecen de interés sobre los mismos. Como ha señalado Eduardo Acosta y Lara (1951) tal vez los charrúas llevados a París en 1833 por De Curel fueran «los primeros y los últimos que tuvo oportunidad de conocer el ilustre viajero».

Saldanha, José de. Nacido en Lisboa en 1758, obtuvo tempranamente una formación que reunió a la vez las disciplinas técnicas y las humanísticas, graduándose en filosofía y matemáticas con especialización en geografía y astronomía. Por ello, fue enviado en 1782 al Brasil como integrante de la Comisión encargada de establecer los límites entre las posesiones ameri-

canas de Portugal y España, lo que se había acordado en el Tratado de San Ildefonso de 1777. Así fue que Saldanha actuó en los mismos años y muchas veces de consumo con colegas españoles de equivalente nivel intelectual y técnico como Azara (v.), Cabrer y Oyarbide (v.), por lo que sus observaciones pueden ser comparadas con las de éstos.
Producto de sus trabajos como demarcador fueron varios estudios sobre Río Grande del Sur, los *Diários Gerais* y el *Diário resumido e histórico* que permaneció inédito hasta que Rodolfo García y Aurelio Pôrto lo publicaron en 1938 en los *Anais da Biblioteca Nacional* de Río de Janeiro, en su Vol. II pp. 138-301. Saldanha se reveló en este trabajo como un fino observador de los indios, consignando datos de real valor etnográfico. Eduardo Acosta y Lara reprodujo los fragmentos referidos a los indios minuanes en el n.° 71-72 del *Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército*, correspondiente a los meses de enero-julio de 1957, pp. 186-189. Posteriormente incluyó esas páginas en un Apéndice de su obra *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (período hispánico)* de 1961, pp. 248-251.
Al finalizar las tareas de demarcación, Saldanha fue designado gobernador de las misiones, cargo que desempeñó entre 1803 y 1805. Murió en Porto Alegre en 1808.

Sánchez Labrador, José. Se llamaba en realidad José Sánchez Hernández, pero adoptó el segundo apellido de su padre. Nació en La Guardia, La Mancha, en 1717, ingresando a la Compañía de Jesús en 1731, es decir, a los 14 años. Llegó a América en 1734, estudiando filosofía y teología en la Universidad de Córdoba, donde se ordenó sacerdote en 1739. Enseñó filosofía en esa misma Universidad de 1744 a 1746, pasando entonces a las misiones guaraníes, donde se sospecha que estuvo antes de 1744, lo mismo que en Buenos Aires y Montevideo. Vivió en distintos pueblos misioneros guaraníes, desarrollando en todas partes sus observaciones sobre flora, fauna, mineralogía y características etnográficas de las poblaciones. En 1757 era cura párroco del pueblo de Apóstoles, y en 1759 pasó a Asunción, de donde marchó al año siguiente a establecer con el padre Martín Mantilla la reducción Nuestra Señora de Belén entre los indios guaycurúes o mbayás, de los que dejaría preciosos datos; esa misión se interrumpió al ser expulsados los jesuitas en 1767. Sánchez Labrador realizó varios viajes por el territorio de las misiones y cruzó a pie el Chaco hasta el Alto Perú. En su destierro en Rávena se dedicó a completar su monumental obra, que al parecer había iniciado ya en América y en la que trató de materias científicas varias, «verdadera enciclopedia rioplatense» (Furlong, 1946) en 20 volúmenes: *El Paraguay Católico*. Entre 1771 y 1776 se publicaron en Rávena 10 tomos (*Paraguay Natural*, 6 tomos; *El Paraguay Cultivado*, 4 to-

mos); Samuel Lafone Quevedo publicó en Buenos Aires en 1910 dos tomos inéditos de la obra de Sánchez Labrador y otro tomo en 1917. En 1936, Furlong Cardiff publicó también en Buenos Aires un tomo referido a *Los indios pampas, puelches, patagones.* Otros trabajos de Sánchez Labrador —especialmente los referidos a lenguas indígenas— se publicaron en el *Saggio* de Lorenzo Hervás y Panduro (v.). Aún permanecen inéditos muchos trabajos suyos, ya que se calcula que el total de su obra alcanza los 40 volúmenes. Dejó también trabajos cartográficos que, sin embargo, no pasan de mediocres. Sánchez Labrador murió en Ravena en 1798.

Schmidel, Ulrico. Nació en Straubing, Baviera, y habiéndose dedicado a la carrera de las armas embarcó en Amberes en un navío fletado por Neihart y Welser para unirse a la flota del adelantado Pedro de Mendoza, que partió hacia el Río de la Plata en 1535. Participó, entre otras acciones, en la primera fundación de Buenos Aires, en el combate del fuerte de Corpus Christi de 1536 y tres años después, en el que aparejó su destrucción. Regresó a Amberes en 1554 y relató sus aventuras en una crónica que, aunque adolece de algunos puntos confusos, constituye una importante fuente histórica.

Se publicó por primera vez en dos volúmenes en alemán en 1567; apareciendo la segunda edición en ese idioma en 1597 en la célebre colección de viajes de Teodoro De Bry (v.). De este texto hizo Hulsius una traducción al latín que se publicó en 1599 en la misma colección, engalanada con grabados del editor y un mapa de la región. Esta edición ha sido la base de las traduciones hechas a muchos idiomas y también al español por Andrés Barcia, que apareció en 1749 en su obra *Historiadores primitivos de las Indias Occidentales.* Esta versión fue reproducida en Buenos Aires en 1836 por Pedro de Angelis en su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata* con «noticias biográficas» suyas, sin indicación de traductor y con el título de *Viaje al Río de la Plata y Paraguay por Ulderico Schmidel.* También en Buenos Aires en 1881, impresa por la Imprenta y Librería de Mayo, «con una introducción y observaciones críticas de M.A.P.» (Mariano Aurelio Pelliza), se volvió a publicar, también sin indicación de traductor, figurando el autor como «Uldérico» y esta vez con el título de *Historia y descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay.*

En 1899 se editó en alemán una versión arreglada al manuscrito original conservado en la biblioteca de Munich, en la que se han apoyado las traducciones más modernas.

De las ediciones más recientes en español merecen señalarse: 1.° la que la Junta de Historia y Numismática Americana incluyó en su *Colección de Li-*

bros Raros o Inéditos sobre la Región del Río de la Plata, publicada en Buenos Aires en 1903, traducción de Samuel Lafone Quevedo y notas biográficas y bibliográficas de Bartolomé Mitre, con los grabados de De Bry y el agregado de tres mapas, que llevó el título de *Viaje al Río de la Plata (1534-1554);* 2.° la titulada *Derrotero y viaje a España y a las Indias*, traducción y comentarios de Edumundo Wernike y prólogo de Josué Zapata Gollán (h.) publicada en Santa Fe en 1938; 3.° la publicada rescatando el nombre de *Viaje al Río de la Plata*, por la editorial Emecé de Buenos Aires en 1942 en su Colección Buen Aire —con propósito de divulgación— que utiliza fundamentalmente la traducción de Lafone Quevedo, a la que agrega los fragmentos que éste no incluyó tomándolos de la versión de Wernike, con un cortísimo prólogo de «L.B.» (Luis Busaniche) e ilustrada con los grabados de De Bry; 4.° la hecha en Madrid por Alianza Editorial, con traducción, prólogo y notas de Klaus Wagner, que tiene por título *Relatos de la conquista del Río de la Plata y Paraguay (1534-1554).*

Es indudable que el lector puede verse confundido por la multiplicación de títulos y las diferencias que presentan las diversas versiones respecto a algunas cuestiones concretas, que son el resultado de las variaciones introducidas en copias manuscritas del siglo XVI. La tarea de clarificación de estos problemas debe mucho a los mencionados Lafone Quevedo y Wernike, así como también a Robert Lehmann-Nitsche («Los manuscritos del diario de Schmidel: breves apuntes», *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. 38, 1918).

Sepp, Antonio. Nació en el Tirol austríaco en 1655, en el seno de una familia perteneciente a la pequeña nobleza. Como desde niño manifestó condiciones relevantes para la música, se formó luego profesionalmente en Viena, llegando a dominar varios instrumentos y a desarrollar una destacada carrera como compositor y profesor que continuaría en las doctrinas de indios guaraníes. También mostró vocación por las letras, escribiendo varias piezas teatrales de inspiración religiosa en alemán y en latín.

Ingresó en la Compañía de Jesús a los 19 años, embarcando para las misiones cuando contaba 35. Con el jesuita bávaro Antonio Bohem —también llamado Böhm y Behme, quien murió aún joven en tierras americanas— compartió el viaje y la estadía de un año y medio en España, la travesía del Atlántico, la primera permanencia en Buenos Aires y el traslado a los pueblos donde fueron destinados, a más de 700 kilómetros aguas arriba por el río Uruguay: Sepp a Yapeyú, pueblo en la actual provincia argentina de Corrientes que entonces tenía unos 6.000 habitantes; y Bohem a San Miguel, en lo que hoy es el estado brasileño de Río Grande del Sur. Ambos misioneros aparecen por eso como autores de la *Rela-*

ción, que fue escrita íntegramente por Sepp. Éste permanecería en las misiones hasta el fin de su vida.

Muerto Bohem en 1695, intentó continuar su propósito de reducir a los yaros, estableciéndose en San Miguel en 1697. Fundó al año siguiente la reducción de San Juan Bautista, de la que se lo nombró párroco en 1703, siendo destituido en 1710 por denuncias de los indios, aunque después se le restituyó el cargo. Pasó en 1711 a la reducción de San Luis; en 1714 al pueblo de San Javier y luego al de Santa Cruz, haciéndose cargo de la reducción de San José en 1730, donde falleció en 1733.

Aunque dominadas por un propósito encomiástico respecto de las acciones de los jesuitas —como es común en los escritos producidos en la época por los integrantes de la Compañía— las obras de Sepp poseen un real interés antropológico, no estando exentas de un cierto —e involuntario— tono picaresco. Lo más importante de su vasta producción es la *Relación del viaje de Cádiz a Buenos Aires y primer relato sobre su actividad misionera*, publicado en alemán en Brixen en 1969 y dos años después en Nüremberg. En 1710 apareció en Ingolstadt también en alemán, la *Continuación de la relación de las curiosidades de Paracuaria y de los pueblos que viven allá, así como de la obra realizada por los misioneros de la Sociedad de Jesús en este país*.

Horacio Arredondo (1957) publicó en traducción propia al español, algunos fragmentos tomados de la versión en portugués aparecida en San Pablo en 1943. La Editorial Universitaria de Buenos Aires, con traducción, prólogos y notas de Warner Hoffman, editó tres tomos con obras de Sepp; los dos primeros contienen las anteriormente señaladas, llevando los títulos de *Relación de viaje a las misiones jesuíticas* (1971) y *Continuación de las labores apostólicas* (1973); el tercero (1974) incluye la *Historia de la misión entre los indios tobatines* realizada por los padres Bartolomé Jiménez y Francisco de Robles en 1697, cinco *Cartas* de Sepp y algunos capítulos seleccionados de su obra *Jardín de flores paracuario*, que da título al tomo.

La figura y la obra de Sepp han sido estudiadas por varios historiadores de las misiones jesuíticas y en especial por Carlos Leohardt («El Padre Antonio Sepp», revista *Estudios*, vols. XXVII y XVIII, Buenos Aires 1924-25) y Guillermo Furlong Cardiff (1962).

Solís, Juan Díaz de. Navegante español considerado como uno de los de mayor pericia de su época. Estuvo encargado, conjuntamente con Vicente Yáñez Pinzón de la búsqueda de un paso hacia las islas de la Especiería, realizando en 1508 un viaje al golfo de Honduras y la península de Yucatán, que además de fracaso, le deparó cárcel al regresar a España. Absuelto luego, pasó a servir al rey de Portugal en 1509, pero volvió a Es-

paña al poco tiempo, disconforme por no recibir la paga prometida. Fue nombrado piloto mayor del reino en 1512, cuando murió Vespucio, primero en ocupar tal cargo. Ese año habría realizado su primer —y secreto— viaje al Plata. El descubrimiento que podría llamarse oficial del gran río —que él denominó «Mar Dulce»— tuvo lugar en febrero de 1516, en ocasión del viaje emprendido para buscar un paso hacia las ambicionadas Molucas. Tomó posesión de la costa norte del gran río en nombre del rey de España, en un puerto que designó como Nuestra Señora de la Candelaria y que se duda si se trató de la bahía de Maldonado o de la de Montevideo. Continuó aguas arriba y al desembarcar en la costa del actual departamento de Colonia fue sorprendido por un grupo de guaraníes que lo mataron y comieron junto con los que lo acompañaban, a la vista de los que habían permanecido a bordo. Tomó el mando de la expedición entonces Francisco de Torres, quien decidió volver a España. En la costa del Brasil naufragó una de las naves, estableciéndose los sobrevivientes en la isla de Santa Catalina, donde quedaron también Melchor Ramírez y Enrique Montes, quienes años más tarde contarían a Gaboto (v.) las fábulas sobre la plata que habría en las tierras interiores y que llevarían a éste a realizar la frustránea exploración de la región del Río de Solís o Paraná Guazú y del Paraná.

Cautivo de los indios matadores de Solís, quedó un grumete, Francisco del Puerto, que sería rescatado por la gente de Gaboto; es de lamentar que no se conozca ninguna relación suya.

Vázquez de Espinosa, Antonio. Perteneció a la orden del Carmen. Llegó a México en 1612, viajando luego ampliamente por América, de suerte que mucho de lo que escribió estuvo basado en sus observaciones. Fuera de varias obras puramente religiosas, lo más importante de sus trabajos históricos y etnográficos es su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales* terminado en 1628. Aunque se sabía de su existencia, esta obra estuvo perdida por tres siglos, siendo encontrada en la Biblioteca Barberiana del Vaticano por Charles Upson Clark, quien la publicó en traducción al inglés en la Smithsonian Institution de Washington en 1942. La versión original en español fue publicada por la misma colección de la Smithsonian en 1948, también con prólogo de Clark. Éste ha señalado que fueron los antropólogos quienes más se interesaron por la «resurreción» de Vázquez de Espinosa, por los datos que proporcionó sobre culturas indígenas poco conocidas como las de los pampas, guaicurúes y charrúas. Respecto a estos últimos, su contribución es casi nula, pues apenas alude a la captura de náufragos y su venta a los guaraníes sobre lo que no hay otras referencias, a la práctica de la mutilación dactilar por duelo, descrita por tantos; y a

la práctica en las bodas de fornicio colectivo con la novia, que resulta muy dudosa, si no falsa, y que no fue señalada por ningún otro autor. Vázquez, que no llegó al Río de la Plata, reitera lo afirmado por algún otro, no se sabe con qué grado de fidelidad; carece por lo tanto del valor de fuente, aunque sus asertos valgan como ejemplo de la visión bestializante de los indios no reducidos, tan típica de la época y que tiene seguidores hasta el presente.

Vilardebó, Teodoro Miguel. Nacido en Montevideo en 1803 y estudió en París, doctorándose en medicina en 1830. Volvió al Uruguay en 1833 ejerciendo aquí su profesión y ocupando diversos cargos públicos vinculados a la atención de la salud pública. Tuvo además una intensa vida cultural que lo llevó a ser miembro de la Comisión de Biblioteca y Museo en 1837 y primer secretario del Instituto Histórico y Gegráfico en 1843. El inicio del prolongado sitio de Montevideo (1843-1851) durante la Guerra Grande (1839-1851) hizo que se marchara del país. Residió en Río de Janeiro entre 1844 y 1847 y en París de 1847 a 1853, año en que regresó al Uruguay a ejercer la medicina. Murió en 1857 combatiendo la gran epidemia de fiebre amarilla de entonces.

Sus variados intereses intelectuales lo llevaron a recabar datos sobre los charrúas en 1841 del sargento mayor Benito Silva, que había vivido entre ellos, y en 1842 de «una china» —india cautiva mantenida como sirvienta— del estanciero Manuel Arias. Este manuscrito —conocido como «Códice Vilardebó»—, no obstante su primordial importancia etnográfica y lingüística, no fue conocido hasta que en 1937 Juan Carlos Gómez-Haedo realizó una edición facsimilar del mismo; Sixto Perea y Alonso efectuó una edición crítica y anotada en 1938 y Baltazar Luis Mezzera una nueva edición anotada en 1963.

Xarque, Francisco. Jesuita español del siglo XVII, que también es llamado Jarque. Fue deán de la Catedral de Santa María de Albarracín, en Teruel, capellán de honor del Rey y comisario del Santo Oficio. Pasó a América, donde fue cura rector de la Villa de Potosí y juez metropolitano del Arzobispado de Chuiquisaca. Escribió varias obras exaltando la labor de la Compañía de Jesús y sus miembros, la más conocida de las cuales es *Vida prodigiosa del V.P. Jesuita Antonio Ruiz de Montoya*, editada por Juan de Ibár en Zaragoza en 1662 y que en 1900 reeditaría en Madrid en cuatro tomos Victoriano Suárez con el título de *Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652)*. Obviamente, se trata de una encomiástica biografía del gran guaranista.

En 1687 apareció en Pamplona, editado por Juan Micón en un tomo *in*

cuarto, Insignes Misioneros Jesuitas de la provincia del Paraguay, y estado del Río de la Plata; se compone de tres libros, el primero de los cuales contiene la vida del padre Simón Maceta, el segundo la vida del padre Francisco Díaz Taño, estando el tercero dedicado a describir el «Estado que al presente gozan las misiones de la Compañía de Jesús en las Provincias de Paraguay, Tucumán y Río de la Plata». Hay en esta obra algunos fragmentos de interés etnográfico sobre los indios de la antigua Banda Oriental, a los que llama «guanoas». El primero en apelar a esta fuente fue Antonio Serrano (1936), quien la consignó en la correspondiente bibliografía con el título de *Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, que luego han seguido repitiendo diversos autores. «Sólo se conocen de esta obra tres o cuatro ejemplares», señalaba el padre Vindel, prologuista de la reedición de 1900 del estudio sobre Montoya de Xarque; ello lleva a sospechar que muchos autores lo han citado sin verlo. Menos mal que Aníbal Barrios Pintos, quien aparentemente ha tenido la fortuna de obtener copia de los trozos más importantes de la rarísima obra, los ha publicado en su *Historia de los pueblos orientales* (Montevideo, 1968), haciendo así públicas las hasta entonces ignotas apreciaciones de Xarque.

INDICACIONES PARA LECTURAS

A los efectos de proporcionar al lector una guía bibliográfica somera sobre los antiguos indígenas de las tierras situadas al oriente del río Uruguay, se comentan aquí brevemente algunas obras seleccionadas de la Bibliografía que destacan por el tratamiento que han dado al tema en general, o por la exposición de algunos de sus aspectos específicos más relevantes.

Si bien muchos trabajos incluyen transcripciones de documentos de época referidos a los indios de esa región, cabe señalar que no se cuenta hasta el momento con ninguna publicación completa del *corpus* de fuentes históricas que presentan valor etnográfico.

De igual forma, tampoco existe aún un trabajo de síntesis sobre la prehistoria del territorio considerado que articule los aportes de los diversos trabajos arqueológicos realizados en las últimas dos décadas de manera que se pueda llegar a conclusiones que puedan ser ampliamente aceptadas.

Acosta y Lara, Eduardo, *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental*, tomo I: *Período Hispánico* (252 pp.), tomo II: *Período Patrio,* (66 y 203 pp.), Librería Linardi y Risso, Montevideo, 1990.

Se trata de una reimpresión de las obras que con el sello Editorial A. Monteverde y Cía. S.A., de Montevideo, aparecieron en 1961 el tomo I (252 pp.) y en 1969 el tomo II (parte A: 66 pp.; parte B: 203 pp.).

Ésta es sin duda la mejor obra histórica sobre los charrúas. La cuidadosa búsqueda en archivos de Montevideo, Buenos Aires, Asunción, Río de Janeiro y Sevilla, que durante largos años supuso la reunión de los documentos que contiene, lleva a pensar que difícilmente sea superable en ese punto. Aparte de sus elevados méritos históricos, constituye una verdadera mina de datos sobre la marginación de los indígenas en la sociedad nacional en formación, sobre los intentos y métodos de pacificación y sojuzgamiento emprendidos a su respecto, sobre la movilidad de los grupos, su modo de hacer la guerra, el proceso

de su aculturación, etc. Se agrega a todo ello la extrema honradez intelectual del autor, cuyas afirmaciones se ven siempre refrendadas por la documentación pertinente, que se incluye indicando siempre de manera precisa y técnica su procedencia.

Los Chaná Timbúes en la Antigua Banda Oriental. Separata de los *Anales del Museo de Historia Natural*, 2.ª serie, vol. VI, n.° 5, Montevideo, 1955, 27 pp., más XII láminas.

Aunque contiene pocos datos de interés etnográfico, constituye la única obra dedicada a esta etnia del antiguo territorio del Uruguay. No ha sido republicada. Como la indicada anteriormente, destaca por el gran aporte documental y la probidad de sus planteamientos. La transcripción paleográfica de los documentos puede hacer su lectura difícil al lector no especializado, cosa que ocurre también en el caso de todos los trabajadores de este autor.

Barrios Pintos, Aníbal, *Los aborígenes del Uruguay. Del hombre primitivo a los últimos charrúas.* Librería Linardi y Risso, Montevideo, 1991, 187 pp.

Esta obra intenta compendiar los conocimientos reunidos hasta el presente sobre el tema considerado. Implica la ampliación de un escueto trabajo anterior (*Aborígenes e indígenas del Uruguay*, Montevideo, 1975, 59 pp.). El autor posee un amplio conocimiento de la documentación histórica, lo que le permite incluir varias transcripciones de autores; a este respecto, hay que recordar otro libro de Barrios Pintos (*Historia de los pueblos orientales,* Montevideo, 1971, 521 pp.), sin duda el más valioso de los que ha publicado, en el que dio a conocer importantes fragmentos de fuentes de difícil ubicación. Es preciso señalar, no obstante, que en todos los trabajos indicados se nota una inaceptable tendencia a tomar como válidos todos los datos contenidos en los documentos de época, sin analizar su coherencia y credibilidad. A este hecho, revelador de un flojo manejo de los elementos de la teoría antropológica imprescindible en un trabajo con el propósito del presente, se agrega la falta de indicaciones sobre quiénes elaboraron las conclusiones que el autor presenta como suyas; tampoco se indica la procedencia de muchas de las ilustraciones empleadas. La bibliografía agregada a cada capítulo y la ausencia de citaciones hechas según el sistema autor-fecha, aparte de anticuada, resulta poco práctica.

Clare, Dardo E., *Retablo charrúa—Estudio histórico. (Tercera Edición. Obra completa).* Editorial Medina, Montevideo, 1959, 346 pp.

Libro compuesto con criterio literario y no científico. Su mérito estriba en la publicación de gran cantidad de fuentes de valor etnográfico. Sin embargo, como no se ofrecen las necesarias referencias bibliográficas, el lector se ve impedido de hacer las verificaciones o ampliaciones que tal vez deseara.

Figueria, José Joaquín, *Breviario de Etnología y Arqueología del Uruguay.* Separata del *Boletín Histórico del Estado Mayor General del Ejército*, n.os 104-105. Montevideo, 1965, 48 pp.

Artículo que tiene el contenido de un balance resumido de los conocimientos en materia de arqueología y lingüística en la época de su aparición. Muchos de sus conceptos etnológicos son discutibles o inaceptables. Se resiente además el trabajo por el hecho que le resta toda importancia a las culturas pre-cerámicas. Como la síntesis obliga a dar muchas cosas por supuestas, su lectura puede resultar algo ardua para el profano en los temas tratados. Es de lamentar que carezca de una bibliografía completa de los autores citados que, sin duda, sería sumamente útil.

González Rissoto, Luis Rodolfo y Rodríguez Varese, Susana, *Guaraníes y paisanos. Impacto de los indios misioneros en la formación del paisanaje.* Editorial Nuestra Tierra, Colección Nuestras Raíces, n.° 3, Montevideo, 1990, 52 pp.

Este breve trabajo constituye un epítome de lo que representaron los guaraníes de origen misionero en la conformación de la población y la cultura del medio rural de Uruguay. Si bien presenta un enfoque fundamentalmente histórico, está enriquecido por una óptica antropológica. Los autores realizaron previamente una amplia investigación en los archivos parroquiales del país, lo que proporciona solidez a sus afirmaciones. Constituye una eficaz ayuda para comprender las razones por las cuales tantos rasgos culturales de origen misionero se imbricaron en la cultura nacional de los siglos XVIII y XIX, muchos de los cuales sobreviven en el presente. Agrega una valiosa bibliografía sobre el tema.

Maggi, Carlos, *Artigas y su hijo El Caciquillo; el mundo pensado desde el lejano Norte o las 300 pruebas contra la historia en uso.* Editorial Fin de Siglo, Colección «Raíces». Montevideo, 1991, 203 pp.

Con cautivante estilo el autor —consagrado escritor y ensayista— plantea con gran imaginación antropológica tesis audaces aunque absolutamente plausibles. Familiarizado desde su años de estudiante con la documentación referida a Artigas y su época, Maggi deja en claro con argumentos sólidamente apoyados en hechos históricos comprobados, aspectos fundamentales hasta ahora poco considerados —e incluso ocultados— de la vida del héroe. En particular, que prácticamente desde su adolescencia, su vida transcurrió en situación de biculturalidad por el prolongado e íntimo contacto con grupos charrúas. Parece que la historiografía nacional ha alentado alguna suerte de temor en poner de manifiesto esta circunstancia; tal actitud puede haberse originado en preconceptos desvalorizantes de las culturas indígenas largamente afirmados y por eso de naturaleza inconsciente. Aceptar que Artigas era un hombre imbuido tanto

de los valores de la cultura criolla de entonces como de la de aquellos indígenas epigonales, permite una explicación más convincente de su conducta respecto de los indios y también de la motivación profunda de sus planteos sociales. No resulta tan aceptable, en cambio, la afirmación que sirve de título a este libro que, sin duda, está llamado a tener un efecto removedor no sólo respecto de la personalidad del prócer, sino del papel cumplido por los charrúas en las luchas por la primera independencia nacional.

Maruca Sosa, Rodolfo, *La Nación Charrúa*, Editorial Letras, Montevideo, 1957, 318 pp.

Libro desparejo, hecho con más entusiasmo que orden, tal vez por reproducir muchos artículos escritos para la prensa. Aunque su planteamiento general resulta anticuado, aporta un cúmulo de informaciones valiosas. Algunos dibujos del autor pueden acaso tener valor pedagógico; desafortunadamente hay muchísimos que son reconstrucciones imaginarias que nada agregan. La bibliografía que se incluye está presentada de manera deficiente.

Vidart, Daniel D., *Diez mil años de prehistoria uruguaya.* Colección Hernandarias, Montevideo, 1987, 188 pp.

Segunda edición corregida y aumentada de la publicada por la editorial Unión del Magisterio en Montevideo, en 1971 (83 pp.). Pese a moverse en un marco de hipótesis que pueden parecer osadas, la coherencia del planteamiento y lo bien fundado de los razonamientos, lo dotan de fuerza persuasiva. Es el único intento hecho hasta ahora por determinar los horizontes culturales de las poblaciones prehistóricas y de situar en un conjunto comprensivo la secuencia de los estratos culturales detectables en el territorio uruguayo. Proporciona una información copiosa, siempre cuidadosamente citada, e incluye una bibliografía actualizada muy completa y técnicamente presentada.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Acevedo, Eduardo.
1933 *Anales históricos del Uruguay*. Tomo I. Casa A. Barreiro y Ramos S.A., Montevideo.

Acevedo Díaz, Eduardo.
1891 «Etnología indígena—La raza charrúa a principios de este siglo». Diario *La Época*, 7, 8 y 9 de agosto, Montevideo.

—
1911 *Épocas militares en los países del Plata (primer tercio del siglo XIX)*. M. García, Buenos Aires.

Acosta y Lara, Eduardo.
1951 «Los Charrúas y Artigas». *Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología»*, T. XI, Montevideo.

—
1955 «Los Chaná Timbúes en la Banda Oriental». *Anales del Museo de Historia Natural*, 2.ª Serie, vol. VI, n.° 5, Montevideo.

—
1957 «Los Charrúas y Minuanes en el avance portugués de 1801». Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo». *Boletín Histórico*, n.os 71-72, Montevideo.

—
1961 *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (período hispánico)*. Impresores A. Monteverde y Cía. S.A., Montevideo

—
1964 «Panorama general de las culturas indígenas».
Rev. *Amerindia,* n.° 2, Montevideo.

—
1969a «El cacique Manuel Artigas».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo», *Boletín Histórico* n.ºs 111-115, Montevideo.

—
1969b *La guerra de los charrúas en la Banda Oriental (período patrio).*
Impresores A. Moteverde y Cía. S.A., Montevideo.

—
1978 «Los guaraníes en el antiguo territorio de la República Oriental del Uruguay».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo XVII, Montevideo.

—
1981 «Un linaje charrúa en Tacuarembó (a 150 años de Salsipuedes)».
Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Serie Antropología, vol. 1, n.° 2, Montevideo.

—
1983 «Nuevos documentos relativos a la muerte del coronel Bernabé Rivera (a 150 años de Yacaré Cururú)».
Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Serie Historia vol. 1, n.° 1, Montevideo.

—
1985 «Salsipuedes 1831 (Los lugares)».
Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Serie Antropología, vol. 1, n.° 4, Montevideo.

—
1989 «Salsipuedes 1831 (Los protagonistas)».
Revista del Instituto Histórico y Geográfico, vol. XXVI, Montevideo.

Aguirre, Juan Francisco.
1898 *Diario del Capitán de Fragata Juan Francisco Aguirre en la demarcación de límites de España y Portugal en la América Meridional... etc.*
Publicado por Enrique Peña.
Boletín del Instituto Geográfico Argentino, vol. XIX, Buenos Aires.

—

1947 *Discurso histórico: que comprende el descubrimiento, conquista y establecimiento de los españoles en las provincias de la Nueva Vizcaya generalmente conocidas por el nombre de Río de Plata (1793).*
Ed. Espasa-Calpe. Buenos Aires.

Alvear, Diego de.
1836 *Relación geográfica e histórica de la provincia de Misiones.*
in De Angelis, 1836, tomo IV.

Ameghino, Florentino.
1877 *Noticias sobre antigüedades indias de la Banda Oriental.*
Imprenta La Aspiración, Mercedes (Prov. de Buenos Aires).

—

1918 *La antigüedad del hombre en el Plata.*
Ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires.

Anaya, Carlos.
1964 «Biografía del Opresor de su Patria en la Vanda Oriental del Vruguay ¡D. Fructuoso Rivera!».
Revista Histórica, n.os 103-105, pp. 781-870, Montevideo.

Anglería, Pedro Mártir de.
1944 *Décadas del Nuevo Mundo.*
(1516) Traducción del latín de Joaquín Torres Asensio.
Prólogo de Luis A. Arocena. Bibliografía de Joseph H. Sinclair.
Ed. Bajel, Buenos Aires.

Araújo, Orestes.
1900 *Diccionario geográfico del Uruguay.*
Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, Montevideo.

—

1911 *Historia de los charrúas y demás tribus indígenas del Uruguay. Primera parte.*
Librería Cervantes. José María Serrano Editor, Montevideo.

Armani, Alberto.
1977 *Città dio Dio e città del sole. Lo «Stato» gesuita dei Guarani (1609-1768).*
Ed. Studium, Roma.

Arredondo, Horacio.
1927 «Informe preliminar sobre la arqueología de la boca del Río Negro».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo I, Montevideo.

—
1951a *Civilización del Uruguay: Tomo I—Aspectos arqueológicos y sociológicos 1600-1900.*
Prólogo de Ariosto D. González.
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo.

—
1951b *Civilización del Uruguay: Tomo II—Bibliografía de viajeros. Contribución gráfica.*
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Montevideo.

—
1957 «Viajeros visitantes del Uruguay».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo XV, Montevideo.

—
1961-62 *Estampas del viejo Montevideo. La Cisplatina portuguesa* (Selección, introducción y notas a obras de viajeros).
Anales Históricos de Montevideo. Tomo IV.
Museo y Archivo Histórico Municipal.
Concejo Departamental de Montevideo, Montevideo.

Ascarete du Biscay.
1867 «Relación de los viajes de Monsieur Ascarate du Biscay al Río de la Plata».
Revista de Buenos Aries, n.os 49 y 50, Buenos Aires.

Aubouin, Jean Isidore.
1968 «Bella Unión: Reciente destrucción de los indios guaraníes y charrúas».
Traducción de José Joaquín Figueira.
in A. Barrios Pintos (Dir.) *Artigas: La tierra, el hombre, revelación y destino.*
Edit. Minas, Montevideo.

Austral, Antonio G.
1977 «Arqueología de urgencia en el yacimiento de Bañadero, Departamento de Salto, Uruguay».
Seminario sobre Medio Ambiente y Represas. OEA, Departamento de Asuntos Científicos y Tecnológicos–Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias, tomo 2, Montevideo.

—
1982 «Informe sobre la II campaña arqueológica al río Cuareim (Paypaso 1980)».
VII Congreso Nacional de Arqueología–Colonia del Sacramento, Uruguay, diciembre 1980.
Centro de Estudios Arqueológicos, Montevideo.

Ayestarán, Lauro.
1953 «La música indígena».
in L. Ayestarán *La música en el Uruguay*, vol. I, pp. 3-49.
Servicio Oficial de Difusión Radio Eléctrica, Montevideo.

Azara, Félix de.
1850 (2.ª ed.) (1808) *Viajes por la América del Sur desde 1789 hasta 1801.*
Traducción de Bernardino Rivadavia de la versión francesa de C. A. Walckenaer.
Colección del «Comercio del Plata», Montevideo.

—
1873 *Viajes inéditos de D. Félix de Azara.*
Noticia preliminar por el general don Bartolomé Mitre y algunas notas por el doctor don Juan María Gutiérrez.
Imprenta de Mayo, Buenos Aires.

—
1904 *Geografía física y esférica de la Provincia del Paraguay.*
Edición, prólogo y notas de Rodolfo R. Schuller.
Anales del Museo de Historia Natural, tomo I. A. Barreriro y Ramos, Ed. Montevideo.

1943a (1847) *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata.*
Edit. Bajel, Buenos Aires.

—
1943b (1847) *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801.*
Noticia biográfica y bibliográfica por Julio César González.
Edit. Bajel, Buenos Aires.

Azarola Gil, Luis Enrique.
1976 *Los orígenes de Montevideo: 1607-1749.*
(1933) Comisión de Actos Conmemorativos de los 250 años de La Fundación de Montevideo, Montevideo.

Azcuy Ameghino, Eduardo.
1986 *Artigas en la historia argentina.*
Corregidor, Buenos Aires.

Baeza, Jorge.
1984 «Elementos para una arqueología del río Negro».
Revista antropológica, n.° 3, Montevideo.

Baeza, Jorge y Bosch, Ademar.
1973 «Algunos hallazgos de posible origen guaraní».
2.° Congreso Nacional de Arqueología. Tomo II.
Museo Municipal de Historia Natural de Río Negro,
Fray Bentos (Uruguay).

Baeza, Jorge; Bosch, Ademar; Femenías, Jorge; Moreno, Mabel; Pinto, Milton y V. de Pinto, Silvia.
1974 *Informe sobre la zona costera atlántica de Cabo Polonio y Balizas.*
Centro de Estudios Arqueológicos, Montevideo.

Baeza, Jorge; Taddei, Antonio; Femenías, Jorge; Rodríguez, Osvaldo; Melgar, Wilder; Díaz, Antonio y Fornaro, Marita.
1977 *Investigaciones arqueológicas en el área de Salto Grande: Tres primeros radiocarbonos.*
V Encuentro de Arqueología del Litoral.
Ministerio de Educación y Cultura—Intendencia Municipal de Río Negro, Fray Bentos (Uruguay).

Baldus, Herbert.
1954 *Bibliografía crítica de etnología Brasileira.* Vol. I.
Comissão do IV Centenário da cidade de São Paulo,
São Paulo.

Barrios Pintos, Aníbal.
1966 «Por aquí entraba España con Juan Díaz de Solís».
Suplemento dominical del diario *El Día,* n.° 1.724, 30 de enero, Montevideo.

—
1967a «Puestos de estancias misioneras en la Banda Oriental del Uruguay».
Suplemento dominical del diario *El Día,* n.° 1.776, 29 de enero, Montevideo.

—
1967b *De las vaquerías al alambrado.*
Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.

—
1971 *Historia de los pueblos orientales.*
Edit. Banda Oriental, Montevideo.

—
1975 *Aborígenes e indígenas del Uruguay.*
Edti. Banda Oriental, Montevideo.

—
1991 *Los aborígenes del Uruguay. Del hombre primitivo a los últimos charrúas.*
Librería Linardi y Risso, Montevideo.

Barrios Pintos, Aníbal y Acosta y Lara, Eduardo.
1969 «El informe Oxchfvud sobre el ocaso de los charrúas».
Traducción de Beng O. Everett.
Suplemento dominical del diario *El Día*, n.° 1.897, 16 de noviembre, Montevideo.

Basile Becker, Ítala Irene.
1984 «El indio y la colonización».
Colaboración y traducción de Juana Paris de Cebey.
Revista *Pesquisas*, serie Antropológica n.° 37. Instituto Anchietano de Pesquisas.
San Leopoldo (Río Grande del Sur).

Basile Becker, I.I. y Paris de Cebey, Juana.
1977 «Os índios da Banda Oriental, charrua e minuano: histórico, abastecimento e assentamento; sua relação como as frentes de expansão».
V Encuentro de Arqueología del Litoral.
Ministerio de Educación y Cultura–Intendencia Municipal de Río Negro, Fray Bentos (Uruguay).

—
1991 «O que sobrou dos índios pré-históricos do Rio Grande do Sul».
in Arno Kern (Org.) *Arqueología pré-histórica do Rio Grande do Sul*, pp. 331-356.
Editorial Mercado Aberto, Porto Alegre.

Baulny, Olivier.
1971 *La colonización de la Banda Oriental vista a través del epistolario de Félix de Azara (Cartas inéditas a Miguel de Lastarria).*
Investigaciones y Ensayos n.° 10.
Academia Nacional de Historia, Buenos Aires.

Bauzá, Francisco.
1929 (1895-97) *Historia de la dominición española en el Uruguay* (3.ª ed.) (3 tomos).
Talleres gráficos El Demócrata, Montevideo.

Bladh, Carlos Eduardo.
1970 (1839) «El Uruguay de 1831 a través del viajero sueco...»
Contribuciones Documentales.
Traducción de Julio Ricci. Presentación de J. Pivel Devoto.
Revista Histórica (Publicación del Museo Histórico Nacional) Año LXIV (2.ª época). Tomo XLI, n.os 121-123, Montevideo.

Blanco Acevedo, Pablo.
1975 (1929) *El gobierno colonial en el Uruguay y los orígenes de la nacionalidad* (2 tomos).
Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos (vols. 149 y 150). Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo.

Blanco Villalta, Jorge Gastón.
1946 *Historia de la Conquista del Río de la Plata.*
Editorial Atlántida, Buenos Aires.

Blixen, Olaf.
1956 «Acerca de la supuesta filiación arawak de las lenguas indígenas».
Boletín de la Sociedad de Antropología del Uruguay, n.° 2, Montevideo.

Bosch, Ademar; M. de Bosch, Mabel; Pinto, Milton; V. de Pinto, Silvia y Baeza, Jorge.
1973 «Informe de la zona arqueológica costera atlántica de Cabo Polonio y Balizas—Primera Parte».
2.° Congreso Nacional de Arqueología.
Museo Municipal de Historia Natural de Río Negro,
Fray Bentos (Uruguay).

Boretto, René.
1968 *Paraderos indígenas de las costas del río Uruguay en el Departamento de Río Negro.*
Museo Municipal de Historia Natural de Río Negro,
Fray Bentos (Uruguay).

Bórmida, Marcelo.
1964a «El cuareimense».
in Homenaje a Márquez Miranda.
Ed. Universidades de Madrid y Sevilla, Madrid.

—
1964b «Las industrias líticas precerámicas del Arroyo Catalán y del Río Cuareim».
Rivista di Scienze Preistoriche, vol. XIX, fascs. 1-4, Florencia.

Borrero, Fernando.
1911 *Descripción de las Provincias del Río de la Plata.*
Ministerio de Relaciones Exteriores, Buenos Aires.

Bougainville, Louis Antoine de.
1966 *Voyage autour du monde... etc.*
(1771) Unión Generale D'Editions, París.

Bracco Boksar, Roberto.
1990 «Dataciones 14C en sitios con elevación».
Revista de Antropología, año 1, n.° 1, Montevideo.

—
1991 *Informe de las primeras edades carbono 14.*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo.

Bracco, Boksar, Roberto y Nadal, Octavio.
1991 *Variabilidad intra-sitio: análisis del conjunto cerámico del sitio arqueológico CH2DO1, Rocha, Uruguay.*
Avances de Investigación: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo.

Brinton, Daniel G.
1946 *La raza americana. Clasificación lingüística y descripción etnográfica de las tribus indígenas de América del Norte y del Sur.*
Trad. Alejandro G. Perry. Prólogo de Enrique Palavecino.
Editorial Nova, Buenos Aires.

Brito del Pino, José.
1910 «Diario de la guerra del Brasil (1825-1828)».
Revista Histórica de la Universidad, Año 2, n.° 8, Montevideo.

Brito Stífano, Rogelio.
1953 «Dos noticias sobre el estado de los campos de la Banda Oriental al finalizar el siglo XVIII».
Revista Histórica, n.os 52-54, Montevideo.

Brochado, José Proenza.
1975 «Migraciones que difundieron la tradición alfarera tupíguaraní».
Revista *Relaciones* (Sociedad Argentina de Antropología), Buenos Aires.

Buffa, Josefa Luisa.
1966 *Toponimia aborigen de Entre Ríos.*
Instituto de Filología—Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación—Universidad Nacional de la Plata, La Plata.

Buschiazo, Mario J.
1941 *Buenos Aires y Córdoba en 1729, según cartas de los Padres C. Cattaneo y C. Gervasoni S.J.*, Buenos Aires.

Cabrer, José María.
1882 *Diario de la Segunda Subdivisión de Límites española entre los dominios de España y Portugal en la América Meridional (1784-86).*
in Melitón González, 1882, tomo II.

Cabrera Pérez, Leonel
1983 «Los repartos indígenas de 1831».
Revista Antropológica, n.° 2, Montevideo.

—
1988 *Panorama retrospectivo y situación actual de la arqueología uruguaya.*
Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República, Montevideo.

—
1989a «Los 'Indios Infieles' de la Banda Oriental y su participación en la Guerra Guaranítica».
Revista *Estudos Ibero-Americanos*, vol. XV, n.° 1. Porto Alegre.

—
1989b «El pasado que negamos...».
Anales del VI Encuentro Nacional y V Regional de Historia, Montevideo.

—

1992 *«Guaraníes» en el Este del territorio uruguayo: ¿ocupación o influencia?* Papeles de Trabajo—Área de Ciencias Antropológicas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo.

Cabrera, Leonel y Curbelo, María del Carmen.

1985 «Aspectos socio-económicos de la influencia guaraní en el Sur de la antigua Banda Oriental».
Anais do VI Simpósio Nacional de Estudos Missioneiros, Santa Rosa (Río Grande del Sur).

—

1986 «San Francisco de Borja del Yi: Un emplazamiento misionero en territorio uruguayo».
Anais do VII Simpósio Nacional de Estudos Missioneiros, Santa Rosa (Río Grande del Sur).

—

1989 «Análisis de las estrategias adaptativas desarrolladas en el Uruguay medio».
Anais da V Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira (SAB), Santa Rosa do Sul (Río Grande del Sur).

Cabrera Pérez, Leonel y Femenías, Jorge.

1990 *Etnohistoria y arqueología en la cuenca de la laguna Merín: Hacia la revisión de los modelos generales del área.*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.

Cabrera, Leonel; Caporale, Marcela; Iriarte, José; Mata, Virginia y Rosete, Diana.

1991 *Subsistema tecnológico y estrategias adaptativas en el río Uruguay medio.*
Avances de Investigación—Área de Ciencias Antropológicas. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo.

Caggiano, María Amanda.

1984 «Prehistoria del N.E. argentino y sus vinculaciones con la República del Uruguay y Sur de Brasil».
Revista *Pesquisas*, série Antropologia, n.° 38, Instituto Anchietano de Pesquisas, San Leopoldo (Río Grande del Sur).

Caggiano, M.A.; Cigliano, Eduardo M. y Raffino, Rodolfo A.
1971 «Consideraciones sobre la arqueología de Salto Grande (provincia de Entre Ríos)».
Revista *Anales de Arqueología y Etnología*, tomo XXVI.
Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza.

Campá Soler, Raúl.
1962 «La industria lítica más antigua de América del Sur».
Revista *Amerindia*, n.° 1, Montevideo.

Campá Soler, R. y Vidart, D.D.
1962 «El Catalanense. Una industria de morfología protolítica en el Uruguay». Revista *Amerindia*. n.° 1, Montevideo.

Campá Soler, R. y Dörries, C.
1975 *Atlas de Prehistoria referente a la R.O. del Uruguay*. Editorial La Prensa Médica Argentina, Buenos Aires.

Campal, Esteban F.
1967 *Hombres, tierras y ganados.*
Editorial Arca, Montevideo.

—
1969 *Azara y su legado al Uruguay.*
Editorial Banda Oriental, Montevideo.

Canals Frau, Salvador.
1942 *Los indios del distrito de Buenos Aires según el repartimiento de 1582.*
Publicaciones del Museo Etnográfico, Serie A, IV, Buenos Aires.

—
1950 *Prehistoria de América.*
Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

—
1953 *Las poblaciones indígenas de la Argentina. Su origen, su presente.*
Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Cannella, Leticia S.
1990 «Construcción de la identidad en un grupo de descendientes indígenas».
Anales de VII Encuentro Nacional y V Regional de Historia, año 2, n.° 2, Montevideo.

Cardiel, José.
1900 *Declaración de la verdad.*
Introducción del padre Pablo Hernández.
Imprenta Juan A. Alsina, Buenos Aires.

—
1953 *Carta y Relación de las Misiones de la Provincia del Paraguay (1747).*
in Furlong Cardiff, 1953.

Cardoso, Aníbal.
1913 «El Río de la Plata desde sus orígenes hasta la conquista».
Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, tomo XXVII.
Imprenta de Coni Hermanos, Buenos Aires.

Castellanos, Alfredo R.
1973 *Breve historia de la ganadería en el Uruguay.*
Editorial Banco de Crédito, Montevideo.

Cattaneo, Cayetano.
1866 «Carta a su hermano José datada en Buenos Aires el 25-IV-1730».
Revista de Buenos Aires, vol. XI, Buenos Aires.

Cavellini, Susana.
1987 «Síntesis etnohistórica».
in Misión de rescate arqueológico; tomo I, 1987.

Caviglia (h.), Buenaventura.
1934 *Francis, Thomas y John Drake en el Plata.*
Morales Hermanos, Impresores, Montevideo.

Centenera, Martín del Barco.
1912 *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los Reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil, por el Arcediano Martín del Barco Centenera.*
Facsímil de la primera edición impresa en Lisboa en el año 1602 por Pedro Grasbeeck.
Notas bibliográficas y biográficas de Carlos Navarro y Lamarca.
Ángel Estrada y Cía. Editores, Buenos Aires.

Cervera, Manuel María.
1907 *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe, 1573-1853.*
(2 vols). Imprenta. «La Unión», Santa Fe (Argentina).

Clare, Dardo.
1959 *Retablo charrúa.*
(3.ª ed.), Editorial Medina, Montevideo.

Cohe, Raúl y Hernández Rocha, Alberto.
1991 *Paleodieta en el Uruguay indígena.*
Instituto Uruguayo de Estudios Preuniversitarios (IUDEP), Montevideo.

Comisión Nacional Archivo Artigas.
1944-90 *Archivo Artigas* (20 tomos).
Editorial A. Monteverde y Cía. S.A., Montevideo.

Coni, Emilio Ángel.
1929 «La introducción del ganado bovino en el Uruguay».
Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana, vol. VI, Buenos Aires.

—
1945 *El gaucho.*
Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

—
1956 *Historia de las vaquerías en el Río de la Plata (1555-1570).*
(1930) Editorial Devenir, Buenos Aires.

Consens, Mario.
1986 «Situación actual de la prehistoria uruguaya».
Revista *Hoy es Historia*, año III, n.° 15, Montevideo.

Cordero, Serafín.
1960 *Los charrúas-Síntesis etnográfica y arqueológica del Uruguay.*
Editorial Mentor, Montevideo.

Corrales Elhordoy, Ángel.
1989 *Artillería española en Indias: Guerra Guaranítica (1754-56).*
S/editor ni impresor, Montevideo.

Cortesão, Jaime.
1951 *Jesuítas y Bandeirantes no Guairá (1594-1640).*
Manuscritos da Coleção De Angelis, vol. I. Biblioteca Nacional, Río de Janeiro.

Crawford, Leslie.
1983 *La provincia uruguaya del tape.*
Edit. Geosur, Montevideo.

Curel, François de.
1959 *Arrivé en France de quatre sauvages charruas... etc.*
(1833) Edición facsimilar con notas bibliográficas y biográficas de José Joaquín Figueira.
Imprenta Castro y Cía., Montevideo.

Chebataroff, Jorge.
1952 *Regiones naturales del Uruguay y de Río Grande del Sur.* Separata de la *Revista Uruguaya de Geografía*, Montevideo.

De Gandía, Enrique.
1939 *Francisco de Alfaro y la condición social de los indios, Río de la Plata, Tucumán y Perú, siglos* XVI *y* XVII.
Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

—
1943 *Problemas indígenas americanos.*
Editorial Emecé, Buenos Aires.

—
1946 *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana.*
Centro Difusor del Libro, Buenos Aires.

De Giorgi, Diógenes.
1989 *Martín del Barco Centenera, cronista fundamental del Río de la Plata.*
Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo.

De la Fuente Machain, Ricardo.
1937 *Los conquistadores del Río de la Plata.*
Prólogo de Juan B. Terán.
Talleres Gráficos S. de Amorrortu, Buenos Aires.

De la Sota, Juan Manuel.
1965 *Historia del Territorio Oriental del Uruguay* (2 tomos).
(1841) Prólogo de Juan Pivel Devoto.
Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vols. 72 y 73.
Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, Montevideo.

De María, Isidoro.
1892 *Páginas históricas de la República Oriental del Uruguay desde la época del coloniaje. Colección de documentos inéditos.*
Imprenta El Siglo Ilustrado, Montevideo.

Demaría, Arturo José.
1932 «Anzuelos líticos prehispánicos del Uruguay».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología». Tomo VI, Montevideo.

Díaz, Brigadier General Antonio F.
1977 *Los apuntes manuscritos de este distinguido cuanto esclarecido militar sobre los indios Charrúas del Uruguay (¿1861-1869?).*
in José Joaquín Figueira, 1977, tomo III, Montevideo.

Díaz de Guzmán, Ruy.
1974 *La Argentina. Historia del descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata.* (1612).
Prólogo y notas de Enrique de Gandía.
Librería Huemul, Buenos Aires.

Doblas, Gonzalo de.
1836 *Memoria histórica, geográfica, política y económica sobre la provincia de Misiones de indios guaraníes.* (1785).
in De Angelis, 1836, tomo III, Buenos Aires.

—
1988 *Los escritos de Don Gonzalo de Doblas relativos a la Provincia de Misiones (1785-1805).*
Estudio preliminar de Walter Rela, Montevideo.

Dobrizhoffer, Martín.
1967-70 *Historia de los Abipones* (3 vol.).
(1783) Advertencia editorial del profesor Ernesto J. A. Maeder. Noticia biográfica y bibliográfica del padre Martín Dobrizhoffer por Guillermo Furlong, S.J.
Traducción de Edmundo Wernicke (vol. I, 1967) y Clara Vedoya de Guillén (vol. II, 1968; vol III, 1970). Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Humanidades. Departamento de Historia, Resistencia (Chaco).

Domenech, G.
1941 «Pampas y otros indios en la Banda Oriental».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo IX, Montevideo.

D'Orbigny, Alcide Desaline.
1839 *L'Homme Américain.*
Vol. IV del *Voyage dans l'Amérique Meridionale... etc.* (6 volúmenes). Pitois-Levrault, París.

Dutrenit, Alberto Carlos.
1967 *Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artiguista.*
Junta Departamental de Montevideo.
Impresora Rex, Montevideo.

Eguía Ruiz S.J., Constancio.
1953 *España y sus misioneros en los países del Plata.*
Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

Escalada, Federico A.
1949 *El complejo «Tehuelche». Estudios de etnografía patagónica.*
Instituto Superior de Estudios Patagónicos.
Imprenta y casa editorial «Coni», Buenos Aires.

Escobar, Washington.
s. d. *Tierra charrúa.*
Museo del Indio y del Gaucho Tacuarembó (Uruguay).

Fajardo Terán, Florencia y Gadea, Juan Alberto.
1967 *Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artiguista.*
Junta Departamental de Montevideo.
Impresora Rex, Montevideo.

Falcao Espalter, Mario.
1938 *Una expedición contra los charrúas a mediados del siglo XVIII.*
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Conferencias del Curso de 1937.
Imprenta El Siglo Ilustrado, Montevideo.

Falkner, Tomás.
1974 *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la Améria del Sur.*
Traducción y notas de Samuel Lafone Quevedo.
Estudio preliminar de Salvador Canals Frau.
Librería Hachette, Buenos Aires.

Femenías, Jorge.
1983 «Amontonamientos artificiales de piedras en cerros y elevaciones de nuestro territorio».
Revista Antropológica, año 1, n.° 1, Montevideo.

—
1985 «Las piedras grabadas de la región de Salto Grande (Uruguay y Argentina) I».
Comunicaciones Antropológicas del Museo de Historia Natural de Montevideo, vol. II, n.° 11, Montevideo.

—
1987 «Las piedras grabadas de la región de Salto Grande (Uruguay y Argentina) II».
Comunicaciones antropológicas del Museo de Historia Natural de Montevideo, vol. II, n.° 12, Montevideo.

Femenías, Jorge; López, José M.; Bracco, Roberto; Cabrera, Leonel; Curbelo, Carmen; Fusco, Nelsys y Martínez, Elianne.
1989 *Tipos de enterramientos en estructuras monticulares («cerritos») en la región de la Cuenca de la Laguna Merín (ROU).*
Departamento de Arqueología-Comisión del Patrimonio Histórico de la Nación-Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo.

Fernández Saldaña, José María.
1945 *Diccionario uruguayo de biografías, 1810-1940.*
Biblioteca de Cultura Popular, Montevideo.

Ferrés, Carlos.
1927 «Los terremotos de los indios».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo I, Montevideo.

Figueira, José H.
1894 *Los primitivos habitantes del Uruguay. Ensayo paleoetnológico. Parte histórica.*
Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, Montevideo.

Figueira, José Joaquín.
1956 «Yacimientos arqueológicos de la República O. del Uruguay».
Boletín de la Sociedad de Antropología del Uruguay, n.° 2, Montevideo.

—
1959 «François de Curel. Notas biográficas y bibliográficas».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo».
Boletín Histórico, n.os 80-83, Montevideo.

—
1963 «Los primitivos pobladores de Rivera».
in A. Barrios Pintos (Dir.) *Rivera 1862-1962*, Editorial Minas, Montevideo.

—
1965 «Breviario de Etnología y Arqueología del Uruguay».
Estado Mayor General del Ejército. Sección Historia y Archivo. *Boletín Histórico*, n.os 104-105, Montevideo.

—
1968 «El arte rupestre indígena de la costa del Cuareim». *in* A. Barrios Pintos (Dir.) *Artigas: La tierra-el hombre-revelación y destino.*
Editorial Minas, Montevideo.

—
1969 «Un viaje presolisiano al Río de la Plata».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo». *Boletín Histórico*, n.os 116-119, Montevideo.

—
1977-78 *Eduardo Acevedo Díaz y los aborígenes del Uruguay* (4 tomos).
Estado Mayor del Ejército. Departamento de Estudios Históricos, Montevideo.

Figueira, José Joaquín y Rodríguez de Figueira, Dyothime N.
1964 «Utensilios y armas de hueso de los aborígenes del Uruguay».
in Homenaje a Fernando Márquez Miranda.
Editorial Universidades de Madrid y Sevilla, Madrid.

Fitte, Ernesto J.
1963 *Hambre y desnudeces en la conquista del Río de la Plata.*
Editorial Emece, Buenos Aires.

Furlong Cardiff, S.J., Guillermo.
1930a «El padre Pedro Lozano, S.J.—Su personalidad y su obra».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo IV, Montevideo.

—
1930b *El padre José Quiroga.*
Facultad de Filosofía y Letras.
Publicaciones del Instituto de Investigaciones Históricas, n.° LIV, Buenos Aires.

—
1933a «La "Memoria" de Diego García (1526-1527)».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo VII, Montevideo.

—
1933b *Los jesuitas y la cultura rioplatense.*
Editorial Urta y Curbelo, Montevideo.

—
1936 *Cartografía jesuítica rioplatense* (2 tomos).
Editorial Peuser, Buenos Aires.

—
1953 *José Cardiel S.J. y su Carta-Relación (1747).*
Librería del Plata, Buenos Aires.

—
1962a *Antonio Sepp S.J. y su «Gobierno Temporal» (1732).*
Editorial Theoria, Buenos Aires.

—
1962b *Misiones y sus pueblos de guaraníes.*
Imprenta Balmes, Buenos Aires.

—
1972 *Florian Paucke S.J. y sus Cartas al Visitador Contucci.*
Editorial Theoria, Buenos Aires.

García, Diego.
1953 *Memoria de la navegación que hice... etc. (1526).*
in Furlong, 1933a.

García, Flavio A.
1957 «Espigas de todas las 'Patrias' Orientales (1666-1887)».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo».
Boletín Histórico, n.os 71-72, Montevideo.

—
1968 «El arreglo de los campos de 1784: Informe de Ortega y Monroi al Virrey del Río de la Plata».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo».
Boletín Histórico, n.os 116-119, Montevideo.

—

1971 «Algunas piezas intercambiadas en la correspondencia activa Azara-Lastarria, 1800-1801».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo».
Boletín Histórico, n.os 128-131, Montevideo.

García Méndez, Javier.
1992 «Tabaré o la leyenda blanca».
Semanario Brecha, 31 de enero, Montevideo.

Geranio, Silvio.
1939 «Objetos de piedra y cerámica de antigua industria india hallados en territorio uruguayo».
Revista *Anales de la Dirección General de la Enseñanza Industrial*, año VI, n.º 6, Montevideo.

Gómez-Haedo, Juan Carlos.
1937 «Un vocabulario charrúa desconocido».
Boletín de Filología, vol. I, n.os 4-5, Montevideo.

González, Melitón.
1882 *El límite oriental del territorio de Misiones (Rca. Argentina)* (3 tomos).
Imprenta a vapor El Siglo, Montevideo.

González, Alberto Rex.
1953 «La boleadora. Sus áreas de dispersión y tipos».
Revista del Museo de la Universidad Eva Perón, Nueva Serie. Tomo IV, Sección Antropología, Eva Perón (La Plata).

González, Alberto Rex y Pérez, José A.
1972 *Argentina indígena, vísperas de la conquista.*
Colección Historia Argentina dirigida por Tulio Halperin Donghi.
Editorial Paidós, Buenos Aires.

González, Hermano Silvestre.
1966 *Diario de viaje a las Vaquerías del Mar (1705).*
Presentado por Baltasar Luis Mezzera.
Artes Gráficas Covadonga, Montevideo.

González Rissotto, Luis Rodolfo y Rodríguez Varese, Susana.
1982 «Contribución al estudio de la influencia guaraní en la formación de la sociedad uruguaya».
Revista Histórica, tomo LIV, n.os 160-162, Montevideo.

—
1987 «El proceso de aculturación de los guaraníes misioneros en la sociedad uruguaya».
Anais do VII Simpósio Nacional de Estudos Missioneiros, Santa Rosa (Río Grande del Sur).

—
1990 *Guaraníes y paisanos. Impacto de los indios misioneros en la formación del paisanaje.*
Editorial Nuestra Tierra, Montevideo.

Granada, Daniel.
1957 *Vocabulario rioplatense razonado* (2 tomos).
(1889) Prólogo de Lauro Ayestarán.
Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, vols. 25 y 26.
Ministerio de Instrucción Públicas y Previsión Social, Montevideo.

Groussac, Paul.
1949-50 *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires 1536-1580*
(1916) (2 tomos).
Prólogo de Carlos Ibarguren.
Academia Argentina de Letras. Serie Clásicos Argentinos, vols. IX y X, Buenos Aires.

Guerios, Rosário F. Mansur.
1948-49 *Dicionário das Tribos e Linguas Indígenas da América Meridional.*
Museu Paranaense, publicações avulsas n.° 6.
Tipografia João Haupt & Cia. Ltda, Curitiba.

Guevara, José de.
1836 «Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán hasta fines del siglo XVI».
in De Angelis, 1936, tomo II.

Guidón, Niede.
1977 «Resultados preliminares de la Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande—Campaña 1977».
V Encuentro de Arqueología del Litoral.
Ministerio de Educación y Cultura—Intendencia Municipal de Río Negro, Fray Bentos (Uruguay).

Harris, Marvin y Ross, Eric B.
1991 *Muerte, sexo y fecundidad. La regulación demográfica en las sociedades preindustriales y en desarrollo.*
Versión castellana de Fernando Santos Fontenla.
Alianza Editorial, Madrid.

Hernández, Pablo.
1913 *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús.* (2 volúmenes).
Editorial G. Gili, Barcelona.

Herrera y Tordesillas, Antonio de.
1944 (1601) *Historia general de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (10 tomos).
Editorial Guarania, Asunción.

Hervás y Panduro, Lorenzo.
1800 *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas... etc.* (5 tomos, 1800-1805).
Tomo I: *Lenguas y naciones americanas.*
Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficiencia, Madrid.

Houot, Annie.
1987 «Resultados de los trabajos arqueológicos anteriores en la región del proyecto y zonas vecinas» *in Misión de Rescate Arqueológico: Salto Grande.* Ministerio de Educación y Cultura, Montevideo.

Ibarra Grasso, Dick.
1971 *Argentina indígena y prehistoria americana.*
(2.ª ed.). Editorial Tipográfica Argentina, Buenos Aires.

Imbelloni, José.
1938 «Tabla clasificatoria de los indios».
Revista *Physis*, tomo XII, Buenos Aires.

—
1939 «Lenguas indígenas del territorio argentino».
in *Historia de la Nación Argentina* (Dirección General Ricardo Levene). Vol. I.
Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

—
1957 «De historia primitiva de América: Los grupos raciales aborígenes».
Cuadernos de Historia Primitiva, año II, n.° 2, Madrid.

1958 «Nouveaux rapports a la classification de l'homme américain». in *Miscellanea Paul Rivel Octogenaria Dicata*, México.

Instituto Geográfico Militar.
1938 *Documentos relativos a la ejecución del Tratado de Límites de 1750.* Imprenta «El Siglo Ilustrado», Montevideo.

Jaureguy, M.A.; Matteo, A.L. y Soto, J.A.
1956 «Estudio médico del niño indígena del Uruguay». *Archivos de Pediatría del Uruguay,* año XXVII, n.° 5, Montevideo.

Jover Peralta, Anselmo.
1950 *El guaraní en la geografía de América.* Ediciones Tupá, Buenos Aires.

Kern, Arno Álvarez.
1982 *Missões: uma utopia política.* Editorial Mercado Aberto, Porto Alegre.

—
1991 «Pescadores-coletores pré-históricos do litoral norte». *in* Arno Kern (Org.) *Arqueología pré-histórica do Rio Grande do Sul,* pp. 167-190. Editorial Mercado Aberto, Porto Alegre.

Kersten, Ludwig.
1968 (1905) *Las tribus indígenas del Gran Chaco hasta fines del siglo* XVIII. *Una contribución a la etnografía histórica de Sudamérica.* Traducción de Jorge von Hauenschild. Advertencia preliminar del profesor Eldo Serafín Morresi. Universidad Nacional del Nordeste—Facultad de Humanidades. Departamento de Historia, Resistencia (Chaco).

Konetzke, Richard.
1971 *América Latina II: La época colonial.* *Historia Universal siglo veintiuno,* vol. 22. Traducción de Pedro Scaron. Siglo XXI Editores, México.

Krickeberg, Walter.
1946 (1922) *Etnología de América.* Versión española de Pedro Hendrich. Fondo de Cultura Económica, México.

Lacombe, Robert.
1989 «La flute et l'utopie. Puovoir et choc des cultures dans les missions jésuites d'Amérique du Sud».
L'Etnographie, vol. 85, n.° 1, París.

Lafón, Ciro René.
1971 «Introducción a la arqueología del Nordeste argentino».
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Nueva Serie, tomo V, n.° 2, Buenos Aires.

Lafone Quevedo, Samuel.
1897 «Los indios Chanases y su lengua, con apuntes sobre los Querandíes, Yaros, Boanes, Güenoas y Minuanes y un mapa étnico».
Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XVIII, Buenos Aires.

—
1900 «La raza pampeana y la raza guaraní o los indios del Río de la Plata en el siglo XVI».
Primera Reunión del Congreso Científico Latino Americano (Buenos Aires, 1898), tomo V, pp. 25-135, Buenos Aires.

—
1909 «Etnología argentina».
in La Universidad de la Plata en el IV Congreso Científico, Buenos Aires.

Laguarda Trías, Rolando.
1957 «El enigma del viajero Acarette du Biscay».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología». Tomo XV. Montevideo.

—
1958 *Viaje de Pero Lopes de Souza al Río de la Plata en 1531.*
(Versión castellana y estudio crítico).
Prólogo de Horacio Arredondo.
in Arredondo, 1957.

—
1964 «La expedición de Cristóbal Jaques al Río de la Plata en 1521».
Revista Nacional, n.° 219, Montevideo.

—

1973 *El predescubrimiento del Río de la Plata por la expedición portuguesa de 1511-1512.*
Junta de Investigações do ultramar. Agrupamento de Estudos de Cartografia Antiga.
Imp. Silvas Ltda, Lisboa.

—

1992 *La carta más antigua escrita en territorio uruguayo.*
Imprenta Militar, Montevideo.

Lamas, Andrés.

1922a «Introducción a la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, del padre Pedro Lozano».
in Escritos selectos del Dr. D. Andrés Lamas, tomo I.
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
Imprenta Arduino Hermanos, Montevideo.

—

1922b «Introducción a la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* escrita por el padre José Guevara».
in Escritos selectos del Dr. D. Andrés Lamas, tomo I.
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
Imprenta Arduino Hermanos, Montevideo.

Larrañaga, Dámaso Antonio.

1923a *Compendio del Idioma de la nación chaná.*
in Escritos de D. Dámaso Antonio Larrañaga, tomo III.
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
Imprenta Nacional, Montevideo.

—

1923b *Noticias sobre los minuanes (1813).*
in Escritos de D. Dámaso Antonio Larrañaga, tomo III.
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
Imprenta Nacional, Montevideo.

—

1930 *Viaje de Montevideo a Paysandú (1815).*
Publicado y anotado por el padre Baldomero M. Vidal
Escuela Tipográfica Talleres Don Bosco, Montevideo.

Lastarria, Miguel.
1914 *Colonias orientales del Río Paraguay o de la Plata. Documentos para la Historia Argentina. Tomo III.* Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires.

Leonhart, Carlos.
1927a «Documentos inéditos relativos a los antiguos jesuitas en la actual República Oriental del Uruguay». *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, tomo V, n.° 2, Montevideo.

—
1927b *Cartas anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús, tomo I (1609-1614).* Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires.

—
1929 *Cartas anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús, tomo II (1615-1637).* Instituto de Investigaciones Históricas, Buenos Aires.

Lermitte, Carlos.
1968 «Introducción a *Los últimos Charrúas*, de Paul Rivet» (traducción de Pablo Montero Zorrilla). *Revista Nacional* (tercer ciclo), año I, tomo II, n.° 233, pp. 191-215; n.° 234, pp. 369-391, Montevideo.

Lockhart, Washington.
1979a «Historia de Soriano. Desde 1576 a 1660». *Revista Histórica de Soriano*, n.° 22, Mercedes (Uruguay).

—
1979b «Historia de Soriano. Desde 1750 a 1770». *Revista Histórica de Soriano*, n.° 22, Mercedes (Uruguay).

Lopes de Souza, Pero.
1927 *Diário de navegação que foi á terra do Brasil em 1530... etc.* (2 vols.). Prefacio de Capistrano de Abreu. Comentarios de Eugênio de Castro. Tipografia Leuzinger, Río de Janeiro.

López Mazz, José María.
1990 *La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo.*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.

—
1990 *Aproximación a la génesis y desarrollo de los cerritos de la zona de San Miguel.*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.

López Mazz, J.M. y Bracco Boksar, R.
1989a «Las sociedades prehistóricas: viejas y nuevas aproximaciones».
Anales del VI Encuentro Nacional y IV Regional de Historia, año 1, n.° 1, Montevideo.

—
1989b *Relación hombre-medio ambiente en las poblaciones prehistóricas de la zona Este de la República Oriental del Uruguay.*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.

López Monfiglio, César M.
1962 «El totemismo entre los charrúas».
Centro de Estudio Arqueológicos y Antropológicos Americanos «Dr. Paul Rivet». *Cuadernos de Antropología*, n.° 1, Montevideo.

Lothrop, Samuel Kirkland.
1946 «Indians of the Paraná Delta and La Plata litoral».
in Handbook of South American Indians, vol. 1, Washington.

Lozano, Pedro.
1874-75 *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán... etc.* (5 tomos).
Noticias sobre el autor, notas y suplementos por Andrés Lamas.
Biblioteca del Río de la Plata.
Imprenta Popular, Buenos Aires.

Lugon, Clovis.
1949 *La République Comuniste Chrétienne des Guaranis 1610-1768.*
Les Éditions Ouvrières, París.

Madero, Eduardo.
1939 (3.ª ed.) *Historia del puerto de Buenos Aires. Descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes, y fundación de las más antiguas ciudades, en sus márgenes.*
Ediciones Buenos Aires, Buenos Aires.

Maggi, Carlos.
1991 *Artigas y su hijo el Caciquillo.*
Editorial Fin de Siglo, Montevideo.

Mariluz Urquijo, José M.
1952 «La expedición contra los charrúas en 1801 y la fundación de Belén».
Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. Tomo XIX, Montevideo.

Martínez, Benigno T.
1901 «Etnografía del Río de la Plata. Chanáes, Yaróes, Bohanes y Güenoas».
Revista nacional, n.° 31, Buenos Aires.

—
1919 «Elementos de la clasificación y ubicación de las tribus del Río de la Plata».
Revista de la Universidad de Córdoba, vol. 6, Córdoba.

Martínez Montero, Homero.
1955 «El río Uruguay. Geografía, historia y geopolítica de sus aguas y sus islas».
Apartado de la *Revista Histórica*, tomo XXI, n.os 61-63; tomo XXII, n.os 64-66; tomo XXIII, n.os 67-69 y tomo XXIV, n.os 70-72, Montevideo.

Maruca Sosa, Rodolfo.
1957 *La nación charrúa.*
Editorial Letras, Montevideo.

Mason, John Alden.
1950 «The languages of South American Indians».
in Steward, 1946-50, vol. VI.

Mastrillo Durán, Nicolás.
1929 *Duodécima carta anua: descubrimientos y reducciones de la Provincia del Uruguay.*
Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras.
Documentos para la Historia Argentina. Tomo XX, Buenos Aires.

McQuown, Norman A.
1961 «Los lenguajes indígenas de América Latina».
Revista Interamericana de Ciencias Sociales, vol. 1, n.° 1.
Unión Panamericana, Washington.

Medina, José Toribio.
1897 *Juan Díaz de Solís. Estudio histórico.*
Impreso en la casa del autor, Santiago de Chile.

—
1908 *El veneciano Sebastián Gaboto... etc.* (2 tomos).
Imprenta y Encuadernación Universitaria,
Santiago de Chile.

Meliá, Bartolomé.
1982 «O guaraní reduzido».
in Eduardo Hoornaert (organizador) *Das reduções latino-americanas ás lutas indígenas atuais*, pp. 229-235.
Edições Paulinas, São Pablo.

Menghin, Osvaldo, F.A.
1962 «Los sambaquis de la costa atlántica del Brasil meridional».
Revista *Amerindia,* n.° 1, Montevideo.

Mentz Ribeiro, Pedro Augusto.
1991 «Os caçadores pampeanos e a arte rupestre».
in Arno Kern (organizador) *Arqueologia pré-histórica do Rio Grande do Sul*, pp. 103-134.
Editorial Mercado Aberto, Porto Alegre.

Métraux, Alfred.
1945 «Le chaminisme chez les indiens du Gran Chaco».
Revista *Sociología,* vol. VIII, n.° 3, São Pablo.

Millau y Maraval, Francisco.
1947 *Descripción de la Provincia del Río de la Plata (1772).*
Edición y estudio preliminar de Richard Konetzke.
Espasa Calpe, Buenos Aires.

Misión de Rescate Arqueológico.
1987 *Salto Grande, República Oriental del Uruguay. Tomo I (capítulos I a V).*
Directora Científica: Niede Guidon.
Editora responsable: Rosa Trakalo.
Miniterio de Educación y Cultura.
Talleres Gráficos del Banco de la República, Montevideo.

—
1988 *Salto Grande, República Oriental del Uruguay: Tomo 2 (capítulos VI y VIII).*
Talleres Gráficos del Banco de la República, Montevideo.

Mühn, Juan.
1946 *La Argentina vista por viajeros del siglo XVIII.*
Editorial Huarpes, Buenos Aires.

Muñoa, Juan Ignacio.
1954 «Contribuciones a la Antropología Física del Uruguay. I. Los primitivos pobladores del Este».
Anales del Museo de Historia Natural, 2.ª serie, vol. VI, n.° 4, Montevideo.

—
1965 «Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo».
Edición y notas de Daniel Vidart.
Centro de Estudios Arqueológicos y Antropológicos Americanos «Dr. Paul Rivet».
Cuadernos Antropológicos, n.° 3, Montevideo.

Nardi, Ricardo L.J.
1959 «Toponimia indígena de la República Argentina».
in J. Imbeloni *et al. Floklore argentino.*
Editorial Nova, Buenos Aires.

Nimuendajú, Curt.
1981 *Mapa etno-histórico de Curt Nimuendajú.*
Fundação Instituto Brasileiro de Geografia e Estatistica / Fundação Pró-Memória, Río de Janeiro.

Nusdorffer, Bernardo.
1920 «La Guerra de los Siete Pueblos».
Publicado por Carlos Leonhardt.
Revista *Estudios*, vol. XIX. Academia Literaria del Plata, Buenos Aires.

Oliveres, Francisco N.
1938 *Población indígena de la región Noroeste de la República: Cerro Largo y Treinta y Tres.*
Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay.
Conferencias del Curso de 1937.
Imprenta El Siglo Ilustrado, Montevideo.

Oñate, Pedro de.
1929 *Carta anua del Provincial Pedro de Oñate (1620).*
Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras.
Documentos para la Historia Argentina, tomo XX, Buenos Aires.

Ottsen, Hendrick.
1945 *Un buque holandés en América del Sur (1599-1601).*
Prólogo y notas de Armando Tonelli.
Editorial Huarpes, Buenos Aires.

Outes, Félix Faustino.
1897 *Los querandíes,*
Buenos Aires.

—
1899 «Las poblaciones indígenas de la Gobernación del Río de la Plata según un documento inédito».
in Estudios etnográficos: primera serie. Imprenta de Martín Biedma e Hijo, Buenos Aires.

—
1913 «Sobre las lenguas indígenas rioplatenses. Materiales para su estudio».
Revista de la Universidad de Buenos Aires, XXIV, Buenos Aires.

Outes, Félix F. y Bruch, Carlos.
1910 *Los aborígenes de la República Argentina.*
Ángel Estrada y Cía. Editores, Buenos Aires.

Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de.
1944-45 *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano* (14 tomos).
Prólogo de J. Natalicio González. Notas de José Amador de los Ríos.
Editorial Guarania, Asunción del Paraguay.

Oxehufvud, A.G.
1831 «Informe sobre la destrucción de los charrúas y el traslado de los cautivos a Montevideo».
in Bladh, 1970. [*Idem in* Barrios Pintos (y Acosta y Lara), 1969].

Oyarvide, Andrés de.
1955 «Diario del reconocimiento del Río Uruguay desde Buenos Aires hasta el arroyo de la China... etc. (1801)».
in Martínez Montero, 1955.

Padrón Favre, Óscar.
1986a «Entrega de niños charrúas en el Durazno».
Revista Antropológica, n.° 3, Montevideo.

—
1986b *Sangre indígena en el Uruguay.*
M. Pesce s.r.l. impresor, Montevideo.

—
1991 «Censo guaraní misionero de 1832».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivo».
Boletín Histórico, n.ºs 283-296, pp. 97-122, Montevideo.

Palavecino, Enrique.
1939 «Las más antiguas civilizaciones sudamericanas».
Revista Geográfica Americana, año VI, vol. XII, n.° 70. Buenos Aires.

—
1948 *Áreas y capas culturales del territorio argentino.*
Gaea, vol. 8, Buenos Aires.

Paradeda, Olga.
1951 *Juan Manuel de la Sota, el primero de los historiadores nacionales.*
Facultad de Humanidades y Ciencias. Cuadernos de Estudiantes, Montevideo.

Parallada, Huáscar.
1965 *En la otra banda del Yi.*
Berchesi editor, Montevideo.

—
1971 *San Pedro del Durazno.*
Editorial Letras, Montevideo.

Pastells, Pablo y Mateos, Francisco.
1912-49 *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay* (8 vols.).
Victoriano Suárez, editor, Madrid.

Paucke, Florián.
1942-44 *Hacia allá y para acá (Una estada entre los indios mocobíes, 1749-1767)* (4 vols.).
Traducción, introducciones y notas de Edmundo Wernicke. Advertencia por Radamés A. Altieri. Breve noticia sobre los Mocobíes actuales por Enrique Palavecino. Índices y palabras finales por R.W. Staudt. Universidad Nacional del Tucumán. Instituto Antropológico, Tucumán-Buenos Aires.

Peña, Enrique.
1916 *Don Francisco de Céspedes. Noticias sobre su gobierno en el Río de la Plata (1624-1632).*
Imprenta Coni, Buenos Aires.

Pereda, Setembrino.
1923 *El Belén histórico uruguayo 1801-1840.*
Editorial El Siglo Ilustrado, Montevideo.

Pereda y Alonso, Sixto.
1937 «Apuntes para la prehistoria indígena del Río de la Plata y especialmente de la Banda Oriental del Uruguay... etc.».
Boletín de Filología. Tomo I. Instituto de Estudios Superiores, Montevideo.

—
1939 «Inventario del acervo lingüístico conocido de los indígenas de la Banda Oriental del Uruguay... etc.».
Boletín de Filología, tomo II. Instituto de Estudios Superiores, Montevideo.

Pérez Colman, César Blas.
1936 *Historia de Entre Ríos (1520-1810)* (2 tomos).
Imprenta de la Provincia,
Paraná (Argentina).

Pericot y García, Luis.
1961 *América Indígena. Tomo I: El hombre amerciano—Los pueblos de América.*
Salvat Editorial, Barcelona.

Pernety, Antoine Joseph.
1770 *Histoire d'un voyage de Bougainville aux îsles Malouines (1763-1764)... etc.* (2 vols.).
Saillant & Nyon, París.

Petit Muñoz, Eugenio.
1950 «La vivienda charrúa».
Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias, n.° 5, Montevideo.

—
1951 «Artigas y los indios».
in Artigas. Estudios publicados por (el diario) «El País» como homenaje al jefe de los orientales en el centenario de su muerte. Plan y dirección general de Edmundo M. Narancio.
Colombino Hermanos, S.A. Editores, Montevideo.

—
1968 «El mundo indígena. Los primitivos habitantes del Uruguay».
in Enciclopedia Uruguaya, n.° 1.
Editores Reunidos / Editorial Arca, Montevideo.

Pi Hugarte, Renzo.
1969 *El Uruguay indígena.*
Editorial Nuestra Tierra, Montevideo.

Pinto, Estevão.
1957 «Introdução à História da Antropologia Indígena no Brasil (Século XVI)».
Revista *América Indígena*, vol XVII, n.° 4, México.

Polanco, Modesto.
1890 «Carta al Dr. Eduardo Acevedo Díaz».
Diario *La Época*, 16/setiembre, Montevideo.

Ponce de León, Luis R.
1967 «Minuanes o Guenoas. Eran nuestros indígenas en la época de la fundación de Montevideo».
Estado Mayor General del Ejército. Sección «Historia y Archivos».
Boletín Histórico, n.os 112-115, Montevideo.

Pôrto, Aurelio.
1938 «O minuano na toponimia riograndense».
Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande Do Sul, año XVIII, 3.er trimestre, Porto Alegre.

—
1943 «História das Missões Orientais do Uruguai».
Serviço do patrimônio histórico e artístico nacional, n.° 9, Río de Janeiro.

Porzecanski, Teresa.
1989 «Tatuajes, cicatrices, mutilaciones, horadaciones, ungüentos y pinturas corporales en los indígenas uruguayos».
in T. Porzecanski: *Curanderos y caníbales*, pp. 53-71.
Luis A. Retta Libros, Editor, Montevideo.

Pottier, Bernard (coordinador).
1983 *América Latina en sus lenguas indígenas.*
Unesco/Monte Ávila Editorial, Caracas.

Priegue, Celia Nancy.
1971 «La información etnográfica de los patagones del siglo XVIII».
Cuadernos del Sur, n.° 3. Instituto de Humanidades, Universidad del Sur, Bahía Blanca.

Prieto, O.; Álvarez, A.; Arbenois, G.; De los Santos, J.A., y Vesidi, A.
1970 *Arqueología del Departamento [de treinta y tres]*, Serie «Los Departamentos», n.° 4; Edit. Nuestra Tierra, Montevideo.

Rabuske, S.J., Arthur.
1989 «A 1.ª introdução jesuítica de gado em grande escala na antiga Banda Oriental do Uruguai, segundo a Carta Anua de 1632 a 1634».
Estudios Ibero-Americanos, vol. XV, n.° 1. Revista do Departamento de História; Pós Graduação em História Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul, Porto Alegre.

Ramírez, Arbelio.
1958 «Dispersión de los últimos indios misioneros (La colonia de San Borja del Yi en Durazno)».
Boletín del Banco Hipotecario del Uruguay, n.° 82,
Montevideo.

Ramírez, Luis.
1929 «Carta de Luis Ramírez a su padre (1528)».
in Bauzá, 1929, tomo III.

Reyes Abadie, Washington; Bruschera, Óscar H.; Melogno, Tabaré.
1966 *La Banda Oriental: pradera, frontera, puerto.*
Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

Ribeiro, Darcy.
1956 «Convívio e contaminação: efeitos dissociativos da depopulação provocada por epidemias em grupos indígenas».
Revista *Sociología*, vol. XVIII, n.° 1, San Pablo.

—
1957 «Culturas e línguas indígenas do Brasil».
Revista de Educação e Ciências Sociais, vol. II, n.° 6, Río de Janeiro.

Rivet, Paul.
1930 «Les derniers charruas».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología», tomo IV, Montevideo.

Rivet, Paul & Loukotta, Cesmir.
1924 «Langues de l'Amérique du Sud».
in A. Meillet & Marcel Cohen *Les langues du monde par un groupe de linguistes sous la direction de...*
Lib. Ancienne E. Champion, París.

Rodríguez Varese de González, Susana y Gónzalez Rissotto, Rodolfo.
1991 «Contribución al estudio de la influencia guaraní en la formación de la sociedad uruguaya»—Documentos de prueba.
Revista Histórica, tomo LV, n.° 163, Montevideo.

Rona, José Pedro.
1964 *Nuevos elementos acerca de la lengua charrúa.*
Facultad de Humanidades y Ciencias. Departamento de Lingüística, Montevideo.

Ros, Francisco, J.
1900 *La región del Este de la República O. del Uruguay.*
Editorial Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes, Montevideo.

Rosemblat, Ángel.
1954 *La población indígena y el mestizaje en América.*
Tomo I: *La población indígena (1492-1950).*
Tomo II: *El mestizaje y las castas coloniales.*
Editorial Nova, Buenos Aires.

Saint-Hilaire, Auguste de.
1887 *Voyage Rio Grande do Sul (Brésil) 1820-1821.*
H. Herluison, Orleans.

Sala de Tourón, Lucía y Alonso Eloy, Rosa.
1991 *El Uruguay comercial, pastoril y caudillesco.*
Tomo II: *Sociedad, política e ideológica.*
Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.

Saldanha, José de.
1938 *Diario resumido e histórico (1786-1787).*
Publicado por Rodolfo García y Aurelio Pôrto.
Anais da Biblioteca Nacional, vol. LI,
Río de Janeiro.

Salaberry, S.J., Juan Faustino.
1926 *Los charrúas y Santa Fe.*
Gómez y Cía. Impresores, Montevideo.

—
1932 «Los charrúas en la cartografía colonial».
Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo IX, Montevideo.

Sánchez Albornoz, Nicolás.
1973 *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000.*
Alianza Editorial, Madrid.

Sánchez Labrador, S.J., Joseph.
1936 *Paraguay Catholico. Los indios Pampas, Puelches, Patagones.*
Publicada, prologada y anotada por Guillermo Furlong Cardiff.
Viau y Zona, Editorial, Buenos Aires.

Sans, Mónica.
1988 *Las poblaciones prehistóricas del Uruguay.*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.

Sans, Mónica.
1990 *Análisis de restos óseos humano: demografía, calidad de vida y características físicas de los pobladores de la región de la cuenca de la laguna Merín (ROU).*
Avances de Investigación. Facultad de Humanidades y Ciencias, Montevideo.

Sans, Mónica; Mañé Garzón, Fernando; Kolski, Renée.
1986 «Presencia de la mancha mongólica en recién nacidos en Montevideo».
Archivos de Pediatría del Uruguay, vol. 53, n.° 3, Montevideo.

—
1991 «La mancha mongólica como indicador racial en Montevideo».
Acta genética clínica et teratológica, vol. I, n.° 1, Montevideo.

Sanz, Víctor.
1955 *La propiedad en el charrúa.*
Talleres gráficos Hispania, Montevideo.

Sayas, Hernando.
1955 «Relación del viaje por el Río Uruguay (1620)».
in Martínez Montero, 1955, pp. 427-432.

Schiaffino, Rafael.
1956 «Guaranismos. Ensayo etimológico».
Revista Histórica, tomo XXV, n.os 73-75 y tomo XXVI, n.os 76-78, Montevideo.

Schmidel, Ulrich.
1903 *Viaje al Río de la Plata (1534-1554).*
Notas bibliográficas y biográficas por Bartolomé Mitre.
Prólogo, traducción y notas por Samuel Lafone Quevedo.
Biblioteca de la Junta de Historia y Numismática Americana, tomo I.
Cabaut y Cía. Ed, Buenos Aires.

Schmitz, Pedro Ignacio.
1991 «Migrantes da Amazônia: a Tradição Tupiguarani».
in Arno Kern (organizador) *Arqueologia pré-histórica do Rio Grande do Sul*, pp. 295-330.
Editorial Mercado Aberto, Porto Alegre.

Schmitz, Pedro Ignacio y Brochado, José Proenza.
1981 «Datos para una secuencia cultural del Estado de Río Grande do Sul (Brasil)».
Pesquisas, n.° 32, São Leopoldo (Río Grande del Sur).

Schobinger, Juan.
1969 *Prehistoria de América.*
Editorial Labor, Barcelona.

Schuller, Rudolph R.
1904 «Prólogo a la *Geografía física y esférica... etc.* de Félix de Azara».
Anales del Museo de Historia Nacional, tomo I, Montevideo.

—
1917 «The only known words of the Charrua Language of the Rio de la Plata».
*Proceeding of the XIX*th International Congress of Americanists, Washington.

Schuster, Carl.
1955 «Human figures in South American Petroglyphs as excerpts from repeating patterns».
Anales del Museo de Historia Natural, 2.ª serie, vol. VI, n.° 6, Montevideo.

—
1958 «Genealogical patterns in the Old an New World».
Revista do Muséu de São Paulo, vol. X, São Paulo.

Seijo, Carlos.
1923 «De Prehistoria».
Revista Histórica, tomo XI, n.° 32, Montevideo.

—
1945 *Maldonado y su región.*
Imprenta El Siglo Ilustrado, Montevideo.

Sepp, Antonio.
1971 *Relación de viaje a las misiones jesuíticas.*
(1696) Edición crítica de las obras del padre Antonio Sepp S.J. misionero en la Argentina desde 1691 hasta 1733 a cargo de Werner Hoffman (tomo I).
Traducción de Werner Hoffman y Mónica Wrang. Comentarios y notas de Werner Hoffman.
Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba),
Buenos Aires.

—
1973 *Continuación de las labores apostólicas.*
(1709) Edición crítica de las obras del padre Antonio Sepp S.J., misionero en la Argentina desde 1691 hasta 1733 a cargo de Werner Hoffman (tomo II).
Traducción, comentarios y notas de Werner Hoffman.
Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba),
Buenos Aires.

—
1974 *Jardín de flores paracuario.*
Edición crítica de las obras del padre Antonio Sepp S.J., misionero en la Argentina desde 1691 hasta 1733 a cargo de Werner Hoffman (tomo III).
Traducción, comentarios y notas de Werner Hoffman.
Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba),
Buenos Aires.

Serrano, Antonio.
1936 *Etnografía de la antigua provincia del Uruguay.*
Talleres Gráficos «Melchior»,
Paraná (Argentina).

—
1939 «Los tributarios del río Uruguay».
in Historia de la Nación Argentina (Director General: Ricardo Levene), vol. I.
Editorial El Ateneo, Buenos Aires.

—
1941 «Los recipientes para paricá y su dispersión en América del Sur».
Revista Geográfica Americana, año VIII, vol. XV, n.° 91, Buenos Aires.

—
1946a «The Charrua».
in Steward, 1946-50. Vol. I.

—
1946b «The Sambaquis of the Brazilian Coast».
in Steward, 1946-50. Vol. I.

—
1947 *Los aborígenes argentinos.*
Editorial Nova, Buenos Aires.

—
1950 *Los primitivos habitantes de Entre Ríos.*
Biblioteca Entrerriana «General Perón»,
Paraná (Argentina).

—
1955 *Pueblos y culturas indígenas del litoral.*
Colección «El Litoral».
Editorial Castellvi, S.A, Santa Fe (Argentina).

Sierra y Sierra, Benjamín.
1914 «Arqueología. Notas aborígenes e indígenas».
Revista Histórica, tomo VII, n.° 19, Montevideo.

—
1931 «Antropolitos y zoolitos indígenas».
Revista de la Sociedad «Amigos de la Arqueología».
Tomo V, Montevideo.

Silvia, Benito.
1841 «Noticias sobre los charrúas dadas por el Sargento Mayor Benito Silva en Montevideo (1841)».
in Vilardebó, 1963.

Solla Olivera, Horacio; Soiza Larrosa, Augusto; Alfonzo Peirano, Ruben.
1990 «Revisión de un estudio radiográfico sobre el esqueleto de Vaimaca-Pirú».
Anales del VIII Encuentro Nacional y V Regional de Historia, año 2, n.° 2, Montevideo.

Staden, Juan.
1944 *Vera historia y descripción de un país de las salvages desnudas y feroces gentes devoradoras de hombres... etc.*
Traducción y comentarios de Edmundo Wernicke.
Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras.
Museo Etnográfico.
Biblioteca de Fuentes 1.
Imprenta y casa editora «Coni», Buenos Aires.

Steward, Julian H. (Ed.).
1946-50 «Handbook of South Amercian Indians». (6 vols.).
Bureau of American Ethonology, Bulletin, 143.
Smithsonian Institution, Washington.

Steward, Julian H. & Faron, Louis C.
1959 *Native Peoples of South America.*
McGraw-Hill Book Company, Inc, Nueva York.

Susnik, Branislava.
1985 «La cultura indígena y su organización social dentro de las Misiones Jesuíticas».
Revista del Centro de Estudios Antropológicos, Vol. XIX, n.° 2, Universidad Católica del Paraguay, Asunción.

Taddei, Antonio.
1964 *Un yacimiento precerámico en el Uruguay.*
Baessler-Archiv, Neue Folge, Band XII, Berlín.

—
1969 «Un yacimiento de cazadores superiores del medio río Negro, Uruguay».
Revista *Pesquisas*, serie antropología, n.° 20,
São Leopoldo (Río Grande del Sur).

—
1972 «Una industria lítica precerámica en Sierras de Aceguá, Cerro Largo, Uruguay».
Comunicaciones antropológicas del Museo de Historia Natural de Montevideo, vol. 1, n.° 10, Montevideo.

—
— «Industrias líticas del Uruguay y su relación con Pampa-Patagonia
(1982) de Argentina».
Revista de Arqueología, n.os 19 y 21, Madrid.

Taddei, Antonio.
1985 «El río Negro medio.»
in *Estado actual de las investigaciones arqueológicas en el Uruguay (Parte 1).*
Centro de Estudios Arqueológicos (Cea) Publicación n.º 3, Montevideo.

—
1987 *Algunos aspectos de la Arqueología Prehistórica del Uruguay.*
Universidad del Norte, Instituto de Investigaciones Arqueológicas R.P. Gustavo Le Paige, S.J,
San Pedro de Atacama (Chile).

Taddei, Antonio y Fernández, Juan Carlos.
1982 «Un precerámico de lascas en el arroyo Catalán Chico (Departamento de Artigas). El sitio arqueológico 19-S-4».
VII Congreso Nacional de Arqueología.
Colonia del Sacramento, Uruguay, diciembre 1980.
Impresora Uruguay, Montevideo.

Taunay, Affonso d'Escragnole, vizconde de.
1924-50 *História Geral das Bandeiras Paulistas* (10 vols.).
Tip. Ideal, São Pablo.

Techo, Nicolás del.
1897 *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús* (5 tomos).
Biblioteca Paraguaya, versión del texto latino por Manuel Serrano y Sanz. Prólogo de Blas Garay.
A. de Uribe y Cía,
Madrid-Asunción del Paraguay.

Teschauer, Carlos.
1909 *Vida e obras do venerável Roque Gonzalez de Santa Cruz, primeiro apóstolo do Rio Grande do Sul.*
Pintos Editorial, Rio Grande (Río Grande del Sur).

—
1918-22 *História do Rio Grande do Sul dos dous primeiros... etc.* (3 tomos).
Livraria Salbach, Porto Alegre.

Teschauer, Carlos.
s. d. *Habitantes primitivos do Rio Grande do Sul.*
Livraria Americana, Rio Grande (Río Grande del Sur).

Thevet, André.
1875 *La cosmographie universelle... etc.*
(1575) Tomo II, París.

—
1878 *Les singularités de la France Antarctique.*
Notas y comentarios por Paul Gaffarel.
Maisonneuve et Cie, París.

Topinard, Pablo.
1878 *La Antropología.*
Traducción de José Sáenz y Criado.
Manuel Rodríguez, Editor, Madrid.

Torre Revello, José.
1970 *La sociedad colonial (Páginas sobre la sociedad de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX).*
Ediciones Pannedille, Buenos Aires.

Torres, Luis María.
1903 *Los cementerios indígenas del sur de Entre Ríos y su relación con los del Uruguay, túmulos de Campana (Buenos Aires) y Santos (Brasil).*
Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, vol. XIV,
Buenos Aires.

—
1907a «Arqueología de la cuenca del Paraná».
Revista del Museo de la Plata, vol XIV, segunda serie, tomo I, Buenos Aires.

—
1907b *Informe sobre la exploración arqueológica al Delta del Paraná y sur de Entre Ríos.*
Anales de la Sociedad Científica Argentina, LXIV,
Buenos Aires.

—
1913 *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná.*
(1911) Universidad Nacional de La Plata.
Imprenta Coni Hnos., Buenos Aires.

Tovar, Antonio.
1961 *Catálogo de las lenguas indígenas de América del Sur. Enumeración, con indicaciones tipológicas, bibliografía y mapas.*
Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

Valdés, Pablo Lavalleja.
1941 «Los últimos charrúas».
Periódico *El Pueblo*, edición extraordinaria, marzo 1941, Tacuarembó (Uruguay).

Varios autores.
1780-83 *Lettres édificantes et curieuses... etc.* (26 vols.).
Vols. 6-9: Amérique.
J.G. Merigot, París.

Vázquez de Espinosa, Antonio.
1948 *Compendio y descripción de las Indias Occidentales (1628).*
Transcripción del manuscrito original y prólogo de Charles Upson Clark.
Smithsonian Miscellaneous Collections, Washington.

Vázquez Franco, Guillermo.
1986 *Economía y sociedad en el latifundio ganadero.*
Colección Hernandarias.
Forum Gráfica Editorial, Montevideo.

Vidal, Ángel H.
1932 «La leyenda de la destrucción de los Charrúas por el general Fructuoso Rivera».
Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, tomo IX, Montevideo.

Vidart, Daniel.
1962 «Los estratos culturales del Uruguay indígena».
Revista *Amerindia*, n.° 1, Montevideo.

—
1965 «Notas a *Los pueblos prehistóricos del territorio uruguayo*».
in Muñoa: 1965.

—
1968 *Las tierras del Sin Fin in Enciclopedia Uruguaya*, n.° 2, Editores Reunidos/Ed. Arca, Montevideo.

—
1985 *Diez mil años de prehistoria uruguaya.*
(2.ª ed.) Colección Hernandarias, Montevideo.

Vignati, Milcíades Alejo.
1938 *La técnica del transporte de párvulos entre los patagones ecuestres.* Notas del Museo de la Plata, tomo III. Antropología n.° 8, Buenos Aires.

—
1940 *El catecismo güenoa del abate Hervás.* Notas del Museo de la Plata, tomo V. Antropología n.° 18, Buenos Aires.

Vilardebó, Teodoro Miguel.
1963 *Noticias sobre los charrúas (Códice Vilardebó).* Edición anotada por Baltasar Luis Mezzera. Artes Gráficas Covadonga, Montevideo.

Zapata Collán, Agustín.
1945 «Los Chaná en el territorio de la provincia de Santa Fe». *Publicaciones del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales,* n.° 4, Santa Fe (Argentina).

Zavala, Silvio.
1977 *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata.* Editorial de El Colegio Nacional, México.

Zubillaga Barrera, Carlos A.
1969 *Confrontación de las diversas versiones de los «Apuntes sobre los charrúas» provenientes del Brigadier General Antonio Díaz, inclusive las del Coronel Antonio Díaz (hijo) y Eduardo Acevedo Díaz.* Manuscrito.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Acevedo Díaz, Eduardo, 39, 40, 77, 78, 153, 168.
Acosta, Gonzalo de, 177.
Acosta y Lara, Eduardo, 56, 62, 94, 102, 129, 151, 154, 155, 164-167, 170.
Aguirre, Juan Francisco de, 66, 75, 99.
Alfonso Peirano, Rubén, 71.
Araújo, Orestes, 77.
Arias, Manuel, 39.
Arias de Saavedra, Hernando, 190.
Artagaveytia Allende, Ricardo, 73.
Artigas, José Gervasio, 164, 165, 184, 185, 197, 198.
Arredondo, Horacio, 144.
Ascarete du Biscay, 35.
Austral, Antonio G., 44.
Avelino (indio), 160.
Ayestarán, Lauro, 128.
Azara, Félix de, 23, 26, 27, 32, 33, 37, 38, 60, 65-67, 76, 77, 83, 91, 94, 107-111, 116-120, 125, 126, 128, 132, 136, 153, 155, 163, 182-185.
Azarola Gil, Luis Enrique, 173.
Baeza, Jorge, 44, 137.
Baldus, Herbert, 61.
Barbacena (cacique), 115.
Barbosa de Aguilar, Salvador, 177.
Barral (teniente), 170.
Barrios Pintos, Aníbal, 75, 95, 118, 122, 174.
Bauzá, Francisco, 77, 194.
Berdum, Gregorio, 170.
Bermúdez, P., 76.
Berro, Adolfo, 76.
Bladh, Carlos Eduardo, 168, 172.
Blixen, Olaf, 81.
Bórmida, Marcelo, 43, 50.
Bosch, Ademar, 44, 137.
Bougainville, Louis Antoine de, 113, 115, 152.
Bracco Boksar, Roberto, 46.
Braun (cacique), 115.
Brinton, Daniel G., 81.
Brito del Pino, José, 92, 117.
Brito y Alderete, Juan, 177, 180.
Broca, Paul, 72.
Brochado, José Proenza, 46, 136.
Cabrer, José María, 33, 37, 113, 117, 152.
Cabrera, Leonel, 44, 46, 200.
Caciquillo, Manuel Artigas, llamado el, 164.
Caggiano, María Amanda, 44.
Calelián (cacique), 67.
Camaño, Joaquín, 71.
Campá Soler, Raúl, 42, 50.
Campal, Esteban F., 200.
Canals Frau, Salvador, 61, 75, 76, 132.
Cannella, Leticia, 217.
Canto, José Borges do, 197.
Cardiel, José, 36, 103, 178.
Cardoso, Aníbal, 145.
Carlos III, rey de España, 26, 190, 195.
Carlota, princesa del Brasil, 153.
Carranza, Ambrosio, 163.
Castro, Eugenio de, 144.
Cattáneo, Cayetano, 36, 179.
Cavellini, Susana, 44.

Ceballos, Pedro de, 162, 163, 195.
Centenera, Martín del Barco, 76, 116, 128.
Céspedes, Francisco de, 173, 177.
Cigliano, Eduardo M., 44.
Clavelin, M., 72.
Coni, Emilio Ángel, 146, 194.
Corrales, Elhordoy, 195.
Curel, François de, 38, 170.
Chebataroff, Jorge, 42.
Chomé, Ignacio, 36.
Demaría, Arturo José, 88-89.
Díaz, Antonio Felipe, 37, 38, 40, 78, 91, 97, 99, 100, 103, 104, 110, 111, 113, 117, 118, 120, 126, 153, 168.
Díaz, Antonio José María, 40.
Díaz de Guzmán, Ruy, 34, 62.
Díaz de Solís, Juan, 25, 140.
Doblas, Gonzalo de, 183, 196.
Dobrinzhoffee, Martín, 36, 195.
Domenech, G., 187.
Dumoutier, Alexandre, 111, 115, 167.
Esteban Benítez, Francisco, 170.
Fajardo Terán, Florencia, 182.
Faron, Louis C., 152.
Felipe III, rey de España, 176.
Femenías, Jorge, 46, 54, 123-125.
Ferrés, Carlos, 44.
Figueira, José H., 40, 44, 59, 70.
Figueira, José Joaquín, 52, 54, 55, 61, 81, 94, 100, 120.
Flourens, F., 72.
Fraga, Manuel, 170.
Frías, Manuel, 159.
Gaboto, Sebastián, 129.
Gadea, Juan Alberto, 182.
Galarza, Pablo, 214.
Garay, Juan de, 176.
García, Diego, 34.
García, Flavio, 163, 181-183, 185.
García Méndez, Javier, 216.
Gómez-Haedo, Juan Carlos, 75.
Góngora, Diego de, 176.
González, Silvestre, 192.
González Rissotto, Luis Rodolfo, 193, 195, 202, 206, 208.
Granada, Daniel, 122, 123, 204.
Guevara, José de, 110.
Guidon, Niède, 43.
Gutiérrez, Pedro, 177.
Hamy, Ernest T., 71.
Harris, Marvin, 154.
Henriques Figueira, José, 125.
Hernandarias, *véase* Arias de Saavedra, Hernando.
Herrera y Tordesillas, Antonio de, 140.
Hervás y Panduro, Lorenzo, 60, 61, 74.
Houtot, Annie, 43-44.
Ibarra Grosso, Dick, 42, 50, 53, 81.
Imbelloni, José, 68, 81.
Insaurralde, José, 77.
Juan Pedro (cacique), 166.
Kern, Arno Álvarez, 46.
Konetzke, Richard, 175.
Krickeberg, Walter, 86.
Labardén, Manuel J., 76.
Lafón, Ciro René, 44.
Lafone Quevedo, Samuel, 79.
Laguna, Julián, 102, 166.
Laming-Emperaire, Annette, 43.
Larrañaga, Dámaso A., 39, 75, 132, 153, 155.
Lastarría, Miguel de, 163, 182, 183, 185.
Lavalleja Valdés, Pablo, 40, 95, 102, 159, 165, 166.
Lecor (cacique), 115.
López Mazz, José María, 46.
Loreto (marqués), 162.
Loukotka, Cesmir, 81.
Lozano, Pedro, 32, 90, 104, 108, 116, 118, 205.
Mac Qnown, Norman A., 81.
Magallanes, Fernando de, 32, 74.
Marimón, Miguel, 118, 122, 125.
Martínez, Benigno T., 79.
Martínez de Salazar, José, 180, 181.
Mártir de Anglería, Pedro, 140.
Maruca Sosa, Rodolfo, 72, 73, 90, 91.
Massiac (hermanos), 35.
Mastrillo Durán, Nicolás, 190.
Mataojo, Ramón, 170.
Matteo, A.L., 72.
Matthews, A., 112.
Medina, Anacleto, 214.
Medina, José Toribio, 129, 140.
Mendoza, Pedro de, 35, 145.
Mentz Ribeiro, Pedro Augusto, 46.
Métraux, Alfred, 128.
Mezzera, Baltasar Luis, 95, 99.
Millan y Maravall, Francisco, 152.

Moctezuma, 23.
Mojica, Ventura, 193.
Morgan, Lewis H., 63.
Morton, Samuel George, 71.
Muñoa, Juan Ignacio, 53, 63, 68, 72.
Nadal, Octavio, 46.
Nanguirú, Nicolás, 194.
Nardi, Ricardo L.J., 76.
Negrón, M. de, 148, 176.
Netto, Ladislao, 53.
Nimendayú, Curt, 76, 81.
Nusdorffer, Bernardo, 194, 204.
Obes, Maximiliano, 170.
Orbigny, Alcide d', 33, 38, 60, 66, 68, 70, 83, 86, 110, 187.
Oribe, Manuel, 102.
Outes, Félix F., 76, 151.
Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, 131, 140, 150.
Oxehufrud (teniente), 167, 171.
Oyarbide, Andrés de, 33, 37, 66, 75, 155.
Pacheco, Jorge, 182-184.
Padrón Fabre, Óscar, 169, 199, 206, 214.
Palavecino, Enrique, 84.
Pasteau, Emile, 71.
Pastells, Pablo, 148.
Pauke, Florián, 74, 159.
Pedro I, emperador del Brasil, 198.
Penino, Raúl, 72.
Perea y Alonso, Sixto, 79.
Pérez, José A., 118, 128.
Pernethy, Antoine-Joseph, 35, 111.
Petit Muñoz, Eugenio, 121.
Pi Hugarte, Renzo, 44, 122.
Pigafetta, Antonio, 32, 74.
Polanco, Modesto, 40, 92, 95, 99, 111, 116, 117, 121, 159.
Polidoro (cacique), 168.
Ponce de León, Luis R., 61.
Porzecanski, Teresa, 110, 119.
Priegue, Celia Nancy, 112.
Pueyrredón, Manuel A., 198.
Quatrefages, Jean-Louis-Armand, 71.
Raffino, Rodolfo A., 44.
Ramírez, Luis, 34.
Ramírez, Pancho, 197.
Repetto, Badano, 71.
Rex González, Alberto, 47, 97, 118, 128.
Ribas Gavilán, Francisco de, 177.
Ribeiro, Darcy, 158, 160.
Rivera, Bernabé, 168, 169, 199.
Rivera, Fructuoso, 39, 102, 153, 165-168, 197-199, 214.
Rivet, Paul, 71, 72, 81, 109, 111, 115, 167.
Rocamora (conde), 184.
Rodríguez, D., 54.
Rodríguez Varese, Susana, 193, 195, 202, 206, 208.
Rona, José Pedro, 76, 81.
Rondeau (cacique), 115, 166.
Ros, Francisco J., 44.
Rosa, Félix de la, 182.
Ross, Eric B., 154.
Saint-Hilaire, Augusto de, 38, 197.
Salado, Gregorio, 170.
Saldanha, José de, 33, 37, 95, 99-101, 103, 107, 115, 117, 159.
Saldanha, Juan Carlos, 38.
Sallaverry, S.J., 66, 93, 152, 180.
Sánchez Albornoz, Nicolás, 150.
Sánchez Labrador, S.J., 29.
Sans, Mónica, 73, 74, 118, 188.
Santana (indio), 160.
Sarratea, Manuel de, 163-165.
Schmidel, U., 35, 76, 129, 131, 139, 144, 145.
Schmidt, Wilhelm, 79.
Schmitz, Pedro Ignacio, 46, 132.
Schobinger, Juan, 43.
Schuller, Rudolph R., 74, 79.
Schuster, Carl, 106.
Seijo, Carlos, 71.
Senaqué, 72, 115, 170.
Sepé (cacique), 40, 115, 160, 194.
Sepp, Antonio, 36, 61, 104, 107, 115.
Serrano, Antonio, 53, 55, 61, 62, 76, 79, 84, 130.
Sierra y Sierra, Benjamín, 123.
Silva, Benito, 27, 38, 39, 75, 90-92, 95, 99, 107, 111, 115, 116, 118, 121, 122, 128, 153, 154, 159, 172.
Soiza Larrosa, Augusto, 71.
Solla Oliveira, Horacio, 71.
Sota, Juan Manuel de la, 39, 76.
Soto, J.A., 72.
Souza, Pero Lopes de, 33.
Staden, Hans, 29, 139.
Steward, Julian H., 86, 134, 146, 152.
Suárez, Antonio, 177.

Tacuabé, 109, 128, 170.
Taddei, Antonio, 42, 44, 72.
Thevet, André, 32, 74.
Torre Revello, José, 67, 148, 159, 162, 176.
Torres, Luis María, 55.
Tovar, Antonio, 81.
Vaimaca Perú (cacique), 71, 72, 115, 170, 217.
Vázquez de Espinosa, Antonio, 32, 108.
Venado (cacique), 168.
Vera y Aragón, Francisco Antonio de, 178.
Vergara, Juan de, 177.
Verneau, R., 71.
Viana, Francisco Javier de, 184.
Viana, José Joaquín de, 194.
Vidart, Daniel, 42, 50, 52, 54.
Viganati, Milcíades Alejo, 104.
Vilardebó, Teodoro M., 38, 39, 75, 95, 99, 115, 119, 120, 122, 153, 154.
Zapicán (cacique), 35.
Zorrilla de San Martín, Juan, 76, 215.

ÍNDICE TOPONÍMICO

África, 72.
Aldao, 178.
Alto Perú, 21.
Amazonas (río), 139.
Amazonia, 160.
América, 12, 21, 22, 24, 25, 42, 53, 68, 73, 77, 79, 86, 125, 128, 158, 160, 172, 185, 208, 210, 215.
América del Norte, 102, 104.
América del Sur, 11, 43, 68, 79, 139.
Andes (cordillera), 134.
Antillas (archipiélago), 158.
Arapey (río), 125, 197.
Arerungá, 185.
Argentina, 16, 46, 47, 50, 62, 63, 84, 152, 187.
Arias (arroyo), 153.
Aripuana (río), 134.
Arroyo de la China, 196.
Asia, 125, 188.
Atlántico (océano), 16, 89.
Bajada de Gualeguay, 196.
Banda de los Charrúas, 65.
Banda Oriental, 13, 24, 28, 32, 35, 36, 65, 68, 73, 76, 77, 79, 83, 86, 94, 128, 132, 141, 145, 152, 154, 160, 162, 163, 177, 183, 185, 187, 189, 190, 192-194, 196, 197, 207, 218.
Baradero, 176.
Batoví (cerro), 194.
Bella Unión, 199.
Brasil, 13, 14, 16, 17, 34, 52, 67, 73, 79, 134, 137, 140, 151, 166, 177, 183, 197, 198.
Buenos Aires, 14, 34, 61, 67, 145, 148, 159, 176, 177, 180, 190, 193, 196.
Caaibate (cerro), 194.
Caribe (mar), 79.
Castillos, 66.
Catalán (arroyo), 42, 43.
Cayastá, 66, 76.
Colonia, 88, 177, 178, 217.
Colonia Concordia, 72.
Colonia del Sacramento, 193.
Concepción de Cayastá, 178, 180.
Córdoba, 50.
Corrientes, 14, 196-198.
— río, 62.
Cuareim, 42-44, 50, 66.
Cufré (arroyo), 144.
Chaco, 63, 70, 74, 83, 84, 128.
Daymán (río), 65, 194.
Durazno, 169, 200.
Entre Ríos, 14, 54, 60, 61, 65, 103, 152, 177, 178, 197.
España, 13, 21, 22, 26, 27, 66, 79, 129, 194, 195.
Española (isla), 150.
Espinillo, 178.
Europa, 12, 175, 208, 211.
Filomena Grande (isla), 220.
Flores, 216.
Francia, 43, 72, 115, 128, 170, 217.
Gualeguaychú (río), 177.
Guayanas, 134.
Guayrá (río), 190.
Ibicuy (río), 183, 198.
Inglaterra, 198.

Ituzaingó (batalla), 198.
Jesús María, 179.
Jiparaná (río), 134.
Livramento, 66.
Madeira (río), 134.
Madrid, 194.
— tratado, 195.
Maldonado, 33, 65, 71, 88.
Malo (arroyo), 177.
Malvinas (archipiélago), 17.
María (cerro), 122, 125.
Marmarajá, 76.
Mato Grosso, 67, 70, 219.
Mbroré (arroyo), 193.
Mercedes, 53.
Merín (laguna), 14, 45, 46, 72.
México, 21, 175.
Minas Gerais, 191.
Misiones, 197, 219.
Montevideo, 35, 151, 153, 169, 170, 188, 194, 196, 203-205, 213, 219, 220.
Negro (río), 14, 16, 36, 53, 60, 65-67, 153, 167, 177, 183, 187.
Norteamérica, 128.
Nueva York, 94, 100.
Pampa, 63, 84, 146, 152.
Pará (río), 139.
Paraguay, 35, 62, 136, 146, 175, 186, 190, 195-197, 207, 210, 211, 219.
Paraná (río), 16, 52, 55, 61-64, 66, 70, 118, 129, 130, 136, 138, 141, 152, 161, 186, 190.
Paraná Guazú, 22.
París, 38, 71, 106, 109, 111, 167, 217.
Patagonia, 63, 83, 84, 128, 146.
Patos (laguna), 139.
Pavón (arroyo), 144.
Paypaso, 44.
Paysandú, 164.
Pereira (arroyo), 72, 144.
Perú, 21.
Plata, 12, 17, 22, 32, 46, 52, 55, 63, 65, 72, 93, 136, 140, 141, 143, 144, 150, 161, 163, 170, 173-175, 179, 185, 197, 198.
Porto Alegre, 38.
Portugal, 13, 66, 79, 183, 194.
Potosí, 21.
Potpot, 76.
Queguay (río), 58, 197.
República Oriental, 65, 164, 176.
Reyes, 190.
Río de Janeiro, 53, 161.
Río de la Plata, 14, 17, 21, 24, 25, 74, 88, 89, 102, 134, 159, 160, 162, 174-176, 195, 211.
Río Grande del Sur, 14, 30, 34, 45, 46, 52-54, 61, 62, 65, 66, 139, 163, 188, 199, 219.
Río Negro, 220.
Rocha, 65, 66.
Salsipuedes, 29, 38, 40, 102, 153, 165, 169, 214, 217.
— arroyo, 164, 167.
Salto Chico, 153.
Salto Grande, 43, 44, 55.
San Ángel, 195.
San Antonio de los Chanáes, 177.
San Borja, 122, 190.
San Borja del Yi, 200.
San Francisco de Olivares, 177.
San Gabriel, 144.
San José, 72.
San Juan, 195.
— arroyo, 144.
San Luis (arroyo), 70.
San Miguel, 116, 177, 195.
— sierra, 45.
San Nicolás, 190.
San Pablo, 161, 219.
San Salvador (batalla), 144.
— río, 145.
Santa Catalina, 52, 53, 219.
Santa Fe, 14, 31, 36, 61, 66, 148, 152, 159, 178, 196.
Santa Lucía (río), 60, 63, 119, 137.
Santa Rosa del Cuareim, 199.
Santo Domingo Soriano, 62, 66, 67, 75, 177, 180, 187.
Soriano, 72, 75.
Tacuarembó, 66, 95, 160, 197.
— río, 16.
Tacuarí (río), 62.
Tapajós (río), 132, 134.
Tape, 35.
Tierra del Fuego, 70, 84, 146.
Tigre (arroyo), 168.
Uruguay (río), 14, 16, 24, 31, 35, 36, 43, 44, 56, 60, 61, 63, 65-67, 72, 93, 104,

106, 129, 136, 141, 152, 154, 161, 183, 190, 194, 220.
Vera, 164.
Verde de Valentín, 123.
Vichadero (cerro), 125.
Vívoras, 178.
Vizcaíno (isla), 177.
Yaceguá (cerro), 118.
Yapeyú, 196.
Yarao (serranía), 66.
Yi (río), 16.
– batalla, 152.

Yacuiú (río), 134.
Yaguarón (río), 134.
Yaguaro (cerro), 118.
Yaguayo, 176.
Yaraó (serranía), 66.
Yí (río), 16.
– batalla, 152.
Yucatán (isla), 177.
Zapata (cerro), 118.
Zapiola (río), 134.
Zarate, 176.
Zelaya (río), 134.
Zenón, 176.
Zorrilla, 176.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de julio de 1993.

El libro *Los indios de Uruguay,* de Renzo Pi Hugarte, forma parte de la Colección «Indios de América», dirigida por el profesor Claudio Esteva-Fabregat, Catedrático de Antropología Cultural de la Universidad de Barcelona.

COLECCIÓN INDIOS DE AMÉRICA

- Los indios del Perú.
- Esquimales.
- Los indios de las Antillas.
- Los indios de Argentina.
- Los indios de Colombia.
- Antropología biológica de los indios americanos.
- Indios de los Estados Unidos anglosajones.
- Los indios del Canadá.
- Los indios de Guatemala.
- Los indios del Gran Suroeste de los Estados Unidos.
- Los indígenas de Filipinas.
- Los indios de Uruguay.

En preparación:

- Los indios de México.
- Los indios de Bolivia.
- Los indios de Brasil.
- Los indios de Paraguay.
- Los indios de Centroamérica.
- Los indios de Venezuela.
- Los indios de Ecuador.
- Inmigraciones prehistóricas.
- Los indios de Chile.
- Guía de fuentes documentales etnográficas.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

9 788471 006196